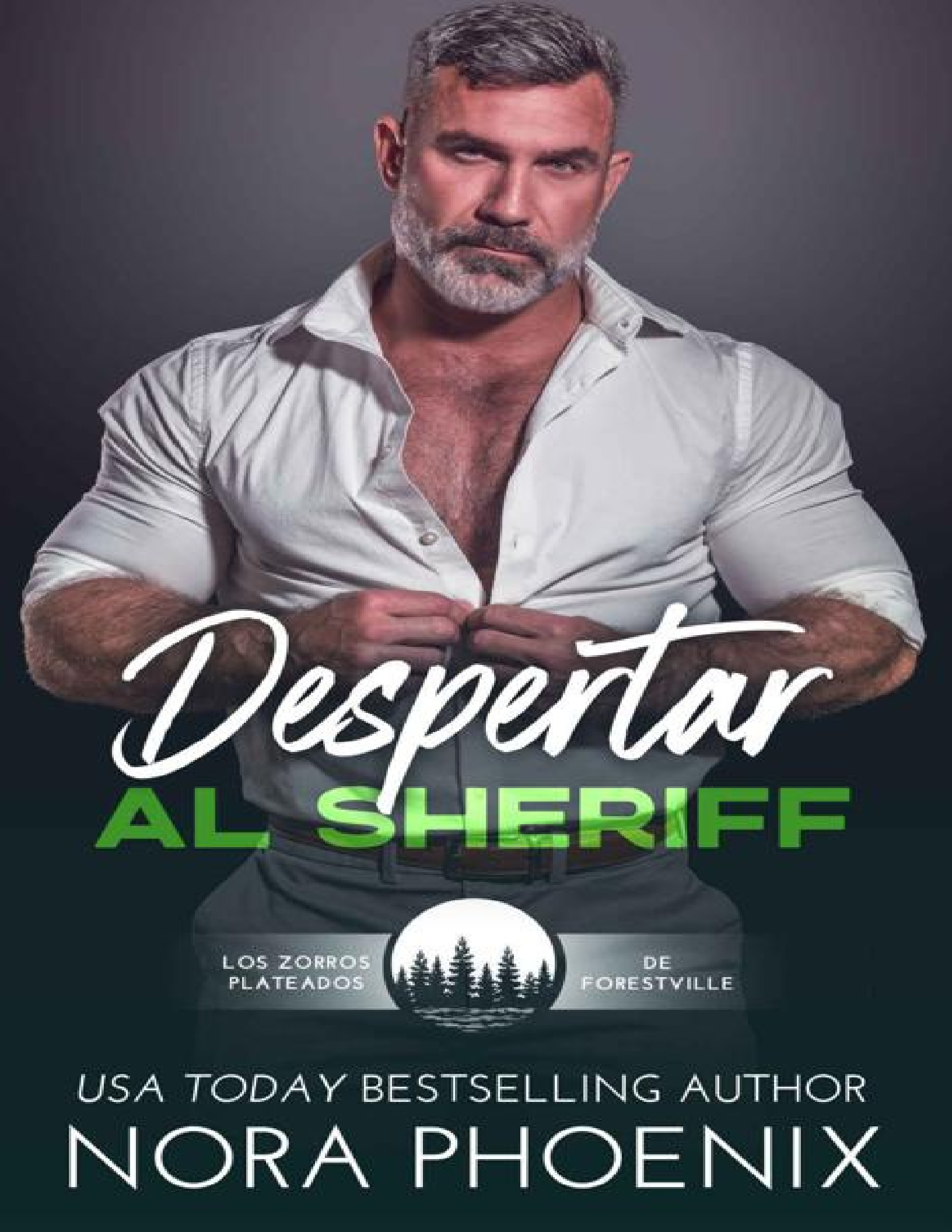




Despertar

AL SHERIFF

LOS ZORROS
PLATEADOS



DE
FORESTVILLE

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
NORA PHOENIX

DESPERTAR AL SHERIFF

LOS ZORROS PLATEADOS DE FORESTVILLE
LIBRO 2

NORA PHOENIX

Traducido por
S. KAI



Despertar al Sheriff

Título Original: Awakening the Sheriff. Forestville Silver Foxes. Book 2.

Copyright © 2024 Nora Phoenix.

Traducción de S. Kai

Diseño de la cubierta: Golden Czermak/FuriousFotog.

Foto de cubierta: Wander Aguilar.

Modelo de cubierta: Nathan.

Creador del mapa de Forestville: Ron Perry.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, localizaciones y hechos retratados en esta obra son completamente ficticios, producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, negocios o con hechos reales, es pura coincidencia. La personas representadas en la cubierta son modelos, y su uso está limitado a fines ilustrativos.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Este libro contiene material destinado a una audiencia mayor de edad. Contiene lenguaje gráfico, contenido sexual explícito y situaciones adultas.

✻ Creado con Vellum

ÍNDICE

[Nora After Dark](#)

[Una Pequeña Nota](#)

[Advertencia De Contenido](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

[Libros de Nora Phoenix en español](#)

[Libros de Nora Phoenix en inglés](#)

[Más sobre Nora Phoenix](#)

NORA AFTER DARK

More of what you love...more of what you crave...

Unlock the ultimate experience with [**Nora After Dark**](#), an online platform offering exclusive access to a variety of extras from Nora Phoenix. **Nora After Dark** offers multiple tiers to cater to your unique desires, each with its own array of exciting benefits.

- **Unlock Early eBook Access:** Nora After Dark subscribers enjoy the thrill of accessing eBooks before anyone else.
- **Exclusive Nora Phoenix Swag:** Elevate your reading experience with limited-edition Nora Phoenix merchandise delivered right to your doorstep.
- **Delve into Bonus Stories:** Gain exclusive access to bonus stories and chapters that are reserved just for our subscribers. Immerse yourself in hidden tales, the perfect companion to your favorite books.
- **Early Works in Progress:** Be a part of the creative process! Nora After Dark grants you VIP access to works in progress, giving you a sneak peek at the magic happening behind the scenes.
- **Collect Signed Paperbacks:** For those who cherish the tangible, our premium tier includes beautifully signed paperback copies of Nora's works.

Visit Nora Phoenix at noraphoenix.com/nora-after-dark to subscribe and indulge in the Nora After Dark experience.

DESPERTAR AL SHERIFF

Pensé que estábamos construyendo una amistad. Resulta que me estoy enamorando.

Siempre he deseado cosas sencillas. Convertirme en el sheriff de la localidad, como mi padre. Casarme y tener hijos. Construir una buena vida en Forestville.

He hecho todo eso... pero no ha resultado como había esperado.

A los cuarenta y ocho años, estoy soltero y comparto la custodia de mis dos hijas con mi ex-mujer. Las posibilidades de conocer a alguien nuevo en mi pequeña ciudad son escasas. ¿He dejado escapar la oportunidad de ser feliz?

Cuando un nuevo profesor de instituto se muda a la ciudad, reconozco en él a un espíritu afín. Keaton tiene mi edad y también es padre soltero. Conectamos. Y nos hacemos amigos.

Cuanto más tiempo pasamos juntos, más se estrecha nuestra relación. Me encanta salir con él, y parece que él siente lo mismo.

Cuando me doy cuenta de que nuestra amistad se ha convertido en algo más, me llevo la mayor sorpresa de mi vida. Nunca me había sentido atraído hacia un hombre, pero no puedo negar lo que siento por Keaton.

Pero él y sus hijos tienen problemas para adaptarse a la vida en Forestville, y yo soy incapaz de verme a mí mismo yéndome de la ciudad. Así que, ¿qué significa eso para nosotros? Si es que acaso hay un «nosotros». ¿O me estoy engañando al pensar que podríamos tener un futuro juntos?

Despertar al Sheriff es un romance entre dos padres solteros que pasarán de amigos a amantes. Es el segundo libro de la serie Los zorros plateados de Forestville, una serie de romances MM contemporáneos situados en una pequeña ciudad y protagonizados por atractivos zorros plateados y los hombres que se enamoran de ellos. Todos los libros son autoconclusivos y pueden leerse por separado.

UNA PEQUEÑA NOTA

Forestville es una ciudad ficticia localizada en una zona rural del Estado de Washington, situada a una hora de distancia en coche al este de Seattle. También me he inventado las ciudades de alrededor, aunque el río Skykomish y la Ruta 2 son reales.

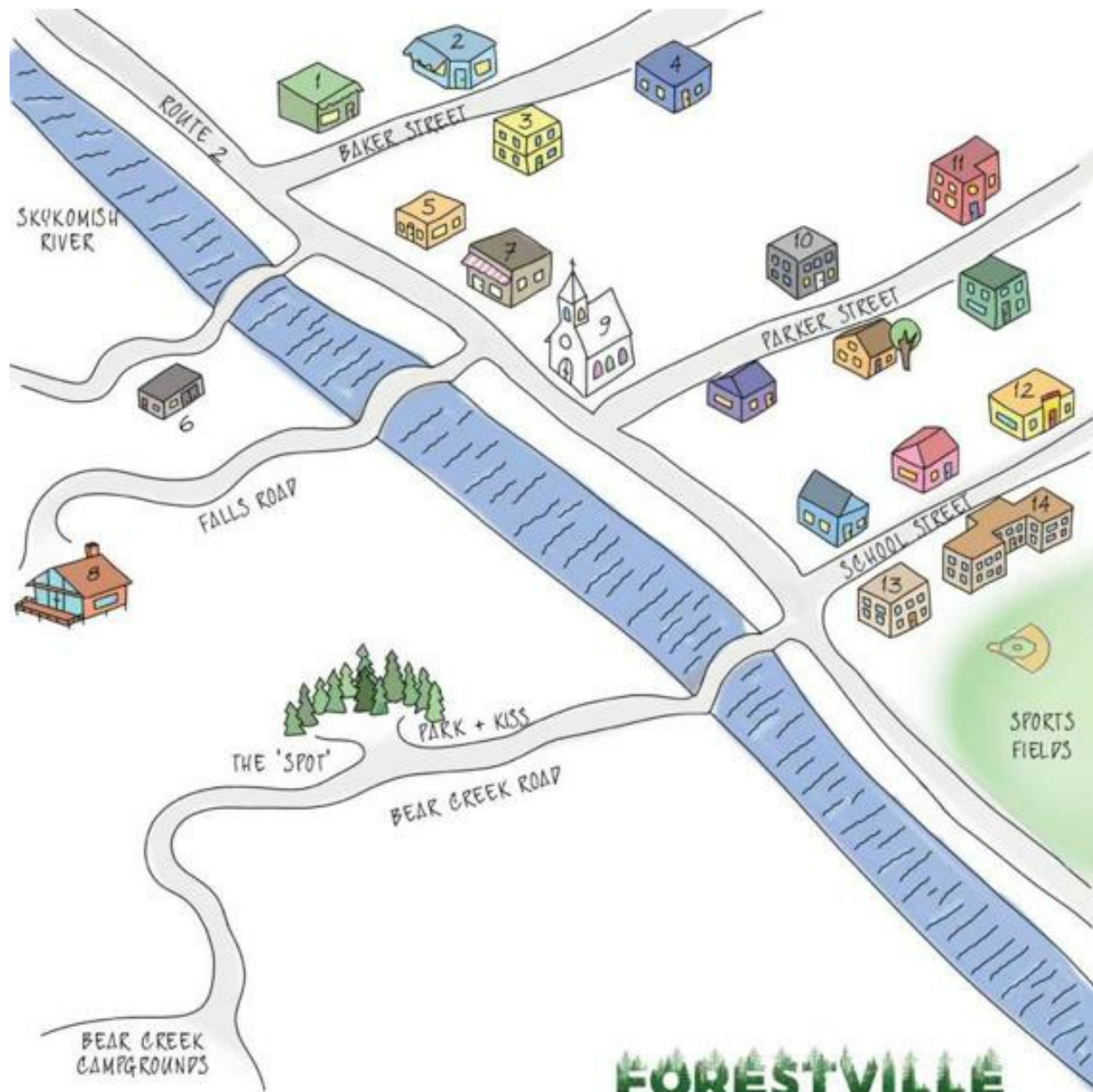
Auden es el sheriff y, en la vida real, su autoridad debería haberse extendido por un área bastante más grande. Eso no encajaba en mi historia, así que lo convertí en el sheriff de Forestville. Como autora, puedo permitirme hacer eso, así que... vayamos a ello.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Por favor, ten en cuenta que este libro trata temas que pueden resultar violentos para algunos lectores. Los listo a continuación, pero contienen ***spoilers***, así que puedes saltártelos si no los necesitas.

Los temas incluyen divorcio, enfrentamiento con ex-mujeres, rebelión adolescente, alguna mención sobre delitos menores y alcoholismo adolescente, problemas de fertilidad y alguna mención a homofobia y bifobia.

Este libro es un romance, así que está enfocado en la historia de amor y no en lo mencionado anteriormente. Ninguno de esos conflictos se desarrolla en gran detalle, salvo por la rebelión adolescente, que es un tema recurrente a lo largo del libro.



FORESTVILLE

- 1 - COLLINS FAMILY GROCER
- 2 - BRIANNA'S BAKERY & COFFEE SHOPPE
- 3 - EVERETT FAMILY PRACTICE - DOCTOR
- 4 - DOC COHAN - VET
- 5 - ART GALLERY
- 6 - WALTER'S AUTO REPAIR
- 7 - BILLY'S GENERAL STORE

- 8 - FORESTVILLE FALLS LODGE
- 9 - FIRST METHODIST CHURCH
- 10 - SHERIFF'S OFFICE
- 11 - FOUR FOXES BAR & GRILLE
- 12 - EDDIE'S DRIVE IN - BURGERS & SHAKES
- 13 - SKYKOMISH ELEMENTARY SCHOOL
- 14 - FORESTVILLE MIDDLE & HIGH SCHOOL

PRÓLOGO

AUDEN

Junio, 1993

Apenas reconocía el gimnasio. El cálido sol de junio se derramaba por las alargadas ventanas, proyectando sombras sobre el pulido suelo de madera. Las pancartas de «¡Vamos, *Foxes!*» — nuestro equipo de fútbol, que era bastante exitoso a pesar del pequeño tamaño de nuestra escuela — habían sido reemplazadas por banderas estadounidenses. Ahora, el recinto era un mar de rojo, azul y blanco. Habían instalado un escenario al fondo y, frente a él, dos hileras de sillas plegables para acomodar a nuestra promoción de graduación; veintinueve chicos y chicas, en total.

Me ajusté nerviosamente el birrete y miré a mi alrededor. Marnin, mi mejor amigo, estaba situado a mi izquierda. Siempre había estado a mi lado, en las duras y en las maduras. A mi derecha se sentaba Tricia, mi novia. Llevábamos dos años saliendo y seguía tan bella como siempre. Su cabello dorado relucía bajo el birrete y sus ojos azules brillaban de excitación. Un poco más apartados, en la misma fila, se sentaban los gemelos Banner: Tomás y Tiago, que intercambiaban juguetonas y encantadoras sonrisas. Y finalmente, Essex, el último miembro de nuestra pandilla.

—¿Puedes creértelo, Auden? —dijo Marnin, sacándome de mis pensamientos—. ¡Estamos a punto de graduarnos!

—El tiempo vuela. Estoy realmente agradecido por todos los grandes momentos que hemos vivido aquí.

—Y yo. Pero pronto cada uno seguirá su rumbo —dijo con voz queda y aire contemplativo.

Asentí, intentando tragar el nudo que se me había formado en la garganta. Al final del verano, tendría que presentarme en Fort Irwin para recibir el entrenamiento básico del ejército. Tricia iría a la Escuela de enfermería mientras que Essex se uniría a los Marines en Isla Parris. Marnin pondría rumbo a Stanford para estudiar ingeniería y Tomás y Tiago perseguirían su carrera de modelos a tiempo completo.

Era curioso, no había esperado ponerme tan emocional, pero ahora que había llegado el momento, lo único en lo que podía pensar era en cómo nuestros caminos se separarían para siempre.

—No importa adónde nos lleve la vida, siempre serás mi mejor amigo —le dije.

Marnin me miró de forma extraña durante unos segundos. No le iban los sentimentalismos, y no habría podido ponerse melancólico aunque lo intentara. Me dio una palmada en el hombro.

—Lo mismo digo, colega. —Ese era el culmen de la emoción para Marnin.

El director Hodgkins subió al escenario y el gimnasio cayó en silencio.

—Bienvenidos a la Ceremonia de Graduación de la Promoción de 1993 del Instituto de Forestville —anunció—. Estamos inmensamente orgullosos de nuestros veintinueve estudiantes. Os habéis esforzado y habéis madurado enormemente durante vuestro tiempo aquí. Una vez abandonéis estos pasillos para aventuraros al mundo, no os olvidéis de dejar vuestra huella. Haced que Forestville se sienta orgullosa de vosotros.

Asentí al ritmo de sus palabras, sintiendo el peso de esa responsabilidad asentándose sobre mis hombros. Mi futuro ya estaba planeado: ocho años en el ejército con la Policía Militar y luego, de vuelta a la universidad para graduarme antes de convertirme en el ayudante del sheriff para trabajar codo a codo con mi padre. Y cuando él decidiera jubilarse, esperaba hacerme cargo de su puesto. Pero por encima de todo, quería casarme con Tricia y empezar una familia; una grande, si éramos afortunados. Eran planes ambiciosos, lo sabía, pero estaba excitado por lo que me depararía el futuro.

—Y ahora, por favor, recibamos a nuestro *valedictorian*, Fir Everett. —El director Hodgkins hizo un gesto hacia Fir, que se sentaba con los profesores en el escenario. Durante años, el director se había resistido a llamar a Fir por nada que no fuese su nombre legal: Douglas o Doug, pero ahora, incluso él había capitulado y había usado el apodo que había demostrado ser más pegadizo de lo que nadie había esperado.

Fir avanzó titubeante hasta el micrófono, recorriendo a la multitud con la mirada. Tenía una inteligencia afilada, pero carecía de confianza en las interacciones sociales, así que deseaba fervientemente que no le traicionaran los nervios.

—Buenas tardes, compañeros y compañeras de graduación, profesores, familia y amigos. Estamos aquí presentes, al borde de lo que será un nuevo capítulo en nuestras vidas, y me gustaría recordaros algo que Gandhi dijo una vez: «La mejor forma de encontrarte a ti mismo es perderte en ayudar a otros». Ese concepto de servir a otros, de dedicar nuestras vidas a hacer del mundo un lugar mejor, es a lo que creo que deberíamos aspirar.

Sus palabras resonaron conmigo. Eran un eco de mis propias aspiraciones. Primero, servir en el ejército y, eventualmente, como sheriff de mi comunidad. Quería provocar un impacto positivo y significativo en el mundo, y adoré que Fir compartiera ese deseo.

—Bien sea convirtiéndonos en médicos, como tengo planeado hacer yo, o en ingenieros, enfermeras, soldados o artistas —continuó Fir—, no olvidemos nunca que nuestras vidas no solo nos pertenecen a nosotros. Tenemos el deber de ayudar a los demás, alzarlos e inspirar el cambio. Así que hoy, hago un llamamiento a todos y cada uno de los que estáis aquí, mis compañeros y compañeras de graduación, para que dediquéis una parte de vuestras vidas a servir al resto, porque a través de ese servicio encontraremos realmente un propósito.

Cuando Fir terminó su discurso, aplaudí entusiasmadamente junto al resto, con una renovada confianza en mí mismo. No importaban los desafíos que me deparara el futuro; siempre y cuando me mantuviera fiel a mis objetivos y recordara el valor de lo que estaba haciendo, lo conseguiría.

Cuando el director comenzó a llamarnos al escenario para recoger nuestros diplomas, la excitación era palpable en el aire. Nuestros amigos y familiares nos observaban desde el fondo con una mezcla de orgullo y nostalgia. Señor, cómo habría deseado que mi madre hubiese estado allí para verme. Ya habían pasado ocho años desde su muerte, y adoraba a mi madrastra, Cora, pero en momentos como este la echaba tremendamente de menos.

Mientras esperábamos frente a la tarima, alineados en riguroso orden alfabético, Essex bromeó sobre el discurso de Fir. No pude oír las palabras concretas, pero resultó obvio que estaba intentando menospreciar su apasionada llamada al servicio. Hice una mueca. Aj, Essex necesitaba aprender a cerrar esa boca. Siempre decía las cosas más estúpidas en los momentos más inapropiados.

Fir se irritó.

—¿Sabes, Essex? —dijo con desprecio—. Deberías mantener la boca cerrada. Sin mis tutorías ni siquiera estarías graduándote hoy aquí.

Vaya. Joder. No había visto venir eso. Essex se ruborizó e intercambié una mirada con mis amigos, secretamente orgulloso de Fir por plantarle cara. Essex era uno de los nuestros, pero a veces podía ser un auténtico capullo. Entrechoqué el hombro con Fir. «Bien dicho», gesticulé sin hablar.

Él parpadeó, como sorprendido por mi reacción, y luego me sonrió.

—Essex Coombe —anunció el director.

Essex dio un paso hacia delante con mucha menos confianza que antes.

Bien.

—Auden Frant —dijo el director. Mi corazón se aceleró mientras me acercaba a él. El director estrechó firmemente mi mano—. Este joven también ha elegido servir a su país. Estamos muy orgullosos de ti, Auden.

—Gracias, señor.

Tras la ceremonia, mi padre se aproximó a mí con su inmaculado uniforme de sheriff y los ojos relucientes de orgullo. Me envolvió en un fuerte abrazo.

—Enhorabuena, hijo. Sé que vas a hacer grandes cosas.

—Gracias, papá —respondí con la voz tomada por la emoción.

Envolvió mi rostro entre sus enormes y fuertes manos.

—Tu madre habría estado muy orgullosa de ti. Le habría encantado ver cómo te conviertes en un hombre.

Las lágrimas comenzaron a inundar nuestros ojos y me abrazó de nuevo. Nunca había estado más agradecido por tenerlo a mi lado; no solo había sido un fantástico padre, sino un increíble modelo a seguir. Lo único que quería era ser como él, y había puesto el escalafón muy alto.

Me liberó y se giró hacia Marnin, cuyo padre, como era de esperar, no se había presentado. Le abrazó con la misma intensidad que a mí y luego, le miró fijamente a los ojos.

—Sal al mundo y haz grandes cosas, Marnin Rosser. Ya has demostrado de lo que estás hecho graduándote con honores, y sé que te irá muy bien en la vida. No olvides nunca que no eres el producto de tu ADN. Tú moldeas tu propio futuro, hijo.

Marnin, que por admisión propia era alérgico a las emociones, ocultó la humedad de sus ojos abrazando a mi padre.

—Gracias, sheriff Frant. Y gracias por acogerme siempre en su familia. No habría llegado hasta aquí sin Auden y sin usted.

—Siempre ha sido y siempre será un placer.

Cuando nos reunimos con el resto para celebrar nuestros logros, sentí que me inundaba la esperanza. A pesar de que nuestros caminos estaban a punto de bifurcarse, sabía que los vínculos que habíamos creado se mantendrían igual de fuertes. Miré a mi alrededor, a todas las personas que habían impactado mi vida hasta el momento, y agradecí el amor, el apoyo y la amistad que me habían brindado. Estábamos destinados a hacer grandes cosas, y de una u otra forma, nuestros caminos nos devolverían a Forestville. Un día, me sentaría en este mismo instituto, vistiendo mi uniforme, para ver la graduación de mis hijos.

Era un hombre sencillo, con sueños sencillos, pero estaba deseando que ese futuro comenzara a desplegarse ante mí.

1

AUDEN

El presente

Los problemas se estaban fraguando.

De momento, el recuento incluía un accidente de coche, un par de borrachos y unas cuantas detenciones por desorden público. Habíamos pillado a un tipo disfrazado de pirata intentando allanar el Billy y solo era la una de la mañana; la noche era joven. Nunca pasaban demasiadas cosas en Forestville, la pequeña ciudad de la que era sheriff, pero Nochevieja siempre era la excepción. Ese día parecía sacar lo peor de la gente, igual que el Cuatro de Julio. Debían de ser las ingentes cantidades de alcohol que se engullían para celebrar esos acontecimientos.

Con toda probabilidad, el siguiente aviso entraría en unos minutos, así que debería aprovechar estos segundos de paz para descansar un poco. Me incliné contra el respaldo de la silla, sorbiendo lentamente el agua de mi taza para tomarme un pequeño respiro. Nada de champán para mí, lamentablemente, dado que el deber me impedía celebrar esta noche con mis amigos. Este año, se habían reunido en la casa que Tiago había adquirido unos meses atrás. Estaba deseando unirme a ellos, pero por desgracia, mi trabajo me impedía tomarme vacaciones en días tan señalados como este. Aunque Marcus y Waylon, mis ayudantes, eran de fiar, como Sheriff, necesitaba estar presente en una de las noches más difíciles y bulliciosas del año.

«El deber tiene un precio», como solía decir mi padre, y el hombre tenía que saber jodidamente bien de lo que estaba hablando. Había sido el sheriff durante más de treinta años, y uno endiabladamente bueno, además. Este puesto exigía sacrificios y él los había aceptado de buen grado.

Siempre había entendido lo valioso que era el trabajo de mi padre, incluso de niño —mantener a la ciudad segura significaba que no siempre podría estar con nosotros en los momentos importantes—, así que cuando me convertí en su ayudante, sabía a lo que me enfrentaba y lo que se esperaba de mí. Tricia también aceptó esos inconvenientes como parte de nuestras vidas y jamás nos había afectado. Entonces... ¿por qué parecía diferente esta noche? Por primera vez, me molestaba el no ser capaz de disfrutar una Nochevieja por culpa de mi trabajo.

Ahí estaba. En la oficina.

Solo.

No tener a nadie con quien celebrar Nochevieja era el epítome de la tristeza. Técnicamente, no estaba solo, pero me sentía así, y esa emoción trajo consigo un escasamente familiar y poco bienvenido vacío. En mis cuarenta y ocho años de vida, jamás había experimentado esta punzada de resquemor hacia mi carrera, y no lo apreciaba.

El agudo tono de mi móvil me sacó abruptamente de mi ensoñación y me apresuré a contestar, tirando la taza de agua en el proceso. Maldita sea.

Miré el nombre que apareció en la pantalla. Marcus

—Dime. —Mantuve un tono calmado mientras limpiaba frenéticamente la mesa con unos pañuelos.

—Hay una reyerta en el Doble F. Ha dado el aviso el mismo Jack y parecía algo serio. Voy de camino.

—Estaré allí en dos minutos. —Abandoné el agua que se había derramado en el suelo para lidiar con ella más tarde y cogí mi chaqueta.

Según salí del edificio, el gélido aire del invierno asaltó mi rostro. Señor, esta tenía que ser una de las Nocheviejas más frías de todas las registradas en Forestville, y aún esperaban que las temperaturas siguieran descendiendo. Incluso el corto trayecto que me separaba del bar me dejó

temblando en mi parca. Debería haberme puesto los guantes.

No era coincidencia que la oficina del sheriff estuviese convenientemente ubicada al lado del único bar de la ciudad. Cuando nos mudamos a nuestro actual edificio, Jack Sobiesky, el propietario del *Four Foxes* —que todo el mundo conocía como Doble F—, había comprado el terreno aledaño para trasladar su negocio específicamente ahí. La mayoría de la gente habría pensado que era una decisión extraña, pero Jack había descubierto prematuramente los beneficios de tener cerca a las fuerzas del orden para cuando estallaran las inevitables trifulcas. No tenía nada que temer de nosotros; el hombre no toleraba mierdas de nadie y seguía las normas a raja tabla.

Por mi parte, estaba agradecido por estar ubicado en medio de todo. La antigua oficina había sido un destartalado bloque de ladrillos situado a las afueras de la ciudad, pero la nueva era un deslumbrante edificio que se alzaba entre el Doble F y la Iglesia metodista. «Entre el cielo y el infierno», como le gustaba decir a mi vecina, la señorita Bouvier. Un enclave privilegiado, cerca de todos los problemas.

Cuando llegué, Marcus ya estaba aparcando frente al bar. Salió rápidamente del vehículo con la agilidad que daba la práctica, y se unió a mí. Mientras avanzábamos hacia la entrada, nos alcanzaron los gritos y los crujidos de cristal rompiéndose. Los problemas se estaban fraguando, en efecto.

Con una mano sobre mi arma, abrí la puerta de par en par y entré justo cuando un tipo con una enorme barriga cervecera agitaba uno de los taburetes en dirección a Joost Veldhuis, uno de nuestros nuevos residentes. Joost se las apañó para esquivarlo y gritó algo en lo que asumí, era neerlandés, su idioma nativo. Afortunadamente, sus reflejos le salvaron. Era el marido de Brianna, la dueña de la panadería local, que horneaba los bollos más deliciosos del planeta.

—¡Apártate de él, joder! —gritó Jack, acercándose al barrigudo con un bate de béisbol que no auguraba nada bueno.

—¡Policía! —grité—. ¡Abran paso! —Me abrí camino entre la multitud para alcanzar el centro de la reyerta. Al llegar, di un codazo a Jack y le lancé una afilada mirada para que bajara el bate, lo que hizo de forma inmediata.

—Esos dos son el problema —dijo Jack señalando a dos hombres cuyos rostros no me resultaron familiares. Estaban lanzando puñetazos a un grupo de parroquianos que, a su vez, intentaban defenderse.

Cuando me acerqué, el tipo que había intentado golpear a Joost se giró abruptamente hacia mí, casi tropezándose con sus propios pies. Si solo hubiese sido tan fácil... Como había sospechado, el cabrón estaba completamente borracho. Le cogí por una de las muñecas, sosteniéndola férreamente entre mis dedos, y ordené:

—Ya basta.

Él gruñó y me lanzó un puñetazo con la mano libre. En un fluido movimiento, le retorcí el brazo hasta tenerlo apretado contra su espalda, y el hombre cayó de rodillas al suelo.

—No seas estúpido. No añadas asalto a un oficial de policía a los cargos.

Aún inmovilizándolo por la muñeca derecha, le esposé la izquierda. Ahí estaba. Un estúpido más contenido.

Entre tanto, Marcus había agarrado al otro alborotador por el cuello de la camiseta y le había arrastrado hasta apartarlo de la refriega.

—Tú también vienes con nosotros —dijo.

—¿Por qué? —preguntó embriagadamente el hombre, tambaleándose en el sitio y mirándonos con los ojos inyectados en sangre. Estaba incluso más ebrio que su compañero. Vaya

par.

—Porque estás borracho y alterando el orden público tanto como tu amigo —dijo Marcus, esposándolo con agilidad. Se giró hacia mí—. Meteré a este en el coche patrulla y luego volveré a por el otro.

Asentí. Miré a mi alrededor a los congregados, que estaban observando cómo se desenvolvía la escena. Conocía a la mayoría, aunque advertí unos cuantos rostros nuevos.

—El espectáculo ha terminado, señoras y señores. Vuelvan a sus celebraciones.

Cuando Marcus volvió a por el segundo agitador, la gente había retomado sus conversaciones y un par de paisanos se había acercado a Jack para preguntarle cómo podían ayudar. Yo también necesitaba que me respondiese algunas preguntas, así que, tras dejar al borracho en manos de mi ayudante, me disculpé y pedí que me dejaran a solas con el dueño. Jack se quedó de pie a mi lado, con el bate apoyado en el suelo, examinando los daños tan furioso como angustiado. Los cristales resplandecían sobre la madera como escarcha y varios taburetes yacían volcados por la sala.

—Jack, ¿quieres contarme qué ha pasado?

Él se sobresaltó, y luego suspiró, pasándose una mano por el desaliñado pelo.

—Dame un segundo. No esperaba algo así.

—Nadie lo espera nunca. Doreen ya está buscando el cepillo, así que volverás a tenerlo limpio y reluciente en nada.

—Gracias. —Inhaló profundamente y luego dejó escapar lentamente el aire—. Jess Compton se pasó por aquí con su novia, y cuando salieron a la pista a bailar y se dieron un beso, esos capullos empezaron a increparlas. Fue un beso bastante casto, he de añadir. Los he visto mucho peores.

Hice una mueca. Ambos los habíamos visto peores, y lamentablemente, algunas imágenes se quedarían grabadas en mi cerebro para siempre. Como la de una abuela, medio desnuda, buscando su dentadura tras una mamada que no había salido según lo planeado. Señor, si hubiese podido limpiar mi mente con lejía, lo habría hecho en ese mismo instante.

—Increparlas, ¿cómo?

—Hicieron algunos comentarios despectivos que Jess no apreció.

No, no los habría apreciado, de eso estaba seguro. Esa mujer tenía un carácter fuerte, algo muy útil para una abogada.

—Intervine —siguió Jack—. Les dejé claro que en este bar no se toleraban los comportamientos homófobos, pero no se callaron.

—¿Quién lanzó el primer puñetazo? —pregunté.

—El tipo grande. Su objetivo era Fir, que estaba intentando calmar los ánimos, pero en su lugar dio a Ennio. Ahí es cuando llamé a tu oficina.

—¿Ennio? ¿Han pegado a mi hermano?

Jack apoyó una mano sobre mi brazo.

—Está bien. El puñetazo solo le ha rozado.

—¿Aún está aquí?

—Está arriba, poniéndose hielo en la mejilla. Fir está con él.

Si hubiese sabido que ese capullo había golpeado a mi hermano, probablemente habría sido un poquito menos amable con él. Ese barrigudo le doblaba en tamaño, por el amor de Dios. Al menos, sabía que estaba en buenas manos con Fir, dado que era nuestro médico.

—De igual forma —siguió Jack—, después de eso, toda la situación estalló y comenzaron a volar los puñetazos.

—¿Alguien más ha salido herido aparte de Ennio?

Jack negó lentamente con la cabeza.

—Algunos moratones, probablemente, pero nada serio. Esos dos estaban bastante borrachos, así que su coordinación dejaba mucho que desear.

Gracias a Dios por los pequeños favores.

—El más grande intentaba compensar esa falta de coordinación golpeando a Joost en la cabeza con un taburete —comenté.

—Ha sido una suerte que Joost se haya agachado a tiempo.

—¿Quieres darme una estimación de los daños?

Jack miró a su alrededor.

—Dos taburetes rotos, una docena de vasos o por ahí, y han lanzado algo al espejo de detrás de la barra, que ha vuelto a romperse. —Suspiró—. Tengo que poner otra cosa en ese sitio. Ese espejo no me está dando demasiada suerte.

—Así que estamos hablando de... —Hice un rápido cálculo mental—. ¿Cuánto? ¿Mil quinientos?

—Más o menos.

—De acuerdo. Añadiré los desperfectos a los cargos.

Como había esperado, para cuando terminamos de hablar ya habían barrido el viejo suelo de madera y todos los cristales había desaparecido. El dueño aún tendría que fregarlo, y con la suciedad que se había ido acumulando a lo largo de los años nunca estaría realmente limpio, pero al menos, nadie correría el riesgo de hacerse daño. Las mesas y los asientos también habían vuelto a su lugar y, salvo por los dos taburetes rotos y la alargada hendidura en el espejo, era como si no hubiese pasado nada.

—Gracias, Doreen —dije a la mujer, que levantó el pulgar en respuesta. Una persona de pocas palabras, Doreen, pero que siempre hacía lo que necesitaba hacerse. Además de ser la mejor mecánica que había conocido nunca, era un gran ser humano.

—Odio que haya pasado esto —dijo Jack en un tono apenas audible sobre la música, que había empezado a sonar de nuevo.

Le hice un gesto hacia el fondo del bar y, cuando comenzó a andar, le seguí hasta su pequeña oficina. Al llegar, se dejó caer en el sillón que había tras el escritorio y yo me incliné contra la pared de enfrente.

—No has sido tú el que ha empezado la pelea. Esos dos estaban fuera de control.

—Lo sé, pero... —Se hundió de hombros—. Me afecta un poco más porque solía ser como ellos. En teoría no me importaba que nadie fuese gay, claro, pero eso solo era aplicable siempre y cuando no lo viera. También me habría cabreado al ver a dos mujeres besándose, ¿sabes? Así que sí, era como ellos hasta que mi hijo salió del armario. Eso lo cambió todo.

Asentí, entendiendo. Mi formación como psicólogo y mi experiencia como policía me habían enseñado que muchas veces la gente solo necesitaba un oído comprensivo.

—Se necesita valor para cambiar, Jack. Has llegado muy lejos.

—A lo mejor. —Clavó la mirada en sus manos, abriéndolas y cerrándolas un par de veces—. A veces me pregunto si estoy haciendo lo suficiente para compensar mi conducta anterior.

—Cambiar es complicado. Y es un proceso, no un evento único. Has progresado mucho, y eso es lo que cuenta.

—¿Lo hace? —Alzó la mirada y vi un brillo suplicante en sus ojos. Era una expresión muy inesperada viniendo de ese tipo duro que ahora parecía hundido bajo el peso de la culpa. Este incidente le había sacudido hasta los cimientos.

—No puedes cambiar el pasado, Jack, pero puedes moldear tu futuro. Y eso es lo que estás haciendo.

Nos quedamos en silencio, y durante un tiempo solo se oyeron los bajos de la música reverberando en la madera del suelo.

—Gracias, Auden —dijo finalmente—. Creo que necesitaba oír eso.

—Cuando quieras. No he dicho nada más que la verdad. —Le dediqué una sonrisa, esperando que fuera reconfortante.

—La Nochevieja es de esos días en los que uno tiende a ponerse más introspectivo.

¿Acaso no sabía yo eso?

—Sí, lo entiendo.

—He hablado antes con mi hijo, y me ha hecho una pregunta para la que no tenía respuesta. Quería saber si ya estaba preparado para volver a salir con alguien.

La mujer de Jack había fallecido justo antes de que se mudara a Foresville.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—¿Desde la última vez que tuve una cita o desde que me convertí en viudo?

—Cualquiera. ¿Ambos?

—Esta primavera hará quince años de la muerte de Stacy en un accidente de escalada. Romero solo tenía ocho años. He sido padre soltero desde entonces. Nunca tuve el tiempo, ni la energía para organizar una cita. Pero Romero ha conseguido trabajo en Portland y se ha mudado, y ahora ese pequeño mierda cree que ya va siendo hora de que su viejo empiece a vivir de nuevo.

Sonreí.

—Hijos, ¿eh?

—Considérate afortunado de que las tuyas aún no hayan llegado a ese punto.

—Atesoro el tiempo que paso con ellas. —Y lo decía en serio. Violet y Dani eran la luz de mi vida. Nunca podría entender a los padres que se apartaban de sus hijos.

—¿Y qué hay de ti? ¿Volverás a tener alguna cita?

—¿Yo? —reí, frotándome la nuca—. No lo sé. Pensé que había encontrado mi «para siempre» con Tricia, y para serte sincero, cuando todo se desmoronó, sentí que había dejado escapar mi oportunidad. Llevábamos juntos desde el instituto; nunca ha habido nadie más para mí. Y dudo que sea capaz de encontrar a alguien a mi edad. —Habitualmente, no era tan abierto sobre mi vida personal, pero confiaba en Jack.

Jack parpadeó, sorprendido.

—¿Un tipo como tú? Lo encuentro difícil de creer.

—Lo creas o no, ser el sheriff no viene con un servicio integrado de citas —bromeé, pero no había nada de humor en mi comentario.

—A lo mejor, un día entras aquí y encuentras a tu princesa encantada —sonrió Jack.

—Oye, si puedes hacer que ocurra eso, me apunto. Pero a estas alturas, lo dudo.

—Venga ya, Auden. Eres un tipo atractivo y un gran sheriff. Tiene que haber mucha gente a la que le gustaría salir contigo. —Parecía anonadado por lo que le estaba diciendo.

—Gracias, Jack, pero creo que ya he pasado la época de buscar la felicidad. Últimamente, solo espero sentirme a gusto y satisfecho.

—¿Satisfecho? —Jack frunció el ceño—. ¿A qué te refieres?

—Tengo cuarenta y ocho años, colega, y por encima de eso, soy un padre soltero con un trabajo muy exigente que vive en una ciudad pequeña donde las posibilidades de conocer a gente nueva son escasas. —Suspiré, y luego me recompuse. No estaba ahí para descargar mis problemas sobre Jack—. De igual forma. Estábamos hablando de ti, no de mí.

—Cierto —murmuró Jack—. Pero Auden, no te menosprecies. Te mereces ser feliz tanto como cualquiera.

—Aprecio el sentimiento —dije, ofreciéndole una pequeña sonrisa. Necesitaba deshacerme de la melancolía que se había apoderado de mí. Estaba empezando a irritarme—. Necesito comprobar cómo está Ennio.

Mi hermano siguió asegurándome que estaba bien, aunque el moratón que se le estaba formando en la mejilla derecha me decía de todo, menos eso. Fir le había hecho una revisión, informándome de que tenía una lesión menor, y de alguna forma, eso apaciguó mi ira. Decidió llevarse a Ennio a su casa para mantenerlo en observación durante la noche y se lo agradecí profusamente.

Los ruidos del bar habían vuelto a su volumen habitual, y tras una breve charla con algunos de los parroquianos, salí al gélido aire del exterior. En segundos, el calor del Doble F era un recuerdo distante.

—Me estoy congelando las pelotas aquí fuera —murmuré para mí, embutiendo las manos en los bolsillos del abrigo.

¿Cuánto más podían descender las temperaturas? Mi aliento formaba densas nubes que desaparecían en la oscuridad del cielo nocturno. En la distancia, oía el suave eco de risas y voces provenientes de la ciudad, un recordatorio de que aún era Nochevieja y teníamos muchas horas por delante hasta la madrugada. Con suerte, esta reyerta sería el último disturbio de la noche, aunque no esperaba ver mi cama hasta el amanecer.

Si tan solo pudiera quedar con mis amigos... Ahora debían de estar pasándoselo de puta madre. A lo mejor, el próximo año. Ya habíamos organizado una cena para el sábado siguiente, aprovechando que era mi día libre, y no tenía pensado faltar a ella.

Por unos segundos, casi pude olvidar el persistente malestar en mi pecho, sabiendo que, lo que quiera que me deparara el futuro, lo enfrentaría con los mejores amigos del mundo, dos preciosas hijas y un trabajo que, a pesar de todo, seguía amando.

No tenía derecho a quejarme. Era un hombre afortunado, y sería mejor que no lo olvidara.

Me desperté en una cama extraña, con las sábanas enroscadas en torno a las piernas y el calor del hombre que me había follado contra el colchón radiando en mi espalda. No sabía cómo se llamaba, solo que era grande, fuerte y que podía follarme como una bestia. Exactamente mi tipo. Y había sido lo suficientemente amable como para dejarme dormir ahí, así que se llevaba puntos extra por eso. Mi mente estaba confusa, pero mi cuerpo se sentía relajado y satisfecho. Esa sensación debería durarme un tiempo. Con suerte.

La cálida luz del sol se derramaba por las cortinas, anunciando el nuevo día. Caramba, ¿había pasado ahí toda la noche? No había sido esa mi intención. Cuidadosamente, desenmarañé las sábanas, me desprendí de ellas y me moví con la intención de salir de la cama.

—Ey —dijo una profunda voz a mis espaldas—. ¿Ya te vas?

Me giré para ver de frente a mi compañero de la noche anterior. Su tonificado y peludo torso me atrajo tanto como la primera vez que lo vi en el bar.

—Tengo que recoger a mis hijos a las diez. —Me puse los calzoncillos

—Ah, las alegrías de la paternidad. —Sonrió adormilado—. Bueno, fue divertido mientras duró.

—Definitivamente. —Le sonreí de vuelta mientras cogía mi camiseta del suelo y me la ponía.

—Si alguna vez vuelves a pasar por la ciudad, llámame. No me opondría a una repetición.

Consideré la oferta por un momento. Las repeticiones no eran parte de mi rutina habitual, pero el hombre tenía una polla de un tamaño excepcional y sabía cómo usarla, lo que, de alguna forma, era una rara combinación. Había sido la forma perfecta de dar la bienvenida al Año Nuevo. Habíamos bailado, nos habíamos besado, habíamos intercambiado torpes, pero fenomenales, mamadas en el baño, y luego, habíamos venido a su casa para un polvo.

—Claro. Estaré en Seattle una vez al mes.

—Espero tener noticias tuyas, entonces.

Se estiró, y dediqué unos segundos a apreciar su cuerpo. Si hubiese tenido más tiempo, me habría encantado una segunda ronda. Mi culo dolía, pero sabía por experiencia que eso solo añadiría más placer. Por desgracia, Mandy me estaba esperando, y su asidua falta de puntualidad no era motivo suficiente para que yo desarrollara una costumbre similar.

—Nos vemos. —Con un último gesto de despedida, salí del dormitorio.

Dios Santo, en el exterior estaba helando. Me subí la cremallera del abrigo hasta la barbilla, me puse los guantes y avancé por la desierta calle en dirección a mi vehículo. El sol aún no se había alzado en el cielo, privándome de su calor, y el afilado aire de la mañana azotaba mi piel. La primera inspiración profunda casi me heló los pulmones. Cielos, cualquiera habría pensado

que ya estaría acostumbrado a este tiempo, habiéndome criado en Oregón, pero mis años en Atlanta me habían debilitado.

Entré en el coche, y con una disculpa mental a los vecinos de ese sereno vecindario, dejé el motor encendido durante unos minutos antes de ponerme en marcha. A mi vehículo parecía que tampoco le gustaba el frío. Ya éramos dos. Cuando me mudé ahí, pensé que sería agradable el volver a experimentar todas las estaciones, pero había subestimado gravemente la severidad de los inviernos. Aparentemente, mis alegres e idílicos recuerdos no eran tan precisos como había creído. Quién lo habría pensado.

O eso, o las cosas habían cambiado más de lo que había imaginado, lo que no estaba fuera del ámbito de las posibilidades. Caramba, incluso yo había cambiado, y a veces ni siquiera me reconocía a mí mismo.

La dicotomía de mi vida no dejaba de sorprenderme. La mayor parte del tiempo, era el padre responsable y el dedicado profesor de instituto, pero cada vez que dejaba a mis hijos con su madre, me convertía en el hombre desesperadamente necesitado de una liberación sexual. Compaginar ambas facetas suponía un enorme esfuerzo, pero era la única forma de mantenerme cuerdo, y aún no había encontrado la manera de fusionarlas.

—Keaton Perry —murmuré para mí mientras conducía—. Padre, profesor, amante. —Reí por mi dramatización. Al menos, aún me quedaba la risa.

Mi polvo de esa noche no vivía demasiado lejos de Mandy, y solo tardé quince minutos en llegar a su calle. Como era habitual, los chicos no estaban preparados a la hora acordada, pero no había esperado otra cosa.

—Pareces relajado —dijo Mandy mientras Byron y Milton terminaban de hacer sus maletas. Cuando estaban con su madre compartían un dormitorio, y no parecía importarles. ¿Cuánto duraría eso?

Me encogí de hombros.

—He dormido bien. —Mandy no sabía nada de mi vida nocturna en Seattle y tenía la intención de que siguiera así. Nuestro divorcio había sido amistoso y manteníamos una relación cordial, pero eso no significaba que fuera a confiar en ella algo tan personal. Le encantaba cotillear y cualquier cosa que la contara se extendería como la pólvora.

—Hola, papá. —Milton dejó caer su mochila a mis pies. Su oscuro y ondulado pelo era un desastre, pero sabía que era mejor no sugerir que se lo peinara o, peor aún, que se lo cortara. Sabía elegir mis batallas, y su estilo no era una de ellas. No, con un chico de catorce años.

—Hola, colega. ¿Esto es todo?

Asintió.

Unos segundos más tarde, su hermano se acercó a nosotros con una notable falta de entusiasmo.

—¿Te lo has pasado bien? —le pregunté cuando no dijo nada.

—Sí.

Reprimí un suspiro. Hacer que Byron compartiera algo conmigo era como intentar que una tortuga saliera de su caparazón: lento y frustrante. Y aparentemente, hoy no era uno de sus mejores días.

—Me alegra oírlo. Vamos a meter todo esto en el maletero.

Minutos después, se despedían de su madre y poníamos rumbo a Forestville.

Las carreteras estaban dichosamente vacías, lo que no era una sorpresa, teniendo en cuenta que era el día de Año Nuevo, y un domingo por la mañana, además.

—¿Qué habéis hecho durante el fin de semana? —pregunté.

Byron no alzó la vista de su móvil, pero Milton me miró y capté sus ojos por el espejo retrovisor.

—Fuimos a una fiesta. Estuvo bien.

Byron resopló.

—Solo dices eso porque había chicas.

—¿Y qué? Eran muy majas.

—Tenían buenas tetas, querrás decir.

—Chicoooos. —Cinco minutos y ya tenía que ser el policía.

«No dejéis que haya mucha diferencia de edad entre vuestros hijos», dijeron; «Así serán los mejores amigos», dijeron. Salvo por mis dos chicos, al parecer, a los que les proporcionaba un inmenso placer el picarse mutuamente.

Como hijo único, me habría encantado tener un hermano, pero habría preferido que no se pareciera a ninguno de ellos.

—Has sido tú el que ha preguntado —me dijo Milton, casi como una acusación.

—He preguntado qué tal vuestro fin de semana, no os he pedido una descripción de los atributos físicos de las chicas que habéis conocido.

—Como si tú no hubieses mirado a las chicas a nuestra edad —replicó Byron—. Oh, no, espera, lo había olvidado. Mirabas a las chicas y a los chicos.

Justo antes de mudarnos a Forestville, Byron me había sorprendido contemplando una foto en la que aparecía yo con el novio que había tenido en la universidad, así que le confesé que era bisexual. No era una información que hubiese mantenido en secreto, realmente. Mandy siempre lo había sabido, pero nunca pensé que fuese relevante comentárselo a mis hijos. Eran demasiado jóvenes y estaba casado, de igual forma. Pero desde ese día, Byron me dejó claro que no aprobaba mi orientación sexual, y tenía que admitir que la bifobia, viniendo de mi propio hijo, dolía más que el ocasional comentario peyorativo de mi ex-mujer.

—Sí, lo hacía. Así es como funciona ser bisexual. —Mantuve un tono relajado; todo un logro, teniendo en cuenta el familiar dolor que me estaba comprimiendo el pecho. Quería a mis hijos más que a nada en la vida, pero podían infligirme más dolor que nadie. Eran mi mundo, esos dos, y aun así, a veces parecían muy distantes, como planetas que orbitaran a mi alrededor sin terminar de conectar nunca conmigo. Me sentía como un extraño en sus vidas, incapaz de acortar la distancia que nos separaba.

—Lo que digas.

—Byron, ¿hay algo de lo que quieras hablar? —Le observé por el espejo retrovisor.

Se encontró con mis ojos con una encolerizada expresión y luego, apartó la mirada.

—¿De qué quieres hablar? —soltó—. No vas a escucharme, de igual forma.

Ofrecí una silenciosa plegaria al universo para que me concediera paciencia.

—Nos queda una hora de viaje por delante, así que no tengo más que tiempo para hablar.

No iba a aceptar mi invitación, eso fue lo primero que pensé, pero luego, Byron suspiró profundamente, mirando por la ventanilla, y dijo:

—Es solo que... Odio estar aquí, ¿vale? No quiero vivir en la estúpida Forestville.

—Sé que ha sido duro adaptarse al cambio, Byron, pero —.

—¿Duro! —me cortó, elevando la voz—. Es más que duro, papá. He perdido a todos mis amigos y ahora estoy atrapado en esta aburrida ciudad sin nada que hacer. Está helando ahí fuera, joder; ni siquiera puedo usar mi monopatín con toda esta jodida nieve. ¿Por qué no podemos vivir con mamá a tiempo completo?

Sus palabras me golpearon como un gancho en las tripas. Apreté el volante, esforzándome

por controlar mis emociones. Cielos Santo, ni siquiera me veía con el aplomo suficiente como para reñirle por perjurar. No habría tenido un gran impacto, de igual forma.

—Ya sabes por qué. El trabajo de tu madre no le permite estar ahí para cuidar de vosotros a tiempo completo. —Las lágrimas comenzaron a escocer en mis ojos y bajé la mirada para que no pudiesen advertir mi dolor.

—Entonces, ¿por qué no busca otro trabajo?

Mandy trabajaba como azafata, mayormente de vuelos internacionales de larga distancia. Tenía a los chicos un fin de semana al mes y parte de las vacaciones escolares.

—Eso tendrás que preguntárselo a tu madre. No es una decisión que podamos tomar por ella.

—Ella nos ha dicho que pediste la custodia principal y que no le diste otra opción.

¿Les había dicho eso? Lo dudaba. Esa afirmación estaba tan alejada de la realidad como podía estarlo. No, Byron debía de haberla malinterpretado.

—Así no es como pasó, pero sé que puede ser algo confuso para ti.

—Confuso —repitió irritado—. Lo único confuso aquí eres tú. ¿Por qué cojones tuviste que mudarte a la jodida Forestville? A todos nos gustaba mucho más Atlanta, incluida mamá.

—Ya sabes por qué nos hemos mudado.

—¿Por un malentendido?

—Te arrestaron, Byron. No hubo ningún malentendido ahí.

—Te he repetido un millón de veces que yo no lo hice.

—Puede que no fueses culpable de robar, como esos tres chicos que estaban contigo a los que llamas amigos, pero ciertamente, sí que estabas borracho. Eso, en sí mismo, era razón suficiente para sacarte de allí.

Me lanzó una mirada que me habría incinerado de no ser porque me había hecho inmune a ella.

—Sé que la amistad es un concepto difícil de entender para ti, dado que no tienes vida social, pero esos chicos son mis amigos. Y nos has arrastrado a todos a la otra punta del país para perseguir una especie de... fantasía tuya.

Cielos Santo, el de dieciséis sabía exactamente cuáles eran mis fibras sensibles, y nunca fallaba a la hora de hacer daño. Tragué con dificultad, esforzándome por mantener el control.

—Byron... —Mi voz se rompió e inspiré profundamente—. No he elegido Forestville en un impulso. Nos hemos mudado aquí porque me han ofrecido una gran oportunidad laboral y pensé que sería un buen sitio para tu hermano y para ti.

—Solo porque a ti te gustara crecer en una ciudad enana en mitad de la jodida nada no significa que a nosotros también tenga que gustarnos. Nos encantaba Atlanta. Eras el único que quería mudarse. Nos lo dijo mamá.

Apreté los dientes. Si Mandy me había lanzado a los leones así, tendría que tener una charla con ella. No podía hacerme esto. Sí, ella había adorado vivir en Atlanta, pero también había visto las señales de advertencia con Byron y habíamos tomado la decisión de mudarnos juntos. O al menos, eso había pensado.

—Mamá estuvo de acuerdo conmigo en que esta era la decisión correcta —dije con calma—. Estoy haciendo lo mejor para ti como tu padre. Lo único que quiero es que tu hermano y tú seáis felices.

—¿Felices? —Resopló—. A ti no te importa nuestra felicidad, papá. Solo te preocupas por ti mismo.

—Byron, eso no es cierto, y lo sabes. Os quiero mucho a ambos, y sé que podéis ser felices aquí, hacer nuevos amigos, construir una vida. Por favor, dad una oportunidad a Forestville.

—Lo que digas. —Se giró y se puso los auriculares, terminando la conversación.

Otro día, otra discusión. Desde que nos mudamos, se había convertido en mi rutina. Nuestra relación nunca había sido un camino de rosas, pero nuestros enfrentamientos estaban alcanzando nuevas cotas de virulencia e intensidad. Mi corazón dolía al saber que, a pesar de todos mis esfuerzos, nada estaba funcionando. Intentar conectar con ellos, especialmente con Byron, era como intentar atrapar humo: cuanto más me empeñaba, más se deslizaba entre mis dedos.

El resto del trayecto lo hicimos en silencio, con mis hijos inmersos en sus móviles y la tensión flotando en el aire. Mis pensamientos se desviaron hacia el extraño con el que me había despertado meras horas antes y cómo de relajado había estado. Bueno, no había durado demasiado.

Esas horas robadas un fin de semana al mes y durante las vacaciones escolares eran el único tiempo que tenía para mí; el único momento en el que me permitía satisfacer mis necesidades de sexo y de compañía adulta. Hacía mucho que había perdido la fe en que volvería a encontrar el amor; ya tenía una vida lo suficientemente atareada como padre soltero con un trabajo a jornada completa. La situación podría cambiar cuando mis chicos fueran a la universidad, por supuesto, pero ese era un futuro tan distante que ni siquiera me daba un atisbo de esperanza.

¿Sería capaz de fusionar esas dos facetas de mi vida algún día? ¿Podría ser el padre que necesitaban mis hijos sin tener que sacrificar mi propia felicidad? Tenía que existir una manera de encontrar un equilibrio. A lo mejor. Pero por ahora, no podía entretenerme demasiado contemplando esa idea. Mi prioridad era reducir la brecha que se había abierto entre nosotros y reconstruir una relación con ambos, pero especialmente, con Byron. Quería ayudarles a encontrar su hueco en Foresville. Una vez consiguiera eso, tendría tiempo para mí mismo.

Y mientras tanto, mis hijos valían todo el sacrificio.

De momento, tendría que bastar.

Las mañanas del lunes no eran las favoritas de nadie, pero yo las adoraba porque, por lo general, eran tranquilas. No sabía por qué la gente rara vez causaba problemas en esa franja horaria, pero no iba a quejarme. A lo mejor, es que habían recuperado la esperanza en su vida con el comienzo de una nueva semana y, en este caso, además, con el comienzo de un año.

Mi oficina estaba dichosamente silenciosa, y mis dos ayudantes estaban fuera. Marcus había viajado a Seattle para participar en un entrenamiento y Waylon estaba asistiendo una colisión de vehículos que había tenido lugar unos minutos antes. Yo estaba de guardia para cualquier cosa que pasara, aunque no esperaba problemas.

Nuestro edificio tenía una distribución muy básica: una recepción con un escritorio que también hacía las veces de centralita, un despacho para mí, un segundo despacho que usaban mis ayudantes y las celdas. No era especialmente grande, pero había espacio suficiente para no tener que estar los unos encima de los otros.

Por insistencia mía, habíamos añadido una pequeña cocina, un baño privado con una ducha y una diminuta habitación con una única cama. En retrospectiva, había sido una sugerencia brillante, dado que en más de una ocasión había tenido que pasar la noche en la oficina. Una vez, incluso había funcionado como celda, cuando la cárcel real había estado llena y nos había llegado un detenido que no habíamos podido transportar a la prisión del condado de inmediato.

Había pintado cada una de las habitaciones yo mismo —con ayuda de mi padre, por supuesto—, decantándome por una gama de colores relajantes en tonos crema y verde suave. Ya habían pasado unos años y aún seguía pensando que había sido una gran elección.

Me había puesto al día con el papeleo y había llamado a Ennio, sabiendo que hoy libraba, para cerciorarme de que estaba bien. Sin nada más que requiriera mi atención, me tomé unos minutos para revisar mi email personal.

Vaya, habían puesto en oferta el Halcón Milenario de LEGO. Había sido demasiado caro para mí, pero joder, cómo lo deseaba. Con siete mil quinientas piezas, sería una digna adición a mi creciente colección.

Adoraba montar sets de LEGO. La gente podría opinar lo que quisiese, pero me divertía y me relajaba. Y ¿qué había de malo en ello?

¿Debería comprármelo? Amplié las fotos y maldita sea, era impresionante. LEGO siempre prestaba muchísima atención a los detalles y ese set no era una excepción. Me mantendría ocupado durante un mes, al menos, dado que tenía muy poco tiempo libre para consagrar a mi afición. Pero era demasiado dinero, más del que podía permitirme gastar en un impulso. La promoción duraría una semana más, así que tenía tiempo para pensármelo e idear un plan.

El teléfono sonó y comprobé el identificador de llamada. Fruncí el ceño. El instituto de

Forestville. ¿Qué necesitaban un lunes por la mañana?

—¿Sheriff Frant? —Nicholas Hebert había sido el director durante los últimos cuatro años. A pesar de que nos conocíamos desde hacía décadas, siempre insistía en dirigirse a mí por mi título oficial—. Tenemos una especie de situación aquí. Dos estudiantes se han visto involucrados en un altercado físico.

Mierda. Debía de ser algo serio si quería implicarme a mí.

—¿Cómo de malo?

—Les hemos apartado rápidamente, pero apreciaría que te pasaras por aquí, si tienes tiempo. Preferiría explicarte el motivo cara a cara.

Me había intrigado.

—De camino.

El trayecto hasta el instituto fue lo suficientemente largo como para espabilarme. Usé mi llave, y accedí al recinto. Incluso en nuestra pequeña ciudad habíamos decidido aislar a la escuela del exterior, con el fin de evitar la remota posibilidad de que algún maniaco quisiese entrar armado. Ningún padre había interpuesto una queja, lo que demostraba que todo el mundo estaba preocupado tras esa sucesión de tiroteos en los colegios de otros Estados.

—Puedes entrar directamente, sheriff —dijo Lora, la secretaria, cuando llegué a dirección.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que entré en el despacho del director. El espacio era amplio y estaba bien organizado, con estanterías repletas de libros sobre educación y liderazgo, y cuadros que exhibían diplomas y premios colgando de las paredes. El aroma a café aún flotaba en el aire, testimonio de las ingentes dosis de cafeína que se requerían para atender las necesidades de los estudiantes. El director Hebert tenía un palo en el culo, pero adoraba a sus alumnos, lo que contaba mucho.

—Gracias por venir, sheriff Frant. —Hebert hizo un gesto para que me sentara frente a él.

—Cuando quieras. Así que ¿cuál es la situación?

—Los dos chicos implicados son Gabe Everett y Byron Perry.

¿Gabe Everett? ¿El chico de Fir se había metido en una pelea? Eso no era muy propio de él. Pero fue el otro estudiante el que me hizo fruncir el ceño.

—¿Ese es el hijo del nuevo profesor de inglés, Keaton Perry? —Reconocí el nombre gracias a lo que me habían contado mis hijas. Aparentemente, el señor Perry era *dreamy*, lo que cojones significara eso. Le había visto unas cuantas veces de pasada, y me había parecido un tipo normal. Un poco más bajo que yo, con una constitución esbelta y el pelo corto y negro, con algunos hilos de gris en las sienes. Siempre vestía de forma impecable, con trajes de chaqueta y encantadoras pajaritas. No estaba seguro de qué había de atractivo en eso, pero hacía años que había renunciado a intentar entender a las adolescentes.

El director asintió.

—Correcto. Y no es la primera vez que se ha metido en problemas. El señor Perry es un padre soltero que acaba de mudarse aquí desde Atlanta, y uno de los motivos de ese traslado fue que Byron fue arrestado por robo.

Los pequeños hurtos no eran algo tan poco habitual entre los adolescentes, pero sabía por experiencia que los delitos menores podían escalar a otros mayores si no se controlaba la situación.

—¿Le procesaron?

—No, pero a sus amigos sí. Él estaba borracho, sin embargo, y estaba saliendo con el grupo de gente equivocado.

Incliné la cabeza a un lado.

—Parece que el señor Perry ha sido muy abierto contigo sobre esto.

—Sí. Está preocupado por su hijo y quiere hacer todo lo que esté en su mano para reorientarle al camino correcto y que tenga un próspero futuro.

Bien por él. Se necesitaban agallas para mudarse de un extremo al otro del país, y aparentemente, ese hombre las tenía.

—¿Qué ha desencadenado la pelea de hoy?

—Por lo visto, Byron ha iniciado la pelea y Gabe solo se estaba defendiendo.

—¿Sabemos por qué empezaría algo así?

—No, de momento. Byron es un chico muy reservado y no ha participado mucho en clase, pero no nos había dado problemas hasta ahora.

—De acuerdo. Me gustaría hablar con Byron a solas, si es posible.

—Por supuesto. —Hebert se levantó—. Tengo una oficina vacía disponible aquí al lado. Puedes esperarle ahí. Iré a su clase a llamarlo; podría tardar unos minutos.

Keaton Perry se había asentado en la ciudad en verano, justo una semana antes del comienzo de curso. Tenía dos chicos, si no recordaba mal, y el más joven estaba en la clase de Violet. También tenía un nombre inusual, algo literario. Milton, eso era. Byron y Milton Perry.

¿Habían estado de acuerdo con la mudanza? Lo dudaba. Los adolescentes aborrecían el cambio; ya tenían suficientes cosas con las que lidiar que no podían controlar. Así que el que Byron estuviese resentido, tenía sentido. Le habían obligado a trasladarse de una punta a otra del país, y no sería sorprendente que el dar problemas en la escuela fuese su reacción a ello.

Pero ¿qué le había dicho Gabe Everett para detonarlo? ¿O qué le había hecho? Gabe era un buen chico. Callado, estudioso y tan pelirrojo como su padre. Probablemente, incluso seguiría sus pasos para convertirse en médico algún día. Era una lástima que su otro padre, Samuel, no pudiera ver crecer a sus chicos. Había fallecido cuatro años atrás de un cáncer, y su muerte había sido un golpe devastador para Fir y sus hijos. Fir estaba haciendo un gran trabajo como padre soltero, sin embargo, y los chicos siempre se habían mantenido al margen de problemas, lo que hacía aún más desconcertante esa pelea.

La puerta se abrió y un desgarrado adolescente entró en la habitación con una lóbrega expresión. Tenía el pelo oscuro, largo y desordenado, y vestía unos pantalones anchos negros y una sudadera del mismo color. La irritación emanaba de él en oleadas.

—Hebert me ha dicho que debería que hablar contigo —dijo.

—El director Hebert, y sí. Soy el sheriff Frant. Toma asiento, Byron. —Hice un gesto hacia una de las viejas sillas de madera que llevaba ahí desde que yo había asistido al instituto.

Byron me fulminó con la mirada, pero avanzó arrastrando los pies por el suelo de linóleo y se sentó con reticencia.

—No entiendo por qué ha tenido que llamar a la policía —murmuró, cruzándose de brazos.

—Al director Hebert le gusta involucrarme cuando el asunto concierne a alumnos de bachillerato. Ambos preferimos cortar las cosas de raíz antes de que se conviertan en problemas mayores.

—No tengo ningún problema.

Apenas pude contener la sonrisa. Solo con mirarlo, podía adivinar que era un gran problema andante, pero no comenté nada.

—Empecemos por conocernos un poco. Os mudasteis aquí en septiembre, ¿correcto?

—Si ya lo sabes, ¿por qué me preguntas?

Señor, este chico tenía una lengua afilada. Tenía que admirar sus pelotas por hablar con esa brusquedad a un sheriff, pero también deletreaba «problemas», en mayúsculas y con luces de

neón. Los adolescentes no solían mostrar esa falta de respeto frecuentemente.

—Para entablar conversación. ¿Qué te parece Foresville hasta ahora?

—Es aburrida de pelotas.

—Comparada con Atlanta, puedo imaginarme que lo es.

Entornó la mirada hacia mí.

—¿Cómo sabes que vivíamos en Atlanta?

—Es una ciudad pequeña, Byron. Las noticias vuelan.

Me estudió, probablemente preguntándose si sabía lo que había pasado en Atlanta. No iba a traicionar a su padre revelándole eso.

—Me gustaba mucho más Atlanta. Allí tenía amigos.

—Ha debido de ser duro dejarlos atrás.

—¿Alguna vez te has mudado de una punta a otra del país?

Negué lentamente con la cabeza.

—Crecí aquí. De hecho, asistí a este instituto.

Resopló.

—Entonces no puedes entender lo que es dejar a los amigos atrás.

—Serví en el ejército durante ocho años. Créeme, sé lo que es. Y algunas de mis despedidas fueron para siempre.

Tuvo la decencia de avergonzarse.

—No lo sabía. —Vaciló y luego, añadió—: Gracias por tu servicio.

Vaya. Habían criado bien al chico y le habían inculcado el respeto a los veteranos. No era de los que deseaba ese tipo de agradecimiento —más bien al contrario, pues me hacía sentir incómodo—, pero sabía que otros lo exigían.

—Quiero entender por qué se ha iniciado la pelea. ¿Puedes explicarme de qué iba todo?

—No es de tu incumbencia. —Byron se había recuperado de su momentánea calma y había vuelto a su huraña personalidad anterior.

Golpeé mi placa de sheriff con el índice.

—Esto de aquí lo convierte en mi incumbencia. Odio sonar como un mafioso de serie B, pero todo lo que pasa en esta ciudad es de mi incumbencia.

Él se encogió de hombros.

—Aun así no voy a hablar contigo.

—Estoy intentando ayudar. Si está pasando algo en lo que pueda echarle una mano, me gustaría saberlo.

—Lo que digas. —Resopló, girando la cabeza—. Eres como el resto. Crees que sabes lo que es mejor para mí.

Me incliné hacia delante.

—Byron, estoy preocupado por tu bienestar. Solo llevas en Forestville unos meses y las peleas son raras aquí, lo que me dice que te está pasando algo.

—Claro, porque me conoces muy bien.

Suspiré. No estaba llegando a ninguna parte con este chico. A lo mejor, tendría más suerte con su padre.

—De acuerdo. Vuelve a clase. El director Hebert te informará de cuál es tu castigo por iniciar la pelea.

—Lo espero con impaciencia —dijo sarcásticamente. Se puso en pie y salió de la habitación dando un portazo.

Negué lentamente con la cabeza, decepcionado por mi falta de progreso. Algo estaba

pasando con ese chico, algo que iba más allá de la típica rebelión adolescente, pero si no estaba dispuesto a abrirse, poco más podía hacer. Volví al despacho, donde el director me esperaba con una sombría expresión.

—¿Has descubierto algo? —dijo Hebert.

—No ha querido decirme de qué iba la pelea. De hecho, no ha querido decirme nada, punto. Pero no podemos dejar que esto pase sin consecuencias.

Hebert asintió.

—Me aseguraré de que Byron reciba un castigo adecuado y le monitorearé por si surgen conflictos adicionales.

—Me gustaría solicitar una reunión con Keaton Perry. Es importante que abordemos esta situación antes de que se agrave.

—Le diré que se pase por tu oficina después de sus clases. Como siempre, gracias por la pronta respuesta, sheriff.

—Un placer.

Mientras abandonaba la escuela, no pude desprenderme de la sensación de que, tras ese estallido adolescente, había mucho más de lo que parecía.

Lo que quiera que fuese, esperaba descubrirlo al hablar con su padre. Con suerte, él me ayudaría a llegar a la raíz del asunto para prevenir incidentes futuros.

No me lo podía creer. Cuando el director Hebert me contó lo que había pasado, me sentí tan furioso como mortificado. El hombre se había mostrado muy comprensivo, asegurándome que estaba dirigiéndose a mí como padre, no como empleado, pero por supuesto, ninguno de los dos podía separar completamente ambas facetas. Era el padre de Byron y trabajaba en esa escuela, y escuchar que mi hijo había comenzado una pelea era malo desde ambos puntos de vista. Y con Gabe Everett, por el amor de Dios, uno de los chicos más encantadores de entre mis alumnos. ¿Cómo podría mirar a la cara a su padre tras el numerito que había montado mi hijo?

Y peor aún, Byron se había negado a explicarme lo que había pasado. Le había acorralado tras sus clases, ignorando las miradas curiosas de los demás estudiantes, y casi le había arrastrado hasta mi aula para preguntarle en qué diantres estaba pensando para atacar así a un compañero. Mi hijo, en un clásico comportamiento «marca Byron», se había cerrado en banda y no me había dicho ni una palabra. Estaba al límite de mi paciencia con él.

Y ahora, tenía que hacer frente al sheriff, que se había visto involucrado. El tentador y musculoso sheriff, debería añadir. Había visto al hombre de pasada y había adquirido un nuevo fetiche por los uniformes. El tipo llenaba la camisa como si una flexión de sus brazos fuera desgarrar la tela. Era un poco más alto que yo y debía de rondar mi edad, a juzgar por las briznas grises de su barba. Y era cien por cien mi tipo, salvo por un pequeño detalle: era hetero. Mi *gaydar* ni siquiera se inmutó. Así que *nop*, nada que hacer ahí. Por desgracia.

Tampoco estaba en su oficina para apreciar lo bien que lucía su uniforme. Estaba ahí para que pudiera aleccionarme y abroncarme porque mi hijo era un delincuente juvenil. Oh, qué regocijo. Al menos, iba bien vestido para la ocasión con unos pantalones de traje azul oscuro, una camisa de cuadros blancos y azules y una pajarita del mismo azul con pequeños lunares blancos. Estiloso y profesional, ¿no?

Tras esperar brevemente a que terminara una llamada, me hicieron pasar a su despacho.

Según entré, el sheriff alzó la mirada del papeleo que había estado leyendo y sentí sus cálidos ojos grises sobre mí.

—¿Señor Perry?

Me acerqué y alargué la mano por encima del escritorio.

—Keaton Perry. Lamento mucho que hayamos tenido que conocernos en estas circunstancias.

Estrechó mi mano con firmeza.

—Auden Frant. Es un placer conocerle. Por favor, tome asiento. —Hizo un gesto hacia una silla situada frente a su mesa.

Desalentado, me hundí en ella, preparándome para lo que se avecinaba. Pensaría que era un

auténtico fracaso como padre y ni siquiera estaría equivocado.

Auden se levantó, cerró la puerta del despacho y volvió a acomodarse tras su escritorio.

—El director Hebert me llamó esta mañana solicitándome que me acercara al colegio. Parece que su hijo Byron comenzó una pelea con otro estudiante, Gabe Everett.

—Lamento mucho que haya tenido que llamarle. De hecho, lamento que haya tenido que perder su tiempo con todo esto.

—Keaton. —Su tono sosegado calmó mi crispación como un bálsamo—. Es parte de mi trabajo. El director Hebert me comentó que os mudasteis aquí desde Atlanta y que Byron se vio envuelto en algún problema allí. ¿Qué puedes contarme sobre eso?

Ah, ese era el motivo por el que Nicholas había llamado a la caballería, entonces. No podía culparlo. Solo le había confiado lo que había sucedido en Atlanta para que supiese cómo actuar al primer indicio de problemas.

Estaba demasiado nervioso como para quedarme sentado, así que me puse en pie y avancé hasta la ventana. A lo mejor, si evitaba la mirada de ese perfecto espécimen de hombre, me resultaría más sencillo confesar mis deficiencias como padre.

—Empezó hace cosa de año y medio, cuando entró en el instituto. En cuestión de semanas, su actitud, cambió. Nunca había sido el chico más alegre del mundo, pero se volvió temperamental e irrespetuoso, y las cosas solo empeoraron. Cuando le arrestaron por robo, llegué a la conclusión de que algo había cambiado en su entorno y decidí que teníamos que salir de allí.

—¿Por qué elegiste Forestville?

—Me crié en Bear Creek, una pequeña ciudad de Oregon, y adoré mi infancia. A riesgo de sonar sensiblero, fue bastante idílica, y quería que mis hijos experimentaran lo mismo.

—No hay nada de malo en ello. Yo crecí aquí y no querría criar a mis hijas en ninguna otra parte.

Avancé hasta el escritorio y paré frente a una foto enmarcada que mostraba a Auden con dos sonrientes niñas.

—La madre de Byron no está demasiado presente —dije, sentándome en la silla de nuevo—. Estamos divorciados y tengo la custodia principal, dado que ella es azafata de vuelo. Tiene a los chicos un fin de semana al mes y durante la mayor parte de las vacaciones escolares. Se trasladó con nosotros y ahora vive en Seattle.

—Ah. —Auden se inclinó contra el respaldo de la silla y comenzó a frotarse la barba—. Estoy convencido de que eso debe de ser complicado.

—Ese sería el eufemismo del año —murmuré. Una punzada de culpabilidad me sorprendió. Cielos Santo, estaba desahogándome con el sheriff; pero algo en la serenidad de su comportamiento hacía que resultara sencillo abrirse a él—. Tú también eres padre soltero, ¿cierto? Creo que una de tus hijas está en la clase del pequeño de los míos.

—Sí, dos hijas. —Su voz se llenó de orgullo—. Violet tiene catorce y Dani, doce. Su madre, Tricia, y yo compartimos la custodia al cincuenta por ciento.

—Hijas —murmuré. ¿Cómo sería criar a chicas en lugar de a chicos?

—*Sip*. —Auden sonrió como si me hubiera leído la mente—. Diferentes retos, pero la misma cantidad de cariño y preocupación. Teniendo en cuenta que tu mujer también se mudó con vosotros, asumo que estuvo de acuerdo con la decisión de reubicaros.

Siempre había pensado que sí, pero, tras el afilado comentario de Byron, había empezado a cuestionármelo.

—Esa era mi impresión.

—¿Y dices que esta actitud empezó en Atlanta?

—Sí. —Contuve el aliento—. Espera, ¿se ha comportado así contigo?

Auden sonrió abiertamente.

—Sí, pero no te preocupes. Soy inmune al genio adolescente.

Dios Santo, quería excavar un pozo y ocultarme en él. ¿Cómo podía hacerme esto mi hijo? Tal vez, Byron tenía razón y trasladarnos había sido la peor de las decisiones.

—De nuevo, lo lamento. Le he criado mucho mejor.

—No es un mal chico, y sus problemas actuales no reflejan nada negativo de ti.

—¿No? Es difícil no sentirse como un fracasado. Estaba convencido de que mudarnos aquí sería la respuesta.

—¿Le procesaron en Atlanta?

—No pudieron mantener los cargos porque, a diferencia de sus amigos, él no llevaba nada encima cuando les pillaron. Y las cámaras de vigilancia no aportaron datos concluyentes. Byron asegura que no robó nada y que es inocente.

—¿Y le crees?

Alcé las manos al aire.

—No sé lo que creer. Odio pensar que mi hijo es un ladrón, pero tengo muy pocos motivos para asumir que está diciéndome la verdad, teniendo en cuenta todos los numeritos que me ha montado antes. Descubrimos que robó alcohol de la casa de su madre para tomárselo con sus amigos.

Auden me miraba con una expresión llena de comprensión.

—Ese no es un comportamiento tan extraño entre los adolescentes. Actúan. Ponen a prueba los límites.

—Teóricamente, lo sé. Pero una cosa es leerlo en un libro y otra muy distinta encontrarte a ti mismo intentando criar a un chico de dieciséis años en plena fase rebelde que parece empeñado en autodestruirse. —Ya había llegado hasta aquí, así que bien podría derramar mi alma—. Sospecho que también experimentó con algunas drogas allí. Un día vino a casa con los ojos inyectados en sangre, asegurándonos que era del humo, pero lo dudo. Los chicos con los que se había juntado eran malas noticias. Tenían la reputación de ser unos niños ricos y mimados, con demasiado dinero entre las manos y una elevada propensión a meterse en problemas.

—No el tipo de amigos que querías para tus hijos.

—Exacto. Esperaba que hiciese nuevas amistades aquí, pero hasta ahora, no está funcionando. No puedo culpar a los otros estudiantes; si es tan taciturno y malhumorado como lo es en casa, yo tampoco querría ser su amigo. —Las palabras de Byron volvieron a mi mente y tragué la amargura—. Odia vivir aquí y me ha dicho que preferiría quedarse con su madre.

Auden hizo una mueca.

—*Auch*. Eso ha tenido que doler.

Era curioso; esa simple frase hizo que todo pareciese menos desolador.

—Como un puñal en el corazón.

Auden me estudió con una mezcla de simpatía y preocupación.

—He trabajado con adolescentes problemáticos en el pasado, tanto en el ejército como en mi época como ayudante del sheriff. La mayor parte de las veces, lo único que necesitan es a alguien que les escuche y que entienda por lo que están pasando.

Empuñé las manos, esforzándome por controlar mis emociones.

—He intentado hablar con él, pero cada vez que creo que estamos progresando vuelve a cerrarse en banda. Es como si hubiese un muro entre nosotros, imposible de escalar. Es... — Liberé el aire que había contenido si darme cuenta—. Simplemente, no puedo llegar a él.

—Sigue intentándolo, Keaton —dijo Auden en tono suave, pero firme—. Puede que no veas los resultados de inmediato, pero no te rindas. Sé paciente con él.

—Paciente, ¿eh? —Suspiré, pasándome una mano por el pelo—. Esa no es una de mis mejores virtudes.

—Considéralo una oportunidad única para perfeccionarla, entonces —sonrió. Luego, se inclinó hacia delante—. Te preocupas por tus hijos, y eso es lo más importante. Al mudarte aquí, has demostrado que estás dispuesto a hacer sacrificios por su bien. Eso dice mucho de ti, y tendrás que confiar en que, con el tiempo, ellos también se darán cuenta. Sigue demostrándole que le quieres y que estás ahí para él.

—¿Crees que eso será suficiente? No quiero perderle y que termine convirtiéndose en una estadística en las noticias.

—Siempre hay riesgos y tentaciones en la vida, sin importar dónde estés. No puedes proteger a Byron de todos ellos, pero has hecho lo correcto mudándote a Forestville. Es un entorno más seguro que una gran ciudad.

—Más seguro, a lo mejor. —Tamborileé con los dedos sobre el brazo de la silla—. Pero aún puede meterse en un montón de líos.

—E intentará encontrarlos. Sigue hablando con él. Asegúrate de que sabe los riesgos y las consecuencias de sus acciones. Sé sincero sobre tus propias experiencias y los problemas a los que has tenido que enfrentarte. Es lo único que podemos hacer como padres. Intentamos lo mejor y esperamos que nuestros hijos aprendan de nuestros errores.

—Esperamos. —La palabra dejó un regusto amargo en mi lengua.

La mirada de Auden se suavizó. Puede que el hombre tuviese el aspecto de tipo duro, pero estaba descubriendo que tenía un cálido y afectuoso interior.

—No estás solo en esta lucha. Entre tú, como su padre, sus profesores, el director Hebert y yo, tenemos a un montón de adultos dispuestos a dar un paso al frente y hacer lo que sea necesario para mantenerle a salvo.

No estaba solo. Vaya, esa frase me dejó anonadado. Mandy no había sido de gran ayuda cuando habían comenzado los problemas con Byron. Según ella, nuestro hijo no actuaba así cuando se quedaba en su casa, algo que me resultaba difícil de creer, aunque no tuviese evidencias que sugiriesen lo contrario. En apariencia, su madre se había tomado la situación en serio, pero todos los esfuerzos por resolverla habían salido de mi parte, y llevaba mucho tiempo sintiendo que estaba cargando con todo el peso de la crianza. El que esa gente, a la que apenas conocía, estuviese dispuesta a ayudarme a mantener a mi hijo a salvo fue suficiente para llenarme de gratitud.

—Gracias —murmuré.

Auden comenzó a balancear un bolígrafo entre sus alargados y fuertes dedos. El sol de la tarde se reflejaba en su pelo y el vello su barba, dándole un aspecto casi etéreo. Me tenía cautivado. Siii, sí, todo eso de «manos grandes, polla grande» era un mito, pero un hombre podía soñar. Y ciertamente, en esos momentos estaba soñando, imaginándome al enorme sheriff inmovilizándome contra el colchón mientras me follaba. Lo haría con la cantidad justa de brutalidad, la suficiente para que le sintiera al día siguiente sin hacerme daño. No me oponía a algunos moratones y un ligero escozor en el culo.

Oh, también adoraba el sexo con las mujeres. Me había casado con Mandy por más de una razón, aunque últimamente me preguntaba qué era lo que me había atraído tanto de ella. Adoraba la suavidad de las mujeres, sus curvas y sus pechos, aunque desde mi divorcio, mayormente me había liado con hombres. Era más sencillo, no había riesgo de embarazos y, en mi experiencia,

las mujeres solían buscar algo más que sexo. Pero había algo más. De alguna forma, anhelaba el sexo con hombres; hombres grandes y fuertes como el sheriff Frant, cuyo cuerpo me hacía la boca agua.

—Keaton. —Mi nombre me devolvió bruscamente a la realidad—. Sé que es duro, pero lo estás haciendo bien. Intenta seguir conectando con Byron.

—Sí. —Me obligué a apartar la mirada de sus manos y me concentré en sus ojos. Busqué alguna señal de deseo, cualquiera, pero lo único que vi fue genuina preocupación. Lo que era agradable, pero maldita sea, había esperado descubrir al gay oculto en él—. Gracias, sheriff. Aprecio mucho su consejo y su apoyo.

Se puso en pie.

—Un placer. Si hay algo más en lo que pueda ayudarte, ven a hablar conmigo.

Lo dijo en un tono amistoso, no como una velada insinuación, pero encontré consuelo en sus palabras. Puede que mi deseo no fuese correspondido, pero su apoyo significaba más de lo que él podría imaginar nunca. Y con ese reconfortante pensamiento, salí a la luz del sol, que ya se estaba difuminando por el horizonte, decidido a conseguir que Byron hablara conmigo.

La parte negativa de vivir en una ciudad tan pequeña como Forestville era que las opciones para salir a cenar estaban limitadas. Teníamos el autoservicio de Eddie, que no era un autoservicio, sino el típico restaurante de hamburguesas estadounidense, y el Doble F, que servía comida decente. Pero eso era todo. La cafetería de Brianna solo ofrecía desayunos y almuerzos.

Hacía un par de meses, había abierto un nuevo restaurante italiano, ubicado a medio camino entre Forestville y Valley Creek, la ciudad de al lado, y esta noche, mis amigos y yo, habíamos reservado una mesa.

Adoraba la atmósfera de ese pequeño local. Desde fuera, parecía un restaurante corriente, el tipo de establecimiento que pasarías de largo sin pensártelo dos veces, y el nombre que le habían dado: *Bella Italia*, era bastante cliché. Pero el interior era cálido y acogedor. Las paredes estaban cubiertas por paneles de madera oscura y decoradas con fotografías en blanco y negro de Italia. Las mesas estaban envueltas en manteles blancos, sobre los que descansaban servilletas a cuadros rojos y blancos, y el techo estaba inundado de botellas de vino vacías. Entre ellas, colgaban unas enormes bombillas, y su tenue luz daba al espacio un ambiente romántico. Si alguna vez volvía a salir con alguien, este sería el sitio para invitarla a cenar.

Pero esta noche era para mis amigos.

Tomás y Tiago ignoraron las miradas curiosas de los demás comensales, que reconocieron de inmediato a los mundialmente famosos gemelos Banner. Tiago había invitado a Cas, su nuevo novio, y hacían una pareja tan encantadora que Marnin seguía repitiendo que le daban ganas de vomitar.

Marnin era mi mejor amigo desde la infancia. Vivía en Seattle, pero había bajado a Forestville para pasar el fin de semana. Esta vez, se quedaría en casa de Tiago, en lugar de dormir en mi habitación de invitados. Era más práctico y tendría mucho más espacio, lo sabía, pero no pude evitar sentirme herido, como si Tiago me hubiese robado a mi amigo. Era una estupidez, por supuesto, pero ese nuevo vacío solo evidenciaba aún más mi soledad. A lo mejor, Tomás podía simpatizar conmigo. A veces, le sorprendía observando a su hermano y a Cas con una melancólica expresión.

Esta noche, se nos había unido York. Su hermano, Essex, había sido uno de nuestros mejores amigos en el instituto; también había sido Marine, y había muerto en combate hacía años. El septiembre pasado, cuando nos reencontramos con York en la reunión de antiguos alumnos del instituto, descubrimos que no estaba pasando por un buen momento, así que ahora intentábamos incluirlo en nuestras quedadas. El hombre necesitaba amigos, y ese era un problema sencillo de resolver.

—Necesitas comprarte un uniforme de una talla más grande —me dijo Tomás estudiándome

críticamente mientras masticaba los *crudités* que nos habían servido según nos habíamos sentado —. Si flexionas los brazos rasgarás las costuras.

No había tenido intención de presentarme en mi uniforme, pero a última hora había entrado un aviso y, si me hubiese puesto a cambiarme, habría llegado tarde a la cena.

—Me queda bien. No he crecido.

Marnin resopló.

—Eres una *thirst trap* andante.

—¿Qué cojones es una *thirst trap*? —dijo York frunciendo el ceño.

—Es una foto alguien que te hace babear —expliqué—, mayormente hecha a propósito con ese objetivo. Solo lo sé porque tengo dos adolescentes. —Eso no era enteramente cierto, porque Ennio también había usado ese término repetidamente, pero no iba a arrastrar a mi hermano a esta conversación—. Y en este caso, no tiene sentido. Voy de uniforme, no estoy invitando a la gente a que admire mi cuerpo.

—Oye, el fetichismo por los uniformes existe —protestó Marnin.

Le hice la peineta y Marnin rio.

—Te vi en la portada de GQ —dije, girándome hacia Tomas, ansioso por cambiar de tema—. Se te veía muy bien, como siempre.

—Gracias. Me gusta trabajar con ellos. Sus fotos siempre son creativas y no hacen las típicas sesiones soporíferas de otras revistas. Me pusieron un traje de seda impresionante y os juro que no quería quitármelo.

—¿Puedes quedarte con la ropa? —preguntó York.

—Por lo general, la ropa que usamos son préstamos de diseñadores. Pero hemos hecho algunas sesiones en las que nos permitieron quedarnos con las prendas. Por descontado, esas son las mejores. —Sonrió.

—¿Están... Están preparados para pedir? —El camarero parecía ligeramente turbado.

Siempre era gracioso ver cómo reaccionaba la gente a la presencia de Tiago y de Tomás. Les conocía desde el colegio, así que para mí seguían siendo los amigos con los que me había criado, pero para todos los demás, sus vidas eran inspiradoras y su presencia, a veces, estresante.

—Yo pediré la ensalada jardín con pollo al grill —dijo Tomás.

Pobre hombre. Mantener su cuerpo en excelente forma era el precio a pagar por ser un reputado modelo, así que lo único que ingería era alimento para conejos. Me gustaban las ensaladas, por supuesto, pero ¿en un restaurante italiano? Joder, yo iba a pedirme un plato enorme de pasta carbonara. Un hurra por los carbohidratos. Y si las porciones eran grandes, incluso podría comer lo mismo mañana.

Terminamos de pedir la comida y continuamos con la ronda de bebidas. Solo agua cristalina para mí, dado que tenía que conducir de vuelta a mi hogar. Rara vez bebía alcohol, de igual forma, una de las desventajas de estar siempre de guardia. Técnicamente, no siempre lo estaba, pero solía sentir que sí.

La puerta se abrió, dejando entrar una ráfaga de aire helado. Como era habitual, estaba sentado con la espalda contra la pared y tenía una imagen completa de la sala, así que le localicé según atravesó el umbral, pisoteando el suelo para deshacerse de la nieve que se había adherido a sus botas. Keaton Perry, el profesor de inglés. ¿Estaba solo? Eso parecía. O a lo mejor, había quedado con alguien.

Cuando miró en mi dirección, le saludé con la mano. Él alzó vacilantemente la suya en respuesta. La camarera se le acercó y le guio hasta una mesa cercana a la nuestra. Keaton se quitó el abrigo, revelando una nueva camisa de traje, y se acomodó en la silla. Ciertamente, al

hombre le gustaba vestir bien, y tenía que admitir que esas pajaritas le quedaban encantadoras. Puede que fuese algo anticuado, pero me gustaban. De alguna forma, encajaban con él.

Me sentía mal dejando que se sentara solo. Debería unirse a nosotros. Como nuevo residente de Forestville, puede que aún no tuviese amigos. A pesar de lo que la gente solía pensar, no era fácil entablar nuevas amistades en la edad adulta, especialmente en una comunidad tan pequeña como la nuestra, donde la mayoría de la gente se conocía desde hacía décadas.

—Perdonad un momento —dije a mis amigos. Me acerqué a Keaton, que alzó la mirada del menú que estaba estudiando—. Hola, Keaton.

—Hola, sheriff Frant.

—Auden está bien. ¿Cómo has estado?

—Tirando. ¿Y tú?

—No me puedo quejar. —Podía, sin embargo. Esa melancolía de Nochevieja aún no me había abandonado, pero no tenía intención de decirle eso—. ¿Alguna novedad con Byron?

Una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro.

—¿En los cinco días que han pasado desde la última vez que hablamos? No hago milagros, ¿sabes?

Sonreí de par en par.

—Demasiado esperar, ¿eh?

Él se encogió de hombros.

—Las cosas no han empeorado, así que está eso. Esta semana ha estado muy tranquilo; a lo mejor, por el ensayo que tenía que escribir como castigo. Le ha tenido bastante ocupado.

—¿El director le ha obligado a escribir un ensayo?

Asintió.

—Sobre las leyes que regulaban el trabajo infantil a mediados del siglo diecinueve. Intuyo que quería recalcarle que no lo tiene tan mal.

Reí suavemente.

—Estoy convencido de que Byron no lo ha visto así.

—No, no lo ha hecho —sonrió.

—Así que... —Embutí las manos en los bolsillos de mi pantalón—. ¿Estás solo o esperas a alguien?

Keaton desvió la mirada al suelo.

—Solo. Milton tenía una fiesta de cumpleaños y Byron se ha pasado todo el día encerrado en su habitación, así que pensé que estaría bien regalarme una buena cena.

Probablemente, su hijo pequeño estaba en la misma fiesta a la que habían invitado a Violet.

—Ven a sentarte con nosotros. Estoy con unos amigos.

Alzó la mirada.

—No quiero imponer mi presencia.

—No lo haces. No te lo habría ofrecido si ese fuera el caso.

—¿No necesitas preguntárselo a tus amigos?

Hice un gesto con la mano, restándole importancia.

—No les importará. Venga, ven a conocer gente nueva.

Vaciló unos segundos más y luego asintió.

—Si estás completamente seguro de que no es un problema...

—En absoluto.

Avancé hacia nuestra mesa con Keaton tras de mí. Cuando llegamos, las conversaciones cesaron.

—Chicos, este es Keaton Perry, el nuevo profesor de inglés. Se nos unirá para cenar. Keaton, estos son mis amigos: Marnin, York, Tiago, Cas y Tomás.

Los ojos de Keaton se abrieron de par en par, probablemente al reconocer a los gemelos, y alzó tímidamente la mano.

—Hola a todos. Gracias por dejar que me una.

—Por supuesto. —Tiago arrastró su asiento hacia la derecha para hacerle sitio—. Cuantos más, mejor.

Marnin cogió una silla vacía que había en una de las mesas aledañas y la colocó a la derecha de la mía. Luego, hizo una señal a Keaton para que se sentara.

Bien por exigencias de su trabajo, o porque habían nacido con ese don, los gemelos Banner eran excelentes entablando una charla ligera. En minutos, Keaton había pedido su comida y estaba hablando sobre poesía y letras de canciones, de entre todas las conversaciones posibles. Gracias a Dios que había hecho caso a mi instinto y le había pedido que se nos uniera.

—Algunos temas son un cliché tras otro —estaba diciendo Keaton a Tiago—, pero muchos de ellos son una maravilla. Taylor Swift, por ejemplo, es una maestra de las palabras. —Se inclinó hacia delante con ojos relucientes—. ¿Y alguna vez has escuchado seriamente a Eminem, leyendo sus letras?

Tiago vaciló y luego, sus ojos se desviaron hacia Cas, que le devolvió una alentadora mirada.

—Soy disléxico, así que leer es muy difícil para mí, pero uso mi móvil para que me lea cosas.

No podía creer lo que estaba oyendo. Era la primera vez que había visto a Tiago hablar abiertamente sobre sus problemas con la lectura. Todos los presentes lo sabíamos desde el instituto, pero nunca lo había mencionado en voz alta. Era un enorme paso hacia delante y no dudaba de que era gracias a la influencia de Cas. Parecía que ese hombre era realmente bueno para él.

—Eso también es leer —dijo Keaton.

—¿Eso crees?

—Definir leer exclusivamente como la capacidad de procesar la palabra escrita es capacitista. Hay mucha gente que prefiere escuchar audiolibros, en lugar de usar otros soportes como el papel o el ebook, y eso sigue siendo leer.

El rostro de Tiago se iluminó y la alegría que emanó de él me conmovió. Keaton no tenía ni idea de lo sensible que era mi amigo con su dislexia, y podría haberle besado ahí mismo por lo que acababa de decir.

—Me aseguraré de fijarme mejor en sus letras la próxima vez —dijo Tiago, volviendo al tema original.

—Deberías. Es uno de los mejores raperos del mundo, en mi opinión.

El entusiasmo de Keaton era contagioso.

—No esperaba que un profesor de inglés apreciara el rap —dijo.

—Adoro la poesía, y el buen rap es poesía, solo que una forma muy concreta de ella. Lo que hace Eminem es increíble. Pocos raperos tienen su destreza, no solo por las rimas, sino por el sentido de las mismas. Es bueno con el ritmo y con el contenido. —Rio suavemente, casi para sí mismo—. Lo siento, me he dejado llevar un poco. Soy un apasionado de la poesía. No era mi intención acaparar la conversación.

—Es interesante —dijo Tiago—. Nunca me había planteado el rap así.

Keaton se agitó en su asiento.

—¿A qué te dedicas, Cas?

La pregunta fue un claro intento por cambiar el tema de conversación y desviar la atención de él. Estaba convencido de que todos los presentes nos habíamos dado cuenta, pero nadie comentó nada.

—Soy contratista —dijo Cas.

—Hizo la renovación de nuestra casa —dijo Tiago con orgullo—. Deberías venir algún día. Es preciosa.

Agradecí que invitara a Keaton, a pesar de que acababa de conocerlo. Aunque llevaba años trabajando en un negocio despiadado, Tiago aún conservaba una especie de inocencia infantil y una innegable dulzura.

—¿Contratista? —dijo Keaton—. Bueno, cuando estés disponible, házmelo saber. Tengo dos manos izquierdas y una casa que necesita algunas reparaciones de forma urgente.

—Estaré encantado de hacerte un hueco. ¿Qué tenías pensado hacer?

—¿En serio? Señor, eso sería increíble. Lo más urgente es el garaje, que tiene un enorme problema de humedad. Tengo moho creciendo por todas partes.

Cas asintió.

—Es algo muy habitual por aquí. ¿Dónde vives?

—Al final de la calle Baker, en la casa de ladrillos blancos.

—Donde solían vivir los Widman —dije.

Cas rio suavemente.

—Eso no significa nada para mí, pero conozco la casa. Hice una obra para tus vecinos de enfrente, el señor y la señora Harper. Les construí un nuevo muro de contención. ¿Qué te parece si me das tu teléfono? Podría pasarme en algún momento de la semana que viene para ver lo que necesitarías hacer.

—Vaya, gracias. Lo aprecio mucho —dijo Keaton. Cas sacó su móvil y Keaton recitó su número.

—Perfecto —dijo Cas guardando el teléfono—. Echaré un ojo a mi agenda y te enviaré un mensaje, ¿te parece?

Keaton asintió. Cuando volvió a alzar la mirada, se heló.

—Y he vuelto a hacerlo. Monopolizar la conversación. Ya me callo.

Tomás sonrió amablemente.

—No vamos a quejarnos porque des trabajo a Cas.

Keaton fue rescatado por la llegada de nuestra comida. El aroma que emanaba de mi pasta carbonara me hizo salivar. Si sabía la mitad de bien de cómo olía, en unos segundos estaría en el paraíso.

—¿Qué tal te está yendo el trabajo, York? —pregunté, ansioso por desviar la atención de Keaton, que claramente comenzaba a sentirse incómodo.

York se irguió en el asiento.

—Bien. Muy bien, de hecho. No puedo contaros demasiado, pero he empezado un proyecto nuevo y los primeros ensayos son muy prometedores.

York trabajaba como ingeniero de investigación en una compañía dedicada a fabricar material de defensa, y eso era todo lo que sabía. Por razones obvias, no podía compartir demasiada información con nadie. Ni siquiera sabíamos el nombre de su empresa; algo que podría haber descubierto fácilmente, por supuesto, pero no veía la necesidad.

—Suenas increíble. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en él? —Aunque no pudiese darnos detalles, supuse que apreciaría que mostráramos interés.

—No demasiado. Estaba intentando resolver un problema cuando tuve este momento Eureka

sobre algo completamente inconexo, así que decidí abandonar lo que estaba haciendo y centrarme en lo nuevo. Cuatro semanas después, estábamos preparados para hacer los primeros ensayos.

Keaton abrió la boca y la cerró de nuevo. Contuve la sonrisa. Tenía curiosidad, eso era obvio, y prácticamente pude ver sus neuronas llegando a la conclusión de que sería mejor no preguntar, dado que eso volvería a situarlo en el centro de atención.

No entendía por qué era tan tímido. Su comportamiento no era extraño en absoluto, y menos aún ofensivo, pero a lo mejor había tenido malas experiencias con otra gente. Tal vez, le habían dicho que hablaba demasiado. ¿Quién sabía?

De igual forma, estaba esforzándose por encajar, y le respeté por eso. Con suerte, conforme avanzara la noche, sería capaz de relajarse un poco y abandonar el miedo que parecía tener a joderla. Éramos un grupo bastante abierto, o eso me gustaba pensar, y aceptábamos bien las peculiaridades de la gente.

Los gemelos tenían un don para la interacción social, pero Marnin podía ser un capullo bastante gruñón y York, definitivamente, era un *nerd*. ¿O prefería el término *geek*? De igual forma, sabía una o dos cosas sobre torpeza social y no le menospreciábamos por ello. No todo el mundo estaba configurado de la misma forma.

Yo era un tipo afable, de trato fácil y hacía falta mucho para enfadarme, como solía decir mi abuela. Me llevaba bien con casi todo el mundo, y hacer que la gente confiara en mí me parecía tan natural como el respirar. A lo mejor, si pudiera usar todo eso para ayudar a Keaton a socializar y, tal vez, encontrar algunos amigos, consideraría mis talentos bien invertidos.

Era un auténtico estúpido. Un necio. Puede que fuese un diccionario andante, pero tenía las habilidades sociales de un niño de cuatro años que acababa de llegar de Disneyworld y no podía dejar de hablar de Mickey.

En mi defensa, Auden me intimidaba considerablemente. El hombre encendía algo en lo más profundo de mí, algo que ni siquiera había sabido que tenía. Cuando le había visto al entrar en el restaurante, mi corazón se había parado. Tenía un aspecto delicioso en su uniforme. Mi boca había empezado a salivar y solo había querido encaramarme a su cuerpo como a un árbol. Pensándolo de nuevo, a lo mejor debería estar agradecido por haber sido capaz de controlarme, por no haber cedido a esta infatuación infantil, este... flechazo. Por Dios Santo, tenía cincuenta años y había tenido un flechazo con un hombre hetero. ¿Cuándo diablos iba a aprender?

Pero me las había arreglado para ocultar mi reacción y nunca había estado tan agradecido a mi cuerpo por no ruborizarse. De otra forma, la vergüenza habría sido insoportable.

Por supuesto, en lugar de sonrojarme, había hablado. Mucho. De poesía, sin ir más lejos. A nadie le interesaba la poesía. Mandy me lo había dejado abundantemente claro a lo largo de nuestro matrimonio. Caramba, los párpados de mis alumnos comenzaban a cerrarse cada vez que empezaba a hablar de poesía en clase, y había tenido que esforzarme mucho para hacer que el tema fuese lo más interesante posible para ellos. Pensando en ello, aún no había intentado usar letras de rap. Eliminar todas las palabras ofensivas sería un reto, pero si lo hacía, los padres no podrían oponerse, ¿no? Eso podría funcionar.

De igual forma, me había dejado llevar por mi tema favorito, demasiado entusiasmado como para darme cuenta de que no le interesaba a nadie. Y lo había hecho hablando con Tiago Banner, uno de los hombres más atractivos del planeta. No era mi tipo —demasiado esbelto y sofisticado—, pero no estaba ciego, ni era inmune a sus encantos. O los de su hermano. Esos dos podrían haber hechizado a un oso pardo. Demonios, podrían haberle convencido para hacer un picnic.

Tras eso, debería haber cerrado mi maldita boca, pero no, me había metido de lleno en una conversación con Cas. De acuerdo, Tomás me había dicho que se alegraba de que le diese trabajo, pero seguramente, solo estaba siendo amable. No debería haber hablado tanto delante de desconocidos. Delante de los amigos de Auden.

Los tremendamente atractivos amigos de Auden, debería añadir. No eran tan sexis como él, pero todos superaban mi propio aspecto. Era difícil no deprimirse un poco por tu reflejo en el espejo delante de dos supermodelos.

Si me las hubiese apañado para controlar mi lengua, a lo mejor, ahora no tendrían una opinión tan negativa de mí. «De tu boca a oídos de Dios», y todo eso. Señor, no estaba seguro de cuántas decepciones más podría soportar. Hasta ahora, nada había salido de la forma que había

esperado, y no me refería solo a la reacción de mis hijos.

Había esperado hacer nuevos amigos. Había crecido en una ciudad pequeña, así que sabía cómo funcionaban y lo sencillo que era conectar con otros. Si comprabas en las tiendas locales y eras socialmente activo, conocerías a gente en seguida. Salvo que eso no había pasado.

Me había dejado caer unas cuantas veces por el *Four Foxes*, y aunque los parroquianos habían sido amables, no había conectado realmente con nadie. Y mis compañeros de trabajo eran agradables, pero tampoco había experimentado esa chispa de amistad instantánea con ninguno de ellos; ni siquiera un indicio de poder entablar una amistad con el tiempo.

No. De momento, todos mis esfuerzos por integrarme y construir una red de amigos local habían fracasado. Que era la razón por la que necesitaba que esta cena funcionase; necesitaba causar una buena impresión a estos hombres. Bueno, tras mi desastroso comienzo, la probabilidad de éxito era escasa. Dejé escapar un suspiro y me llevé otro tenedor de lasaña a la boca. Al menos, la comida estaba deliciosa.

Auden entrechocó nuestros hombros.

—Estás muy callado.

Nadie más parecía escucharnos, concentrados como estaban en una historia que estaba relatando Tomás sobre una salvaje aventura que había vivido con su hermano durante una de sus estancias en Roma.

—He supuesto que ya he dicho bastante.

Auden frunció el ceño.

—¿Por qué pensarías eso?

¿No se había dado cuenta o solo estaba intentando ser amable?

—Dudo que tú o tus amigos estuviéseris muy interesados en mi discurso sobre poesía.

Me estudió en silencio durante unos segundos.

—Todos tenemos trabajos e intereses muy distintos. Mira a Tomás y a Tiago, por ejemplo. Su mundo está tan alejado del mío que ni siquiera podría empezar a enumerarte las diferencias. Marnin y York viven en Seattle, y son dos de las personas más inteligentes que he conocido nunca; York, especialmente. Yo solo soy el sheriff de la localidad, y un poco pueblerino. Y aun así, somos amigos y siempre nos interesamos por las vidas y las aficiones de los demás. Joder, me han escuchado desvariar sobre todos mis sets de LEGO y te aseguro que no podrían interesarles menos, pero se alegran por mí.

—¿Sets de LEGO?

Auden alzó ligeramente la barbilla.

—Montar sets de LEGO es una de mis aficiones.

—¿Qué tipo de sets? —Estaba intentando imaginármelo, pero me estaba resultando difícil conciliar la imagen que tenía de él con la de un hombre jugando con piezas de LEGO.

—Ahora tengo en el punto de mira un set del Halcón Milenario, y estoy debatiéndome entre si debería comprármelo o no. Son siete mil quinientas piezas y me mantendría ocupado por un tiempo. Ese es el tipo de proyectos que disfruto.

¿Siete mil quinientas piezas? Madre de Dios, yo tardaría meses en terminarlo.

—Monté algunos sets con mis hijos cuando eran más pequeños, pero nunca les interesaron mucho los LEGO.

—A mis hijas tampoco. Todo empezó porque alguien me regaló una Estación de Policía, como una especie de broma, y cuando empecé a montarla descubrí que me encantaba. Es tranquilo y relajante.

—Bien por ti. Imagino que necesitas una afición como esa, teniendo en cuenta tu trabajo.

—La necesito, pero el mensaje que te quería transmitir es que si yo puedo desvariar con mis amigos sobre el nuevo set de LEGO en el que estoy trabajando, tú puedes ponerte poético con lo que quiera que te apasione.

Sonreí.

—¿Me estás diciendo que puedo ponerme poético con la poesía?

Sonrió ampliamente.

—Estoy convencido de que un profesor como tú se opondría a usar el mismo término dos veces en una frase, pero sí.

Sabía que me lo estaba diciendo en serio, pero no estaba convencido.

—Pero a ti ya te conocen. Sois amigos desde hace... ¿cuánto?

—Desde primaria.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Todos?

—Salvo York, que es unos años más joven que nosotros, pero éramos amigos de su hermano mayor.

¿Eran? ¿Acaso ya no eran amigos?

Respondió la pregunta que no había hecho.

—Era Marine y murió en combate hace veinte años.

—Lo lamento. Debió de ser un duro golpe para todos vosotros si teníais una relación tan estrecha.

—Lo fue, pero sobre todo para sus padres. ¿Has estado en el Albergue de las cascadas de Forestville?

Asentí.

—Cuando vine para hacer la entrevista de trabajo me alojé allí unos días. Antes de decidir mudarme aquí, exploré un poco el área.

—Los dueños son los padres de York.

Cuando conocí a la encantadora mujer que regentaba el albergue, me había parecido que emanaba de ella una persistente tristeza, como si, de alguna forma, hubiese pasado por momentos muy duros en su vida. Esto lo explicaba.

—Como padre, la idea de perder a cualquiera de mis hijos es mi peor pesadilla —dije—. No creo que pudiese superar algo así.

Auden asintió.

—Lo mismo digo. Cuando me convertí en padre entendí muchísimo más su dolor. Su muerte nos devastó, por supuesto, y le echábamos de menos, pero no al mismo nivel que sus padres. Si les pasara algo a mis chicas... Señor, solo de pensarlo se me encoge el estómago.

—¿Alguno de tus amigos tiene hijos?

Algo pasó por su rostro, pero desapareció tan rápido que supuse que me lo había imaginado.

—Tiago y Cas solo llevan saliendo unos meses, y los demás están solteros y siempre lo han estado. Soy el único divorciado.

—Aparte de mí.

—Aparte de ti —sonrió.

—¿Dónde conociste a tu mujer?

—En el instituto. Empezamos a salir por aquella época, así que nunca ha habido nadie más para mí.

Auch. Ese divorcio debía de haber dolido.

—Debió de ser difícil tomar la decisión de separarse.

No respondió de inmediato. Se pasó la mano derecha por la barba, pensativo, y finalmente, dijo:

—La decisión de separarnos, no demasiado. Pero fue difícil sobrellevar la sensación de que había fracasado. Pensé que lo tenía todo, ¿sabes? Una familia, el trabajo con el que siempre había soñado... Y de repente, todo se desmoronó.

Estaba siendo mucho más sincero de lo que había esperado, y mi admiración por él creció. A la mayoría de los hombres que conocía les resultaba difícil admitir sus debilidades, y aquí estaba este hombre fornido, confesándome directamente que se había sentido derrotado.

—Me pasó algo parecido. Llevábamos mucho tiempo con problemas, pero cuando al fin tomamos la decisión de separarnos, me afectó profundamente. Nunca me imaginé que sería un hombre divorciado.

Asintió lentamente, clavando su grisácea mirada en mí. Mi estómago se removió, pero lo silenció de inmediato. El hombre era hetero y solo buscaba amistad; a lo mejor, ni eso, y esta solo era su forma de ser amable con un recién llegado. A pesar de lo mucho que me habría gustado que quisiera ser mi amigo, lo cierto era que me había invitado a unirme a ellos por pena, sabiendo que era nuevo en la ciudad y que estaba lidiando con el delincuente de mi hijo.

—¿Por qué tenéis esa cara tan triste vosotros dos? —dijo Marnin.

Aparté los ojos de Auden con brusquedad. ¿Se había dado cuenta de cómo estaba mirando a su amigo?

—Estábamos en una reunión del Club de padres divorciados —bromeó Auden—. Alégrate de no ser miembro.

Tomás resopló.

—Todos podemos alegrarnos de eso. No estoy seguro de si el mundo está preparado para tener pequeños Marnins.

La risa recorrió la mesa, pero capté un intercambio de miradas entre Marnin y Auden, que no eran alegres en absoluto. ¿De qué iba todo eso?

—A mí me encanta estar en una relación —dijo Tiago mirando a Cas casi con adoración.

—Sí, colega, pero aún estáis en la fase de luna de miel. —Marnin le dio una palmadita en el hombro—. Dale tiempo.

Cas se irguió en el sitio con el rostro tenso.

Hice una mueca. ¿Acaso Marnin no se había dado cuenta de que acababa de implicar que no serían felices a largo plazo, que a lo mejor incluso llegarían a arrepentirse de haber estado juntos?

—No le hagáis caso —dijo Auden, lanzando una afilada mirada a Marnin. Vaya, él también se había dado cuenta—. Es un capullo cínico.

Auch. Marnin se inclinó contra el respaldo de la silla, alzó las manos, entrelazando los dedos sobre la cabeza, y suspiró.

—Auden tiene razón. Solo porque esté jodido más allá de toda salvación y sepa que nunca tendré pareja no significa que no haya esperanza para vosotros. Sois nauseabundantemente adorables juntos. Estoy seguro de que eso es una buena señal.

Había optado por autodespreciarse en clave de humor, pero no pareció una broma enteramente. En ese momento, incluso me pareció vulnerable. No sabía nada sobre su historia o por qué se etiquetaba a sí mismo como «más allá de toda salvación», pero me rompió el corazón. Todo el mundo merecía compañía y amor, incluidos los capullos cínicos.

—Gracias —dijo Cas, relajándose de nuevo.

Era muy protector con Tiago, lo que me resultó interesante, dado que era el más joven de los

dos. Señor, ¿cómo de maravilloso sería el tener a alguien que te defendiera de esa forma, que incluso estuviese dispuesto a librar algunas de tus batallas por ti? Nunca había tenido a una persona así. Mandy jamás había dado la cara por mí, ni siquiera estando casados. Era una persona muy crítica por naturaleza, y siempre había tendido a alinearse con aquellos que estaban en mi contra. Una de las muchas razones por las que mis sentimientos por ella habían ido muriendo.

La conversación volvió a la vida y durante el resto de la velada me limité a escuchar, contribuyendo únicamente cuando alguien me hacía una pregunta directa. La dinámica entre esos hombres me resultaba fascinante. Entre Tomás y Tiago percibía una ligera tensión, también entre Auden y Marnin, pero estaba tan enterrada bajo capas y capas de afecto, de genuino interés y de deseo por conectar, que era casi imperceptible. Mi instinto me decía que, cualesquiera que fuesen los problemas que se estaban gestando entre ellos, los resolverían, porque parecían decididos a hacer que su amistad funcionara.

Auden parecía estar en el centro del pequeño grupo, aunque no estaba seguro de si se daba cuenta de su rol. Era el pacificador, pero también el líder. Cuando las cosas se tensaban, se giraban hacia él y seguían su ejemplo.

—Muchas gracias por invitarme —dije a Auden cuando nos levantábamos para irnos—. Ha sido una cena maravillosa.

Auden apoyó una mano sobre mi hombro.

—Me alegra haberte tenido aquí. Siempre eres bienvenido a unirte.

Una invitación por educación, pero la apreciaba de igual forma.

—Gracias.

Enfilamos hacia la salida, Marnin y yo en la retaguardia.

—Estás llamando a la puerta equivocada —me dijo suavemente mientras los demás salían al aparcamiento cubierto de nieve.

Me giré bruscamente, casi tropezándome con mis propios pies.

—¿A qué te refieres?

—Auden —dijo Marnin—. Es hetero.

Mierda. ¿Qué había visto el hombre?

—Soy consciente, y te aseguro que no hay nada —.

Me cortó con un gesto de mano.

—Por favor, reconozco un flechazo por Auden cuando lo veo. Confía en mí. He estado ahí.

—¿Eres—.

—Bi. Soy bi. O pan, lo que prefieras. Soy lo que coloquialmente llaman promiscuo, dado que me follo a cualquiera que puedo. Y si Auden estuviese tan solo en un uno en la escala Kinsey, ya me habría lanzado a él en el instituto.

Caramba, ¿qué se suponía que tenía que decir a eso? Tal vez, la sinceridad era la mejor ruta.

—Yo también soy bi. Y sí, Auden es muy atractivo.

Marnin sonrió de par en par.

—Joder, querrás decir que está tremendo. ¿Puedes imaginarte esos muslos envolviendo tu cuerpo? Mmm. Y con lo generoso que es, te apuesto lo que quieras a que es de los que te deja sin aliento entre las sábanas. Es una pena que sea tan hetero. He compartido cama con él infinitas veces y te aseguro que nunca me ha prestado atención, ni siquiera cuando llevaba muy, muy poco encima.

Abrí la boca de par en par. Dios Santo, ¿lo decía en serio? ¿Acababa de decir eso?

Marnin rio.

—Si quieres ser nuestro amigo, tendrás que acostumbrarte a mi falta de filtro. Llamo a las cosas por su nombre y si eres de los que se ofende con facilidad, a lo mejor no somos la mejor opción para ti.

Alcé la barbilla.

—Puedo soportar cualquier cosa que me lances.

Su sonrisa se desvaneció mientras me estudiaba. Resistí el impulso de retorcerme en el sitio mientras esos ojos avellana me perforaban, absorbiendo hasta el más ínfimo detalle. Luego, me dio una palmada en el hombro y sonrió de nuevo.

—Ya lo veremos, Keaton Perry. Ya lo veremos.

La cálida luz de las lámparas sumergió al salón en una serena atmósfera, y me acurruqué en mi sillón, saboreando el silencio. Las chicas habían salido hacía unos minutos en dirección a casa de su madre y esas primeras horas sin ellas eran el cielo y el infierno a partes iguales. Apreciaba la paz y la tranquilidad, pero siempre las echaba de menos cuando no estaban a mi lado. Se suponía que Ennio se iba a pasar a cenar, pero lo había cancelado a última hora por culpa de un resfriado. Había sonado bastante congestionado al teléfono, así que solo pude agradecerse por no diseminar por mi hogar lo que quiera que le estuviese plagando.

Mi casa no era grande, pero tenía espacio suficiente como para que cada una de mis hijas tuviese su propia habitación y todos pudiéramos hacer vida cómodamente. Cuando Tricia oyó que la señora Ocean quería vender, me la recomendó. Al principio, me reí —Señor, esa casa parecía demasiado pequeña para nosotros—, pero, para mi sorpresa, cuando me deshice de todas las pertenencias de la antigua dueña —mierdas, si a alguien le interesaba mi opinión—, resultó ser del tamaño perfecto. Y con Tricia enfrente, todo había funcionado de maravilla. Cada vez que me llamaban de la oficina, las chicas podían acercarse a su casa o quedarse en la mía hasta que se acabara mi jornada. A pesar de lo mucho que me arrepentía de que nuestro matrimonio se hubiese desintegrado y del papel que había desempeñado en ello mi propio comportamiento, estaba orgulloso y agradecido por el trabajo estelar que estábamos haciendo como padres.

Había optado por decorarla con colores neutros que radiaran calma. Las paredes eran de un suave gris y las estanterías que las delineaban eran de abedul. Mi preciada colección de LEGO estaba parcialmente expuesta, dado que solo me había permitido exhibir los sets más pequeños; los grandes estaban en el sótano, donde había creado un auténtico santuario para mi afición. Joder, mi casa, mis normas. Que me denunciaran. Las chicas me miraban con desesperación toda vez que me veían ahí abajo, montando felizmente las piezas, pero mayormente no les importaba, aunque sí se burlaban afectuosamente de mi pequeño pasatiempo.

Una llamada a la puerta interrumpió mis pensamientos y recé por que no fuese nada relacionado con el trabajo. Necesitaba una noche para relajarme. La abrí. Keaton apareció ante mí, sonriendo, sosteniendo una enorme caja de LEGO con ambas manos.

—Mira lo que he encontrado hoy en el mercadillo de segunda mano de la Iglesia.

Oh, Señor, un modelo antiguo de un Parque de Bomberos. Había estado en mi punto de mira desde siempre, pero mantener este *hobby* no era barato.

—¿Y está completo? —pregunté.

Asintió.

—La mujer hizo que su hijo lo reconstruyese para asegurarse. Lo vendían por diez dólares.

—¿Diez dólares? Me cago en todo, eso es una auténtica ganga.

—Es lo que supuse, así que te lo he comprado.

¿Cómo de tierno era eso? Mis amigos sabían todo sobre mi peculiar afición y nunca me habían regalado ningún set.

—Gracias. —En un impulso, añadí—: ¿Quieres ayudarme a montarlo?

—¿Ahora?

Asentí.

—Tenía pensado empezar un nuevo proyecto, de igual forma, así que bien podría ponerme con este.

Su rostro se iluminó.

—Eso me gustaría. Probablemente, se me dará fatal, pero me encantaría intentarlo.

Era curioso; nunca me había percatado de cuánto había anhelado la compañía hasta ese momento. Cuando me aparté a un lado para dejarle entrar, algo prendió en mi pecho.

—No tiene que ver con el resultado —dije—. Es más el relajarse y divertirse montándolo. —Saqué unas bebidas: una cerveza con alcohol para él y otra «sin» para mí, y nos dirigimos al sótano.

—Vaya, te has creado un verdadero santuario aquí abajo —dijo Keaton, mirando a su alrededor.

—*Sip*, solo que en lugar de las típicas reliquias de fútbol y de béisbol, o las clásicas revistas de Playboy, aquí solo encontrarás sets de LEGO. —¿Me tacharía de infantil? Nunca me había importado lo que pensarán los demás de mí, pero de alguna forma, me importaba lo que pudiera pensar Keaton. Por otra parte, no me habría comprado un LEGO si estuviese juzgándome por ello, ¿no?

—Me gusta más tu versión —dijo—. No soy un fanático de los deportes. Afortunadamente, a ninguno de mis hijos les gustan demasiado, así que no me siento el peor padre del mundo. —Sus ojos relucieron—. Las clásicas Playboy, sin embargo, habrían estado bien.

Resoplé.

—Apuesto a que sí. Venga, vamos a empezar.

Había instalado una enorme mesa cuadrada que tenía la altura ideal para montar mis LEGO. No tenía que inclinarme y podía sentarme en un taburete alto que me permitía acceder a toda la construcción sin necesidad de ponerme en pie. Volqué las piezas en el centro y saqué una pila de alargadas cajas de plástico que usaba para almacenar y dividir los bloques de construcción.

—Primero, los clasificamos.

—¿Clasificar?

—Como es de segunda mano, todas las piezas están mezcladas. Encontrar una específica podría llevarnos años, así que primero es mejor organizarlas por color y función. —Señalé las cajas—. Ya están etiquetadas, ¿ves?

—Vaya, has desarrollado todo un sistema para esto.

—Tienes que hacerlo cuando montas sets tan grandes como los que he montado yo, o acabarás muy frustrado.

Empezamos a clasificarlas, y Keaton cogió el tranquillo en seguida.

—¿Tus hijos están con tu mujer? —pregunté, mientras poníamos cada pieza en su cubículo correcto. Mis manos se movían de forma automática, acostumbradas al proceso tras haberlo repetido innumerables veces.

Asintió.

—Por lo general, soy yo el que se encarga de llevarles a Seattle y así aprovecho para pasar allí el fin de semana, pero esta vez les ha recogido Mandy y he decidido quedarme aquí.

—¿Un fin de semana en Seattle una vez al mes? ¿Qué haces allí? —Tan pronto como las palabras abandonaron mis labios me di cuenta de la estupidez que había preguntado. Dios Santo, ¿dónde cojones estaba mi cerebro?—. Borra eso último. No he pensado bien esa pregunta.

Keaton rio suavemente.

—No pasa nada. Hablar de sexo no es un tabú para mí. A menos que lo sea para ti.

—Has conocido a mis amigos, ¿verdad? Marnin carece de filtro y es, por admisión propia, el mayor promiscuo de Seattle. He oído más detalles de sus hazañas sexuales de lo que habría creído posible. Es bi, así que he aprendido mucho, por así decirlo.

—Yo también soy bi.

—Ah, vale.

—¿Seguro?

Fruncí el ceño. ¿Qué quería decir con eso?

—Si has pensado, por un segundo, que me sentiría incómodo contigo por ser bi, es que no has estado prestando atención a la gente de la que me rodeo. En el instituto, Essex y yo éramos los únicos hetero de nuestro círculo de amigos.

—¿Essex? Ese nombre no me resulta familiar. No estaba en el restaurante el otro día, ¿verdad?

Como siempre, una punzada de dolor me atravesó el pecho al acordarme de él.

—Era el hermano mayor de York. El que murió en combate.

Keaton apoyó una mano sobre mi brazo y, sorprendentemente, su contacto me reconfortó.

—Lo lamento mucho, Auden. No quería ser insensible.

—No lo sabías. Han pasado veinte años, pero aún le echo de menos.

—El duelo no tiene un límite de tiempo. —Apretó suavemente mi brazo y luego lo liberó.

Lo entendía, y eso significó mucho para mí.

—Pero de igual forma, no; el que seas bi no marca ninguna diferencia para mí. Tú a tu rollo.

—Gracias. Y mis hijos lo saben, por cierto. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Cuánto tiempo llevas divorciado? Si puedo preguntar.

—Cinco años. Fuimos afortunados, porque nos las arreglamos para terminar las cosas de forma amistosa. —Vacilé. ¿Cuánto estaba dispuesto a contarle? Ya habíamos tocado un montón de temas durante la cena, así que bien podría sincerarme—. Tricia y yo simplemente... nos distanciamos. Estábamos tan inmersos en el trabajo y en criar a las niñas que perdimos de vista nuestra relación. Y cuando mi padre se jubiló y me convertí en sheriff, esa distancia solo aumentó. Para ser honesto, creo que yo tuve gran parte de culpa.

—¿Intentasteis arreglar las cosas? —preguntó Keaton.

—Fuimos a una terapia de pareja. Intentamos lo de tener citas una noche a la semana, pero para entonces ya éramos personas muy distintas. Eventualmente, decidimos separarnos amistosamente por el bien de nuestras hijas. —Había omitido la razón que nos había llevado a distanciarnos. Joder, ni siquiera había contado a Marnin cómo me sentía, y era mi mejor amigo. Pero ¿cómo desahogarme con él cuando él también estaba involucrado en ello? Había hecho algo increíblemente generoso, y jamás querría que se sintiese culpable. Además, era demasiado personal para contárselo a Keaton. Demasiado doloroso, también, a pesar de los años que habían pasado. Lo único en lo que había fracasado y que me había costado mi matrimonio—. ¿Sabes? —seguí—. Tricia va a volver a casarse —dije con la voz tomada mientras jugueteaba con una pieza de LEGO.

Keaton abandonó lo que estaba haciendo y me miró.

—¿Y cómo te hace sentir eso?

Suspiré, sintiendo el peso de la soledad sobre mis hombros.

—Es... duro. Verla feliz, siguiendo adelante con su vida. Y me alegro de que haya encontrado a alguien a quien quiere, y me gusta y respeto a su prometido, pero no puedo evitar sentirme solo. Como si me estuviesen dejando atrás.

Su mirada se suavizó.

—No es malo sentirse así. El divorcio es duro, y ver cómo tu ex-mujer sigue con su vida puede ser difícil. No eres el único que está experimentando eso.

Su tono me reconfortó tanto como sus palabras.

—Gracias, Keaton —murmuré—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve una verdadera relación de pareja, de verdadera camaradería. Mis hijas son geniales, pero no es exactamente lo mismo, ¿sabes?

Asintió.

—Confía en mí, te entiendo. ¿Nunca has intentado tener una cita?

—Estoy atado a Forestville, así que las oportunidades son escasas. A lo mejor, debería desplegar las alas y buscar fuera de esta área. Pero quienquiera que salga conmigo tiene que estar dispuesta a mudarse aquí, porque yo no tengo intención de irme. Estoy demasiado arraigado en la ciudad.

—Eso limita mucho tus opciones, sí. Pero lo entiendo.

—He tenido algunas citas, y he triunfado ocasionalmente, pero ya ha pasado un tiempo. ¿Y tú? ¿Tienes citas?

Keaton negó lentamente con la cabeza.

—Con un solo fin de semana al mes para mí, es demasiado complicado. Además, ni siquiera tengo la energía para ello.

—Así que tus fines de semana en Seattle son solo sexo. —¿Por qué cojones había vuelto a sacar eso a colación? A lo mejor, quería asegurarme de que Keaton supiese que no me importaba. Joder, si los polvos de una noche fuesen una opción para mí, también me aprovecharía de ellos. Echaba de menos el sexo. Mucho. Mi relación con mi mano se había estrechado demasiado, y eso me parecía triste.

Me lanzó una afilada mirada, pero luego, se relajó.

—Sí. Dejo a los chicos en casa de Mandy y me registro en un hotel. Grindr hace muy bien su trabajo, pero ocasionalmente también voy a bares gays.

—¿Ninguna mujer?

—Es más sencillo con hombres.

Resoplé.

—Me lo creo. Las mujeres son un misterio a cualquier edad —sonreí. Me puse serio de nuevo—. ¿Y qué hay de ti y de Mandy? ¿Qué pasó?

Keaton hizo una mueca.

—Nos distanciamos. O a lo mejor, jamás quisimos lo mismo para empezar. Nos conocimos en Munich, Alemania. Ella estaba viajando de mochilera por Europa con una amiga y yo estaba enseñando inglés como idioma extranjero. Fue una época muy divertida. Conectamos, y cuando volvimos a Estados Unidos, se vino conmigo y consiguió un trabajo como azafata. Nos fuimos a vivir juntos, nos casamos, tuvimos hijos... el paquete completo. Pero ella siempre fue muy inquieta y quería ver el mundo. En apariencia, lo teníamos todo, pero no era suficiente para Mandy. Ella fue concentrándose cada vez más en su carrera y yo empecé a sentir que estaba cargando con todas las responsabilidades de la casa y de criar a nuestros hijos.

—Suenas duro —dije, sabiendo demasiado bien lo difícil que era conciliar la vida familiar y

laboral.

—Lo fue. Tampoco le... —Suspiré—. No le gustaba que fuese bi. Fui sincero con ella desde el primer día y al principio, no supuso un problema, pero con el paso del tiempo, fue resintiéndolo. Sospechaba de todos los hombres que conocía. No de las mujeres, siempre de los hombres, como si creyera que, en el fondo, era gay.

Negué lentamente con la cabeza.

—Es un prejuicio muy extendido contra la gente bisexual. Como el mito de que son más propensos a ponerte los cuernos. Todo eso es una mierda, y se reduce a que la gente es incapaz de ponerse en el lugar del otro.

—Al final, eso fue lo que nos distanció. No pude soportar la sospecha constante, la paranoia, la necesidad de comprobar una y otra vez lo que hacía. Le di un ultimátum: o confiaba en mí o no lo hacía. Su respuesta fue firmar los papeles del divorcio.

Joder, eso debía de haber sido demoledor.

—¿Pero os las arreglasteis para seguir siendo amigos?

Vaciló.

—Eso pensaba, pero últimamente no estoy muy seguro de si está siendo justa conmigo. Los chicos me están dando algunas señales de que les está mintiendo sobre ciertos temas importantes.

Hacía falta mucho para enfadarme, pero pocas cosas me cabreaban más que los padres que metían a sus hijos en medio de sus disputas.

—Si eso es cierto, sería despreciable.

—Bueno. No quería la custodia principal por su trabajo, así que eso facilitó las cosas. Pero ahora, tengo la sensación de que está jugando a ser la mamá divertida mientras yo soy el aburrido que imparte toda la disciplina.

Las cosas empezaban a tener sentido.

—Esa es la razón por la que Byron te dijo que preferiría vivir con ella. Ella hace todo lo divertido con él.

—Solo les tiene un fin de semana al mes y durante las vacaciones, cuando tienen pocos deberes y menos responsabilidades. Es muchísimo más sencillo para ella concentrarse en la diversión.

A estas alturas, ya habíamos terminado de clasificar las piezas, así que saqué el manual.

—Si quieres, puedes empezar con el paso uno y yo empezaré por otra parte —dije—. Luego, podemos unir nuestras piezas. —Con suerte, ese método funcionaría. Me preocuparía por ello cuando llegara el momento.

Keaton trasteó con los diminutos ladrillos de LEGO, esforzándose por hacer encajar las primeras piezas. Tenía el ceño fruncido y se mordisqueaba el labio inferior en un gesto de concentración, claramente fuera de su elemento.

—Aj —murmuró, tras volcar accidentalmente una sección que acababa de terminar de ensamblar—. No sé cómo hacían esto mis hijos cuando eran críos. A los dos años eran más hábiles que yo ahora.

Sonreí.

—La práctica, la perfección. He montado más sets de lo que estoy dispuesto a admitir y la paciencia, ayuda.

Gruñó.

—Ahí está otra vez esa temida palabra. Paciencia. Es como si el universo intentara decirme algo. —Suspiró, cogió las instrucciones resignadamente y comenzó a pasar las páginas, buscando por dónde debería retomar la construcción. Era encantador—. ¡Ah! —Su rostro se

iluminó—. ¡Lo encontré! Veamos si puedo apañármelas para no arruinarlo esta vez.

—Tómate tu tiempo.

Volvió a ensamblar meticulosamente la sección. No estaba muy versado en el arte de construir LEGO, pero su determinación era admirable.

Keaton entornó la mirada hacia el manual de instrucciones.

—Creo que esta pieza va... —murmuró para sí, haciendo oscilar un diminuto ladrillo sobre la sección en la que estaba trabajando—. ¿Aquí?

Eché una rápida ojeada a las instrucciones.

—Casi. —Empujé suavemente su mano hasta llevarla al lugar correcto—. Ahí lo tienes.

—Esto se te da realmente bien, ¿eh?

—Sí. Empecé a montar sets de LEGO tras mi divorcio, y desde entonces, no he parado.

—Imagino que debe de ser bastante relajante cuando sabes lo que estás haciendo. Y es agradable tener algo en lo que concentrarse que no sea el trabajo o... Bueno, todo lo demás.

—Es una vía de escape.

—Una vía de escape... —murmuró mientras encajaba otra pieza—. Me gusta.

—Como creo que es seguro afirmar que esto no es lo tuyo, ¿qué haces tú para divertirte?

Alzó la mirada.

—Vas a pensar que es la cosa más aburrida del mundo.

Arqué una ceja.

—Estás hablando con un hombre que en lugar de coleccionar revistas de mujeres desnudas, tiene su santuario repleto de sets de LEGO.

Rio suavemente.

—Cierto. —Inspiró profundamente—. ¿Te acuerdas de lo que estuve hablando con Tiago durante la cena? Poesía. Esa es mi gran pasión. Adoro la poesía.

Por supuesto. Tenía todo el sentido del mundo, teniendo en cuenta su profesión.

—¿Qué tipo de poesía? Y cuando respondas a eso, por favor, ten presente que estoy interesado, pero no sé absolutamente nada de poesía más allá de lo que me enseñaron en el instituto.

—¿Qué recuerdas?

—Que Walt Whitman era gay y Lord Byron uno de los románticos. Y estoy convencido de que si escarbo en mi memoria, debería ser capaz de recitarte algún pasaje de Shakespeare. ¿O él no cuenta como poeta?

—Cuenta. Sus sonetos, especialmente.

Vaya, espera. Conocía uno.

—Tiene uno sobre los días de verano, ¿verdad? Algo sobre... «más hermosura y más suavidad».

Sonrió.

—Ese es un verso de uno de ellos, sí. Bien hecho, señor Frant.

Reí suavemente.

—Estás siendo sarcástico, asumo, porque esa es una muestra patética de mis conocimientos sobre poesía. Así que ¿quién es tu favorito?

—Adoro a Shakespeare, por supuesto, porque gran parte de sus escritos son un rompecabezas. A veces, puede ser todo un reto descubrir el verdadero significado de sus palabras tras todas esas metáforas y demás recursos estilísticos.

Al menos, el sugerir a Shakespeare no había sido demasiado estúpido por mi parte.

—¿Quién más?

—Oh, Señor, hay tantos... Robert Frost es increíble, y no estoy hablando solo de su poema sobre los dos caminos que se bifurcan, aunque ese es maravilloso; un poco cliché a estas alturas, tal vez. Adoro la profundidad de Maya Angelou y las emociones que emanan de todas sus obras. James Baldwin es un novelista aclamado, pero siento que está infravalorado como poeta, y las obras de Pablo Neruda son bellas y melodiosas. —Rio, avergonzado—. Pararé ahora, antes de hacerte llorar de aburrimiento.

—No me estás aburriendo en absoluto. Ahora entiendo por qué eres un profesor tan brillante. Tu entusiasmo es contagioso. Así que, háblame de Maya Angelou. Reconozco su nombre, pero ¿qué hace de su obra algo tan especial?

Keaton me observó, como queriendo asegurarse de que hablaba en serio, y luego se lanzó a un apasionado monólogo sobre la temática de la belleza y el orgullo negro del trabajo de Angelou. Absorbí cada palabra y aprendí más en esos pocos minutos que en todo mi último año de instituto. Sin ofender al señor Ziegler.

En cierto momento, Keaton alargó el brazo para coger una pieza al mismo tiempo que yo, y nuestros dedos se rozaron. Apartó rápidamente la mano con una avergonzada sonrisa.

—Lo siento. —Sus mejillas se tiñeron de rojo.

—No hay problema. —El calor de ese breve contacto perduró en mi piel.

Mientras seguíamos montando el LEGO lado a lado, con él hablando de poesía y yo escuchando, empecé a sentir una profunda conexión con Keaton, un tipo de conexión que no había experimentado en mucho tiempo.

Algo comenzó a florecer en mi interior. Tal vez, no estaba tan solo como había pensado. En esos momentos, estaba construyendo una cosa mucho más importante y mejor que un Parque de Bomberos; un genuino vínculo con alguien que entendía mis dificultades y estaba en una situación similar.

Mi corazón se sintió más liviano. Esta amistad era exactamente lo que ambos necesitábamos.

Uno de los peores días del año había llegado, y durante las próximas horas estaría atrapado en un metafórico infierno.

Adoraba ser profesor, pero existía un evento que odiaba por encima de todo, y esta tarde se llevaría a cabo esa forma particular de tortura. Quienquiera que hubiese ideado el concepto, claramente no había sido maestro o solo se había encontrado con los mejores especímenes de padres. Porque ¿cómo, si no, podía explicarse el puro horror de sugerir pasar una tarde entera conversando con los progenitores de tus alumnos, también llamado: «Reuniones entre padre y profesor»?

Por supuesto, en mi caso, la situación era incluso más complicada. No solo era maestro, sino también padre, y algunos de los progenitores con los que me reuniría esa tarde tenían hijos que asistían a la misma clase que Byron y Milton. Tras la pelea en la que se había visto envuelto el mayor de mis vástagos, suponía que, a estas alturas, todo el colegio se había enterado de quién era yo. Fantástico. Justo la primera impresión que quería causar.

Dicho eso, la primera hora —cuatro reuniones de quince minutos cada una—, no había ido tan mal. A lo mejor, las cosas eran distintas en las ciudades pequeñas. Mi estómago se contrajo al ver la siguiente cita: Fir Everett, el padre del chico al que Byron había golpeado. ¿Qué pensaría de mí cuando me preguntase por qué se había comportado así mi hijo y no pudiese darle ninguna explicación? Solo esperaba que no tuviese un temperamento agresivo.

El hombre que entró en el aula no se parecía en nada a lo que había esperado. Era esbelto, con un glorioso pelo rojo, un millón de pecas y unos deslumbrantes ojos verdes. Pero lo que más me impactó fue su sonrisa, amistosa y abierta, cuando se aproximó a mí extendiendo el brazo.

—Es un placer conocerle —dijo, estrechando mi mano, y parecía sincero—. Soy Fir Everett, el padre de Gabe y Josiah.

Nos sentamos el uno frente al otro en uno de los pupitres que había alineado para la ocasión; era una disposición informal para hacer las reuniones más personales, pero también me permitía mantener una distancia prudencial entre nosotros por si las cosas se ponían peliagudas. Había aprendido a tomar mis precauciones a las malas, después de que un padre furioso intentara agredirme por suspender a su hijo. No importaba que el chico no se hubiese presentado ni a la mitad de mis clases.

—Antes de empezar a discutir el rendimiento académico de sus hijos, que es estelar, por cierto, me gustaría disculparme por el comportamiento de mi hijo Byron hacia su hijo Gabe. Lamento profundamente que empezara la pelea. No sé qué cable se le cruzó ese día.

Fir asintió.

—Lo aprecio mucho. Gabe estaba disgustado. No entendió qué hizo mal.

Suspiré.

—De un padre a otro, no creo que hiciese nada mal. Byron es... Está lidiando con demasiadas cosas ahora mismo. Acabamos de mudarnos aquí desde Atlanta y está siendo una transición muy difícil para él. Me temo que pagó parte de su frustración con Gabe.

—Mudarse de una punta a otra del país a esa edad no debe de ser fácil; es natural que necesite algo de tiempo para adaptarse.

¿Todo el mundo era tan amable y comprensivo en Foresville o solo estaba siendo inmensamente afortunado y me estaba encontrando con la mejor gente?

—Gracias por entenderlo. De nuevo, lo lamento. Espero que a Gabe no le haya afectado demasiado.

Fir hizo una pequeña mueca.

—Es un chico muy sensible. Ha salido a su padre, me temo, y... —Suspiró, y un halo de tristeza nubló su mirada—. Tampoco ha sido fácil para él. Perdimos a mi marido hace algunos años y los chicos le echan profundamente de menos.

—Oh, no lo sa... —Mi corazón se rompió por él—. Lamento muchísimo vuestra pérdida. Debíó de ser un golpe devastador.

—Lo fue. —Fir recuperó la compostura—. Lo estamos llevando lo mejor que podemos, pero a Gabe le está resultando más difícil que a Josiah; a lo mejor, porque era más mayor cuando enfermó Samuel. De igual forma, ¿qué tal les va a mis chicos en tu clase?

—Les va muy bien a ambos. —Comencé a recitar el discurso que me había preparado, mirando mis anotaciones tan solo una vez. La ventaja de enseñar en una escuela tan pequeña era que no tenía tantos alumnos, lo que facilitaba enormemente el poder recordarlos a todos.

Fir se despidió con otro firme apretón de manos.

—¿Ya has encontrado un médico local? —preguntó.

—Para serte sincero, no he tenido tiempo de ponerme a buscarlo.

—Bueno, mi clínica estará encantada de aceptaros como pacientes nuevos. No te sientas obligado, por supuesto, pero sois más que bienvenidos.

Cierto. Fir tenía una clínica en la ciudad. Por lo que tenía entendido, era un negocio familiar. Me había olvidado de eso.

—Gracias. Mis hijos necesitan hacerse su revisión anual, así que estoy convencido de que nos pasaremos por allí pronto.

—Estaré esperándoos.

Apenas tuve tiempo de dar un sorbo de agua antes de que llegaran los siguientes padres. La tarde estaba fluyendo bien, mejor de lo que había esperado, y me había reservado lo mejor para el final. O mejor dicho, se había reservado él mismo. Auden había solicitado la última reunión del día, y cuando entró al aula, con esas largas piernas comiéndose el terreno, mi corazón dio un brinco. ¿Por qué tenía que ser tan endiabladamente sexy? No era justo. Y ni siquiera llevaba puesto su uniforme, solo unos desgastados vaqueros, tentadoramente ajustados en los sitios correctos, y una sencilla camiseta Henley blanca que abrazaba cada milímetro de esos enormes músculos.

—Hola, Auden. —Mi voz salió como un graznido.

Auden me miró extrañado.

—¿Todo bien?

Carraspeé.

—Sí. Tenía algo atascado en la garganta.

—Ah, vale. Por un segundo me has preocupado.

—Si necesito la maniobra Heimlich, te lo haré saber.

Sonrió de par en par.

—Por favor, hazlo. Estoy certificado como personal de emergencias.

Por supuesto que lo estaba, y ¿dónde tenía que firmar para que me hiciese el boca a boca? Caramba, Keaton, contrólate. Cielos Santo, me estaba comportando como un adolescente enamorado.

—Gracias por venir —dije en un tono sorprendentemente estable—. Es una absoluta delicia tener a tus chicas en mi asignatura. Su comportamiento es estelar, son inteligentes y participan activamente en clase.

Auden se inclinó contra el respaldo de la silla.

—Vaya, me alegra oír eso. ¿Estás seguro de que estamos hablando de las mismas chicas? Dani, me lo creo, ¿pero Violet? Puede tener mal genio como la que más.

Negué lentamente con la cabeza.

—No en mi clase.

—Esa es una grata sorpresa. No me malinterpretes. La quiero hasta la médula, pero las adolescentes deberían venir con un manual de instrucciones. La mayor parte del tiempo no tengo ni idea de lo que les está pasando por la cabeza.

—Me temo que eso no está limitado a las adolescentes. Milton y Byron también son todo un misterio para mí. Cada vez que creo que estoy empezando a entenderles, han cambiado de nuevo, y han dejado atrás la fase con la que acababa de aprender a lidiar.

—Me suena familiar.

Tenía que concentrarme en sus hijas y dejarme de distracciones. Estaba en esta reunión como padre, no como amigo; si es que habíamos llegado a ese estadio, para empezar.

—Violet compuso un ensayo fantástico sobre *La fierecilla domada*. Deberías preguntarle si te permite leerlo. Fue perspicaz y divertido a partes iguales. Obtuvo una A+ por él.

Los ojos de Auden se iluminaron.

—Eso es fantástico. Me aseguraré de hablarlo con ella.

—Y Dani escribió un gran artículo sobre el emponderamiento en los libros de Percy Jackson. Me dejó impresionado. —Su sonrisa no podría haber sido más amplia, y fue impresionante verlo en su faceta de padre orgulloso—. ¿Siempre te encargas tú de asistir a las reuniones padre-profesor? —pregunté.

—Oh, depende del momento. Tricia viene más a menudo porque mi agenda puede ser un poco impredecible, pero cuando tengo una noche tranquila, como la de hoy, asisto yo. Y supuse que estaría bien reservar la última hora para que no nos sintiésemos presionados por el tiempo. Me lo pasé muy bien la semana pasada construyendo el set de LEGO contigo.

—¿A pesar de mi absoluta falta de destreza?

Rio suavemente.

—A pesar de eso. Y ya te dije que lo importante es el proceso, no el resultado final. Espero que tú también te lo pasaras bien.

—Me lo pasé muy bien. —¿Acaso lo dudaba?—. Gracias de nuevo por invitarme.

—¿Ya has hecho más amigos por aquí?

¿El «más» implicaba que ya nos consideraba amigos o estaba leyendo demasiado en un comentario casual? No debería hacerme demasiadas ilusiones, pero era difícil convencer de eso a mi cerebro.

—No está resultando tan sencillo como había esperado.

Su sonrisa se desvaneció.

—Supongo que en las ciudades pequeñas puede ser incluso más complicado que en las grandes. Aquí se conoce todo el mundo, y la gente suele tener establecido su círculo de amigos. No digo que estén completamente cerrados a los recién llegados, pero puede ser todo un desafío el intentar hacerse un hueco entre esas amistades tan enraizadas.

—Tú tienes un sólido grupo de amigos, pero pareces abierto a hacer algunos nuevos.

Se rascó la barba.

—Mis amigos son... Sí, nos conocemos desde hace décadas, pero hacía años que no veía a Tomás y a Tiago. Nunca perdimos el contacto por completo, pero con las vidas que llevaban era difícil mantener una relación tan cercana como la de antes. Las cosas han mejorado desde que Tiago decidió volver a asentarse aquí en un impulso y estamos retomando nuestra amistad.

—¿Y Marnin? —La advertencia de Marnin tras la cena me había parecido posesiva, como si hubiese querido reclamar su derecho sobre Auden.

—Marnin y yo siempre hemos tenido una relación muy estrecha. Ya era mi mejor amigo cuando éramos críos y ha pasado un montón de tiempo en mi casa. Su padre era... Digamos que el hombre no habría ganado ningún premio al mejor padre del mundo. Marnin prefería quedarse con mi familia. Pero se mudó a Seattle hace años y ya no nos vemos tan a menudo como nos gustaría. —La tristeza inundó sus ojos y se quedó callado durante unos segundos—. Solía quedarse a dormir conmigo cuando venía de visita los fines de semana, pero ahora que Tiago y Cas tienen esa casa enorme... —Suspiró profundamente y agitó la mano en el aire—. No importa. Lo que intento decir es que no tenemos una relación tan estrecha como parece. Y aunque lauviésemos, eso no significa que no tenga espacio para un amigo más.

Siempre había sido una persona muy táctil, y ahora solo quería abrazar al hombre, dándole efusivamente las gracias, pero supuse que aún no habíamos llegado a ese punto en nuestra amistad, así que me limité a decir:

—Me alegro de que seamos amigos. No te haces una idea de cuánto significa para mí. —¿Demasiado cursi? A lo mejor, pero solo estaba expresando un cuarto de lo que sentía en realidad. Si el hombre hubiese tenido un indicio de lo mucho que quería aferrarme a él, habría huido como alma que lleva el diablo en dirección contraria. Era mejor no decir nada.

—¿Quieres volver a venir a montar LEGO otro día? —preguntó Auden—. O podemos hacer otra cosa, algo que te guste. —Frunció el ceño—. ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre? Sé que adoras la poesía, pero cómo se traduce eso a algo que haces para divertirte.

—Voy a recitales de poesía. Hay uno en Seattle este viernes por la noche y tengo pensado asistir.

Auden parpadeó.

—¿Un recital de poesía? Bueno, asumo que es bastante auto-explicativo.

—A veces tienen una temática, como los poetas del siglo veinte, por ejemplo, pero en la mayoría de ocasiones leen una mezcla ecléctica de poemas, algunos muy conocidos y otros más opacos.

—No quiero sonar estúpido o resultar ofensivo, pero ¿qué hay de divertido en ir a escuchar a alguien leyendo en voz alta?

No me ofendió en absoluto. Al contrario, apreció que me preguntara en lugar de saltar a la conclusión de que era aburrido sin buscar una aclaración.

—La poesía está hecha para ser disfrutada en voz alta, para ser escuchada tanto como leída. En muchas ocasiones, cuando oyes a otra persona recitar un poema, descubres cosas nuevas; nuevos significados o una interpretación más fresca. Incluso con poemas con los que ya estás muy familiarizado.

—¿Dónde es ese recital?

—En la Compañía de libros Elliott Bay, una librería.

—¿Y has dicho que es este viernes por la noche?

¿Por qué me estaba pidiendo tantos detalles? Oh, espera. ¿Significaba eso que quería...?

—Sí. Empieza a las ocho.

—Libro el viernes. Todo el día. Y mis ayudantes me han dejado claro que no quieren verme la cara. Aparentemente, he estado trabajando demasiado. Así que si te apetece algo de compañía, puedo ir contigo.

Parpadeé.

—¿Quieres ir a un recital de poesía?

—Contigo, sí. Tú has montado LEGO conmigo, así que he supuesto que podríamos hacer algo que te apasione. —Se encogió de hombros—. Así es como funciona la amistad.

Así es como se suponía que tenía que funcionar la amistad, sí, pero nadie había mostrado nunca el mínimo interés por mi afición. Y siempre lo había entendido porque... Bueno, era una afición un tanto aburrida, ¿no?

—¿Estás seguro? Puede que no sea lo tuyo.

—Merece la pena intentarlo, ¿no? Incluso si lo odio, al menos habré probado algo nuevo. No puede hacerme daño.

—En ese caso... —Fui incapaz de contener la sonrisa que empezó a dibujarse en mi rostro—. Me encantaría que te unieses a mí.

Esa fría tarde de viernes, con las carreteras despejadas tras una tormenta que había depositado casi trece centímetros de nieve, Keaton y yo salimos de la ciudad en su Subaru Forester azul, en dirección a un recital de poesía en la Compañía de libros Elliott Bay, en Seattle.

La poesía nunca me había atraído y no era un tema con el que estuviese familiarizado, pero el entusiasmo de Keaton había picado mi curiosidad, así que cuando mencionó el recital, supuse que podría ofrecirme a acompañarlo. Después de todo, él me había ayudado a montar mi Parque de Bomberos, así que solo era justo que ahora hiciéramos algo que le gustara. Al ver la enorme sonrisa con la que aceptó mi propuesta de acompañarlo, supe que el ofrecimiento había merecido la pena. Mi instinto me decía que el hombre no estaba acostumbrado a que la gente hiciera cosas por él.

Había dejado a mis hijas en casa de mis padres y Keaton había dejado a los suyos solos, en su casa, por unas horas. Mis ayudantes me habían asegurado que tenían todo cubierto, así que estábamos preparados para lo que, con suerte, sería una noche divertida. Aún estaba por ver cómo de divertido podía ser un recital de poesía, pero estaba decidido a mantener la mente abierta.

—Gracias por acompañarme esta noche, aunque no sea lo tuyo —dijo Keaton mirándome de soslayo.

—Un placer. Tú has salido de tu zona de confort construyendo LEGO, así que ahora me toca a mí hacer algo nuevo y diferente.

—Bueno, lo aprecio. —Sonrió—. Nunca he sido capaz de convencer a nadie para que me acompañe.

Su sonrisa provocó un extraño movimiento en mi estómago y me removí en el asiento. ¿Qué era esa sensación? A lo mejor, no estaba acostumbrado a que mis amigos apreciaran tanto mi comportamiento. Señor, adoraba a Marnin y a los demás, pero nunca se habían desvivido por agradecerme nada. Lo que no me parecía mal, por supuesto, pero ese tenía que ser el motivo por el que la evidente gratitud de Keaton me estaba afectando tanto.

—Así que ¿qué debería esperar? —pregunté, ansioso por cambiar de tema—. Dijiste que algunos de estos recitales eran temáticos. ¿Será así el de esta noche?

—No, este no tiene ninguna temática ni período concreto. Varios poetas leerán sus propias obras junto con una selección de poemas de otros autores. Es un ambiente muy casual, así que no te preocupes por no saber mucho sobre poesía. Solo escucha. Esta noche van a leer algunos grandes poetas y creo que podrías disfrutarlo más de lo que esperas.

De alguna forma, lo dudaba, pero no lo dije en voz alta.

—¿Qué tal ha ido tu semana?

Keaton rio suavemente.

—¿No has oído nada sobre el incidente de la bola de nieve de esta mañana?

—¿Incidente de la bola de nieve? —repetí. ¿De qué estaba hablando?

—Me sorprende que tus hijas no te lo hayan contado.

—Al salir de clase han ido directamente a casa de mis padres, así que no las he visto desde el desayuno.

—Ah, eso lo explica todo. Bueno, un alumno de último curso de secundaria, aún por identificar, ha golpeado al director Hebert con una bola de nieve, de lleno, en la cara.

Casi me atraganto con mi propio aliento.

—¿A propósito?

—No —rio Keaton—. Estaban en mitad de una pelea de nieve. El director Hebert se metió en medio para ponerle fin, y justo en ese momento alguien hizo el lanzamiento más perfecto del mundo. La bola le dio de lleno entre los ojos y, Señor, el director se encolerizó tanto que pensé que le daría un infarto ahí mismo.

—¿Estabas ahí? —pregunté sorprendido.

Keaton sonrió.

—Fui testigo de todo el espectáculo. Había olvidado unas cosas en mi coche, y cuando pasó todo, estaba volviendo al colegio desde el aparcamiento.

—¿Y cómo es que aún no sabéis quién lo hizo?

El rostro de Keaton se iluminó con una enorme sonrisa.

—Oh, el director no sabe quién lo hizo. Yo lo sé. Pero no fue intencionado, así que no voy a lanzar a los lobos a un pobre crío solo porque ha tenido la mala suerte de lanzar una bola de nieve justo cuando el director Hebert decidió intervenir.

Respetaba eso. Mucho.

—Muy elegante por tu parte. Muchos profesores se habrían alineado con el director.

Keaton se encogió de hombros.

—Si hubiese sido con malicia, lo habría hecho, pero en este caso, no. Y el director no me vio, así que no tiene ni idea de que había más testigos aparte de los chicos, que han cerrado filas.

—Bien por ellos.

—Ese ha sido el momento más álgido de mi semana. ¿Y qué hay de ti? ¿Algún incidente que puedas contarme?

—Ayer nos entró un aviso a las tres de la mañana informándonos de que había un tipo borracho como una cuba paseando por la calle principal. Desnudo.

—¿Desnudo? Cielos, debió de congelarse las pelotas, porque estaba helando.

—Créeme, lo hizo, y para cuando llegué allí, sus pelotas apenas eran visibles y su polla se había encogido al tamaño de mi pulgar. Pero estaba tan borracho que ni siquiera se dio cuenta. Tuve que llamar a Fir para asegurarme de que no había entrado en hipotermia, y cuando terminé de examinarlo me dijo que había estado cerca. Tardé un tiempo en averiguar quién era, porque, obviamente, no llevaba ninguna identificación encima y tampoco podía recordar dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí. Al final, descubrí que acababa de salir de una fiesta de cumpleaños de un chaval de la localidad donde habían hecho un concurso de chupitos de vodka. Los detalles que me dio fueron vagos, pero al menos conseguí sacarle eso. De igual forma, pasó la noche en el calabozo y le liberamos cuando superó nuestro test de alcoholemia. Con ropa, esta vez.

Keaton, que había estado riéndose durante toda la anécdota, recuperó el aliento.

—Estoy convencido de que ser el sheriff implica un montón de incidentes serios, pero ese es desternillante. Apuesto a que jamás volverá a hacer eso.

—Uno puede soñar —dije secamente—. No estoy seguro de si su polla sobreviviría a una segunda ronda de exposición a ese frío.

El tráfico era denso, como siempre, pero Keaton lo sorteó como un experto y se abrió paso hasta un aparcamiento situado a unas manzanas de la librería. Salimos del vehículo y avanzamos lado a lado, entrechocando ocasionalmente nuestros hombros por el camino. Finalmente, el viejo edificio de ladrillos de la Compañía de libros Elliott Bay se alzó ante nosotros, con sus ventanas tenuemente iluminadas por la cálida luz del interior. Mientras nos aproximábamos a la entrada, observé la cola que ya se había formado frente a la puerta. La excitación era palpable en el ambiente y Keaton tenía una amplia sonrisa. Justo cuando llegamos, las puertas se abrieron.

Una vez dentro, el aroma a libros nos envolvió, y en cuestión de minutos, la librería se llenó de vida, con gente arremolinándose en pequeños grupos, esperando a que empezara el recital. Cerca de veinte personas tomaron asiento en los taburetes y las sillas plegables que habían distribuido frente a un pequeño escenario, algunas de ellas leyendo deteriorados poemarios que sujetaban cuidadosamente entre las manos. La tenue iluminación creaba una atmósfera íntima, proyectando sombras en los rostros que nos rodeaban, y solo podía oír el murmullo de voces y el crujido del papel mientras la gente pasaba las páginas.

Para cuando el recital estaba a punto de empezar, la tienda estaba atestada de personas de todas las edades, bien sentadas o apoyadas contra las estanterías.

—Ven —dijo Keaton cogiéndome del brazo—. Vamos a encontrar un asiento.

Sorteamos a la multitud y me sentí ligeramente intimidado por la atmósfera intelectual. ¿Qué estaba haciendo ahí? Esto estaba muy por encima de mi nivel.

Encontramos un par de sillas vacías cerca del fondo y terminamos de acomodarnos justo cuando una mujer con un vaporoso pañuelo tomaba el escenario. La sala se quedó en silencio. La mujer dio la bienvenida a todo el mundo y presentó al primer poeta, un chico joven que leyó un poema corto. Tras él, las lecturas se sucedieron rápidamente una tras otra.

Una mujer leyó un melancólico poema de Sylvia Plath, y su trémula voz añadió profundidad y emoción a las palabras. Era demasiado pesadoso para mi gusto, pero algunas de las personas que me rodeaban parecieron no sentir lo mismo, a juzgar por sus embelesadas expresiones. La siguió un joven con una selección más animada de Walt Whitman, leyendo con claridad y con pasión. Eso me sedujo más, y al menos, reconocía el nombre del autor.

Poco a poco, el recital me fue cautivando. Comencé a notar el ritmo y la cadencia de los poemas. Algunos eran sombríos y monocordes, otros floridos, apasionados o fantasiosos. Aún no entendía la mayor parte de las metáforas y la imagería —y en algún punto de la noche, dejé de intentar comprenderlas—, pero apreciaba las emociones que había tras ellas. Y por encima de todo, disfruté viendo a Keaton.

Parecía absorto, inmerso completamente en la lectura, inclinado hacia delante en su silla con los ojos resplandecientes. Y reaccionó a cada poema; frunciendo el ceño cuando reflexionaba sobre el significado de un verso o sonriendo cuando advertía un giro ingenioso en una frase. Si leían un fragmento particularmente mordaz, asentía vigorosamente o dejaba escapar un discreto «Mmm» de apreciación.

No solo estaba escuchando. Estaba experimentando cada línea, dejando que las palabras le envolvieran. Para él, esta era una afición tan fascinante como para mí los sets de LEGO, y fue un inesperado placer contemplar la pasión que sentía hacia la poesía. Estaba en su elemento, y me alegré de poder compartir este momento con él.

—¿No es increíble? —susurró durante el descanso—. El poder del lenguaje, la forma en la que puede conmovernos e inspirarnos.

Asentí, sintiendo un torrente de emociones que no pude explicarme a mí mismo.

—¿Estás disfrutando? —me preguntó.

—Más de lo que esperaba —dije. Y no mentía.

Cuando el último poeta terminó de leer su pieza, intercambiamos unas palabras con algunos de los asistentes y luego pusimos rumbo a la salida.

—Uf, ese último me ha llegado al alma —dijo Keaton según abandonamos la librería. Su entusiasmo por las lecturas de esa noche radiaba de él—. ¿Qué te ha parecido a ti, Auden?

Mierda, ¿cuál había sido el último? A esas alturas había desconectado un poco. Oh, espera, era el que tenía un título en latín. No había entendido mucho del poema.

—Bueno... —Vacilé, avergonzado por mi falta de sensibilidad poética—. ¿No lo he pillado? Ni siquiera estoy seguro de lo que significa el título.

—«*Dulce et decorum est pro patria mori*» —dijo Keaton. Las palabras rodaron de su boca con la misma fluidez con la que yo recitaba los derechos Miranda—. «Dulce y honorable es morir por la patria», en latín. En ese poema, Wilfred Owen se rebela contra esa idea.

Fruñí el ceño.

—¿No consideraba algo noble el dar la vida por tu patria?

—Sirvió en la Primera Guerra Mundial y experimentó la guerra de trincheras y los ataques con gas mostaza de primera mano. Lo que está expresando en ese poema es que no hay nada de noble en morir así, y que si la gente pudiese ver lo terribles que son las muertes en una guerra, no repetirían esa declaración ni la romantizarían.

Vaya, con eso sí que podía estar de acuerdo.

—Tiene razón. No hay nada de romántico en una guerra.

Keaton palideció y me cogió del brazo.

—Caramba, Auden, no he pensado lo que decía. Lo lamento, ha sido muy insensible por mi parte sacar a colación la guerra.

Mientras montábamos el Parque de Bomberos le había comentado que había servido en el ejército.

—No pasa nada. —Aunque era muy considerado al preocuparse por eso—. La guerra no es un detonante para mí, aunque sé que lo es para otros.

—Pero te desplegaron. Asumo que has visto la guerra.

—No como otros. Serví con la MP, la policía militar. Es cierto que me desplegaron dos veces, pero nunca me destinaron a la línea del frente. Eso hace que mi experiencia sea muy distinta a la de aquellos que sí destinaron allí.

Observé cómo cambiaba su expresión mientras procesaba la información.

—Pero viste lo suficiente como para estar de acuerdo con el poema.

Liberó mi brazo y, curiosamente, sentí el vacío. No me habría importado que se hubiese colgado de él unos segundos más.

—Perder a Essex fue suficiente para saber cómo de cruel es la guerra.

Asintió lentamente.

—De eso trata todo el poema. Wilfred Owen describe los ataques con gas mostaza de una forma muy vívida: «Si pudieras oír, a cada tumbó, la espuma que vomitan sus pulmones podridos, /obscena como el cáncer, amarga como pus», y ese es solo un ejemplo de cómo de descriptivo puede llegar a ser.

—Sí, ahora que sé de lo que trata, estoy de acuerdo. Es difícil entender algunos poemas cuando te falta el contexto.

Keaton volvió a asentir.

—Ese es el desafío de la poesía. A menudo, tenemos que explicar el contexto en el que fue escrita para que puedan entender realmente el poema, y no mucha gente tiene la paciencia para eso.

Sonreí.

—Me sorprende que tú la tengas. Lo has dicho tú mismo. La paciencia no es una de tus virtudes.

Entrechocó amistosamente nuestros hombros.

—¿Quién te ha dado permiso para usar mis palabras en mi contra?

Seguimos charlando animadamente durante el trayecto de vuelta a Forestville, sin un segundo de incomodidad entre nosotros. Si alguien me hubiese preguntado unas semanas antes si quería más amigos, le habría asegurado que no los necesitaba, que mi pequeño grupo era más que suficiente. Pero mientras hablaba y reía con Keaton, cambié de idea. El hombre era distinto, y esta amistad incipiente me estaba proporcionando algo que no había sido capaz de encontrar en nadie. Era difícil describir la sensación; probablemente, por lo novedoso de la situación. Conocía a mis amigos de toda la vida, pero con Keaton estaba construyendo una relación desde cero. ¿Era ese el motivo por el que estaba tan excitado? ¿Era esa la razón por la que estaba deseando volver a verlo?

Lo que quiera que fuera, estaba decidido a aferrarme a ese hombre.

Me senté tras el escritorio, encorvándome sobre una pila de ensayos. El aroma a tiza y libros antiguos flotaba en el aula y el sol se filtraba por las persianas de aluminio, proyectando sombras rayadas en el suelo e iluminando las paredes, de las que colgaban coloridos pósteres de reglas gramaticales y citas famosas. El viejo radiador de la esquina emitía un suave zumbido; el único ruido en mi dichosamente silenciosa aula. Adoraba estos momentos tras las clases, cuando los chicos —y el estruendo que les seguía—, habían desaparecido y tenía unos minutos para mí, antes de enfrentarme a los desafíos que me aguardaban en casa.

«El simbolismo en *El Gran Gatsby*» era el tema que había asignado a mis alumnos, y la variedad de conclusiones a las que habían llegado no dejaba de asombrarme. Era obvio que algunos habían hecho un copia y pega de varias fuentes, pero otros habían usado su imaginación y creatividad. Esos últimos eran un bálsamo para mi fatigada alma, y me recordaban por qué había decidido convertirme en maestro.

Mientras anotaba unas observaciones en el margen de uno de los trabajos, ofreciendo aliento y alguna que otra crítica constructiva, mi móvil comenzó a vibrar sobre el escritorio con una llamada entrante. La pantalla mostró el nombre de Auden y mi pulso se aceleró, por una mezcla de ansiedad e ilusión. ¿Por qué me llamaba? Tenía que saber que aún estaba trabajando, ¿no?

—¿Hola?

—Keaton —dijo Auden. Su habitual tono calmado estaba teñido de preocupación—. Lamento molestarte mientras estás trabajando, pero he tenido que arrestar a Byron por hurto en el Billy.

Mi corazón se hundió y un sudor frío comenzó a humedecer mis cejas.

—¿Qué?

—Sí, me temo que es exactamente lo que has oído. ¿Puedes pasarte por mi oficina? Byron también está aquí.

—Por supuesto. Iré tan pronto como pueda.

Cuando terminé la llamada, mis manos temblaban. Mientras me apresuraba a salir del colegio, con los ensayos olvidados en medio de mi ataque de pánico, las preguntas fueron agolpándose en mi mente. ¿Cómo podía Byron hacer algo así? ¿Es que no se había dado cuenta de lo cerca que había estado de tener antecedentes en Atlanta?

Me aterrorizaba tener que mirar a los ojos a Auden. Me sentía fracasado como padre, y la humillación ardía en mi pecho, dificultándome el respirar. ¿Qué se me había escapado? ¿Por qué no me había dado cuenta antes? ¿Por qué había sido incapaz de impedir que pasara todo esto?

Avancé por la acera en dirección a la oficina del sheriff, sintiendo el corazón retumbando en mi pecho. El enérgico y gélido aire fue aclarando mi mente, haciendo más nítida la realidad de la

situación. Habría dado cualquier cosa por que esto fuera un sueño, pero no lo era.

Cuando llegué, Auden estaba de pie, esperándome en el vestíbulo. ¿Era mi imaginación o había compasión en su mirada? Siempre era mejor que el reproche, pero no quería que me mirara de esa forma.

—Keaton —me saludó—. Gracias por venir tan rápido. —Su tono era relajado y profesional, pero sentí la tensión subyacente.

—Por supuesto. —Mi propia voz tembló ligeramente.

—Vamos a hablar en mi despacho.

Le seguí hasta su despacho y cuando entramos, cerró la puerta tras nosotros. Gracias a Dios por eso. Al menos, nadie más sería testigo de mi humillación.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Auden suspiró.

—Le pillaron robando unos caramelos y unos chicles en el Billy. Jeff, el dueño, me llamó, pero no presentó cargos. Me dijo que manejara el caso como creyera conveniente.

—¿Le ha visto alguien más? —Esa no debería haber sido mi primera preocupación, lo sabía, pero ¿cómo podríamos mirar a la cara a los habitantes de la ciudad si se enteraban de lo que había hecho Byron? Sus compañeros de clase, los compañeros de su hermano, mis colegas docentes... Diablos, literalmente todo el mundo. En una ciudad tan pequeña como Forestville las noticias viajaban rápido.

—Brianna estaba allí, pero no dirá una palabra. Y me acerqué a la tienda con mi camioneta, no con el coche patrulla, así que no llamé la atención.

También había pensado en las posibles ramificaciones, entonces. Eso aligeró un poco la presión en mi pecho.

—Gracias. ¿Has dicho que Byron estaba aquí?

—Está en una celda, reflexionando un poco —dijo, inclinándose contra su escritorio.

Bajé la mirada y contemplé las vetas del suelo de madera, incapaz de encontrarme con sus ojos. El monosorde tictac del reloj de pared hacía eco en la silenciosa habitación. En mi mente solo podía ver a mi hijo, encerrado en una celda, y la imagen era casi insoportable. ¿Qué había hecho mal? ¿Cómo había podido fallarle tanto?

—Keaton. —Alcé la vista y me encontré con los ojos grisáceos de Auden, que no mostraba nada más que preocupación—. Necesitas encarar esto de frente. Ahora mismo, Byron está en una encrucijada. Si decide seguir por este camino, las cosas no terminarán bien para él.

—Lo sé —dije con la voz rota. El miedo y la vergüenza libraban una batalla en mi interior—. Solo que... no sé cómo llegar a él. No quiere hablar conmigo. No quiere decirme qué le pasa.

Auden suspiró, pasándose una mano por el pelo. Por un momento, su duro exterior pareció quebrarse, revelando la vulnerabilidad que se ocultaba debajo.

—¿Crees que hablará con su madre?

—¿Mandy? Lo dudo. Ha mostrado muy poco interés en involucrarse en sus problemas y solo se concentra en las vacaciones y la diversión. Puedo preguntarle, pero no estoy seguro de si hablar con ella ayudará en algo.

—¿Hay alguien más en quien confíe? ¿Un profesor, un consejero...? Cualquiera.

Negué lentamente con la cabeza.

—Hasta ahora no ha hecho ningún amigo, y las observaciones que recibo de sus profesores son todo menos estelares, por decirlo suavemente. Es inteligente, pero tiene dificultades académicas.

Auden se rascó la barba y sus líneas de expresión se profundizaron.

—¿Qué hay del resto de tu familia? ¿Tiene a alguien con el que pudiera estar dispuesto a hablar? ¿Tíos, abuelos... a lo mejor, primos?

Apreciaba esa lluvia de ideas, pero tendría que decepcionarle una vez más.

—Soy hijo único, y Mandy tiene dos hermanos, pero Byron no tiene una relación estrecha con ninguno. No tiene más modelos adultos en su vida.

Una idea apareció en mi mente. Auden tenía fantásticas habilidades sociales; parecía percibir las emociones de la gente y era muy diestro sorteando los inevitables campos de minas de toda relación. Además, tenía experiencia gracias a su trabajo. ¿Podría preguntarle si...?

No. Era demasiado. No podía pedirle eso. Ya había hecho mucho por mí y no tenía derecho a involucrarle aún más en mis problemas.

—¿Qué? —preguntó Auden—. Puedo ver que estás pensando en algo.

Inspiré profundamente.

—¿Estarías dispuesto a intentarlo? Hablar con Byron, me refiero. Se te da muy bien hacer que la gente se sienta cómoda contigo, y puede que te respete por tu apariencia, tu bagaje y tu trabajo. —No como a mí, pero no dije eso en voz alta. Byron había expresado en múltiples ocasiones que menospreciaba mi profesión, como si hubiese elegido ser maestro para torturarlo. La última vez que discutimos de ello, le dije que el mundo no giraba en torno a él. No había apreciado mi respuesta.

—No sé si tendría éxito.

—Bueno, tampoco es que puedas empeorar la situación.

Los labios de Auden se curvaron en una sonrisa.

—Ese sí que es un voto de confianza.

Vaya.

—No quería implicar que —.

—No pasa nada —me cortó, sin abandonar la sonrisa—. No estás equivocado. De acuerdo, estoy dispuesto a intentarlo, pero necesito que tú te comprometas a ser más estricto con él. Esto no puede seguir así.

Me hundí de hombros y asentí.

—Lo haré. Tienes mi palabra.

—Bien. Byron tiene que enfrentarse a las consecuencias de sus actos. Me encargaré de imponerle un castigo yo mismo y le asignaré al servicio comunitario. Eso me dará la oportunidad de pasar tiempo con él y no tendrá que aparecer ante un juez y terminar con antecedentes juveniles.

Tragué con dificultad. Mi corazón dolía por mi hijo, pero entendía la necesidad del castigo. La alternativa habría sido mucho peor.

—Aprecio tu indulgencia.

—Pero si vuelve a repetirse algo así, no tendré más remedio que involucrar al juez —me advirtió, clavando la mirada en mí.

Asentí, empuñando las manos.

—Haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que no lleguemos a eso.

Me estudió por un momento y luego, asintió casi imperceptiblemente.

—Quiero que sepas que este incidente no cambia nada de nuestra amistad —dijo en un tono más suave.

El alivio se expandió como una cálida ola por mi cuerpo, mitigando la presión que se había instalado en mi pecho. No me había dado cuenta del pavor que me había inundado ante la posibilidad de perder su amistad.

—Gracias. Significa más de lo que puedo expresar con palabras. —Vacilé—. Me lo he pasado muy bien contigo.

Sonrió; un gesto pequeño, pero genuino, que barrió algo de mi amargura.

—Yo también me lo he pasado muy bien contigo. Así que vamos a ponernos de acuerdo ahora en que no dejaremos que esto se interponga entre nosotros.

—Trato hecho —sonreí—. ¿Puedo llevarme a Byron a casa?

—Sí. Me pondré en contacto contigo para informarte de los detalles del servicio comunitario. Encontraré algún proyecto en el que no esté obligado a marcar la casilla de voluntario o forzoso para que nadie se dé cuenta.

Vaya, había pensado en todo.

—Perfecto. Gracias de nuevo.

—Venga, vamos a ver a Byron.

El sol proyectaba alargadas sombras en el pasillo que conducía a su celda. Byron estaba sentado en el colchón, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Mi pecho se contrajo al ver así a mi hijo, claramente lidiando con algo, pero renuente a dejar que alguien entrara en su mundo.

Cuando nos vio, se irguió en el sitio y, por un instante, vi a mi pequeño bajo ese duro exterior; vi al chico asustado que necesitaba a su padre. ¿Cómo podía conectar con esa parte de él? ¿Qué podía hacer para ser el padre que necesitaba?

—Byron. —La ira y la decepción permearon mi voz, pero ¿acaso alguien podía culparme?

Su máscara volvió a su sitio.

—Papá —saludó fríamente.

Liberé lentamente el aire de mis pulmones, empuñando las manos. Señor, dame paciencia.

—No necesito decirte lo decepcionado que estoy con tu comportamiento.

Se hundió de hombros, inclinándose hacia delante.

—Lo sé.

De acuerdo, esa reacción era mucho más de lo que había esperado.

—El sheriff Frant se ha mostrado de acuerdo en manejar esta situación sin involucrar a los tribunales, pero vas a tener que hacer servicio comunitario.

La sorpresa atravesó su mirada.

—¿El dueño no ha presentado cargos?

—Ha accedido a dejarme manejar esto a mi manera —dijo Auden, en un severo tono que nunca le había escuchado antes. Señor, era inapropiado de todas las formas posibles, pero me gustó ese tono. Me excitó de una forma extraña; y ¿cómo de retorcido era sentir eso en estos momentos?

Byron vaciló, y luego murmuró:

—Gracias.

Un pequeño avance. Era estúpido alegrarse tanto por esa diminuta palabra, pero me alegró. Un pasito seguía siendo un pasito, así que lo aceptaría.

—Byron, quiero dejarte algo bien claro. —Auden esperó a que mi hijo alzara la cabeza para mirarlo—. Este es un acuerdo puntual. No volverá a repetirse. Si me veo obligado a arrestarte de nuevo, no tendré más remedio que meterte en el sistema, y confía en mí, no quieres eso. Un antecedente juvenil afectará a tu futuro en los años venideros, así que no vayas por ese camino. Te arrepentirás el resto de tu vida.

Byron no respondió, pero un cúmulo de emociones pasó por su rostro. ¿Acaso Auden estaba llegando a él? Por favor, que así fuera.

—¿He hablado claro? —preguntó Auden.

—Sí —dijo Byron. Auden arqueó una ceja y rápidamente añadió—: Sí, señor.

—Bien. Informaré a tu padre de cuándo espero que te presentes para tu servicio comunitario.

—¿Lo sabrá todo el mundo? —murmuró Byron.

—No. Haremos que parezca que te has presentado como voluntario.

—¿Qué tendré que hacer?

—Aún no tengo ni idea, pero estoy convencido de que puedo encontrar algún proyecto que pueda beneficiarse de tu tiempo y de tu talento.

—De acuerdo. Señor.

Vaya. Modales. Jamás pensé que mi hijo se acordaría de ellos, pero parecía que Auden los merecía.

Auden abrió la celda, y el chirrido del metal me hizo dolorosamente consciente de que Byron había sido encarcelado. A lo mejor, él también había registrado el acontecimiento, porque el miedo retornó a sus ojos.

—¿Soy libre para irme?

—Sí. Tu padre te llevará a tu casa. Estoy seguro de que él tendrá algunas medidas disciplinarias adicionales para ti.

Bien. Buena sugerencia.

—Será mejor que le creas —dije.

La expresión sorprendida de Byron me indicó que no había esperado mi reacción. ¿Por qué no esperaba que le castigara tras hacer algo así? Las dudas me asaltaron. ¿Acaso había dejado que se saliera con la suya demasiadas veces? ¿Había tirado la toalla sin darme cuenta y había evitado corregirle o disciplinarle? Caramba, era la primera vez que pensaba en ello.

Cuando salimos, Auden apoyó una enorme mano sobre mi hombro y me dio un apretón de aliento, pero mi mente seguía dando vueltas a las mismas preguntas. Pensaba que había sido estricto, pero ¿realmente lo había sido? Siempre había detestado a los padres autoritarios y como resultado, a lo mejor me había desplazado demasiado en la dirección contraria. ¿Había sido demasiado permisivo con Byron?

No estaba seguro, pero si ser más severo pudiese ayudar a mi hijo a encontrar su camino, entonces tendría que convertirme en ese padre, sin importar lo antinatural que ese comportamiento fuera para mí.

Byron era lo único que importaba, y no me quedaría a un lado viendo cómo se autodestruía.

Cuando entré en el Centro de personas mayores la tarde del martes, el calor me envolvió como un abrazo, desterrando el frío de febrero. Para mí, San Valentín siempre había sido una de esas festividades forzadas y comerciales, pero los ancianos del centro comunitario la adoraban. Las paredes del vestíbulo estaban cubiertas de coloridas pinturas y fotografías que exhibían el talento creativo de los residentes más antiguos de Forestville, y del techo colgaban serpentinatas rojas, rosáceas y blancas, sobre las que habían adherido corazones de papel de varios tamaños.

Del salón principal me llegó el rumor de risas y el murmullo de charlas amistosas. Varios grupos de ancianos se reunían en torno a las mesas que estaban distribuidas por la sala; algunos echaban una partida de *bridge* mientras que otros estaban concentrados en sus puzles. Cada mesa estaba decorada con un jarrón con rosas artificiales y había cientos de caramelos con forma de corazón desperdigados por todas partes. De fondo, Tony Bennett y Lady Gaga estaban haciendo gala de su talento musical, cantando una balada.

—De acuerdo. Empecemos —dije a Byron, que estaba de pie a mi lado con un rodillo en una mano y una lata de pintura en la otra.

—Claro, sheriff Frant —contestó, frunciendo el ceño.

Había vuelto a su malhumorada y desafiante personalidad. La actitud dócil del día de su arresto había sido temporal, y ahora no quedaba ni rastro de ella. Mi paciencia se estaba agotando y si no abandonaba esa conducta pronto, me encargaría de que se diese cuenta de las consecuencias. Tenía cero motivos para estar resentido con el servicio comunitario, dado que me podría haber asegurado de que fuera mucho, muchísimo peor. A lo mejor, debería volver a recordárselo. La última vez, pareció causar una fuerte impresión.

Nos encaminamos hacia la sala que habían reservado para las sesiones de terapia física. Las paredes estaban descascarilladas y sucias, desesperadamente necesitadas de una nueva capa de pintura, que sería el trabajo de Byron. Mi labor consistiría en supervisarle. Ni siquiera iba a tocar ese rodillo. Eso le correspondería solo a él, y sería mejor que lo hiciese jodidamente bien.

Byron instaló la bandeja de pintura, exhibiendo una experiencia que no había esperado.

—¿Has hecho esto antes? —Con suerte, esa pregunta rompería el hielo.

—¿Pintar? Sí, unas cuantas veces. —Ni siquiera alzó la mirada—. Mi padre me obligó a ayudarlo a pintar nuestra casa cuando nos mudamos aquí.

Bueno, al menos había conseguido sacar más de una palabra de su boca, lo que era un logro. Arrastré una silla hasta un lugar desde el que pudiera entablar conversación con él, sin interferir en su trabajo.

Hundió el rodillo en la pintura y comenzó a aplicarla sobre la pared con agilidad. Por lo visto no tendría que preocuparme por el resultado. Bien, eso significaba que podía concentrarme en

intentar que se abriera un poco a mí. Inspiré profundamente, enviando una silenciosa plegaria al universo para que me concediera paciencia.

—¿Cómo van las cosas en el instituto?

—Bien.

Y habíamos vuelto a respuestas monosilábicas. Genial. Tendría que intentar otra aproximación, entonces.

—Tu padre me ha dicho que te gusta componer ritmos. Eso es bastante interesante. ¿Cómo te dio por ahí?

Hizo una pausa, como considerando si quería o no entablar conversación conmigo. Luego, se encogió de hombros.

—Cacharreando un día con mi ordenador, supongo.

—¿Usas algún software específico?

—Sí, un programa que se llama FL Studio. La versión básica no te lleva muy lejos, pero puedes conseguir un montón de *plugins* y paquetes extra. No son baratos, pero ofrecen como... efectos especiales y filtros que están muy guapos.

Vaya, no le había oído hablar tanto desde que le conocía. Claramente, este era un tema que le apasionaba.

—Debes de tener mucho talento si puedes crear algo de la nada así como así.

—Lo que digas —murmuró, agitando los pies en el sitio.

Bueno, al menos estaba hablando.

—¿Alguna otra afición? Ya sabes, ¿además de robar? —Inyectar algo de humor no podía hacer daño.

—Muy gracioso. —Hizo un gesto de desesperación, pero su reacción fue menos agresiva que antes. ¿Estaba llegando a él?

—Ahora en serio, ¿qué más te gusta hacer?

—Leer, supongo —masculló, como si le avergonzara de alguna forma—. Mi padre siempre tiene libros tirados por casa, así que a veces cojo alguno.

—Tu padre es un tipo muy interesante. Parece bastante apasionado por la literatura y la poesía. Y por lo que tengo entendido, es un gran profesor.

—Si tú lo dices.

Vaya, esa respuesta había sido un poco afilada. Su padre era un tema espinoso, entonces, pero... ¿por qué?

—Parece que no estás de acuerdo conmigo.

Suspiró, dejando el rodillo en el suelo.

—Mira, es solo que... Mis compañeros del colegio hablan, ¿sabes?

—¿Hablan? ¿Sobre qué?

La vergüenza inundó sus ojos y apartó la mirada.

—Sobre que mi padre es... gay.

Las palabras apenas fueron un murmullo, pero me golpearon como una montaña de ladrillos. ¿Los otros alumnos se burlaban de él porque su padre era gay? Pero eso no tenía sentido. Keaton ni siquiera era gay, sino bi, para empezar, y nunca había oído comentarios homófobos en el colegio.

—¿Quién dice eso?

—Gabe Everett escuchó a unos chicos hablando de ello e intentó consolarme diciéndome que su padre también era gay.

—¿Y te consoló?

—¡No! —Su rostro enrojeció y enterró bruscamente el rodillo en la pintura—. No quiero que nadie sepa que mi padre es gay. Por eso golpeé a Gabe.

¿Le había golpeado por eso? Pobre Gabe. Solo había intentado animarle. Tendría que contarle a Fir lo que había pasado. Puede que su hijo necesitare hablar con alguien del incidente.

—Byron, la gente puede ser cruel a veces, pero hay cosas mucho peores que tener a un padre gay. Y además, tu padre no es gay, es bisexual.

—Misma historia. No importa cómo lo llames. Mis compañeros piensan que es gay porque es... Bueno, no es como los demás padres.

—No te sigo. ¿A qué te refieres?

—La mayoría de los padres hace cosas como cazar o pescar con sus hijos. Van a ver partidos de fútbol o de béisbol, y juegan al balón juntos. ¿Mi padre? Lee poesía y habla sobre Shakespeare. Ni siquiera sabe cómo cambiar la rueda de un coche. Y viste con esas estúpidas camisas y esas jodidas pajaritas. ¿Quién cojones hace eso? Es como si su sentido de la moda se hubiese quedado atascado en los cincuenta o algo así.

Joder. No habría adivinado, ni en un trillón de años, que el origen de su frustración fuese la personalidad y la identidad sexual de su padre. ¿Cómo demonios iba a manejar esta situación? Podía entender su bochorno hasta cierto punto, pero lo que me había dicho eran un montón de frases sentenciosas contra su padre. ¿Acaso no entendía que Keaton necesitaba ser él mismo?

—No hay una sola forma de ser un hombre, y no hay nada de malo con que tu padre sea él mismo. Incluso si eso significa que es un poco diferente de la mayoría.

—¿Un poco? Desearía que fuese más... normal. Quiero encajar con mis compañeros, pero ¿cómo se supone que voy a hacer eso cuando todo el mundo nota que es diferente?

—¿Y le juzgan por eso?

Frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Hay una diferencia entre especular con que es gay y juzgarle por serlo usando insultos.

—¿Qué importa eso?

—Ya sabes que Gabe tiene un padre gay. Tenía dos, antes de que su otro padre muriera de cáncer. Y su padre es Fir Everett, nuestro médico local. Toda la ciudad va a su clínica, a pesar de que es gay. Y... —Me disculpé mentalmente con Fir, pero estaba convencido de que no le importaría que le usara como ejemplo— Fir nunca ha sido lo que se entiende por super masculino. Fuimos compañeros desde la guardería hasta el instituto, y todos sabíamos que era gay. Nadie dijo nada, pero lo sabíamos. Y, por cierto, dos de mis mejores amigos también lo son. ¿Conoces a los gemelos Banner, Tomás y Tiago?

Sus ojos se abrieron casi cómicamente.

—Por supuesto que sí. Son como... super famosos y esas mierdas. ¿Les conoces?

Asentí.

—También fuimos juntos a clase, y se acaban de mudar a la ciudad. O al menos, Tiago lo ha hecho. Es gay y tiene una relación con Cas, el contratista local.

—¿Adónde quieres llegar?

—Lo que intento decirte es que esta ciudad es bastante abierta. Y las estadísticas demuestran que los hijos siempre son más liberales que sus padres; los de tu generación, especialmente; así que me sorprendería el encontrar verdadera homofobia en el colegio.

—¡No lo entiendes! —Las lágrimas empezaron a acumularse en sus ojos—. No es sobre que sea gay, o bi, o lo que sea. ¿Qué pasa si descubren que... —Calló.

—¿Que qué?

Bajó la mirada al suelo.

—Que va a Seattle los fines de semana para acostarse con hombres.

Me cago en todo, ¿sabía eso? Estaba seguro de que Keaton no era consciente de ello. Si lo hubiese sospechado, me lo habría dicho.

—¿Cómo sabes lo de las visitas de tu padre a Seattle? —pregunté, esforzándome por contener el asombro.

—Le escuché una vez hablando por teléfono —murmuró—. Estaba quedando con un tipo con el que se iba a encontrar.

De acuerdo, había llegado el momento de ponerme brutalmente honesto.

—Tienes dieciséis, ¿verdad?

Asintió.

—¿Ya te has acostado con alguien?

Sus mejillas se tornaron carmesí.

—Eso no es de tu incumbencia. Y es como... inapropiado preguntar.

—Pero crees que está bien hablar de la vida sexual de tu padre y juzgarle por ello.

Se mordió el labio.

—Eso es distinto.

—¿Lo es? El sexo es normal, Byron. Para los adultos, al menos. Tu padre está soltero, así que ¿por qué debería prescindir del sexo, independientemente de quién sea su pareja? Al final del día, la vida íntima de la gente debería ser privada. Lo que haga tu padre cuando no está contigo no es de tu incumbencia, y tampoco le incumbe a los demás.

—Pero ¿qué pasa si alguien lo descubre?

—¿Te importaría tanto si se acostara con mujeres?

—No —susurró.

—Entonces tengo noticias para ti, chico. El homófobo eres tú. No tus compañeros, sino tú.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas y mi corazón se encogió al ver su dolor. Señor, esperaba estar diciendo lo correcto aquí. Toda esta conversación era un campo de minas. No había esperado tener que hablar con él de sexo, mucho menos sobre la vida sexual de su padre, pero ahora que había quedado claro dónde estaba el problema, tenía que lidiar con ello.

—Quiero a mi padre —dijo con voz rota.

—No lo dudo. Y debes saber que tu padre también te quiere mucho. Como todos los padres, solo quiere que seas feliz. Pero también tiene derecho a ser quien es, igual que tú. La única forma de ser realmente feliz es aceptarte a ti mismo y a la gente a la que quieres, tal y como son. Todo lo demás es pretender. Tu padre... Su orientación sexual no le define. Es un buen hombre, un gran padre y un increíble profesor. Si la gente no puede aceptarle por cómo es, es culpa de ellos, no suya. Y tu trabajo no es cambiarle para que encaje en el molde que esperan los demás.

Sin decir nada, se limpió las mejillas con la manga, volvió a coger el rodillo y retomó su trabajo. Sus movimientos eran rápidos y furiosos, delatando la confusión que le consumía, y me mantuve en silencio para permitirle procesar todo.

Mi pecho se contrajo de frustración y preocupación. ¿Había sido demasiado duro? ¿Demasiado incisivo? No estaba seguro de que Byron hubiese entendido completamente todo lo que le había dicho, pero con suerte, había plantado una semilla de duda en su mente.

Me incliné contra el respaldo de la silla. A pesar de lo mucho que deseaba seguir hablando con él, por ahora, necesitaba dejarlo estar. Que se hubiese abierto a mí había sido un gran paso, aunque hubiese revelado cosas que me partían el corazón por ambos; por Keaton y por Byron.

—Ey, mmm, ¿sheriff? —Byron rompió el silencio—. Si vas a hablar con mi padre, o a salir

con él, o lo que sea, ¿podrías no mencionarle que sé...? Ya sabes.

—Por supuesto —le aseguré—. Esto se queda entre tú y yo, a menos que decidas lo contrario.

—Gracias.

Terminó de pintar la habitación sin entablar más conversación, y yo tampoco hice ningún esfuerzo por iniciarla. Ya había dicho lo suficiente. Ahora la pelota estaba en su tejado.

—Buen trabajo —le dije cuando dejó el rodillo en el suelo—. Te veré el sábado que viene para la segunda ronda.

Asintió, avanzó hasta la puerta y cerró tras él, dejándome en la sala vacía con el húmedo aroma a pintura fresca adhiriéndose a mi ropa. Contemplé las ahora prístinas paredes. El peso de nuestra conversación lastraba mis pensamientos. ¿Cómo podía ayudarle a encontrar su camino?

E igual de importante, ¿cómo podía apoyar a Keaton con todo lo que se le venía encima? Si descubría lo que su hijo pensaba de él se le rompería el corazón, y solo de pensarlo sentía que apuñalaban el mío. Quería protegerle de ese dolor, pero ¿cómo? Tenía que haber alguna forma, pero cuando llegué a mi casa ni siquiera estaba cerca de la solución.

La puesta de sol sumió las calles de Seattle en una atmósfera dorada mientras conducía hasta casa de Mandy para recoger a mis hijos. Había sido un fin de semana altamente insatisfactorio. Había llegado el viernes por la tarde con el mismo objetivo de siempre: encontrar a alguien con quien liberar algo de tensión sexual —a poder ser un tipo grande y musculoso dispuesto a reventarme el culo—, pero en su lugar, iba a volver a mi hogar tan frustrado como cuando había salido.

¿La causa? Auden. Oh, culparle no era justo, lo sabía. Toda la culpa recaía exclusivamente en mí, y estaba condenadamente enfadado conmigo. Cada vez que había abierto Grindr para buscar un polvo, las opciones me habían aburrido. Antes, no habría tenido problemas para escoger a alguien —mis estándares no eran tan altos, para ser sincero, y tampoco mi lista de requisitos—, pero ahora, me encontré rechazando a todos y cada uno de los hombres que se me ofrecieron. Demasiado joven, demasiado delgado, demasiado falso... Lo que fuera.

Ninguno de los rostros que saltaban en la pantalla podía competir contra Auden, y cuando intenté imaginarme liándome con otro tipo, el sheriff siguió apareciendo en mi mente. Besándome. Inmovilizándome bajo su cuerpo mientras me follaba. Demasiadas fantasías detalladas. ¿Qué demonios pasaba conmigo? Enamorarme de un hombre hetero... ¡A mi edad! Patético. Ridículo. Vergonzoso.

Como resultado, cuando aparqué frente a la casa de Mandy estaba hirviendo de frustración. No era el estado mental idóneo para decir a mi ex-mujer que nuestro hijo mayor se estaba convirtiendo en un delincuente juvenil. Cuando les dejé en su casa, no había sacado el tema a colación, queriendo evitar que ella tuviese que lidiar sola con las posibles repercusiones durante todo el fin de semana. Convencer a Mandy de la seriedad de la situación iba a ser una batalla cuesta arriba, y la poca paciencia que me quedaba no beneficiaría a nadie.

Antes de tocar el timbre, ella abrió la puerta. Vaya, ¿estaba preparada por una vez?

—Hola, Keaton. Los chicos están haciendo sus maletas.

O no.

—De acuerdo. Quería hablar contigo un momento.

Mandy frunció el ceño, apartándose para dejarme entrar.

—Vamos a la cocina. ¿Qué tienes en mente?

—Byron fue arrestado por robo en una tienda de la ciudad —solté cuando nos sentamos—. Le pillaron robando unos caramelos y unos chicles, de entre todas las cosas posibles. El sheriff accedió a hacerse cargo del incidente él mismo, solo por esta vez, y Byron tiene que presentarse al servicio comunitario. Pero si esto se repite, le llevará ante el juez.

Los ojos de Mandy se habían ido agrandando según hablaba, pero se recompuso

rápidamente.

—Todos los adolescentes se meten en líos en algún momento, y la mayoría de ellos sale bien al final. No es un mal chico. Creo que se aburre en Forestville.

—¿Ha hablado contigo? No discutir, sino ¿hablar?

—Sí, ha hablado conmigo. —Mandy me miró con un atisbo de simpatía—. Apuesto a que piensa que si te demuestra lo mucho que odia esa pequeña ciudad, volveremos a Atlanta. —Mi corazón se encogió al pensar que mi hijo era tan infeliz. Mandy vaciló por un momento, y continuó—: Mira, Keaton, puedo entenderle, ¿sabes? Yo también quiero volver a Atlanta.

La atmósfera se enfrió de repente, y sus palabras quedaron suspendidas en el aire. Esa revelación me había pillado desprevenido. Nunca lo había mencionado antes; no tenía ni idea de que Mandy quisiera volver a Atlanta. Y tampoco pude negar que escoció el enterarme de que Byron hubiese confiado en ella en lugar de en mí. Me había esforzado muchísimo por llegar a él y siempre había evitado sentarse a hablar conmigo, y sin embargo, ¿le había abierto su corazón a Mandy? No debería haberme dolido tanto, lo sabía; era su madre, al fin y al cabo, y quería que mis hijos tuvieran una relación estrecha con ella, pero me sentía herido.

—¿Desde cuándo? —pregunté, con la voz tomada por la emoción—. ¿Desde cuándo quieres volver a Atlanta?

—Desde... Bueno, desde que nos mudamos aquí. —Mandy bajó la mirada y comenzó a estudiar sus uñas, que, como siempre, estaban perfectamente manicuradas y pintadas de un rosa suave—. Nunca quise abandonar Atlanta. Solo accedí por complacerte.

—De acuerdo. —Exhalé lentamente, procesando esa nueva información—. No me había dado cuenta de que te sentías así.

—Me sorprende. No lo mantuve en secreto cuando discutimos lo de mudarnos.

¿Qué! Mi cabeza dolía por el esfuerzo de absorber esa sorprendente revelación. Inspiré profundamente. Era hora de abordar aquello que había estado carcomiéndome la mente desde que Byron lo había mencionado.

—¿Es cierto que dijiste a los chicos que mudarnos aquí fue decisión exclusivamente mía y que tú no tuviste nada que ver con ello?

Ella vaciló, evitando mi mirada.

—Bueno... sí. Solo accedí porque era lo que tú querías. Yo habría preferido quedarme en Atlanta.

La miré, atónito. Una mezcla de furia e incredulidad empezó a apoderarse de mí.

—Así no fue como sucedió. Lo decidimos juntos, ¿recuerdas? Hablamos de ello y me dijiste que estabas a bordo. ¿Por qué estás negándolo ahora?

—Yo recuerdo las cosas de forma muy distinta. —Mandy alzó la mirada y cruzó los brazos sobre su pecho—. Nunca quise abandonar Atlanta, y eso fue exactamente lo que te dije. ¿Por qué querría mudarme a la otra punta del país cuando tenía todo allí? Mi trabajo, mi apartamento, un montón de amigos... Solo accedí por tu bien.

El aire se espesó a mi alrededor, dificultándome el respirar. Conmoción, ira, tristeza; las emociones se agolpaban en mi mente. Pensé que teníamos una buena relación, incluso tras el divorcio; pero parecía que Mandy había estado haciendo trampas todo este tiempo, poniendo a mis hijos en mi contra a mis espaldas.

—¿Lo dices en serio? ¡Estás reescribiendo la historia! Ambos pensamos que era la mejor opción para nuestra familia. Tomamos esta decisión juntos por los chicos.

—No, no lo hicimos. Tú saliste con esta idea, reaccionando exageradamente tras ese pequeño incidente con Byron.

—¿Ese pequeño incidente? Caramba, Mandy. Estaba borracho, saliendo con chicos a los que a-rres-ta-ron. A lo mejor, incluso había drogas de por medio. Eso no es un pequeño incidente, eso es un problema serio.

—Semántica. Lo que quería decir es que en lugar de sentarnos con él y discutir esto como una familia, decidiste por tu cuenta que necesitábamos mudarnos a la otra punta del país. Y accedí a ello porque parecías entusiasmado con la idea y sabía que te haría feliz. Lo único que siempre he querido es hacerte feliz y hacer lo mejor para nuestros hijos. Pero estás siendo muy egoísta y no estás escuchando a nadie. Puede que adores vivir en esa ciudad pequeña, pero los chicos lo detestan.

Su acusación me hirió como un afilado cuchillo y casi pude sentir el escozor en mi pecho. Empuñé las manos, intentando controlar el dolor que amenazaba con abrumarme.

—¿Egoísta? —repetí con voz temblorosa—. Pensé que estábamos de acuerdo, que estábamos haciendo lo mejor para todos. Si tenías tan claro que querías quedarte en Atlanta, ¿por qué no dijiste nada?

—Porque no quería discutir contigo. Ya estabas convencido de que teníamos que mudarnos y te veía extasiado. No quería quitarte eso.

¿Me estaba volviendo loco? Nada de lo que estaba diciendo era cierto, pero me lo estaba soltando con tanta confianza que me hizo cuestionarme a mí mismo. ¿Me había equivocado? ¿Tenía razón Mandy y había dejado que me cegara mi convicción de que mudarnos era el paso correcto? ¿No lo había consultado lo suficiente con ella o con los chicos? Claro, Byron había estado rotundamente en contra, pero Mandy había apoyado la idea y Milton había permanecido neutral, incluso entusiasta a veces. ¿O había estado engañándome a mí mismo? ¿Había visto solo lo que quería ver? ¿Qué se me había escapado?

Tenía que enfrentarme a la realidad; mi decisión, la que había pensado que era «nuestra» decisión, no había sido la correcta para mi familia. En lugar de solucionar los problemas, había hecho más desgraciados a todos. ¿Realmente había nacido de mi egoísmo y no del amor hacia ellos? Señor, eso era lo que más dolía. ¿Estaba persiguiendo una quimera y les había arrastrado conmigo? Si eso era cierto, todo lo que estaba pasando era culpa mía. La profunda infelicidad de Byron y su desafiante actitud, que le había llevado a la cárcel.

—Tendremos que continuar esta conversación en otro momento. —Apenas me las arreglé para mantener la compostura—. Quiero salir cuanto antes.

—Iré a avisar a los chicos.

Cuando salió de la cocina, inspiré un par de veces, decidido a poner una cara alegre por mis hijos. No podía dejar que vieran cuánto me habían afectado las palabras de su madre.

—Hola, papá. —Milton me abrazó brevemente. Señor, cómo quería aferrarme a él, apretarle contra mi cuerpo y decirle que no se preocupara, que arreglaría todo lo que había roto.

—Hola, colega. Me alegro de verte. ¿Has pasado un buen fin de semana?

—Sí. Ayer fuimos al parque de trampolines y fue muy divertido, y luego nos pasamos por el centro comercial. —Alzó la mano—. Mamá me ha comprado un reloj nuevo.

Por supuesto que lo había hecho.

—Vaya, guau. Está muy chulo.

—Papá. —Byron me saludó con el más pequeño de los gestos.

No pude acumular la energía suficiente para entablar una conversación con él, así que me limité a hacer un gesto de vuelta y dije:

—Byron. —La sorpresa atravesó su mirada, pero se recompuso pronto—. Vamos, despediros de vuestra madre.

Milton abrazó a Mandy, pero Byron no, y acepté eso como un pequeño consuelo. Mientras marchaban hacia la puerta, cargando con su equipaje del fin de semana, me giré hacia Mandy.

—Te veré la semana que viene para las vacaciones de invierno.

—Tengo que trabajar, así que solo puedo quedármelos la primera mitad.

La cuerda se estaba tensando más y más.

—No puedes soltarme eso con siete días de antelación. Yo también tengo una vida.

Mandy apretó los labios y arqueó las cejas.

—¿Qué podría ser tan urgente o tan importante que no puedes cuidar de nuestros hijos? —
¡Oh!, eso era irónico viniendo de ella—. Además, ya son mayorcitos; pueden quedarse unos cuantos días solos. Deja de mimarles.

—¿Puedo recordarte que han arrestado a Byron? —dije, controlando la ira—. Tal vez, no es el mejor momento para dejarle solo. Pero lo que digas. Vendré a por ellos, como siempre. Mantenme informado sobre cuándo tengo que traértelos y cuando recogerles.

—Lo haré. Gracias.

¿Ese «gracias» era para apaciguarme? Porque si ese era el caso, no estaba funcionando. Nunca en mi vida había querido abofetearla tanto como ahora, y no era una persona violenta bajo ningún estándar. No iba a hacerlo, obviamente, pero el deseo era intenso.

Apesadumbrado, salí de la casa en dirección a mi coche. El gélido aire del invierno me resultaba sofocante, como si me presionaran por todos lados. Byron y Milton ya estaban esperando en el interior del vehículo, con expresiones tan curiosas como preocupadas. Indudablemente, habían advertido la tensión. No era tan buen actor como para ocultar el torbellino de emociones que me atenazaba.

—¿Todo bien, papá? —preguntó cautelosamente Milton.

—No me siento muy bien, pero lo estaré —dije ahogadamente, forzando una sonrisa mientras me deslizaba en el asiento del conductor.

Durante el trayecto de vuelta, nos sumergimos en un opresivo silencio, tan solo interrumpido por el zumbido del motor y el ocasional suspiro proveniente de atrás. Todo mi cuerpo estaba en tensión y sentía los músculos agarrotados mientras me aferraba al volante. Los chicos intercambiaron varias miradas de preocupación que capté por el espejo retrovisor, pero ninguno dijo una palabra. Habitualmente, habría intentado entablar una conversación con ellos, pero esta vez, fui incapaz. Me negaba en rotundo a romperme ante a mis hijos. Si lo hacía, Byron perdería el poco respeto que aún le quedaba por mí.

Mis pensamientos se arremolinaban en mi mente, atormentándome. La duda y la culpa me carcomían por dentro.

A lo mejor, Mandy tenía razón y había tomado la decisión equivocada. A lo mejor, todo esto de mudarse a Forestville solo había sido yo, persiguiendo un estúpido sueño que ahora amenazaba con costarme todo. Miré de soslayo a mis hijos, que ahora contemplaban el exterior a través de las ventanillas, con los AirPods en las orejas, perdidos en sus pensamientos. Les adoraba, pero tal vez, eso no era suficiente.

Para cuando entré en el camino de acceso a nuestro hogar ya había oscurecido. El sensor de movimiento se activó y las luces se encendieron, proyectando la larga sombra de la casa sobre nosotros. Contemplé el lugar que una vez había representado esperanzas y un nuevo comienzo. Ahora, lo único que veía eran las grietas de la fachada y las dudas que se habían abierto paso hasta mi corazón.

—Os veo dentro. —Milton se desabrochó el cinturón y salió.

Byron le siguió apresuradamente, y no pude culparlos. Cogieron sus mochilas del maletero y

desaparecieron en el interior de la casa sin decir palabra. Dado que nuestro garaje era pequeño, era más sencillo que salieran antes de aparcar el coche.

Permanecí en mi asiento, aferrado casi dolorosamente al volante, observando cómo parpadeaban las luces que los chicos estaban encendiendo en el interior de la vivienda. Tenía que encontrar una forma de solucionar lo que había roto, o me arriesgaría a perder lo más importante de mi vida.

El Festival de Invierno de Forestville siempre era un espectáculo para la vista, y este año habíamos sido afortunados con la meteorología. El intenso azul del cielo contrastaba con el manto blanco que cubría la tierra, y los generosos rayos del sol hacían que todo reluciera. La calle principal estaría cerrada al tráfico durante los próximos dos días, y habíamos desviado la circulación a las calles colindantes.

El comité encargado de la organización, como siempre, lo había dado todo con la decoración. Varias tiras de luces conectaban cada árbol con el siguiente, y todas las farolas estaban envueltas en guirnaldas blancas y plateadas. Las tiendas habían adornado sus escaparates con coloridos farolillos y, por pintoresco que fuese ahora, el ambiente solo se volvería más acogedor y seductor por la noche.

Mis hijas y yo paseábamos por la calle principal.

—¡Mira, papá! —exclamó Dani—. ¡Está haciendo un cisne! —Abrió los ojos con fascinación, señalando a un hombre que estaba esculpiendo un bloque de hielo con un cincel y un punzón. El delicado cuello del ave emergía del bloque y reflejaba los rayos de sol. La creatividad y la destreza de esos artistas nunca dejaba de asombrarme.

—Es precioso. Y también lo es esa Elsa. —Señalé a una mujer que estaba esculpiendo a la famosa reina de hielo.

Dani resopló.

—Soy demasiado mayor para *Frozen*, papá.

Gracias a Dios por eso. Cuando era más pequeña, nos había obligado a poner la película tantas veces que aún me sabía los diálogos de memoria. Y las canciones. Esos temas tan pegadizos habían plagado mi mente durante meses.

—Lo sé, pero no deja de ser impresionante.

—¡Hay una competición de construcción de iglús! —Violet tiró de mi mano, arrastrándome hasta un área cubierta de nieve donde varios equipos de jóvenes y adultos trabajan afanosamente para levantar sus refugios de hielo. El genuino entusiasmo de mi hija me enterneció. Ya no solía mostrarlo de forma tan asidua.

—¿Qué os parece si pillamos algo de sopa en el puesto del concurso de cocina y nos quedamos observándolos un rato?

Si íbamos a quedarnos parados un tiempo, preferiría hacerlo con un buen vaso de crema de marisco entre las manos para mantenerme cálido.

Nos abrimos paso hasta las mesas donde los participantes del concurso de cocina estaban vendiendo sus productos. El aroma de los caldos y los guisos nos envolvió, y el animado rasgueo de guitarras y violines del concierto en vivo que estaban dando en uno de los escenarios de al

lado, ayudó a crear una apacible atmósfera.

—¿Qué sopa queréis chicas?

—La de pollo de la señora Winters —decidió Dani.

Violet optó por una cremosa sopa de tomate y marisco.

—Con cuidado, está muy caliente —advertí, tendiendo el vaso a Dani.

Ella sopló y dio un cauteloso sorbo, sonriendo de gusto.

Una vez mis hijas estuvieron servidas, nos dirigimos a mi puesto favorito. La mujer que lo regentaba vestía un delantal a cuadros rojos y blancos sobre un mono de nieve.

—Sheriff Frant, ¿qué puedo traerle?

—Hola, señora Ostrander. Tomaré un vaso de crema de marisco, por favor. —Me incliné hacia ella y bajé la voz—. Sabes que la tuya es mi preferida. —No estaba mintiendo. Dios sabía cuál era su secreto, pero la mujer hacía la mejor crema de marisco de mundo, mucho más sabrosa que la de cualquier restaurante que hubiese probado hasta el momento.

Su rostro se iluminó con una sonrisa mientras llenaba un enorme vaso hasta el borde.

—Vaya, gracias, Sheriff.

Sorbimos nuestras bebidas, saboreando cada trago, mientras contemplábamos la competición de iglús. Los equipos tenían dos horas para terminar sus construcciones y el resultado final sería juzgado en base al diseño, la estabilidad y la creatividad.

Tras acabarnos la comida, seguimos con nuestra exploración del festival. El aroma a canela y siempreviva se elevaba sobre el olor ahumado de la madera que ardía y crepitaba en los braseros cercanos. Pequeñas estalactitas de hielo relucían como cristales en las cornisas de los puestos y el aire traía las risas y las voces de las conversaciones lejanas.

Dani se adelantó, moviéndose enérgicamente de un tenderete a otro con un entusiasmo contagioso. Los puestos de artesanía delineaban la calle principal como una cueva del tesoro llena de hallazgos únicos. Admiramos las prendas hechas a mano, los intrincados grabados en madera y las coloridas obras de arte. Me sentí orgulloso del sentido de comunidad y la creatividad que estaba exhibiendo nuestra ciudad.

—¡Mira esos! —Dani señaló un puesto con una pequeña exposición de bufandas y guantes tejidos a mano. Agarró un par de mitones adornados con encantadoras caras de nutrias cuyas sonrisas igualaban la suya.

—Son perfectos para ti. —Saqué mi billetera, sonriendo mientras se los probaba, agitando ansiosamente los dedos. Unos segundos más tarde, mi hija era la orgullosa dueña de unos mitones.

—Gracias por traernos, papá. —Dani pasó un brazo por mi cintura mientras avanzábamos—. El Festival de invierno siempre es muy divertido.

—Por supuesto, cariño. —La besé en la coronilla—. No me perdería pasar este día con vosotras por nada del mundo.

Técnicamente, estaba de servicio, pero dado que la mañana había sido tranquila, había preguntado a mis ayudantes si podrían prescindir de mí por unas horas. Al principio, se habían sorprendido, pero no habían tardado en echarme de la oficina. A pesar de que ninguno de ellos tuviera hijos, habían entendido que quisiera pasar este día con mis chicas. Estaba enormemente agradecido por estos momentos que podíamos disfrutar juntos, y esperaba crear recuerdos que nos durasen toda la vida.

Cuando paseábamos de vuelta a la zona de la comida, localicé a Fir Everett con sus hijos, que estaban probando una variedad de sopas de diferentes puestos. El ver sus sonrisas y su camaradería me enterneció, y desterró un poco el frío de ese gélido día invernal.

—¡Hola, Auden! —Fir nos saludó con la mano con una alegre sonrisa—. Chico, ¿hemos tenido suerte con el tiempo o qué?

Asentí.

—Mejor que hace dos años, cuando no paró de llover en todo el fin de semana.

Fir hizo una mueca.

—Sí, ese fue uno de los peores; aunque también recuerdo esa vez que nos granizó y tuvimos que lanzar una tonelada de arena para impedir que la gente se resbalara.

Sonreí.

—Si la memoria no me falla, ese año tuviste que tratar algunos huesos rotos.

—Cierto. —Suspiró—. Pero de momento, este año está siendo tranquilo.

Mientras hablaba con Fir, los chicos se habían arrejuntado. Josiah y Dani estaban extrañamente avergonzados, pero Violet y Gabe charlaban amistosamente. Observé su interacción con curiosidad. ¿Cuándo se habían hecho amigos? Se llevaban dos años de diferencia, así que nunca se me había ocurrido que pudieran conocerse tan bien. No me preocupaba, pero fue una demostración más de que mi hija ya no compartía todas las facetas de su vida conmigo, y eso escoció. Era normal, lo sabía, pero no era sencillo ver crecer a mi pequeña y sentir que ya no era su único confidente. Durante mucho tiempo había sido su héroe, y no quería que eso cambiara.

Cuando nos despedimos y Fir se alejaba con sus hijos, le pregunté:

—Así que ¿vosotros dos sois amigos? —Intenté mantener un tono casual.

—A-ha. —Violet se despidió de Gabe con un último gesto de mano y se giró hacia mí—. A veces quedamos después de clase y salimos por ahí.

—No lo sabía.

—Papá, ¿puedo dar una vuelta con Jillian un rato? —Dani señaló a su mejor amiga, que estaba con sus padres y su hermano menor.

—Claro. Llevas el móvil, ¿no?

Dani y Violet hicieron un gesto de desesperación al unísono.

—Sí, papá. Siempre lo llevo —dijo Dani.

Perdón por ser de otra generación, una que aún se olvidaba sus móviles en casa.

—De acuerdo, listilla. Envíame un mensaje cuando quieras volver a unirme a nosotros.

—Lo haré. —Me abrazó brevemente, sonriendo, y añadió—: ¡Hasta luego!

Y desapareció. Era una mariposa social, la pequeña, y adoraba verla rodeada de tantos amigos. Además, no me importaba tener la oportunidad de pasar algo de tiempo a solas con Violet, que era más dura de roer.

—¿Te parece bien que salga con Gabe, papá? —preguntó Violet, estudiándome en busca de algún signo de desaprobación.

De alguna forma, eso me hizo sentir mejor. Al menos, seguía importándole mi opinión.

—Por supuesto. No me había dado cuenta de que erais amigos, eso es todo. Gabe es un poco más mayor que tú, por eso me ha sorprendido.

Violet se encogió de hombros.

—Me gusta. Es majo.

¿Le gustaba? ¿Gustar de «gustar» o solo amistad? No era algo que supiese cómo preguntar.

Violet hizo un dramático gesto que solo podían conseguir los adolescentes.

—No, papá, no así. Somos amigos. Es gay, de igual forma.

—¿Lo es? ¿Ha salido del armario?

—A principio de curso. No es que no lo supiésemos. Era bastante obvio.

No para mí, pero no se lo dije. Por otra parte, nunca había interactuado mucho con él.

—¿Ha habido alguna reacción negativa?

—No, que yo sepa. Creo que si la hubiese habido me lo habría contado. —Me estudió durante unos segundos, como evaluando mi reacción—. Me siento segura con él. Es buena gente y me entiende.

—Me alegro de que hayas encontrado un buen amigo, cariño. —Era reconfortante que Violet tuviese a alguien en quien poder apoyarse y confiar. Con suerte, su amistad seguiría floreciendo. Y el que Gabe fuese gay, ayudaba a que estuviese tan relajado, no podía negarlo.

La conversación que había tenido con Byron algunos días antes volvió a mi mente. El marcado contraste entre su reacción hacia la bisexualidad de su padre y la reacción de mi hija hacia la orientación de Gabe era desconcertante.

—¿Sabes si alguien del colegio ha hecho algún comentario despectivo sobre Gabe o Josiah por tener dos padres?

Violet arqueó una ceja, sorprendida.

—¿Por qué lo harían? Son como cualquier otra familia.

—Lo sé, pero... —No quería traicionar la confianza de Byron, pero Violet podría ser una buena fuente de información sobre lo que estaba pasando en ese colegio—. Me estaba preguntando si alguna vez has pillado a alguien hablando negativamente sobre ello o burlándose de Gabe. O, ya sabes, comentarios homófobos en general.

—No somos como los de tu generación, papá. —Resopló—. A nadie le importa.

Auch, eso escoció. Aunque no estaba equivocada, gracias a Dios. Tenía grandes esperanzas para ella y los de su generación.

Violet inclinó la cabeza a un lado y entornó la mirada hacia mí.

—¿Esto tiene algo que ver con la pelea entre Byron y Gabe?

Joder. Era más perspicaz de lo que creía. Me negaba en rotundo a mentirle, pero tampoco podía decirle la verdad.

—Sabes que no puedo hablar de mi trabajo.

Asintió lentamente.

—De acuerdo, lo entiendo. ¿Pero puedo decirte lo que pienso de todo eso? No tienes que responder, ni estar de acuerdo conmigo.

—Me encantaría oír tu opinión.

—Es difícil ser el chico nuevo. Eso lo entiendo. Y a lo mejor, es aún peor en un instituto tan pequeño como el nuestro donde todo el mundo se conoce casi desde la guardería. Como... no sé, tiene que ser duro empezar de cero y hacer amigos y esas cosas, ¿no? Yo estaría aterrorizada. —El orgullo me inundó al ver la empatía que exhibía mi hija. Tenía un gran corazón, mi chica, aunque a veces lo escondiera bajo un espinoso exterior—. Pero papá, Byron la está liando. No sé cómo era su instituto de Atlanta, pero el primer día entró en clase con esta actitud de chico duro, como si fuese un matón de barrio o algo así, y fue... no sé... triste. Como... Todos pensamos que era ridículo. Era una pose super falsa.

Una imagen comenzó a emerger en mi mente. Otra pieza del rompecabezas que era Byron Perry.

—¿Alguien se lo dijo? Quiero decir, ¿alguien se enfrentó a él?

—No enfrentarse, pero nadie intentó hacerse su amigo, tampoco. No nos interesan los chicos que nos miran por encima del hombro y piensan que son mejores que nosotros, los pueblerinos.

Y Byron debía de haber sentido ese rechazo, y en lugar de adaptarse, había triplicado su actitud de chico duro. Podía verlo claramente.

—Gracias, cariño. Me has ayudado mucho a entender mejor la situación.

—No creo que sea un capullo, papá.

—¿No?

—Es como si algunas veces se olvidara de que tiene que pretender, ¿sabes? Gabe me dijo que el otro día, en sociales, Byron hizo un comentario muy inteligente y todo el mundo se quedó alucinado, pero cuando se dio cuenta de lo que había hecho, volvió a ser el mismo capullo de antes. —Suspiró—. ¿Por qué los chicos tienen que ser tan estúpidos?

Reí.

—Ni idea, pero puedo confirmarte que lo son. Todos ellos.

Me dio un golpe en el hombro.

—Solo dices eso porque no quieres que me eche novio.

¿Novio? Joder, no. Ni siquiera quería que tuviese citas. Tenía catorce años, por el amor de Dios. Pero no era tan estúpido como para decirlo en voz alta.

—*Nah*, cariño, solo te estoy ayudando a manejar las expectativas. Por lo que sé, podrías ser lesbiana o bi.

Ella abrió los ojos de par en par y luego, me dedicó la sonrisa más dulce del mundo. Por un momento, me recordó tanto a Marnin que se me cortó el aliento.

—Gracias por decir eso, papá. No creo que lo sea, pero me encanta que lo hayas dicho.

Con un cálido revoloteo en el pecho, entrelacé un brazo con el de mi hija y seguimos con nuestro paseo. Dani se nos unió media hora más tarde, declarando que Jillian se había tenido que marchar porque su hermano tenía un partido de fútbol.

Estábamos viendo la deliberación del jurado de la competición de iglús cuando nos topamos con Keaton y Milton. El rostro de Keaton se iluminó en cuanto me vio y sonreí.

—¡Keaton! Qué sorpresa más agradable —saludé.

—Sheriff Frant. Este es mi hijo Milton.

—Es un placer conocerte, colega. —Estreché la mano de Milton y luego, me dirigí de nuevo hacia Keaton—. Ya conoces a mis hijas, por supuesto.

—Hola, señor Perry —saludaron mis hijas al unísono—. Hola, Milton.

Milton hizo un pequeño gesto con la mano y Keaton sonrió.

—Hola, chicas. ¿Os estáis divirtiendo?

Dani asintió.

—El Festival de invierno es mi favorito. Especialmente, la batalla de bolas de nieve entre alumnos y profesores.

Keaton hizo una mueca.

—No me lo recuerdes. Cuando me presenté a este puesto, se olvidaron muy convenientemente de mencionar ese detalle.

Resoplé.

—No me digas que tienes miedo de un poquito de nieve.

Keaton apoyó las manos sobre sus caderas.

—¿Un poquito de nieve? Por lo que tengo entendido, estamos hablando de una viciosa batalla a muerte, al estilo de los gladiadores.

Eso nos hizo estallar a todos en una carcajada.

—No tenga miedo, señor Perry —dijo Dani—. Mi padre será el árbitro y no tolera triquiñuelas de ningún tipo, como las llama.

Keaton me miró de arriba a abajo.

—¿Y qué vas a hacer si los alumnos desobedecen? ¿Arrestarles?

Ambos nos helamos por un segundo, indudablemente haciendo la misma asociación de ideas, pero mis chicas rieron suavemente, eliminando la tensión.

—Eso es estúpido, señor Perry —dijo Dani.

Comprobé la hora en mi reloj.

—Será mejor que vayamos yendo al campo deportivo. La batalla empezará en unos minutos.

Pusimos rumbo a la escuela; las chicas y Milton frente a nosotros y Keaton a mi lado en la retaguardia.

—¿Dónde está Byron? —pregunté suavemente.

Keaton se encogió de hombros.

—Paseando por algún lado. No quería venir con nosotros, pero Milton me ha dicho que tiene pensado aparecer para la batalla de nieve. Ya veremos.

Mi corazón parecía una losa en mi pecho. Sabía lo que Byron pensaba de Keaton, pero no podía desvelarle nada. Aún no. Necesitaba el permiso del chico; e incluso aunque lo tuviese, ¿cómo cojones iba a transmitir ese devastador golpe? «Oye, Keaton, lamento decírtelo, pero tu hijo es homófobo».

—Tuve una conversación con Mandy sobre Byron. —Keaton bajó la voz, a pesar de que los chicos no nos estaban prestando atención.

—¿Le contaste lo del robo? ¿Cómo fue eso?

—No muy bien. Le quitó hierro al asunto, como esperaba, y luego nos enzarzamos en una discusión sobre el tema de nuestro traslado aquí. Dijo algunas cosas que... —Negó lentamente con la cabeza—. Ahora no es el momento de profundizar en ello, pero me hizo cuestionarme todo.

No me gustaba cómo sonaba eso.

—¿Tienes algo planeado para esta noche?

—No, ¿por qué?

—¿Qué te parece si vienes a mi casa? Mis chicas estarán allí, pero no nos molestarán si vamos al sótano. Siéntete libre de traer a tus chicos.

—¿Estás seguro?

De nuevo, esa pregunta, como si creyera que solo lo hacía por educación.

—Me encantaría tenerte allí. Incluso podríais quedaros a cenar.

—No podemos cenar con vosotros porque he prometido a Milton que desayunaríamos para la cena —respondió. Cuando le miré, desconcertado, añadió—: Tortitas y gofres para cenar. —Se encogió de hombros—. Es algo nuestro. Pero después, me encantaría pasarme por tu casa.

—Perfecto, entonces. Podemos hablar mientras montamos un LEGO.

—¡Atención, todo el mundo! —Una voz bramó sobre el campo deportivo—. ¡La batalla anual de bolas de nieve está a punto de comenzar! ¡Alumnos contra Profesores! ¡Participantes, diríjanse al campo de batalla designado!

—¡Vamos! —dijeron Violet y Dani al unísono, con los ojos llenos de excitación.

Echaron a correr hacia su puesto con Milton pisándoles los talones.

—Señor, ten piedad —murmuró Keaton, santificándose.

Reí.

—Estarás bien, te lo prometo.

Nos abrimos paso hasta el campo de batalla, donde habían erigido un fuerte de nieve para cada bando. Las reglas eran simples: cada equipo tendría cinco minutos para acumular su arsenal de bolas y diseñar una estrategia; pasado ese tiempo, comenzaría la batalla. El primero en capturar la bandera de su contrincante sería declarado vencedor. Padres, amigos y familias ya se

habían agrupado en torno al campo, y los estudiantes y los profesores aún se estaban presentando para unirse a sus respectivos bandos.

Me acerqué al micrófono que habían instalado sobre una pequeña plataforma.

—¡Bienvenidos todos a la batalla anual de bolas de nieve!

La multitud estalló en una atronadora ovación.

—Como siempre, yo seré el árbitro. —Me giré hacia el equipo de alumnos—. ¿Cuál es la primera regla de la batalla?

—¡El árbitro siempre tiene razón! —gritaron al unísono entre risas.

Alcé el pulgar.

—Perfecto. ¿Y cuál es la segunda regla?

—¡Nada de bolas en la cara!

—¿Vamos a tener una pelea justa y divertida?

—¡Sí, sheriff!

Me giré hacia los profesores.

—¿Vais a apalizar a estos chicos?

—¡Sí, sheriff!

Sonreí de par en par.

—¡Que dé comienzo la batalla! —Me llevé el silbato a la boca, y soplé, indicando el arranque del juego.

El torbellino de actividad fue intenso mientras ambos equipos confeccionaban febrilmente sus bolas de nieve, apilándolas en sus respectivos fuertes. Los alumnos trabajaron al unísono sin fisuras, acumulando rápidamente su gélida munición. Para mi sorpresa, Byron había aparecido y estaba participando. En el lado opuesto, Keaton y sus compañeros elaboraban su propio arsenal.

Cuando pasaron cinco minutos, soplé el silbato de nuevo.

—¡El tiempo se ha acabado!

Ambos equipos se lanzaron al ataque de inmediato y las bolas de nieve comenzaron a volar por los aires.

Les observé con regocijo mientras se enzarzaban en una feroz, aunque amistosa, batalla. Violet y Dani se movieron como proyectiles entre el caos, y sus risas resonaban en el campo mientras se lanzaban a cubierto o esquivaban una avalancha de bolas. Algunos de los chicos demostraron que se habían ganado su puesto en el equipo; su puntería era atterradoramente certera, y derribaron a un profesor tras otro.

Y luego estaba Keaton, moviéndose enérgicamente, con las gafas ladeadas, lanzando bolas que no golpeaban a nada salvo al aire. Tenía la puntería de un crío de tres años, pero se estaba divirtiendo, su sonrisa era enorme y vitoreaba cada vez que otro profesor conseguía dar a un alumno. Parecía un adolescente más, perdido en la alegría del momento.

—¡Capturad la bandera! —gritó Violet al advertir que sus compañeros habían incapacitado al último profesor con buena puntería. Aprovechando la oportunidad, esprintó hasta el fuerte de los profesores, les arrebató la bandera y volvió corriendo a las filas de su equipo, que estalló en vítores por su arduamente adquirida victoria.

Me llevé el silbato a la boca una última vez.

—¡Los alumnos ganan! —anuncié, rebosante de orgullo por mi hija.

—Gran batalla —dijo Keaton casi sin respiración cuando volvió a acercarse a mí. El frío y el esfuerzo le habían sonrojado las mejillas, haciendo que pareciese más vivo que nunca, su sonrisa se ensanchaba de oreja a oreja y sus ojos castaños relucían. Claramente, aún estaba poseído por la euforia de la batalla—. Ha sido mucho más divertido de lo que había esperado.

Una extraña calidez se extendió por mi cuerpo.

—Parece que has disfrutado.

Los chicos se nos unieron, Byron incluido, y mantuve una expresión neutral.

—Hacía años que no me divertía tanto. —Keaton pasó los brazos por los hombros de sus hijos con obvio afecto. Milton se inclinó contra su cuerpo, pero Byron solo lo toleró. Bueno, al menos no se había apartado. ¿Era un progreso?

—Ni yo —dijo Violet. Me abrazó con los ojos llenos de excitación—. Gracias por jugar, señor Perry.

—De nada. Pero cuenta con que voy a practicar para poder vapulearos el año que viene.

Algo se removió en mi pecho, una extraña especie de ternura que nunca había sabido que tenía, y mi corazón se aceleró. ¿Era satisfacción al ver la inocente alegría que exudaba Keaton o era otra cosa? Casi parecía que...

No, eso era imposible. Tenía que estar confundido.

¿Qué me estaba pasando? ¿Era posible que un hombre que siempre se había considerado hetero se sintiera atraído de repente hacia otro hombre? Un escalofrío me recorrió la espalda, pero no fue enteramente desagradable.

—Oye, Auden —dijo Keaton, sacándome de mis pensamientos—. ¿Conoces algún sitio para tomar una buena taza de chocolate caliente?

—Claro. Hay un puesto por aquí con el mejor chocolate caliente de la ciudad. Confía en mí. Los he probado todos.

—Suenas perfecto —dijo Keaton.

Una vez conseguimos nuestras bebidas, alcé el vaso y dije:

—Por un gran día del Festival de Invierno.

—¡Salud! —dijeron todos al unísono, entrechocando los vasos.

El calor del líquido fue extendiéndose por mi cuerpo, pero esa sensación palideció en comparación a la calidez que sentí cada vez que miraba a Keaton.

—Salud, en efecto —murmuré para mí, dando un lento y meditabundo sorbo a mi chocolate mientras observaba a Keaton con renovada curiosidad.

El gélido aire asaltaba la piel de mis mejillas mientras recorría el corto trayecto que separaba mi casa de la de Auden, con las manos enterradas en los bolsillos, guantes incluidos. Las temperaturas llegarían a los números negativos esta noche, así que me había abrigado bien. No había querido conducir hasta allí, pensando que el frío me ayudaría a aclarar el torbellino de emociones que había en mi mente.

Hoy había sido un buen día, uno repleto de altibajos. La batalla de nieve había sido el momento álgido, e incluso Byron la había disfrutado. No había esperado verlo tan involucrado, pero lo había dado todo y su buen humor había continuado a lo largo de la cena, en la que su hermano, él y yo habíamos charlado y bromeado como en los viejos tiempos. Señor, cómo echaba de menos esa conexión con ellos. Esa cena me había dado esperanzas de futuro, de que, a lo mejor, no todo estaba perdido.

Pero ese optimismo se desvaneció cuando mi mente volvió a la conversación que había tenido con Mandy. Mi cerebro la había estado reproduciendo en bucle desde que había abandonado su casa. Me había acusado de egoísta, asegurándome que no les había escuchado, y no podía quitarme esa palabra de la cabeza. ¿Significaba eso que Mandy tenía razón? Si estaba tan convencido de que estaba equivocada, ¿por qué no era capaz de ignorarla y seguir con mi vida? No importaba cuantas vueltas le diera, era incapaz de argumentarme a mí mismo, con total certeza, que Mandy estaba en un error.

Egoísta. Egoísta. Egoísta.

La palabra reverberaba en mi mente, y toda vez que intentaba tomarme un descanso, resurgía. Con suerte, Auden me ayudaría a darle sentido. No solo sabía escuchar, sino que también poseía una asombrosa habilidad para desenmarañar emociones. Contaba con él para que arrojara algo de luz sobre la materia y me ofreciera consejo.

Aún no podía creerme que nos hubiéramos hecho amigos. No porque me considerara indigno de su amistad —no era tan inseguro, ni tenía tan poca autoestima—, sino porque llevaba meses esforzándome por entablar una conexión con alguien local sin resultado, para que luego, en unos segundos, hubiese florecido esta relación demasiado-buena-para-ser-verdad con un tipo tan encantador, tan popular y, en lo que a mí concernía, el hombre más atractivo de la ciudad.

No solo eso, sino que Auden era hetero. A lo largo de mi vida, había descubierto que los hombres hetero con su aspecto no siempre estaban deseosos de entablar amistades demasiado estrechas con la gente *queer*. Especialmente, los de mi generación. Tras pasar un tiempo conmigo, la mayoría de la gente me catalogaba como *queer* —a menudo etiquetándose como gay, en lugar de bi—, y muchos de los hombres hetero que había conocido habían vacilado a la hora de salir a solas conmigo por miedo a que nos vieran juntos, como si, de alguna forma, eso

les hiciera menos hetero. Tenía que admitir que no me había encontrado ese problema con generaciones más jóvenes, pero había salido escaldado las veces suficientes con los de mi edad como para saber que era mejor evitarlos.

A Auden no parecía importarle nada de eso; lo que tuvo más sentido tras conocer a sus amigos. En términos de orientación sexual, eran un grupo muy ecléctico, y explicaba por qué estaba tan relajado a mi lado.

En apariencia, teníamos muy poco en común y sin embargo, nos llevábamos bien. En parte se debía a que ambos estábamos haciendo un esfuerzo por interesarnos en las aficiones del otro. El hombre me había acompañado a un recital de poesía, por el amor de Dios. Nadie había hecho eso. Nunca. Ni siquiera Mandy. Significaba un mundo para mí, y con suerte, Auden lo sabía.

Antes de que pudiera golpear la puerta, Auden la abrió.

—Entra. ¿Has venido andando?

Pasé a su lado, asintiendo.

—Necesitaba aire fresco.

Sonrió de par en par, cerrando la puerta.

—Pensé que la bola de nieve que te estalló en la cara ya se había encargado de refrescarte.

—Oh, sí, eso definitivamente cualifica como refrescante. —Reí suavemente—. Pero no; quería aclarar mis ideas, y a menudo, andar ayuda. Eso, o dar una vuelta en coche. Pienso mucho en el trayecto de aquí a Seattle. Me resulta relajante. —Cielos, estaba balbuceando mientras me quitaba la chaqueta, el gorro y los guantes, extrañamente nervioso ahora que había llegado.

Auden apoyó una mano sobre mi hombro, y ese firme contacto me calmó de inmediato.

—Hablaremos de lo que te tiene tan preocupado.

Entramos al salón, donde Violet y Dani estaban viendo la televisión.

—Chicas, el señor Perry y yo vamos a estar en el sótano.

—Vale, papá. —Apenas apartaron la mirada de la pantalla.

—¿Una cerveza? —preguntó Auden.

—Sí, gracias.

Cogió dos cervezas de la nevera y luego, le seguí en dirección a las escaleras que daban a su santuario.

—Mira esto. —Auden hizo un gesto hacia el intrincado set de LEGO que se alzaba sobre la mesa. Era un modelo de un caza estelar de Star Wars, casi completo.

—Vaya. —Paseé en torno a la mesa, examinándolo desde todos los ángulos—. Es impresionante.

—¿Quieres ayudarme a terminarlo?

—¿Estás seguro? Puede que lo destruya.

Rio.

—*Nah*, no se te da tan mal.

Resoplé.

—Si hubiese estado al cargo de la construcción de la Estrella de la Muerte, la Alianza Rebelde no tendría que haberse preocupado por nada.

Auden rio y mi estómago dio un brinco. Inesperadamente, mi mente se inundó de eróticas imágenes de todo lo que podría hacer conmigo, y por un segundo, mis preocupaciones parecieron más livianas. Pero cuando su risa cesó, y me obligué a concentrarme en el presente, el peso de la realidad volvió a mis hombros.

—También podemos hablar —dijo Auden.

—¿Sabes? Con lo cansado que estoy hoy, no confiaría ese precioso set a mis manos, así que

charlar sin construir sería mejor.

—Claro. —Auden se acomodó en un desgastado sillón de cuero—. Parece que hoy os habéis divertido.

Me senté en un sillón similar frente a él.

—La batalla de nieve ha sido muy divertida. Incluso Byron ha participado y parece haberla disfrutado, lo que ha sido una auténtica sorpresa, si te soy sincero. Y durante la cena, no solo ha hablado, sino que incluso ha bromeado. Parece un gran avance.

—El famoso cenar el desayuno.

Me encogí de hombros.

—Es algo que hacíamos a veces cuando eran más pequeños y no tenía tiempo de cocinar algo apropiado. Aún lo adoran, y se ha convertido en algo nuestro.

—Hay tradiciones peores que pasar a los hijos. Mis hijas y yo tenemos una curiosa. Miramos las páginas web de inmobiliarias y buscamos las casas más escandalosamente caras. Ya sabes, como esas de sesenta y cinco millones de dólares de Hollywood. Luego, nos inventamos historias sobre lo que haríamos con tanto dinero. Lo llamamos «nuestra excéntrica vida de ricos». Es divertido.

Cada vez que hablaba de sus hijas su cara se iluminaba con una bobalicona y orgullosa sonrisa. Era enternecedor. Auden era un padre muy devoto y esas chicas eran muy afortunadas de tenerlo.

—Parece divertido, aunque no estoy seguro de lo que haría con tanto dinero.

—Ni yo. —Resopló—. Cuando era crío, mis padres siempre me llevaban a la iglesia y a nuestro pastor le encantaba predicar el versículo de «Es más fácil hacer que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de los Cielos». Nunca entendí el porqué de usar un camello para la analogía, pero sé que el dinero corrompe.

—Muy cierto.

—Pero nos estamos desviando del tema. —Sonrió—. Parece que has tenido un gran día.

—Lo he tenido. —Suspiré y mis hombros se hundieron—. Pero sigo sin poder quitarme de la cabeza la conversación que tuve con Mandy el fin de semana pasado.

—Me has dicho que le quitó hierro al arresto de Byron.

—Hizo que pareciese algo normal, un problema menor, como una fase por la que pasa cualquier adolescente. Ahí ya, me enfadó, porque sabe que el problema va más allá. Pero luego, me sugirió que la raíz de todo está en que Byron se aburre en Forestville porque no tiene nada que hacer aquí.

Auden alzó una ceja.

—¿En serio? Ese es el argumento más ridículo que he oído nunca.

—Gracias, eso mismo pensé yo. Pero Mandy aún no había acabado. Después de eso, me soltó que era yo el que había decidido trasladarnos de una punta a otra del país unilateralmente. Me dijo que les había apartado de su casa, de sus amigos... de toda la vida que conocían porque estaba extasiado con la idea de vivir en una ciudad pequeña. Me llamó egoísta y me dijo que no estaba teniendo en consideración sus sentimientos o los de nuestros hijos, y que ella ni siquiera había querido mudarse en primer lugar. De hecho, afirma que me lo dijo, pero la ignoré porque ya estaba convencido de que quería mudarme. Y eso es, por lo visto, lo que ha contado a los chicos. Me dijo que ellos tres quieren volver a Atlanta y que soy el único que les obliga a quedarse en un lugar que detestan y en el que no quieren estar.

Auden frunció el ceño, rascándose la barba.

—¿Decidiste el traslado por tu cuenta?

—¡No! Al menos, no lo recuerdo así. En aquel momento, ella estaba tan preocupada por Byron como yo, y estuvimos de acuerdo en que teníamos que salir de Atlanta. Pero ahora, aseguro que me dijo que no quería irse, que ninguno quería irse, pero que no les escuché porque estaba cegado, y... No puedo evitar cuestionarme a mí mismo. ¿Tiene razón? ¿Ignoré inconscientemente lo que sentían porque ya me había convencido de que el traslado resolvería todo? ¿Estaba tan ocupado persiguiendo una especie de... ilusión que me había creado en la mente que no me di cuenta de las señales? ¿Fue egoísta el trasladar a mi familia aquí?

Auden me estudió con una pensativa expresión.

—¿Sabes? Creo que Mandy te está haciendo *gaslighting*.

—¿*Gaslighting*? —repetí, frunciendo el ceño. Sabía lo que significaba el término, pero no pude trasladarlo al contexto de mi situación.

—Luz de gas. Te está manipulando, haciendo que dudes de tus propias motivaciones y decisiones. Es una táctica muy común entre la gente que quiere mantener su control sobre otros. Retuercen la verdad y te hacen cuestionarte tu propia realidad.

Negué rápidamente con la cabeza, reacio a aceptar que Mandy pudiera hacerme eso.

—Es la madre de mis hijos. No quiero pensar que es capaz de hacer algo así.

—Keaton —dijo Auden suavemente, inclinándose hacia delante—. Eres un hombre inteligente y compasivo. No tomarías una decisión tan radical como mudarte a Forestville sin sopesar todos los pros y los contras para tu familia. Estás aquí porque crees que es la mejor opción para el futuro de tus hijos. Y no creo que lo hayas hecho sin tener en cuenta sus opiniones, sus sentimientos y lo que es mejor para ellos.

—Pero Mandy —.

—Está intentando menoscabar tu confianza, haciendo que dudes de ti mismo —me cortó, en un tono firme y sereno, sin apartar la mirada de mí—. Sé que es difícil de aceptar, pero a veces necesitamos enfrentarnos a la verdad sobre la gente que queremos, incluso si es dolorosa.

Permití que sus palabras calaran en mi mente. ¿Tenía razón? Confiaba en Mandy, pero ¿se había aprovechado de esa confianza para manipularme?

—¿Cómo estás tan seguro? —pregunté.

—No busques lo que crees que se te ha escapado. Vuelve a lo que sabes con total certeza. Los hechos. Empieza por ahí.

—El hecho es que Byron se metió en problemas en Atlanta y no había sido la primera vez. Recuerdo haber tenido una larga conversación con Mandy sobre eso. Y estaba tan preocupada como yo.

—Ese es un buen comienzo. Así que sabes que eso es cierto. ¿Qué más?

Cerré los ojos, intentando recordar el orden exacto de los acontecimientos.

—Discutimos varias opciones. Primero, un programa preventivo para adolescentes problemáticos. Ambos acordamos que no queríamos enviar a Byron a ningún centro, así que lo descartamos. Lo siguiente, fue un mentor. Investigué esa opción, pero no cumplíamos con los requisitos. Sé que hablamos de castigarle e implementar algunas normas nuevas y más estrictas, pero Mandy me dijo que no se veía capaz de hacer eso, dado que no es su estilo de crianza. —La expresión de Auden me dejó claro lo que pensaba de ello, y reí suavemente—. Lo sé, lo sé. Ridículo.

—Eso creo. Considerasteis todo eso y luego ¿qué?

—Llegué a la conclusión de que el problema era el entorno. Estaba saliendo con el grupo de gente equivocado y sería imposible evitar que siguiera viéndolos a menos que saliésemos de allí. Ahí fue cuando sugerí el mudarnos.

—¿Cómo reaccionó Mandy?

—Al principio, era reacia, eso es cierto, pero mayormente por su trabajo. Como azafata, necesita estar ubicada cerca de un Aeropuerto Internacional, y esos solo están en las grandes ciudades, y pensamos que en cualquiera de ellas habríamos seguido teniendo el mismo problema con Byron. Ahí fue cuando se me ocurrió la idea de que ella viviera en la gran ciudad y los chicos y yo nos mudáramos a una ciudad cercana, mucho más pequeña. —La conversación que habíamos tenido esa noche volvió a mi mente en detalle—. Abrimos Google Maps y empezamos a mirar opciones. Luego, nos pusimos a buscar plazas vacantes de profesorado en institutos. Presenté varias candidaturas, mayormente en la zona noroeste del país, dado que soy de aquí. Mandy es hija de militar y creció por todo el globo.

—Me da la impresión de que pasasteis juntos por todo el proceso

—¡Lo hicimos! Me aceptaron en tres ciudades, y elegimos Forestville juntos. A Mandy le gustó la idea de vivir en Seattle, y luego, lo discutimos con los chicos. Byron estaba furioso, por supuesto, pero Milton parecía excitado. Así que, una vez Mandy habló con su compañía aérea y obtuvimos la aprobación para mudarnos, pusimos todo en marcha.

A pesar de lo mucho que quería negarlo, cuanto más repasaba los hechos, más reconocía el retorcido intento de manipulación de Mandy. Era un trago amargo. Mi ex-mujer había intentado convencerme de que todo lo que estaba pasando era culpa mía; incluso había mentido a nuestros hijos. Pero no era cierto. No había sido egoísta. Habíamos discutido cada paso y habíamos tomado todas esas decisiones juntos.

—Señor, tienes razón —susurré con la voz rota, aún incrédulo—. Está manipulando la situación.

—Lo lamento —dijo Auden con una cálida mirada—. Sé que no es lo que querías oír sobre tu ex-mujer.

—¿Por qué lo ha hecho? Siempre he intentado mantener una buena relación con ella. Pero se ha pasado de la raya.

—¿Crees que es posible que Mandy esté desempeñando un papel en alguno de los problemas que estás teniendo con Byron?

Mi corazón se paró un segundo.

—¿A qué te refieres?

Auden se frotó la barba.

—¿Crees que Mandy, intencionadamente o no, ha estado influyendo en su comportamiento?

Mi pecho se contrajo.

—¿Por qué me preguntas eso? —dije con recelo—. ¿Te dijo algo Byron cuando hablaste con él?

—Keaton —Auden clavó la mirada en mí—, no puedo traicionar la confianza de Byron. Si lo hago, perderé cualquier oportunidad que tenga de construir una relación con él. Pero te prometo que, cuando vuelva a hablar con tu hijo, intentaré descubrir si mi instinto está en lo cierto.

—¿Y tu instinto te está diciendo que Mandy le está influenciando?

—Sí. No estoy seguro de cómo, pero algo que me dijo Byron, combinado con lo que me has contado tú ahora... No puedo evitar sentir que esas dos cosas están relacionadas de alguna forma. Te prometo que intentaré hablar con él sobre esto, pero hasta que no me dé su permiso expreso, soy muy reticente a contarte nada.

Asentí, con una extraña sensación de alivio. Era reconfortante saber que alguien se preocupaba lo suficiente por mi familia como para protegerla así.

—Gracias, Auden. En serio, lo aprecio más de lo que puedo expresar con palabras.

—Quiero que seas feliz aquí —dijo en un cálido tono que radiaba sinceridad.

La intensidad de su mirada me estremeció, y fui incapaz de apartar la vista de sus ojos. Estaba... ¿Estaba interesado en mí? No como un amigo, sino como... ¿algo más?

No, no podía ser. Tenía que estar imaginándome cosas. Mis emociones estaban nublando mi percepción. Esto era amistad. Sí, nada más.

El sol de la mañana se filtraba por entre los árboles cuando aparqué frente a la casa de Keaton. Era el segundo día de servicio comunitario de Byron, y para evitar rumores, me había acercado a recogerlo con mi camioneta.

El chico ya me estaba esperando en el porche, con las manos embutidas en los bolsillos de su sudadera.

—Dios no permita que los adolescentes lleven un maldito abrigo cuando está helando — murmuré para mí, pero sabía que era mejor no empezar esa discusión. Había perdido demasiadas rondas con Violet como para seguir molestándome en hacerles entrar en razón. Si querían congelarse el culo, allá ellos.

Keaton nos observaba desde la ventana y, cuando nuestros ojos se encontraron, me saludó con la mano. Saludé de vuelta mientras Byron se encaramaba al asiento del copiloto. Esperé hasta oír el clic de su cinturón de seguridad, y luego, me despedí de Keaton con un gesto y salí a la carretera.

—¿Dónde vamos hoy? —preguntó Byron cautelosamente.

—Lo descubrirás cuando llegemos. —Una parte de mí se sentía culpable por mantenerle en la ignorancia, pero si se lo decía ahora, discutiría conmigo durante todo el trayecto, y no estaba de humor para eso. Di un sorbo a mi termo de café—. ¿Estás componiendo algo ahora?

Byron me miró de soslayo, claramente sorprendido por que lo hubiese recordado.

—Sí, he estado trasteando con unos ritmos nuevos.

—¿Qué haces con lo que creas cuando lo terminas? ¿Lo usas para escribir canciones? Con letras, me refiero.

—No. A lo mejor, cuando sean mejores podré venderlos. Pero aún no soy lo suficientemente bueno como para eso.

—A lo mejor, aún no, pero si sigues practicando, lo serás. Dicen que necesitas diez mil horas de práctica intensiva para convertirte en un experto en algo.

—¿Diez mil horas? Eso es como... —Frunció el ceño, intentando hacer el cálculo mental. Sonreí.

—Si practicas dos horas al día, cada día, seguirías necesitando más de trece años de práctica. Giró la cabeza bruscamente hacia mí.

—¿Trece años? —dijo, con los ojos abiertos como platos.

—*Sip*. Pero no olvides que la mayoría de la gente que es experta en algo se dedica a ello a jornada completa, y eso son mucho más de dos horas al día. Si quieres convertirte en un jugador profesional de béisbol, por ejemplo, y empiezas en la infancia, alcanzarás las diez mil horas cuando te gradúes en el instituto.

—Joder —murmuró Byron. Dejé pasar la palabrota. Corregir su lenguaje parecía contraproducente—. Aún no sé lo que quiero hacer después del instituto.

—No pasa nada. Tienes dos años más para descubrirlo. Bueno, un poco menos, dado que necesitas solicitar el acceso a la universidad con cierta antelación.

—¿Y quién dice que quiero ir a la universidad?

Me encogí de hombros.

—Lo he asumido, teniendo en cuenta lo inteligente que eres.

—¿Crees que soy inteligente?

—Sé que lo eres, aunque eso no significa que la universidad sea la mejor opción para ti.

Frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? Pensaba que todos los padres querían que sus hijos fueran a la universidad.

—Quiero que mis hijas hagan algo con su vida, por supuesto, pero no todo el mundo está configurado de la misma forma. Algunas personas son mucho más hábiles con las manos y les iría mejor aprendiendo un oficio. Confía en mí, puedes vivir muy bien como electricista, fontanero o soldador, por poner tres ejemplos.

Se quedó en silencio por un momento.

—Creo que quiero ir a la universidad, pero aún no sé qué carrera elegir.

—Eso lo descubrirás con el tiempo.

—¿Tú fuiste a la universidad?

Asentí.

—Me gradué en psicología.

—¿Psicología? Pero también estuviste en el ejército.

—Me crié en Forestville y mi padre era el sheriff. Por aburrido que te pueda parecer, siempre quise seguir sus pasos y jamás me interesó hacer nada más. Me uní al ejército porque pensé que sería una buena experiencia para mí y quería ver cómo funcionaba el mundo. Serví durante unos años y luego volví aquí para empezar a trabajar. Fui ascendiendo, me convertí en el ayudante del sheriff y... aquí me tienes.

—¿Te gustó el ejército?

Vaya, el tema había dado un giro de ciento ochenta grados. Controlé mi expresión, demasiado agradecido por que quisiera entablar conversación conmigo como para cagarla mostrando mi asombro.

—Serví en la policía militar, que no tiene nada que ver con la carrera militar común y corriente. Sabía que esa sería la mejor opción para mí, teniendo en cuenta mis objetivos. Y fue una gran experiencia, pero también tuvo sus cosas negativas. La policía militar no es, lo que se dice, popular dentro del ejército y recibíamos una infinidad de críticas solo por hacer nuestro trabajo. Pero en general, estoy agradecido por todo lo que aprendí en aquella época. Me enseñaron disciplina y solidificaron mi determinación a formar parte de los cuerpos de seguridad.

Mientras conducía, Byron me acribilló a preguntas sobre mi época en el ejército, y me encontré abriéndome a él de una forma que no había esperado. Este era un chico muy distinto al malhumorado y desafiante adolescente que había conocido antes. Keaton había mencionado que las cosas también habían mejorado en su casa. ¿Acaso Byron estaba cambiando? Dios, eso esperaba, por su bien y por el de su padre.

—Está justo a la vuelta de esta esquina —dije, mientras nos aproximábamos a nuestro destino.

Cuando el edificio apareció ante nosotros, la curiosidad de Byron se transformó en recelo y la

tensión volvió al vehículo. Paré en el aparcamiento y contemplé los vibrantes colores de la fachada, que destacaba entre el grisáceo paisaje urbano.

Byron estudió la señal, en la que podía leerse: «Centro Juvenil LGBTQ+». Frunció el ceño.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó con voz tensa—. ¿Es por lo que te dije sobre mi padre?

Mentir no tenía sentido.

—Supuse que te ayudaría oír otras perspectivas.

—Lo que digas —murmuró, bajando la mirada y cruzándose de brazos.

Apagué el motor.

—Vamos.

Salimos de la camioneta y entramos en el centro. El interior era luminoso y acogedor, y algunas de las paredes estaban decoradas con enormes y llamativos murales. El vestíbulo se abría a un amplio espacio abierto, inundado de sofás y pufs de diferentes tamaños y estilos. Varios adolescentes se esparcían por el recinto, inmersos en sus conversaciones, y sus risas retumbaban en los altos techos, haciendo eco en la sala.

Una mujer alta y delgada, con una larga melena rosa, se acercó a nosotros con una amistosa sonrisa.

—Vosotros debéis de ser Auden y Byron. Soy Morgan. Hablamos por teléfono.

Estreché su mano.

—Auden Frant. Un placer conocerla.

—El placer es mío. —Desvió la mirada hacia Byron—. Gracias por ofrecerte como voluntario para nuestro centro, Byron. Significa mucho para nosotros ver cómo los adolescentes se ayudan entre ellos.

Byron murmuró algo ininteligible mientras estrechaba su mano, pero la sonrisa de Morgan no flaqueó.

—Deja que te presente a Raoul —dijo ella—. Hoy te unirás a él.

Raoul era un adolescente que debía de rondar la edad de Byron. Su oscuro y rizado pelo estaba salpicado de pintura, y llevaba un mono de trabajo que una vez había sido blanco y ahora exhibía toda la gama de colores. Cuando nos aproximamos, dejó la brocha en el suelo y sus ojos castaños se iluminaron.

—Hola, soy Raoul —sonrió—. Tú debes de ser Byron. Encantado de conocerte.

Ah, un extrovertido. Eso ayudaría.

—Hola —El rostro de Byron aún no mostraba mucho entusiasmo.

—Raoul trabajará contigo en este mural —dijo Morgan—. Creo que lo encontrarás gratificante.

—Claro. —Byron miró a Raoul con suspicacia.

—Enséñame de lo que estás hecho. —Raoul pareció imperturbable por la reticencia de Byron. Señaló la impoluta pared que había frente a él—. Tenemos un lienzo en blanco aquí. Lo que queremos es algo colorido, vibrante, algo que ayude a comunicar de qué va todo este sitio. Así que tú y yo vamos a convertir esta pared en una obra maestra.

Me llevé la mano a la boca para ocultar mi sonrisa. ¿Cuánto duraría la testarudez de Byron contra la infecciosa alegría de Raoul? Habría apostado que no mucho.

—De acuerdo. —Byron estudió concienzudamente la pared.

—Así que... —siguió Raoul—. Vamos a empezar con una lluvia de ideas. Lo que no queremos es la tradicional mierda con el arcoíris. Los arcoíris son encantadores y todo eso, pero estamos buscando algo como... más profundo.

Morgan sonrió.

—Buena suerte, chicos. —Se dio la vuelta y avanzó hacia el vestíbulo.

La seguí hasta que salimos de la sala. Byron jamás se abriría a esos chicos si me tenía pegado al culo, así que decidí apartarme y dejar que forjara su propio camino. Con suerte, mi decisión de traerlo aquí le beneficiaría de formas que aún no podía vislumbrar.

—Gracias de nuevo por aceptarnos —dije a Morgan. Cuando habíamos hablado por teléfono, no le había ocultado los motivos que me habían llevado a elegir ese centro, aunque tampoco le había dado detalles.

—Nos alegra tenerle aquí. Lo que sea por ayudar a que la gente sea más tolerante. Al final del día, nos beneficia a todos.

Cuando me despedí de ella, encontré un asiento en una tranquila esquina, a una distancia prudencial de donde los chicos estaban trabajando, y me acomodé con un libro que me acababa de comprar. Me debatí entre si debería o no hacer algo de voluntariado, pero mi responsabilidad principal era Byron, y no quería que nada me distrajera de ello. Me puse a leer, alzando la vista disimuladamente de vez en cuando para comprobar cómo les iba.

La primera vez que alcé la vista, Raoul estaba compartiendo animadamente su visión del mural y Byron le estaba escuchando. Media hora más tarde, Byron ya estaba expresando sus ideas. Sonreí. A pesar de su resistencia inicial, había empezado a contribuir en el proyecto. Exactamente lo que había esperado.

Cuando dieron las once, empezaron a esbozar su idea sobre la pared. Byron estaba completamente concentrado en su trabajo, mordiéndose la punta de la lengua mientras trazaba las líneas con el lápiz. Raoul no paró de hablar con él, y Byron gesticulaba y le contestaba amigablemente. Vaya, una conversación real. Parecía que el hielo se estaba derritiendo.

—Qué tal, Auden —saludó Raoul cuando entré en la sala para llevármelos a comer—. Acércate y echa un vistazo a lo que hemos hecho hasta ahora.

Tardé unos segundos en entender lo que estaba mirando.

—¿Pingüinos? —pregunté, cuando reconocí las siluetas. Habían dibujado una colonia entera de pingüinos; algunos deslizándose sobre la nieve, otros parados sobre pequeños icebergs y unos pocos retozando en el agua—. Vaya. —Estaba genuinamente impresionado con su talento, a pesar de que solo estaban en la primera fase—. Estáis creando algo realmente especial aquí.

—Gracias —dijo Byron, sin desviar la mirada del mural. Nunca había escuchado ese tinte de orgullo en su voz. Parecía incluso... feliz.

—Se le ha ocurrido a Byron —dijo Raoul—. Todo el mundo sabe que los pingüinos tienen relaciones homosexuales. Me ha contado que una pareja de pingüinos gais adoptó un huevo abandonado y ahora tienen una cría.

—¿En serio? —pregunté, intentando contener mi asombro—. Ha sido una gran idea, Byron.

—Lo que digas. —Se sonrojó—. Parecía encajar, ¿sabes?

—Va a quedar precioso cuando lo terminéis —dije—. Deberías estar muy orgullosos de vosotros.

Byron se encogió de hombros, aún evitando mi mirada, pero pude ver que mis palabras significaban algo para él. No era mucho, pero era un comienzo.

Cuando llegó el momento de irnos, habían terminado de pintar los primeros pingüinos y toda la escena empezaba a cobrar forma.

—Desgraciadamente, se nos ha acabado el tiempo —dije a Raoul.

—No os preocupéis. —Raoul dejó el pincel y se giró hacia nosotros—. Ha sido divertido trabajar en esto contigo, Byron. Nos vemos.

—Nos vemos. —Byron hizo un gesto a modo de despedida.

Cuando volvimos a la camioneta, su comportamiento había cambiado. Parecía más cómodo, más tranquilo, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—¿Te lo has pasado bien? —pregunté, poniendo el vehículo en marcha.

—No ha estado mal.

En jerga adolescente, eso era una gran alabanza, así que lo aceptaría.

—¿Has visto alguna película buena últimamente? —pregunté, intentando mantener la conversación a flote mientras volvíamos a su casa. Quería aprovechar al máximo el tiempo del que disponíamos antes de dejarle con Keaton.

—Mmm, sí. —Mi pregunta pareció pillarle desprevenido—. La semana pasada vi *¡Olvídate de mí!* Estuvo bastante bien, supongo.

—Ah, esa es una gran película. Una idea muy interesante la de poder borrar a alguien de tu memoria.

—Y que lo digas. —Contempló el paisaje que se deslizaba tras la ventanilla—. Te hace pensar en qué tipo de recuerdos quieres mantener y cuáles preferirías olvidar, ¿sabes?

—Señor, sí. Tengo unos cuantos recuerdos que estaría encantado de borrar. Como cuando estuve a punto de anotar el tanto ganador en un partido contra el mayor rival futbolístico de nuestro instituto, y se me cayó el balón justo antes de alcanzar la línea de meta. Mi equipo consiguió recuperarlo y se las apañó para llegar hasta medio campo antes de que nos hicieran un placaje. Perdimos.

Rio suavemente.

—Sí, yo también querría borrar algo así.

Caímos en un cómodo silencio, con el zumbido del motor y la suave música de la radio creando una serena atmósfera. Cuando el sol comenzó a descender por el horizonte, sumiendo al mundo en el crepúsculo, sentí que habíamos alcanzado un nuevo punto en nuestra relación, que Byron estaba empezando a verme como alguien en quien podía confiar. A lo mejor, ahora podría hacer las preguntas difíciles, las que me ayudarían a entender toda la situación.

—Byron —aventuré tentativamente—. ¿Cómo es tu relación con tu madre? ¿Os lleváis bien? Vaciló.

—Sí, nos llevamos bien. Es... distinta a mi padre, ¿sabes?

—Distinta, cómo.

—Bueno, es más... Le gusta más divertirse, supongo. —Empezó a jugar con sus dedos—. Mi padre puede ser muy aburrido.

—Ah, ya veo. —Esa parte no me sorprendió, teniendo en cuenta lo que me había contado Keaton—. No te gusta mucho Forestville, ¿eh?

—La odio. —La respuesta fue rápida.

—¿Por qué?

—Es una ciudad demasiado pequeña. Nunca pasa nada aquí. Como... ni siquiera tenéis un cine o un centro comercial. ¿Qué se supone que tengo que hacer para divertirme?

—Ya veo. —Le miré de soslayo. A lo mejor, podría tantear un poco más el terreno—. Si tuvieses la oportunidad de volver a Atlanta, ¿te irías?

Asintió vigorosamente.

—Sí, definitivamente. No pertenezco aquí.

—¿A pesar de que allí te metiste en problemas?

Su expresión se oscureció y se agitó en el asiento, cruzando los brazos.

—Esos fueron mis amigos, ¿vale? Mi padre nunca quiso entenderlo. Estaban... Sé que hacían

algunas cosas estúpidas y todo eso, pero... me entendían, ¿sabes? Pero mi madre está de mi lado.

Alcé una ceja. Bueno, eso era una nueva brizna de información.

—¿A qué te refieres?

—Mi madre cree que no nos quedaremos en Forestville para siempre. —Desvió la mirada hacia la ventanilla, como si estuviese imaginándose otro mundo tras ella—. Dice que si mi padre se da cuenta de lo mucho que todos odiamos estar aquí, nos mudaremos de vuelta. Ella también quiere volver. Odia Seattle.

Ese comentario confirmaba mis sospechas sobre la participación de Mandy en todo esto. Parecía que estaba poniendo a sus hijos en contra de Keaton, sacando provecho de la situación personal de Byron. Y ahora, ¿qué hacía con esta información? Necesitaba algo de tiempo para averiguarlo.

—Hemos llegado. —Aparqué frente a su casa.

—Gracias por traerme, sheriff Frant. —Abrió la puerta del pasajero y salió sin mirarme.

—Te veré el próximo día, Byron.

—Hasta luego —murmuró, cerrando la puerta tras él y avanzando hasta su casa.

Mientras conducía de vuelta a mi hogar, sopesé qué hacer. No parecía el momento adecuado para preguntar a Byron si podía contar a su padre todo lo que me había dicho. Habíamos progresado, cierto, pero aún faltaba mucha confianza por construir, y no quería poner en riesgo el proceso. No, sería mejor esperar hasta el próximo día de servicio comunitario.

La culpa me carcomía por dentro. Quería contárselo a Keaton, quería asegurarle que no se estaba inventando las cosas, que Mandy realmente estaba actuando en su contra. Pero no podía; no, sin traicionar a Byron por el camino. Y ahora mismo, mi prioridad era ayudar al chico. Por difícil que me resultara, mi amistad con Keaton tendría que quedar relegada a segundo plano.

Amistad, eso es lo que era; aunque nunca había mirado a ninguno de mis amigos de la forma en la que miraba a Keaton y jamás había querido pasar tanto tiempo con ellos. Me alegraba cuando Marnin bajaba a la ciudad para salir conmigo, por supuesto, pero no era algo en lo que pensara demasiado. A lo mejor, si pasaba mucho tiempo sin tener noticias de él, le llamaba, pero más allá de eso... *Nop*. ¿Pero Keaton? Señor, pensaba en él a todas horas, preguntándome cuándo volvería a verlo y si podríamos hacer algo juntos.

Las fronteras entre mi deber como sheriff, mi creciente amistad con Keaton y mi paulatina conexión con Byron se estaban difuminando, tejiendo una enmarañada red de lealtades y responsabilidades.

¿Cómo debería navegar esta situación para que nadie saliese herido?

Alcé la vista y contemplé el despejado cielo azul. Estaba esperando a Auden en el porche, pero el frío no me importaba; me había embutido en un grueso jersey de lana y unos pantalones térmicos, llevaba mi plumas, el gorro y unos guantes, y estaba sosteniendo dos termos llenos de café hirviendo. ¿Demasiado? A lo mejor, pero me quedaba frío con facilidad y quería estar preparado para cualquier eventualidad. Para ser sincero, no sabía qué esperar de hacer senderismo en invierno.

Cuando Auden me envió un mensaje, invitándome a hacer una ruta de montaña, me había sorprendido. «Conmocionado» habría sido más preciso, pero a quién le importaba.

AUDEN

Como me has dicho que te gusta caminar para aclararte las ideas,
pensé que sería divertido hacer una ruta de senderismo juntos. Conozco
una muy sencilla que tiene grandes vistas en invierno.

Lo primero, apreciaba a un hombre que escribía mensajes con palabras completas y oraciones enteras. Me había rendido con mis hijos, pero adoré que Auden no usara abreviaturas, ni se saltara signos de puntuación. Usar una gramática correcta era sexy, y nadie podría convencerme jamás de lo contrario.

Pero más importante aún, la consideración que había tras esa invitación me llegó al alma. Auden se había esforzado por buscar una afición que pudiéramos disfrutar juntos. ¿Y cómo de tierno era eso?

No debería precipitarme a sacar conclusiones. Auden solo estaba siendo atento como amigo, eso era todo. Nada más; aunque mi traicionero cerebro hubiera empezado a fantasear de nuevo. Dios Santo, qué estúpido podía llegar a ser.

La camioneta de Auden avanzó por el camino de entrada y mi corazón dio un brinco. Cielos, necesitaba dejar de reaccionar así cada vez que veía al hombre. La puerta del conductor se abrió y Auden apareció ante mí con el aspecto de un fornido excursionista, vestido con su equipamiento de invierno. De alguna forma, estaba incluso más sexy que en su uniforme, lo que no era una hazaña sencilla.

—Hola, Keaton. —saludó, aproximándose al porche—. ¿Llevas todo? Botas apropiadas, pantalones cálidos, abrigo, guantes, gorro...

—Sí, todo listo. —Giré sobre mí mismo para mostrarle mi atuendo.

Auden me estudió concienzudamente de arriba a abajo y sentí cómo comenzaban a arder mis mejillas. ¿Le gustaba lo que veía?

Se aclaró la garganta.

—Sí, todo bien. Tienes buen aspecto.

Siguió mirándome, y tuve que esforzarme por no agitarme en el sitio.

—¿Algo va mal?

—No, solo que... Me he quedado en blanco por un segundo. Venga, vamos a coger la carretera.

Nos encaramamos a la camioneta y nos pusimos en marcha. Atravesamos la ciudad y, según cruzamos el río, Auden tomó una desviación a la derecha y nos adentramos en un serpenteante camino de tierra que llevaba a la zona de acampada. Advertí su macuto en el asiento trasero.

—Caramba, ¿debería haber traído algo?

—Estamos cubiertos —dijo Auden, navegando las curvas con facilidad—. Pero si alguna vez subes tú solo, deberías llevar algunos suministros de emergencia.

—¿Como qué? —No tenía planeado ir a explorar absolutamente nada por mi cuenta, pero el conocimiento nunca venía mal.

—Agua, suficiente comida como para sobrevivir, al menos, veinticuatro horas, un silbato, algo para mantenerte seco, una manta, una batería externa para tu móvil junto con el cable para recargarlo... Siempre recomiendo a todo el mundo que lleve una navaja afilada. Y necesitarás un mapa y una brújula, aunque también necesitarías saber usarlos o seguirías igual de perdido.

Vaya, ¿todo eso para hacer senderismo?

—Eso es en el peor de los escenarios, ¿no? —dije.

—Siempre tienes que estar preparado para lo peor. Cada verano, nuestros equipos del SAR tienen que rescatar a docenas de senderistas que no iban preparados. La madre naturaleza es feroz, y algunos días te lanza todo lo que tiene.

De acuerdo, entonces.

—Gracias por cuidar de nosotros hoy. No tenía ni idea.

Sonrió.

—No te preocupes. Te tengo.

Aparté la mirada antes de que viese el anhelo en ella. Si solo lo dijese en el sentido que yo quería que lo dijese...

—¿Participas en ese tipo de cosas de salvamento y rescate? —pregunté.

—Normalmente, no. Solo me he presentado algunas veces como voluntario cuando nuestros equipos del SAR iban cortos de personal.

—¿Qué tipo de avisos reciben?

—Gente que se ha visto atrapada en mitad de un temporal y no tenía el equipo adecuado, tipos que se han perdido, se han herido o casi se ahogan... de todo. Una de las peores historias que me contaron pasó en el noreste, en Vermont. Una estudiante universitaria salió para hacer una ruta de invierno sin preparación alguna. Solo llevaba una chaquetita. Ni guantes, ni gorro, ni botas de nieve,... nada para mantenerse cálida. No llevaba agua suficiente, ni comida, ni mapa. Cuando empezó a nevar, perdió de vista el sendero. La encontraron un par de días más tarde, muerta por congelación. Se me rompió el corazón al enterarme de que alguien tan joven había fallecido de una forma tan estúpida. La gente es tremendamente ignorante a veces, y sale a la montaña muy mal preparada. Es aterrador.

—Caramba, sí que es una historia trágica. Bueno, puede que no tenga todas las cosas de tu lista, pero me alegra informarte de que nunca subiría ahí arriba sin prepararme apropiadamente. Demonios, ni siquiera haría senderismo solo en invierno, porque tengo la orientación de un... —
¿Qué animal tenía mala orientación?— un lémur muerto.

Auden resopló.

—Tomo nota. Tenemos suerte de que yo sea un experto, entonces.

—Y tan modesto...

Se encogió de hombros.

—La modestia está bien para las cosas que no están relacionadas con mi trabajo. En lo que se refiere a mis habilidades profesionales, necesito que la gente sepa que soy un especialista altamente cualificado.

Maldita sea, ese nivel de confianza era sexy.

—¿Sabes qué? Estoy de acuerdo. Cuando voto en las elecciones quiero saber si los candidatos son competentes. Especialmente, si hablamos de un trabajo como el de sheriff.

Auden me dedicó una enorme sonrisa.

—Las próximas elecciones son el año que viene, así que espero tu voto.

Reí.

—Cuenta con él. —Sorbiendo mi café, admiré la belleza del bosque que nos rodeaba. La nieve cubría la vegetación que delineaba la carretera y las ramas de los árboles se curvaban bajo el peso de densos mantos blancos. El cielo era de un azul diáfano, y el sol se abría paso entre el follaje, reflejándose como millones de diminutos diamantes sobre las estalactitas de hielo. Mientras ascendíamos por la montaña, la carretera se fue estrechando y las plantas nos fueron cercando.

—¿Alguna vez has estado ahí arriba? —preguntó Auden.

—Aún no he tenido la oportunidad. Llegamos a finales de verano y los primeros meses fueron una locura mientras nos instalábamos.

—Imagino que hacer senderismo y explorar la zona no estaba en tu lista de prioridades.

Esas primeras semanas habían sido un infierno. Byron había estado terco e insoportable, a Milton le había invadido la tristeza y Mandy había vuelto al trabajo, sin plantearse el ayudarnos, ni esperar a que los chicos estuvieran asentados. Cuanto más pensaba en mi ex-mujer, más me daba cuenta de que Auden tenía razón. No estaba siendo sincera conmigo; estaba ejecutando su propia agenda, usando a los chicos para salirse con la suya. Qué hacer con esa información aún era un gran interrogante, pero saber que la situación actual no había sido culpa mía me había quitado un enorme peso de encima.

Alcanzamos la zona de acampada. El camping en sí estaba cerrado durante la temporada, pero el aparcamiento al inicio de los recorridos aún era accesible.

—Vamos a hacer la ruta azul —dijo Auden mientras salíamos del vehículo. Señaló un cartel en el que habían colgado un enorme mapa—. Aquí han marcado nueve rutas, aunque hay muchas más que no están incluidas. La azul está catalogada como ruta invernal. Son unos tres kilómetros y conduce a un magnífico mirador que sobrevuela el valle.

—Suená bien.

Cogió el macuto del asiento de atrás y se lo cargó al hombro.

—¿Quieres llevarte tu café?

—*Nah*, estoy bien. Está en un termo, así que seguirá caliente cuando volvamos.

A juzgar por la nieve pisoteada, la azul era una ruta muy transitada, lo que también la hacía más sencilla de recorrer. El camino era lo suficientemente ancho como para permitirnos caminar lado a lado, y Auden imprimió un ritmo suave que pude seguir cómodamente. Estaba convencido de que si hubiese estado solo, habría ido mucho más rápido, y apreciaba su consideración. El aire era gélido y afilado, ardía sobre mis mejillas y en el interior de mi nariz cada vez que inspiraba profundamente. Nuestros pasos crujían sobre la nieve, pero aparte de eso y de mi respiración, no podía oír otra cosa. El mundo que nos rodeaba estaba envuelto en un manto blanco, prístino,

como un lienzo intacto que amortiguaba todos los sonidos. Las ramas de los árboles liberaban copos al rozarlas y el sol asomaba entre sus hojas, proyectando su luz sobre el camino.

—Esto es precioso —dije con un suspiro de satisfacción—. Muy apacible.

—Lo es. No vengo aquí tanto como me gustaría.

Auden parecía melancólico, y me quedé observándolo, fascinado por las pequeñas nubes que formaba su aliento.

—¿Por qué?

Rio suavemente.

—Eso es lo que me estoy preguntando ahora mismo. —Tras un largo silencio, añadió—: Pero me he estado preguntando muchas cosas, últimamente.

—¿Como qué?

Se tomó unos minutos para organizar sus pensamientos, pero no me importó. El tiempo parecía ralentizarse aquí arriba; este paisaje no daba pie a apresurarse.

—Como la atracción, y cómo funciona. ¿Qué te atrajo de Mandy?

Mi corazón dio un brinco. ¿Estaba hablando de él y de alguien que le atraía? No, estaba hablando en general, no de sí mismo. Mi pulso recuperó su ritmo.

—Era divertido estar con ella. Tiene muchísima energía y es una mujer muy aventurera. Por aquella época, pensé que queríamos las mismas cosas en la vida. ¿Qué hay de ti y Tricia?

—Dios, éramos muy jóvenes. Adolescentes. Ella era preciosa y encantadora, y como has dicho de Mandy, era muy divertido estar con ella. Me gustaba su espontaneidad. Éramos un gran equipo hasta que... dejamos de serlo.

No sabía por qué, pero sentía que Auden me estaba ocultando algo sobre su divorcio. Me faltaba una pieza del rompecabezas, pero no sabía cuál podría ser. Sentía que había un dolor más profundo oculto bajo el típico malestar por el fracaso de su matrimonio. A lo mejor, tenía que ver con sus hijas. Estaba convencido de que no eran suyas, biológicamente hablando, pero nunca había mencionado el tema.

—Me suena familiar —dije.

—¿Te has sentido atraído hacia alguien desde tu divorcio? —preguntó Auden.

—Eso depende de tu definición de atracción. Sexualmente atraído, claro. Necesito que haya algún tipo de atracción para acostarme con alguien, cierta química. Pero ¿atracción en el sentido de querer tener una relación con alguien? No. —Estaba mintiendo como un bellaco, y lo odiaba, pero ¿cómo confesar a Auden que me sentía atraído hacia él? No podía. Arruinaría todo, y no estaba dispuesto a pagar ese precio por un segundo de sinceridad—. Pero para ser justos, tampoco he estado abierto a una relación. ¿Y tú?

Suspiró.

—He tenido algunas citas, aunque ha pasado un tiempo desde la última. Nunca he sentido una conexión real con nadie.

—¿Crees que eso es algo que reconocerías en una primera cita?

—Puedo leer muy bien a la gente; forma parte de mi trabajo, y nunca he conocido a nadie que me haya hecho siquiera considerar iniciar una relación. Tuve tres citas con una mujer, Julie-Anne, porque era la hija de unos amigos de mis padres y no quería ser grosero. Pero después de tres citas, aún no tenía nada de qué hablar con ella. No puedo imaginarme a mí mismo buscando temas de conversación durante el resto de mi vida.

Reí suavemente.

—Estoy de acuerdo. Bueno, al menos ese es un problema que tú y yo no tenemos.

Llegamos a la parte en pendiente y Auden me adelantó y comenzó a ascender, ofreciéndome

una mano cuando lo necesitaba.

—¿Necesitas que la atracción sea física, mental o química? —preguntó.

—Creo que es una mezcla de las tres. La atracción física juega un papel importante, por supuesto, pero también está involucrada la química del cerebro. Cuando nos sentimos atraídos hacia alguien, por el motivo que sea, se liberan hormonas y neurotransmisores; como la dopamina, por ejemplo, y eso no puedes controlarlo.

—¿Y qué me dices de la atracción emocional sin atracción física? ¿Crees que eso es posible?

—Por supuesto. A veces, conectamos con alguien a un nivel emocional que trasciende la atracción física. Pero también depende de cómo esté configurado tu cerebro. La gente que se identifica como sapiosexual, por ejemplo, se siente atraída hacia la inteligencia, e incluso les excita sexualmente, independientemente del aspecto puramente físico de la otra persona. Y los demisexuales no experimentan la atracción física a menos que conozcan bien a alguien. Para los asexuales, la atracción física puede no jugar un papel en absoluto.

Pasamos por un parche de hielo y nos quedamos en silencio, prestando atención al camino que se había vuelto resbaladizo.

—¿Crees que podemos elegir quién nos atrae? —preguntó, cuando volvimos a alcanzar terreno estable.

Negué lentamente con la cabeza.

—La atracción no es algo que podamos controlar. Pasa. A veces, de la forma más inesperada e inoportuna. —¿Acaso no sabía yo eso, enamorándome como un estúpido de este hombre?

—Inesperada, cómo.

—Oh, como... sentirse atraído por alguien que no es tu tipo, por ejemplo. Puede que creas que te gusta cierto tipo de persona y de repente, experimentas una química descomunal con alguien que no se parece en nada a lo que te atrae habitualmente.

—Mmmm.

¿De qué iba todo esto? Eso era lo que realmente quería preguntarle, pero ¿debería? Si hubiese querido que lo supiese, me lo habría dicho. No, tendría que ser paciente y esperar a que decidiera revelarme el motivo de todas estas reflexiones sobre la atracción.

—¿Crees que alguien puede cambiar su orientación sexual a una edad avanzada? —preguntó Auden.

Me miró con tanta intensidad que casi me tropiezo con mis propios pies, demasiado embelesado como para prestar atención al suelo. ¿Qué? ¿Por qué me estaba preguntando eso? ¿Se estaba cuestionando su propia sexualidad? Mi pulso se aceleró al pensar que podría sentirse atraído hacia mí.

—Sí, lo creo —contesté, manteniendo un tono tranquilo y neutral—. La sexualidad no es algo tallado en piedra. La gente cambia, evoluciona y crece a lo largo del tiempo, y en el transcurso de su vida es natural que aprendan a entenderse mejor a ellos mismos.

Auden asintió, como perdido en sus pensamientos.

Continuamos paseando en silencio, con el crujir de la nieve marcando nuestro paso en la quietud del bosque. ¿Estaba procesando la misma información que estaba intentando procesar yo? La posibilidad de que nos sintiéramos atraídos mutuamente quedó suspendida en el aire, como una poesía no recitada, esperando a que alguien encontrara las palabras para darle vida.

—Casi hemos llegado —dijo Auden unos minutos más tarde, señalando el camino, que terminaba a unos sesenta metros por delante de nosotros.

Cuando emergimos de los árboles al afloramiento rocoso, di un respingo. El valle estaba bañado en un cálido resplandor dorado bajo el atardecer invernal. El verde oscuro de los abetos y

los esqueletos desnudos de los árboles caducos moteaban las blancas colinas y, en la distancia, se alzaban las cumbres nevadas de las montañas. El río Skykomish se abría paso por la tierra, captando los tenues rayos de sol y agitándose con el viento como un lazo de cristal, y la luna ya podía verse en lo alto, ansiosa por tomar el mando. El mundo parecía contener el aliento, suspendido entre el día y la noche, como si esperara algo mágico.

—Cielos, es sobrecogedor —murmuré.

—Lo es.

Cuando giré la cabeza hacia él, Auden me estaba mirando, y un millón de mariposas alzaron el vuelo en mi estómago. A pesar del frío, cada célula de mi cuerpo comenzó a arder, reaccionando al poderoso magnetismo que exudaba ese hombre. Señor, cuando sus ojos me observaban con tanta intensidad, era difícil no tener esperanzas y soñar.

—Auden... —Mi boca estaba seca y mi cerebro se había vaciado de palabras. No sabía qué decir. Ni siquiera sabía si debería decir algo.

—Keaton, yo...

Se inclinó hacia mí y contuve el aliento. ¿Iba a...?

Sostuvo mi mirada y sentí que estaba al borde de un inmenso precipicio, a punto de saltar. Pero ¿tenía el paracaídas puesto? ¿Sería seguro saltar ahora? Auden no había dicho una palabra, y por lo que sabía, podía estar malinterpretando todas las señales.

No podía perderle.

No podía perder su amistad.

No podía besarlo, ni decir lo que quería decir y correr el riesgo de perderlo para siempre.

—Necesitamos volver si queremos llegar a la camioneta antes de que se ponga el sol —dije con voz ronca, forzándome a romper el contacto visual.

—Sí. —Auden inhaló bruscamente, como obligándose a salir de su estupor—. Tienes razón. Vamos.

Mientras caminábamos montaña abajo en silencio, una única pregunta se repitió en bucle en mi mente.

¿Había hecho lo correcto?

Las paredes de mi oficina se me echaban encima. Era un viernes inusualmente tranquilo, y tenía demasiado tiempo libre entre manos. Solo habían entrado unos cuantos avisos, y mis ayudantes se habían hecho cargo de ellos. Había intentado mantenerme ocupado: me había puesto al día con el papeleo, había ayudado a Jack Sobiesky a instalar las nuevas cámaras de seguridad en el Doble F y había limpiado mi coche patrulla. Joder, incluso había ordenado los archivos de mi ordenador, y eso, para mí, era lo más cercano a la desesperación.

Me gustaba mantenerme ocupado, y hoy era el perfecto ejemplo de por qué. Sin el trabajo para distraerme, mi mente estaba consumida por Keaton, y cuanto más intentaba concentrarme en otra cosa, más volvían mis pensamientos nuestra caminata.

Aún sentía el contacto de su mano de cuando se había apoyado en mí para ascender el sendero, y el calor de su cuerpo de cuando estábamos lado a lado en el mirador. Habíamos estado tan, tan cerca; nuestros rostros a meros centímetros de distancia. El deseo de besarlo había sido abrumador, pero me había contenido. Unos segundos después, Keaton había dicho que necesitábamos irnos, dejándome más confuso que nunca. ¿Había malinterpretado las señales? ¿Acaso me había dado una señal, para empezar?

Enterré el rostro entre las manos y gruñí. ¿Por qué no era capaz descifrar esto? Tenía cuarenta y ocho años, y estaba tan desorientado como un adolescente. No importaba cuántas veces le diera vueltas en mi cabeza, era incapaz de llegar a una conclusión. Siempre me había considerado hetero, pero no podía negar la atracción que sentía hacia Keaton. ¿Qué significaba eso?

La explicación más lógica era que me gustaba el hombre, por supuesto, pero no podía saltar a ese vagón tan rápido. No porque tuviese problemas con la idea de ser bi —mi orientación sexual no podría importarme menos—, sino por el contexto y el momento. Si hubiese sentido esta atracción unos meses atrás, todo habría sido distinto, pero recientemente había descubierto muchas cosas sobre mí que nunca antes había advertido.

Tamborileé con los dedos sobre mi escritorio.

—¿Me siento atraído hacia él o solo es la emoción de tener a alguien nuevo en mi vida, alguien que me presta atención y que parece interesado en mí? —murmuré.

Dios Santo, ¿ahora estaba hablando en voz alta conmigo mismo? Las preguntas se agolpaban en mi mente, impidiéndome concentrarme en nada más. No podía resolver esto solo. Necesitaba hablar con Marnin. A lo mejor, él podría ayudarme a descifrar mis sentimientos. No solo era mi mejor amigo y la persona que mejor me conocía, sino que también era un hombre bi. Seguro que se le ocurriría algo.

Sabía que había llegado a la ciudad esa misma mañana y que estaba en casa de Tiago y Cas,

así que le envié un mensaje.

AUDEN

¿Podemos hablar? Necesito tu consejo en algo.

MARNIN

¿Ahora?

AUDEN

Sí.

MARNIN

De acuerdo.

AUDEN

De camino.

—Waylon, Marcus —llamé a mis ayudantes, que estaban desparramados en la sala de descanso—. Me voy a tomar algo de tiempo libre esta tarde.

Intercambiaron una mirada, frunciendo el ceño.

—¿Va todo bien, sheriff? —preguntó Waylon.

—Por supuesto. ¿Por qué lo preguntas?

—Tu comportamiento ha cambiado recientemente —dijo Marcus cautelosamente—. Solías trabajar seis días a la semana, de la mañana a la noche. Casi teníamos que obligarte a que te tomaras un descanso.

—Pero ahora —siguió Waylon—, has reducido drásticamente tu jornada. No nos estamos quejando, solo nos estábamos preguntando la causa.

Parpadeé. ¿Tenían razón? Me había cogido un día para hacer la ruta de senderismo con Keaton y, antes de eso, había liberado una tarde para acompañarle al recital en Seattle. También me había cogido un día para llevar a Byron al centro LGTBQ+. Podría haberlo registrado como tiempo laboral, pero eso habría suscitado demasiadas preguntas sobre por qué le permitía hacer su trabajo comunitario tan lejos, y había preferido evitarlo.

Pero ¿tan poco tiempo libre me había tomado que, ahora que lo hacía, mis ayudantes lo habían advertido? No encajé bien ese descubrimiento, pero no lo comenté en voz alta. Marcus y Waylon me caían bien, y eran buenos compañeros de trabajo, pero no les consideraba amigos.

—Tengo algunas cosas personales entre manos, pero os prometo que estoy bien. Gracias por preocuparos, de igual forma. Lo aprecio mucho. —Me despedí de ellos con un gesto y abandoné la oficina en dirección a la casa de Tiago y Cas.

Durante el trayecto, se me formó un nudo de ansiedad en el pecho. El comentario de Marcus y Waylon me había afectado. ¿Me había convertido en un adicto al trabajo? Tras nuestro divorcio, Tricia había hecho algunos comentarios afilados, pero cuando le señalé que ya no tenía que preocuparse por mí, había parado. Pero ¿tenían razón? ¿Me había enterrado en mi trabajo?

No podía negar que encontraba consuelo en la rutina de la oficina. Pasar largas horas ocupado batía con creces el sentarme solo en el sofá de mi casa, sintiéndome como un fracasado. Porque, tras nuestro divorcio, así es como me había sentido. ¿Por qué había sido incapaz de conservar lo que más quería?

Dios Santo, y ahora me estaba cuestionando mi identidad sexual y todo lo que pensaba que sabía sobre mí. ¿Era esto la temida crisis de la mediana edad? Si lo era, necesitaba que desapareciera. Ya. Estaba desorientado y no me gustaba ni una pizca.

—Hola —saludé a Marnin cuando abrió la puerta. Intenté parecer casual, a pesar de que mi

turbulento estado emocional—. Gracias por dedicarme un poco de tiempo.

—Por supuesto, colega. —Me dio una palmada en el hombro—. ¿Qué es tan urgente que no podías esperar?

—*Mãe de Deus*, Marnin, deja que el hombre se siente primero. —Tiago apareció en el pasillo, negando lentamente con la cabeza—. ¿Quieres algo de beber?

—No estará aquí tanto tiempo —dijo Marnin señalando mi uniforme—. Está trabajando.

—Me he tomado libre el resto del día —dije.

Marnin abrió la boca de par en par y Tiago dio un respingo.

—*Jesus Cristo*, ¿Estás bien? ¿Algo va mal?

Bueno, si me habían quedado dudas sobre si mis ayudantes y mi ex-mujer tenían razón con lo de trabajar, la reacción de mis amigos las barrió por completo. Apparentemente, el que me tomara tiempo libre era motivo de preocupación.

—Estoy bien. Todo va... Bueno, no todo va bien, pero no es nada serio. No estoy enfermo, ni me estoy muriendo, ni nada de eso. Es solo que tengo un asunto personal que esperaba poder comentar con vosotros. Y sobre esa bebida... ¿café? Sí, café estará bien.

Tiago asintió.

—En seguida. —Tras lanzar a Marnin una mirada de advertencia, se dirigió a la cocina.

Marnin y yo le seguimos en silencio.

Observé a Tiago mientras preparaba la elegante cafetera que costaba más de lo que yo ganaba en un mes. Objetivamente, Tiago era uno de los hombres más guapos del planeta. El tipo era un modelo mundialmente famoso y, aunque había reducido sus horas laborales, aún se mantenía en plena forma. Piernas alargadas, músculos bien definidos, una tableta de chocolate con la que yo solo podría soñar y ese dorado bronceado que todo el mundo ansiaba y él exhibía de forma natural, cortesía de su madre brasileña.

Y sin embargo, no me provocaba nada. Cero. Ni siquiera un respingo. Joder, si me hubiese pedido que me liara con él, probablemente habría estallado en una carcajada antes de rechazarlo. Y no porque supiese lo enamorado que estaba de Cas, sino porque la mera idea de besarlo era... *Puaj*, no. Como un hermano.

Con Marnin me pasaba lo mismo. Físicamente, no estaba en la misma liga que Tiago, pero era muy atractivo. Y aun así, no podía soportar la idea de besarlo.

¿Qué significaba eso? ¿Podía ser bisexual si nunca me había atraído otro hombre salvo Keaton?

—Vamos a sentarnos —dijo Tiago.

Marnin y yo le seguimos de nuevo y nos acomodamos en su mullido sofá.

Tiago dejó el café en una mesita frente a mí.

—¿Quieres que me vaya para que Marnin y tú podáis hablar en privado?

—No, no pasa nada. Todas las opiniones son bienvenidas.

Tiago se sentó con nosotros y nos quedamos en silencio. Jugueteé unos segundos con el borde de un cojín, buscando las palabras para explicárselo. Ahora que estaba allí, no tenía ni idea de por donde empezar a desenredar la maraña que había en mi mente. Marnin y Tiago esperaron, dándome espacio para encontrar mi voz.

—De acuerdo —solté finalmente—. Creo... Creo que puede que me sienta atraído hacia un hombre.

Marnin me miró ojiplático y Tiago abrió la boca de par en par, pero ambos se recuperaron rápidamente e intercambiaron una mirada cómplice.

—¿Keaton? —preguntó suavemente Marnin.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Es la única persona nueva en tu vida. —Se encogió de hombros—. Además, me pareció interesante que le invitaras a sentarse con nosotros cuando salimos a cenar el otro día. Eres bastante protector con nuestro grupo, y por lo general, te gusta que estemos solos.

—Aparentemente, había sido más transparente de lo que había pensado.

—No estoy seguro de si es atracción o una profunda amistad.

Marnin frunció el ceño.

—Considero que tú y yo tenemos una relación muy estrecha y dudo que alguna vez te hayas planteado esa pregunta conmigo.

No había pensado en sacar este tema a colación, pero si iba a sincerarme, bien podría abordarlo.

—Yo también pensé que teníamos una relación muy estrecha, pero tan pronto como Tiago tuvo una habitación disponible, elegiste quedarte aquí en lugar de en mi casa.

Marnin me miró ojiplático.

—Mierda, ¿te has tomado eso como algo personal?

—Es difícil no hacerlo. Llevas años quedándote conmigo. Cada vez que bajabas a la ciudad, dormías en mi casa, incluso cuando estaba casado. Siempre tenía una habitación preparada para ti. Pero Tiago se compra una casa elegante; sin ofender, Tiago; y vas y me cambias por él. Así. Sin una explicación. Sí, joder, claro que me lo he tomado como algo personal. —Vaya, no había querido sonar tan agresivo. O me había dolido más de lo que había pensado, o estaba proyectando todas mis frustraciones en ese incidente.

—Lo siento. —Marnin me miró como si le hubiese lanzado un gancho en las tripas—. Soy un capullo insensible. Ni siquiera pensé en cómo te sentirías.

—¿Y por qué lo harías? Solo has sido mi mejor amigo desde la guardería y has hecho por mí la cosa más generosa que nadie ha hecho jamás, algo que te atará a mi familia para siempre, pero Tiago vuelve a la ciudad, y de repente, ¿él es tu persona? Sé que tenéis una historia juntos, pero no entiendo qué ha pasado para que... —Callé.

«Para que me abandones así». Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero no eran justas. No; Marnin no me había abandonado. Había hecho algo desconsiderado, a lo mejor, pero eso, en sí mismo, no era algo nuevo. Le quería a muerte, pero podía ser un capullo egoísta. Él también lo sabía. Y conociendo su pasado, sabiendo que básicamente se había criado él mismo porque su padre había sido un jodido bastardo borracho, podía entender que se hubiera convertido en alguien así. Nadie había estado pendiente de él nunca, y le resultaba difícil estar pendiente de los demás. La buena noticia es que siempre entendía y aceptaba sus errores, y se disculpaba sinceramente cuando le cantaba las cuarenta.

—¿Auden? —preguntó suavemente Marnin.

Tragué.

—Estoy reaccionando de forma exagerada. Lo siento. Estoy...

—No ha roto contigo —dijo Tiago con voz cálida.

Joder, siempre había sido más perceptivo de lo que creía la gente. Probablemente, también había captado mi velada referencia a lo que Marnin había hecho por mí.

—Lo sé —murmuré.

—No es Tricia —dijo suavemente.

Dios Santo, ¿estaba intentando hacerme llorar? Porque estaba tremendamente cerca de las lágrimas. Mi corazón dolía.

—Sigues siendo mi mejor amigo, Auden. —Marnin había entrado en pánico, y a pesar de

todo, sonrió. Estaba muy incómodo con las situaciones emocionales. Le aterrorizaban.

—Siento haber dicho todo eso —dije—. Estoy más jodido de lo que pensaba.

Marnin alzó una mano.

—Las disculpas no son necesarias, y tienes razón. Ha sido desconsiderado por mi parte y te mereces algo mejor. Lo único que puedo decir en mi defensa es que no lo he hecho con malicia. Su habitación de invitados es mucho más grande, más lujosa y además, tengo mi propio baño. Eso es todo. Soy un hombre al que le gustan las comodidades y eso es lo único que había tras mi decisión. Pero en retrospectiva, puedo entender que te hayas sentido dolido y, por eso, lo lamento muchísimo.

—Gracias. —Inspiré profundamente—. De vuelta a mi pregunta anterior y a la causa de toda esta debacle emocional. Sí, me sentí un poco traicionado por ti, Marnin, como si hubiese perdido a mi mejor amigo, que es la razón por la que no puedo evitar preguntarme si lo que siento hacia Keaton es atracción o solo estoy extasiado porque es una nueva amistad que me hace sentirme visto.

Marnin alzó una ceja.

—¿Quieres besarle?

Había estado muy, muy cerca de hacerlo en ese mirador.

—Sí, quiero.

Marnin rio suavemente.

—Bueno, ahí tienes tu respuesta. Esa es la diferencia entre amistad y atracción.

Mi corazón se aceleró.

—¿Cómo he podido ser bisexual todo este tiempo sin saberlo?

—¿Ha habido alguna vez alguien como Keaton? —preguntó Tiago—. ¿Otro hombre por el que te hayas sentido así?

—Nunca. Siempre han sido mujeres hasta ahora.

—Mira —dijo Marnin—. Si hubieses sido bisexual antes, definitivamente me habrías tirado los tejos. —Me guiñó un ojo.

Eso también era muy típico de Marnin, intentar neutralizar las emociones intensas con una broma. A pesar de la presión que sentía en el pecho, me reí con ellos, y por un segundo, me sentí aliviado. Pero luego, las dudas retornaron.

—¿Cómo puedo sentirme atraído hacia Keaton? Es completamente distinto a Tricia o a cualquier otra mujer con la que haya salido.

—La atracción es lo que es. —Tiago se encogió de hombros—. No siempre puedes explicarla.

Marnin asintió efusivamente, mostrando su conformidad.

—A veces te golpea como una tonelada de ladrillos —dijo—. No puedes controlar quién te atrae.

Suspiré, pasándome una mano por el pelo.

—Para añadir más leña al fuego, me he dado cuenta de que en estos últimos años me he convertido en un adicto al trabajo. Dios, deberíais haber visto la cara de mis ayudantes cuando les he dicho que me iba a tomar el resto del día libre. Estaban conmocionados. Y vosotros también, chicos.

—Por un segundo, pensé que tenías que contarnos algo terrible —dijo Tiago—. Como que te habían diagnosticado cáncer o algo así.

Resoplé.

—¿Veis? A eso es a lo que me refiero. No me había dado cuenta de cuánto me había dejado

absorber por el trabajo. Necesito cambiar de vida. Merezco más que ser el sheriff y un padre; necesito más que amistad y satisfacción. También quiero ser un hombre, una pareja.

—Solo podía ser Auden el que, al darse cuenta de que es bi, quiere sentar la cabeza con un hombre —bromeó Marnin, pero en su tono solo había afecto—. Al menos, sigues siendo tú.

No pude evitar sonreír. Tenía razón. Nunca me habían interesado las relaciones casuales ni los polvos de una noche, y tampoco quería explorar mi recién descubierta bisexualidad con nadie que no fuese Keaton. Mi corazón anhelaba algo profundo, algo real, una conexión que fuese más allá que el mero placer físico.

—Pero... ¿Keaton también querrá eso? —pregunté.

Marnin y Tiago intercambiaron una mirada y luego, se giraron hacia mí.

—Solo hay una forma de descubrirlo —dijo Tiago suavemente.

—Pero, si te interesa mi opinión, creo que le gustas —dijo Marnin.

Me erguí en el sitio.

—¿Tú crees?

—Colega, vi cómo te miraba durante la cena. El hombre está enamorado de ti.

Así que había interpretado las señales correctamente. Le gustaba. Eso significaba que, con toda probabilidad, estaba esperando a que yo tomara la iniciativa, dado que pensaba que era hetero.

—De acuerdo —dije con determinación—. Hablaré con él. —Me puse en pie, con una renovada confianza. Era hora de enfrentarme a mis miedos. Nada de seguir escondiéndome tras mi trabajo o mi incertidumbre. Necesitaba descubrir si Keaton sentía lo mismo que yo, y la única forma de averiguarlo era siendo honesto con él.

—Buena suerte. —Los ojos de Marnin relucieron con malicia—. Y si por cualquier motivo las cosas no funcionan con Keaton, ya sabes donde encontrarme.

—Já. —Reí nerviosamente; pero bajo los nervios, sentí un profundo alivio. Pasara lo que pasase, tenía amigos que se preocupaban por mí y me cubrían las espaldas—. Os informaré de cómo ha ido.

Avancé hacia la puerta, inspiré profundamente y salí al brillante sol de la tarde, preparado para tener la conversación más importante de mi vida.

Me dejé caer como una losa en el sofá, exhausto tras una agotadora semana en la escuela. Los chicos estaban arriba haciendo las maletas para pasar el fin de semana con su madre. Me froté las sienes, intentando aliviar el dolor que amenazaba con partir mi cráneo en dos.

Los viernes que tenía que conducir hasta la casa de Mandy eran los peores. Antes, al menos sabía que tenía un fin de semana de sexo por delante, además de algunas horas a solas en Seattle, una ciudad que adoraba. Habría paseado por las librerías y deambulado por las tiendas de ropa, habría disfrutado de las espléndidas cafeterías y habría encontrado algún sitio agradable y acogedor para cenar.

Pero ya no estaba de humor para nada de eso, mucho menos el sexo, a menos que fuese con Auden, y para ser sinceros, esta situaciónapestaba a todos los niveles. Cielos Santo, aún estaba colgado por ese hombre, que no se sentía ni remotamente atraído hacia mí. Tras nuestra excursión del fin de semana pasado, no había vuelto a tener noticias de él, lo que me llevó a concluir que había malinterpretado las señales.

Señor, necesitaba desesperadamente un polvo y, si la sequía persistía, puede que tuviese que comprarme algún juguete. Por vulgar que fuera, pocas cosas me relajaban más que ser follado brutalmente, y si el sexo anónimo no iba a hacer el trabajo, tendría que hacerlo yo mismo. La historia de mi vida.

Mi móvil vibró sobre la mesita de café y miré la notificación. Vaya, un mensaje de Auden.

AUDEN

Hola, ¿tienes tiempo para quedar?

KEATON

Voy a llevar a los chicos a Seattle.

Los tres puntitos danzaron en la pantalla y esperé, esperé, esperé... pero no hubo respuesta. Justo cuando estaba a punto de abandonar el teléfono, apareció su mensaje.

AUDEN

Por favor, vuelve esta noche. No te quedes allí a pasar el fin de semana.
Realmente quiero verte.

Auden no sabía que ya tenía pensado volver, pero sus palabras me sorprendieron. ¿De qué iba todo eso? ¿«Realmente quiero verte»? Esas no eran las palabras de un hombre que quería salir con su amigo, ¿verdad? Cielos, me estaba cansando de mí mismo, intentando interpretar cada pequeña interacción con Auden.

AUDEN

Gracias. Te esperaré.

¿«Te esperaré»? ¿Qué se suponía que significaba eso? ¿Quería decir que me esperaría en su casa? ¿En la mía? ¿O era un «esperar» metafórico?

—¡Papá, estamos listos! —Milton apareció trotando por las escaleras, con las gafas ligeramente ladeadas.

Byron le seguía, con expresión apática.

Mis reflexiones sobre Auden tendrían que esperar.

—De acuerdo, vamos a coger la carretera. —Cogí las llaves del coche y les conduje hasta el exterior.

El trayecto hasta Seattle transcurrió sin sobresaltos y agradecí la ausencia de tráfico. Milton charló animadamente sobre su nuevo amigo, Jay, y cómo habían conectado tras la batalla de nieve y me enterneció verlo tan feliz.

—Parece un gran chico, Milton. Me alegro de que estés haciendo amigos. —Le miré por el espejo retrovisor.

—Gracias, papá. Jay es genial. —Se ajustó las gafas con una sonrisa.

Byron, por otro lado, permaneció callado, contemplando cómo pasaban los kilómetros por la ventanilla. No había causado ningún problema recientemente, e incluso había estado un poco más social, pero aún teníamos mucho camino que recorrer.

—Byron, ¿qué tal vas ahí atrás?

—Bien —murmuró.

No era demasiado, pero tampoco estaba siendo abiertamente hostil, así que lo aceptaría como una victoria. Pasito a pasito y todo eso.

Según nos aproximábamos a casa de Mandy, me preparé mentalmente para la inevitable tensión. Ahora que era consciente de sus intentos por menoscabar mi relación con los chicos, pretender que teníamos una buena relación no era sencillo. Pero hoy no era el día de enfrentarme a ella. Tendría que reservar un tiempo para hablar a solas, cara a cara, y decir que esa conversación me espantaba era el eufemismo del año.

—Aquí estamos, chicos —dije cuando aparqué—. Espero que os lo paséis maravillosamente bien con vuestra madre.

—¡Hasta luego, papá! —dijo Milton, desapareciendo por la puerta principal.

Byron le siguió sin decir nada.

Intercambié unas palabras con Mandy, cuidando el tono para no evidenciar mi amargura —mis hijos no necesitaban ver discutir a sus padres y mi mente estaba demasiado ocupada con la inesperada petición de Auden, de igual forma—, y tras unas cuantas sonrisas forzadas y una cortante despedida, abandoné su casa y emprendí el camino de regreso a Forestville.

Llegué a mi hogar un poco antes de lo que había esperado, pero Auden ya estaba en el camino de entrada, esperándome. Aparqué el coche en el garaje y me acerqué andando hasta su camioneta.

—Hola. No tenías por qué esperarme aquí.

—Quería asegurarme de que no nos cruzáramos. —Abrió la puerta y salió del vehículo, vestido con unos vaqueros y un abrigo de esquiar negro. Señor, estaba tan sexy como con su uniforme. Su mirada era intensa, y me atrajo como un imán—. Gracias por volver.

—No tenía pensado quedarme, de igual forma. —No estaba seguro de por qué necesité decirle eso, pero según las palabras abandonaron mi boca, su rostro se relajó.

—¿No?

Me encogí de hombros, pretendiendo un gesto casual.

—No estaba de humor.

—Oh.

Seguimos mirándonos en silencio.

—¿Va todo bien? —pregunté, intentando mantener la calma, a pesar de que mi pulso se había vuelto errático.

—¿Podemos hablar dentro?

Asentí y le guie hasta mi casa. El aire estaba extrañamente cargado; lo sentía denso y electrificado, como una nube que nos envolvía a ambos. Solté las llaves en el bol situado sobre el mueble del recibidor.

—¿Quieres algo de beber?

—Agua, por favor.

Cogí dos vasos de la cocina, los llené de agua fría y tendí uno a Auden. Una vez nos acomodamos en el salón con las bebidas, frente a frente, pareció encontrar el coraje para hablar.

—Keaton —dijo con voz temblorosa. Su habitual serenidad parecía algo forzada esta vez—. Necesito decirte algo. —Vaciló unos segundos y luego, clavó la mirada en mí—. Me siento... atraído hacia ti. Desde hace un tiempo. Y me estaba preguntando si tú sientes lo mismo.

Mi mente se volvió loca intentando procesar sus palabras. ¿Realmente acababa de decir lo que creía que acababa de decir? Mi corazón se aceleró.

—¿Estás seguro?

—¿Sobre lo que siento por ti? Sí. Me he tomado mi tiempo para analizarlo y estoy completamente seguro. Durante nuestra excursión estuve a punto de besarte. No lo hice porque aún dudaba de mis sentimientos y no estaba convencido de que tú sintieses lo mismo.

Así que no me había inventado las cosas. Realmente, había estado a punto de besarme. Una indescriptible euforia se apoderó de mí.

—Pensé que ibas a... Pero luego, no lo hiciste, y supuse que me lo había imaginado.

—No te imaginaste nada. ¿Me atrevo a preguntarte qué sientes tú por mí?

Mi cuerpo estaba vibrando de nervios y excitación, pero aun así, sonreí. A cierto nivel, Auden era maravillosamente anticuado, y adoraba esa parte de él.

—Llevo un tiempo enamorado de ti. —Cuando las palabras abandonaron mis labios, me inundó el alivio. El peso de mi confesión quedó suspendido entre nosotros, con todo su potencial y sus promesas. Nos miramos en silencio, como retándonos a dar el primer paso—. No eres hetero, entonces —dije cautelosamente.

—Aparentemente, no, pero jamás me había sentido atraído hacia un hombre, así que esta es una experiencia completamente nueva para mí.

—¿Y no te importa?

Agitó una mano en el aire.

—Es lo último que me preocupa.

—¿Qué te preocupa, entonces?

—Dios, ¿por dónde empiezo? —Rio suavemente—. Digamos que ha sido una semana llena de revelaciones y he aprendido mucho sobre mí mismo.

—Pero no estás preocupado por lo que sientes por mí.

—Ni un poco.

—¿Y hacia dónde crees que va —?

—Quiero salir contigo —me cortó—. No solo sexo, aunque no me opongo al sexo, pero quiero algo real. Un compañero. Una pareja.

Este hombre me estaba matando. En lugar de tomárselo con calma, me estaba lanzando un órdago, directo al final. Sabía lo que quería y no tenía miedo a pedirlo.

—Si hacemos esto, si me estás pidiendo que ponga mi corazón en la línea de fuego, no puede ser un impulso del que luego te arrepientas. Esto no será algo pasajero o sexo casual. Tendremos que decírselo a nuestros hijos, a nuestras ex-mujeres, a toda la maldita ciudad si es necesario. Ya no me escondo, Auden. No puedo volver ahí. Esto te obligará a salir del armario, y las repercusiones, si las cosas van mal, serán enormes.

—Sí a todo, lo juro. No me importa quién lo sepa o las posibles repercusiones. Quiero esto. Te quiero a ti.

—¿No estás preocupado por cómo podría afectar esto a tu carrera o a tus posibilidades de ser reelegido?

Auden negó con la cabeza.

—La ciudad es bastante liberal, así que no espero ningún problema en ese frente. Además, mi vida personal no define mi habilidad para hacer el trabajo.

Había pensado en todo. Una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro y mis labios se curvaron en respuesta. Estábamos al borde de algo que cambiaría nuestras vidas, dispuestos a lanzarnos a lo desconocido. El aire se electrificó y nuestras miradas se entrelazaron en un silencioso acuerdo.

Nos alzamos al unísono y Auden volvió a estudiarme para una confirmación final, antes de reducir la distancia que nos separaba y presionar sus labios contra los míos.

El beso comenzó tierno, una suave exploración que encendió una llama en mi interior. Le agarré de los brazos, aferrándome a esos fuertes bíceps por los que llevaba semanas babeando. Nuestros labios se movieron en sintonía, nuestras lenguas danzaron y se persiguieron; provocando, mientras exploraban territorio desconocido.

Su barba arañó mis mejillas y Señor, cómo me excito ese contacto. Casi tanto como su cuerpo aplastado contra el mío, el calor que emanaba de su piel; su aroma, envolviéndome. Avancé de espaldas hacia el sofá, tirando suavemente de él, y me tumbé, arrastrándolo conmigo hasta que tuve su cuerpo sobre mí.

—¿No peso demasiado para ti? —susurró Auden contra mis labios.

—Caramba, no.

Sonrió y me besó de nuevo. Deslizó sus cálidas manos bajo mi camisa y cada vello de mi cuerpo se erizó con ese primer contacto.

Cuando comenzó a balancear sus caderas, frotándose contra mi entrepierna, se me escapó un gemido. Dios Santo, mala idea. Muy mala idea. Este hombre ya me había excitado cuando estaba a metros de distancia, y si seguía moviéndose así, no duraría mucho. Mi pene había vuelto a la vida durante el beso, y ahora estaba tan duro que dolía, preparado para descargar. Debería haberme hecho una paja esta mañana, pero... una lástima; ya era demasiado tarde.

Con mucha reticencia, me aparté, esforzándome por recuperar el control de mi respiración. Auden estaba sonrojado y su respiración era tan laboriosa como la mía.

—¿Demasiado? —preguntó.

Cierto. Era nuevo en esto. No en el sexo, en general, pero sí en la versión gay. Además, si había interpretado correctamente lo que me había dicho, había pasado un tiempo para él y probablemente había perdido un poco de práctica a la hora de leer las señales. La sinceridad era

la mejor estrategia a tomar. Tendríamos que aprender a comunicarnos, de igual forma, si realmente queríamos que nuestra relación funcionara.

—Estoy muy cerca —murmuré.

Cuando la información caló, su mirada se iluminó.

—Oh, yo también —sonrió.

—¿Sí?

—¿Podemos... ? ¿Podemos ir más lejos?

—Eso me encantaría. ¿No es muy rápido para ti?

—No —dijo con la voz rota y una intensa mirada llena de deseo—. Yo también quiero.

Le empujé suavemente hasta que captó el mensaje y cambiamos de postura, colocándonos de costado frente a frente.

—Si manchas mi sofá de semen, tendrás que pagarme la tintorería.

Auden resopló.

—Trato hecho. Habrá merecido la pena —ronroneó.

Dios Santo, ¿cómo de tierno podía ser este hombre? Ese fornido exterior ocultaba a un romántico. Deslicé las manos hasta su bragueta, pero antes de abrir la cremallera, froté la mano contra la tela. Oh, Señor, estaba empalmado. Y era grande. Y ancho, por lo que parecía. Mi boca se hizo agua.

«Tómalo con calma», me repetí a mí mismo. El hombre necesitaba tiempo para adaptarse. No podíamos pasar de cero a cien en segundos. Apreté la mano contra su pene, y gimió guturalmente, un sonido más desinhibido de lo que había esperado. Me gustaba verlo así, con el pelo revuelto, la ropa desaliñada y alejado de su zona de confort. Siempre parecía tan calmado y tan en control que era excitante verlo abandonándose al placer.

Bajé la cremallera lentamente, una hazaña no tan sencilla cuando la tela estaba sometida a tanta presión, y deslicé la mano bajo sus calzoncillos para sacar su polla. Cuando la rocé, se agitó entre mis dedos. Vaya; era ancha, en efecto. La más ancha que había visto en mucho tiempo. El hombre calzaba un buen paquete, y mi orificio se contrajo en un acto reflejo. Aún no era el momento, pero con suerte, pronto.

Me saqué el pene con mucha menos delicadeza, lo alineé con el suyo y tuve que usar ambas manos para envolverlos, apretándolos suavemente. Me habría venido bien un poco de lubricante, pero... era una lástima; no tenía pensado hacer una pausa para subir a mi dormitorio a buscarlo. Tendríamos que conformarnos con la manera tradicional, así que escupí un par de veces sobre mi mano, y continué.

El calor comenzó a radiar de nuestras pollas mientras las agitaba. La sensación era exquisita, y cada nervio de mi cuerpo volvió a la vida, sobrecargándose de placer. Gemimos al unísono.

—Eso es muy erótico —murmuró Auden en un tono grave y sexy que nunca le había oído.

—¿Sí?

—Me siento... primitivo.

—Supongo que lo es.

Cielos, los sonidos que hacía eran embriagadores.

—¿Debería hacerte el relevo? —preguntó.

—¿Quieres?

—Quiero, pero no sabré lo que hago. Aún no lo he investigado.

—Oh, Auden. —Reí—. Me estás matando aquí. ¿Qué te parece si hoy me encargo yo de cuidar de nosotros y tú prestas mucha atención para la siguiente, eh?

—Puedo hacer eso —sonrió.

—Dime si hago algo que no te gusta, ¿vale?

Apretó los dientes.

—De momento, el problema es que me gusta demasiado todo lo que estás haciendo.

—No te reprimas.

—No quiero disparar tan pronto.

—Si lo haces, iré justo detrás de ti, te lo prometo.

Tan pronto como dije esas palabras, Auden comenzó a balancear las caderas. Sus abdominales se contrajeron a cada violenta embestida contra mis manos. Aumentó la velocidad, y yo aumenté la presión de mis dedos. No necesité hacer nada más; la fricción de su polla contra la mía fue suficiente para hacerme ver las estrellas.

Estábamos en completa sincronía, lo que era ridículo, teniendo en cuenta que era nuestra primera vez y Auden nunca había hecho esto. Pero era una sensación embriagadora, realmente increíble. El tiempo se ralentizó y nuestras miradas se encontraron. Nunca había vivido algo así. No la paja, había compartido muchas pajas, sino la conexión. Algo tan... excepcional. Tan profundo.

Auden se tensó y luego, su enorme cuerpo se estremeció mientras descargaba entre mis dedos. Esa imagen me lanzó al orgasmo de inmediato, y un incontrolado gemido salió de mi boca.

Cuando las sacudidas cesaron, Auden rodó sobre el sofá hasta ponerse de espaldas, arrastrándome con él. Mi pecho estaba aplastado contra el suyo y tenía semen por todas partes, pero ¿a quién le importaba? A Auden, claramente, no. Tenía el pelo erizado, los labios rojos e hinchados, las mejillas sonrojadas y los ojos vidriosos. Me embargó el orgullo. Yo había hecho eso. Esa imagen había sido obra mía, su primera experiencia con un hombre. Nunca me había sentido tan poderoso.

Me acurruqué contra él, restregando el rostro por su barba.

—Huele bien —murmuré, deleitándome en la suavidad del vello.

—Me he echado aceite. Algo con sándalo.

—Nunca antes lo había notado.

—No lo hago habitualmente, pero hoy quería estar presentable.

Reí suavemente.

—No necesitas causarme buena impresión. Me tienes.

Apretó los brazos en torno a mí.

—Sí, te tengo. Y tengo la intención de conservarte.

Cálmate, mi pobre corazón.

Aparqué frente a la casa de Keaton con el estómago hecho un nudo. Joder, ¿por qué estaba tan nervioso? Era una cita. Nada más. Ya había tenido citas antes. Claro, era mi primera cita con Keaton. Y mi primera cita con un hombre. Además, había pasado un tiempo desde la última. Ni qué decir tiene que había investigado, queriendo asegurarme de que entendía bien cómo iba el tema.

Había hecho un esfuerzo extra, reservando una mesa en un elegante restaurante ubicado a dos ciudades de Forestville. Nunca había puesto un pie en el sitio, pero tenía muy buenas referencias. Tiago y Cas habían cenado allí recientemente, y no habían contado más que maravillas sobre la comida. Además, Tiago había mencionado que tenía una atmósfera romántica y un servicio impecable. Era un hombre de mundo, así que confiaba en sus recomendaciones.

Estos últimos días, habíamos estado intercambiándonos mensajes sin descanso, hasta el punto de que tuve que prohibirme coger el móvil para poder sacar adelante el trabajo. Y no, no se me habían escapado las expresivas miradas que habían intercambiado mis ayudantes. Que pensarán lo que quisieran. Pronto descubrirían la verdad, de igual forma.

Esperé a Keaton en el interior de la camioneta, ajustándome por enésima vez el collar de mi camisa blanca. La había combinado con unos pantalones de traje gris. ¿Iba demasiado bien vestido? ¿Mi atuendo era demasiado aburrido? Me había planteado el ponerme una corbata, pero al final, lo había descartado. Demasiado formal.

Cuando Keaton emergió de su casa, mi corazón dio un brinco. Estaba despanpanante con un traje oscuro y una de esas encantadoras pajaritas que había llegado a adorar; una color vino, esta vez. De alguna forma, el verlo me relajó y mis nervios se desvanecieron.

—Hola —saludé cuando entró en la camioneta.

—Hola.

Consciente de que podríamos tener audiencia, contuve el deseo de darle un beso, pero tan pronto como salimos de Forestville, apoyé la mano sobre su muslo. Cuando me miró, casi pude ver los corazones danzando en sus ojos, como aquellos que había visto mil veces en los dibujos animados. Mi novio. Aún no estaba acostumbrado a esa palabra, pero no importaba. Teníamos tiempo.

Le Jardin estaba situado en un viejo edificio de ladrillos con la fachada cubierta de hiedra. Según entramos, nos envolvió la cálida luz de las velas y la suave melodía de un piano. Una sonriente camarera nos acompañó hasta nuestra mesa y nos abandonó con una carta forrada en cuero.

—Vaya, Auden —susurró Keaton mirando a su alrededor—. Este sitio es increíble.

El salón tenía el techo abovedado y de él colgaban múltiples lámparas de cristales con

intrincados diseños.

Quería alzar el puño en señal de victoria, pero me contuve.

—Me lo recomendaron Tiago y Cas. La semana pasada celebraron aquí su aniversario.

—¿Están casados?

—No; su aniversario de novios. Llevan juntos unos... No sé, ¿seis meses? Algo así. Lo celebran todo. Creo que Tiago lo usa como excusa para mimar a Cas. El hombre tiene dinero y Cas es muy reticente a dejar que lo gaste en él.

—Debe de ser un desafío. Trabajos distintos, estilos de vida distintos,... incluso la enorme diferencia de edad.

—Estoy convencido de que lo es. Pero les va bien. Nunca he visto a dos personas más enamoradas que esos dos.

—En eso, estoy de acuerdo. Hacen muy buena pareja.

Keaton examinó el menú.

—¿Has probado alguna vez el confit de pato?

—No, pero estoy dispuesto a darle una oportunidad.

—Tiene una pinta deliciosa. Creo que yo quiero el salmón de segundo y... las vieiras de primero.

—Yo voy a pedir la crema de langosta: «Una rica y aterciopelada crema hecha a base de caldo de langosta, nata y esencia de vino de Jerez, acompañada de trozos de langosta» —leí—. Dime que eso no te hace la boca agua.

Keaton sonrió.

—Tú pide tu crema de langosta y yo pediré mis vieiras. Luego, te dejaré probar lo mío si tú me dejas probar lo tuyo. ¿Trato hecho?

—Me parece que tenemos un plan.

Era curioso; no me había dado cuenta de lo mucho que había extrañado estas pequeñas cosas de estar en una relación. Cuando salía con mis amigos no probaba su comida. Eso era algo de parejas. Y ahora, volvía a ser parte de una. Tardaría un tiempo en acostumbrarme —llevaba varios años soltero—, pero estaba ansioso por descubrir todas las experiencias nuevas que me aportaría.

Tras pedir a un atento y amistoso camarero, alargué el brazo sobre la mesa y entrelacé nuestros dedos. Mientras estaba ahí sentado, sosteniendo su mano en esa íntima atmósfera, los últimos nervios que me quedaban, se disiparon. Ya intuía que esta sería una noche que jamás olvidaría.

—Hoy he vivido un incidente extraño en el colegio —dijo Keaton, con una jovial expresión—. Dos alumnos de secundaria me han presentado un ensayo sobre *El guardián entre el centeno*, idéntico palabra por palabra. Les pedí a ambos que se quedaran después de clase.

—¿Cómo coño han justificado eso?

—Obviamente, no han podido —rio—. Tras escarbar un poco descubrí que habían comprado el ensayo por Internet. Apparently, hay un tipo que vende ensayos por un dólar, así que adivino que gana un sueldo vendiendo un montón de ellos. El problema es que solo tiene un ensayo por libro, así que compraron exactamente el mismo.

—¿En serio? —reí, negando lentamente con la cabeza—. Eso sí que es jugársela.

—Bueno, no me habría enterado nunca de no ser porque presentaron el mismo. No era uno de esos trabajos de «copia y pega de la Wikipedia», sino un ensayo serio, con una buena investigación de fondo, citando las referencias y todo.

—Yo he parado a un tipo que había falsificado su matrícula. Y era una falsificación

jodidamente buena; tenías que mirarla bien de cerca para darte cuenta. Pero cometió un error. ¿Adivinas cuál?

Keaton frunció el ceño y luego negó lentamente con la cabeza.

—Ni idea.

—Usó la letra «O». En la mayoría de los Estados está prohibido usar esa letra en las matrículas porque se parece demasiado al cero.

Keaton resopló.

—Es un poco triste que le hayan cazado por cometer ese error.

Reí.

—Lo es. Y en cierta forma, hasta me sentí mal por pillarle.

—¿Por qué la había falsificado?

—Tiene una montaña de multas pendientes de pago que se remontan a diez años atrás. Nunca le habían pillado... hasta que cometió el error de atravesar Forestville saltándose el límite de velocidad. Tuvo la mala suerte de que estaba de patrulla en la Ruta 2 con mi radar.

Mientras seguíamos intercambiando historias sobre nuestro día, llegaron nuestros entrantes: Vieiras a la plancha en una cama de crema de coliflor para Keaton y crema de langosta para mí.

A la primera cucharada de mi crema, gemí. Mi paladar no era muy refinado, pero esa crema estaba deliciosa: suave, sabrosa, con un matiz a vino y muchos trozos de langosta.

—Dios, está exquisita.

—¿Puedo probarla?

Sin pensar, llené la cuchara y la sostuve frente a Keaton. Sus pupilas se dilataron antes de aceptar.

—Vaya, tienes razón. Está deliciosa.

—¿Qué tal tus vieiras?

Pinchó una con el tenedor y la alzó hacia mí. La devoré en un instante. Estaba perfectamente cocinada; aún firme, pero sin la consistencia gelatinosa. El cremoso puré de coliflor —que jamás habría pensado que fuera a combinar bien— complementaba su sabor a la perfección.

—Muy rica.

Adoré estar ahí con él, haciendo todas las cosas que en una ocasión había hecho con Tricia, aunque los días en los que habíamos sido así de románticos habían desaparecido hacía mucho tiempo, incluso antes de nuestro divorcio.

—¿Estás preparado para hacer pública nuestra relación? —pregunté a Keaton—. Odio ocultar cosas a la gente; especialmente, a mis hijas.

—Por supuesto. —Dejó el tenedor en la mesa—. Mañana se lo diré a mis chicos.

—Entonces, yo se lo diré a las mías. Y con tu permiso, también me gustaría contárselo a mis padres, a mi hermano y a Tricia, por supuesto. Y a mis amigos. Marnin y Tiago ya lo saben, pero no dirán una palabra hasta que les dé luz verde. —No estaba preocupado por contar la verdad a mi gente más cercana, solo excitado. Se alegrarían por mí, de eso estaba seguro.

Keaton suspiró.

—Sí, supongo que Mandy también tendrá que saberlo, pero me gustaría contárselo a solas, sin los chicos escuchando, así que tendré que esperar a encontrar el momento adecuado.

—¿Crees que te pondrá pegas?

Vaciló.

—Sí, lo creo. Muchas pegas.

Antes de que pudiera contestar, llegaron los segundos. Mi pato confitado reflejaba la tenue luz, y su crujiente y tostada piel me hizo la boca agua. Di un cauteloso bocado. La tierna carne se

deshizo en mi boca y la salsa era una amalgama de sabores que solo añadió profundidad al plato.

—Vaya, realmente se han superado —murmuré.

Keaton desmigajó su salmón a la plancha, revelando un interior húmedo y rosáceo. Se llevó el tenedor a los labios y cerró los ojos.

—Mmm, exquisito. Absolutamente perfecto.

Odiaba volver a sacar un tema controvertido, pero no podíamos ignorarlo.

—¿Por qué esperas que Mandy reaccione negativamente?

—Nunca ha mantenido en secreto que detesta que sea bisexual.

Suspiré.

—Sabe que no lo haces a propósito, ¿verdad?

—Creo que pensó que al casarme con ella, de alguna forma, desaparecería. Como si casarme con una mujer fuera a... no sé... curarme.

—Eso es muy triste, y lo lamento por ti.

—¿A tus padres no les va a molestar?

Reí.

—Aún no conoces a mi hermano Ennio, pero es «el gay más gay que jamás hizo el gay». Sus palabras. Tiene una personalidad alegre y arrolladora, y su aspecto imita su carácter. Mis padres le quieren con locura. Creo que todos nos dimos cuenta de que era gay cuando era niño, así que tuvieron tiempo de hacerse a la idea antes de que saliera del armario, pero nunca ha supuesto ningún problema. Puede que se sorprendan de que lo haya descubierto tan tarde, pero no les molestará. Ennio se va a partir el culo de la risa, eso sí, igual que mis amigos. —Keaton apenas sonrió y parecía decaído—. ¿Qué pasa?

Forzó una sonrisa.

—Me acabo de dar cuenta de que mi círculo de amigos se ha visto muy reducido desde que nos mudamos aquí. —Suspiró—. Mis padres viven en Oregon, y sé que no les va a importar. Ya saben que soy bi y además, nunca les cayó bien Mandy. En retrospectiva, eso debería haberme alertado. Mi madre rara vez se equivoca con estas cosas, pero supongo que tenía que descubrirlo a las malas.

Cogí su mano y la apreté suavemente entre mis dedos.

—¿Echas de menos a tus amigos de Atlanta?

—Sí, aunque tampoco tenía muchos. Ser padre soltero y criar a dos niños pequeños mientras trabajas a tiempo completo es duro, especialmente cuando tu mujer apenas está en el cuadro. Solo tenía un fin de semana libre al mes.

—Pero has hecho un gran trabajo con ellos.

Sus ojos se nublaron de preocupación.

—¿Tú crees? Ya sabes los problemas que tengo para conectar con Byron. Últimamente, nuestra relación ha mejorado un poco, pero ¿qué pasa si esta noticia nos devuelve a la casilla de salida? Podría poner en peligro la poca relación que aún me queda con él.

Acaricié el dorso de su mano con el pulgar.

—Byron es un buen chico. Tarde o temprano se le pasará.

Los postres llegaron, robando la atención a nuestra conversación, y el embriagador aroma a chocolate nos envolvió. El fondant estaba artísticamente emplatado y su oscuro y crujiente exterior combinaba armoniosamente con el helado de avellana que descansaba a su lado.

Tan pronto como di el primer bocado, el ardiente núcleo de chocolate fundido se mezcló con la gélida y cremosa avellana, creando una orgía de sabores en mi boca.

—¿Estoy en el paraíso? —suspiré, saboreando cada cucharada.

La respuesta de Keaton fue un suave gemido.

Mientras seguíamos deleitándonos con el postre, el rostro de Keaton volvió a ensombrecerse.

—Estoy muy frustrado porque aún no he descubierto el motivo de la animadversión de Byron. Desde que nos mudamos aquí, está enfadado a todas horas. Sabía que el cambio no le gustaría, y ha comentado en varias ocasiones que odia Forestville, pero pensé que solo necesitaría tiempo, que se le pasaría. Pero llevamos más de seis meses en la ciudad y no veo ninguna mejora. A veces, siento que es algo personal. Casi como si me odiara.

Vacile, recordando mi conversación con Byron. Sabía la verdad, pero no podía traicionar al chico. Joder, odiaba tener que ocultar cosas a Keaton, pero si ahora la jodía con Byron, puede que nunca volviese a confiar en mí. Estaba dividido entre dos lealtades, y me estaba matando.

—A veces, los adolescentes pasan por fases mientras intentan conocerse a sí mismos —dije vagamente.

Keaton suspiró, dejando la cuchara en el plato.

—Eso espero.

Entrelacé de nuevo nuestros dedos.

—Dale tiempo. —Apreté su mano—. Se le pasará.

Con el postre terminado y la cuenta pagada, salimos del restaurante en dirección a la camioneta. El frío aire nocturno era refrescante tras la succulenta cena, y avanzamos dados de la mano, en perfecta sincronía.

Una vez en el interior del vehículo, Keaton se giró hacia mí.

—Gracias por esta noche —susurró, presionando sus labios contra los míos.

Reciproqué el beso, profundizándolo con fervor. Tras unos segundos, me liberé con reticencia y apoyé mi frente contra la suya.

—¿Cuándo puedo volver a verte? —murmuré.

—¿Mañana por la noche? Después de contarles lo nuestro a los chicos, necesitare tu apoyo.

Mi corazón dolía por él.

—Espero que vaya bien. Desafortunadamente, no puedo quedar contigo mañana por la noche. Es el cumpleaños de mi padre. Podrías acompañarme y así te presento a mi familia.

Keaton negó lentamente con la cabeza.

—No. Se merecen oírlo de ti a solas, antes de aparecer por la puerta conmigo. Espero conocerles pronto, pero tenemos tiempo.

Tenía razón. Teníamos todo el tiempo del mundo.

Paseé de un lado a otro del salón, limpiándome las sudorosas manos en los vaqueros. Solo de pensar en lo que estaba a punto de suceder, mis rodillas amenazaban con traicionarme, pero ya no podía dar marcha atrás. No, con Byron y Milton mirándome expectantes desde el sofá. Hacía unos minutos les había pedido que bajaran, informándoles de que necesitaba hablar con ellos, y no podía seguir posponiendo la conversación.

Señor, esperaba que Byron se tomara bien la noticia.

—Chicos. —Tragué con dificultad, sintiendo cómo se me aceleraba el pulso—. Tengo algo importante que contaros.

Milton se inclinó hacia delante y sus gafas se deslizaron por el puente de su nariz. Su inocente rostro solo mostraba curiosidad. Byron, por otro lado, me fulminaba con los ojos, apenas visibles bajo su largo y oscuro cabello.

—He estado viendo a alguien —dije. Las palabras quedaron suspendidas en el aire como una bomba a punto de estallar, y me preparé para el impacto.

—¿Quién? —preguntó Milton, parpadeando como un búho.

—Auden Frant, el sheriff. Es todo muy nuevo, pero vamos en serio, así que quería que lo supieseis.

—¿De verdad? —Milton me dedicó una enorme sonrisa, alegre y genuina, y una pequeña oleada de alivio me inundó—. ¡Eso es genial, papá! Quiero decir, no le conozco realmente, pero es un sheriff. Tiene que ser un buen tipo, ¿no?

Byron resopló, haciendo un gesto de desesperación.

—¿En serio eres tan inocente, Milton? —dijo mordaz. Se giró hacia mí, frunciendo el ceño—. ¿En serio te parece bien que papá se acueste con el jodido sheriff?

—¡Byron! —estallé, apenas conteniendo la ira. Mi corazón se rompió al ver a Milton, con el rostro descompuesto y las lágrimas acumulándose en sus ojos.

—Ohhh —canturreó Byron—. ¿Ahora te vas a poner a llorar? Eres una nenaza.

—¡Suficiente! —grité. Milton se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Mi corazón dolía por él. Mi pequeño siempre había sido muy sensible y no se merecía la ira de su hermano. La furia comenzó a hervir en mi interior, como un volcán a punto de entrar en erupción. Fulminé a Byron con la mirada—. No quiero volver a oír esa palabra, ¿entendido? No hay nada de malo en llorar si estás triste o herido.

Byron se cruzó de brazos, mirándome despectivamente, pero un atisbo de vergüenza pasó por sus ojos. Maldita sea, sabía muy bien lo que había hecho y era un golpe muy bajo.

Me giré hacia Milton, que aún estaba limpiándose los ojos. Le atraje suavemente hacia mí y le abracé, sintiendo su pequeña figura temblando contra mi cuerpo.

—Te quiero muchísimo, Milton —susurré, apretándolo contra mi pecho—. ¿Por qué no vas a tu habitación a jugar con tu Xbox? Necesito hablar con tu hermano.

Milton asintió en silencio, sorbiéndose los mocos una última vez, y luego, se deslizó hasta la puerta y desapareció, dejándome a solas con Byron.

Byron se puso en pie para marcharse.

—Siéntate —ordené, señalando el sofá. Byron me miró con una desafiante expresión, pero obedeció y se hundió en los cojines. Inspiré profundamente, esforzándome por controlar mis emociones mientras me preparaba mentalmente para lo que se me venía encima—. ¿Por qué eres tan cruel con tu hermano? Eres un modelo a seguir para él, Byron, y lo único que haces es criticarlo y apartarlo.

—A lo mejor, si no fuese tan niño, no tendría que hacerlo —soltó Byron con los ojos fulgurantes de ira.

—Eso no es justo. No puedes pagar tu enfado con Milton. Es más joven que tú, en más de un sentido. ¿No puedes darle espacio para que sea él mismo en lugar de obligarle a ser quien tú crees que debería ser?

—Lo que digas. —Byron hizo otro gesto de desesperación, algo que a estas alturas ya había perfeccionado.

—Entiendo que tu enfado es conmigo. ¿Puedes decirme por qué estás tan molesto? —Cielos Santo, me merecía un premio a la paciencia. Estaba tan, tan cerca de perderla con él. Lo único que me impedía estallar era el miedo a que una pelea ampliase la brecha entre nosotros.

—¿Por qué has tenido que ir y salir con un hombre! —gritó.

—Entiendo que estés molesto, pero necesito que comprendas que no estoy saliendo con Auden para arruinarte la vida.

—¿En serio? —Resopló—. Porque es lo que parece. ¡Todo el mundo se burlará de mí porque mi padre se acuesta con el sheriff! ¿Cómo puedes hacerme esto cuando ya me está costando encajar aquí? Nadie querrá salir conmigo. ¡Nunca!

Mis manos comenzaron a temblar y las convertí en puños.

—Siento mucho que mi relación con Auden vaya a dificultarte las cosas, pero también merezco ser feliz, ¿no crees? Llevo muchísimo tiempo soltero porque quería concentrarme en vosotros.

—¿Y por qué no puedes esperar un poco más hasta que me vaya, eh? Dos años más y estaré fuera de aquí. Entonces, podrás hacer lo que cojones quieras.

—¿Quieres que espere dos años porque te molesta que salga con un hombre? ¿En serio? —Estaba perdiendo la paciencia.

—Lo que digas. —Se cruzó de brazos—. ¡Eres un egoísta! Quiero vivir con mamá. Quiero volver a Atlanta.

Sus palabras fueron como un gancho en las entrañas. Esas palabras dolieron, pero me tragué la ira. Tenía que intentar razonar con él.

—¿Realmente crees que tu madre querrá mudarse a Atlanta contigo?

—Me lo ha prometido —soltó Byron, desviando la mirada—. Me ha dicho que te demandará para conseguir la custodia completa y que me llevará de vuelta allí con ella.

¿Mandy le había dicho eso? ¿Estaba de broma? Un torrente de pánico se apoderó de mí al pensar que podría perder a mi hijo, y luché por mantener la compostura.

—Tu madre no puede conseguir la custodia completa. Tiene un trabajo con jornada irregular como azafata de vuelo. No es posible.

—Por supuesto que dices eso. Ella me ha dicho que cuando os divorciasteis quería la

custodia completa, tanto la de Milton como la mía, pero que tú la bloqueaste. Admítelo. No quieres que seamos felices, papá. Eres un mentiroso.

—Te estoy diciendo la verdad, Byron —insistí—. Odio tener que decirte esto, pero si tu madre realmente te ha dicho eso, te ha mentido. Puedo enseñarte los papeles del juez si no me crees. Tu madre no quería la custodia y accedió a dejaros conmigo. Adora su trabajo, y no hay nada de malo en ello, pero no debería mentirte así y tú no deberías creerla a ciegas.

—Solo trabaja tantas horas porque no le pagas lo suficiente para mantenernos. Si lo hicieses, no tendría que trabajar tanto y podría cuidar de nosotros.

—Por Dios Santo, Byron, ¡tu madre gana más que yo! —solté. Byron abrió la boca de par en par, probablemente porque rara vez usaba ese tono delante de él—. No le pago un céntimo porque no tengo que hacerlo. ¿Por qué lo haría cuando tengo la custodia y vivís conmigo? Ella es la que tiene que pagarme a mí, y deja que te diga una cosa, esos pagos han sido escasos. Abre los ojos, hijo, ¿quieres? Ya eres lo suficientemente mayor como para darte cuenta de las cosas.

No estaba orgulloso de gritar a mi hijo, pero me había cansado de quedarme parado recibiendo los puñales que me estaba lanzando. Mandy me había fastidiado bien, contándole todas esas patrañas, y me negaba a aceptarlo sin luchar.

Ira, incredulidad y dolor libraban una batalla en su mirada.

—¿Por qué debería creerte? Eres tú el que nos ha arrastrado hasta aquí, el que nos ha apartado de todo, de nuestro colegio, de nuestros amigos,... Has sido egoísta con eso y estás siendo egoísta ahora.

—Byron, por favor. —Mi ira se disipó tan rápido como había aparecido, y lo único que quedó fue una profunda tristeza. ¿Cómo habíamos llegado a esto?—. Llevo años cuidando de Milton y de ti. Siempre he intentado hacer lo mejor para vosotros. ¿Es que eso no cuenta para nada?

—A lo mejor, lo haría, si no hubieses arruinado todo al arrastrarnos a la otra punta del país para liarte con el sheriff.

—No he hecho nada de esto para herirte. Te quiero más que a nada en este mundo.

—Entonces, ¿por qué no me dejas irme a vivir con mamá? —Las lágrimas comenzaron a acumularse en sus ojos—. ¿No quieres que sea feliz? ¡Pues sería mucho más feliz con ella!

—Byron... —susurré. Sus palabras me estaban abriendo en canal, desangrándome lentamente. Quería echarle, decirle que se fuese a vivir con Mandy, aunque solo fuera para que descubriese que le estaba mintiendo. Pero no pude hacerlo, no pude decir las palabras—. ¿Cómo solucionamos esto? No quiero discutir contigo.

—¡No se va a solucionar nada hasta que volvamos a Atlanta! —contestó en tono amargo—. ¡No dejaré de estar cabreado contigo hasta entonces!

Se levantó y salió del salón, cerrando de un portazo tras él. Colapsé en el sofá, enterrando el rostro entre las manos. El dolor, la furia y la incredulidad que había visto en los ojos de Byron me rompieron en corazón en un millón de pedazos. Mi hijo me había llamado egoísta y mentiroso. Si eso era lo que pensaba de mí, si creía que era capaz de hacer todo lo que había dicho, entonces, había fracasado como padre.

Mis dudas resurgieron. ¿Tenía razón? ¿Estaba priorizando mi felicidad a expensas de la suya? Si Forestville y la relación con Auden terminaba costándome la relación con mi hijo, ¿merecería la pena? Auden podría hacerme feliz, de eso estaba seguro, pero ¿y si el precio de esa felicidad era el amor de Byron?

Quería llamar a Auden. Cogí el móvil y busqué su nombre en mi lista de contactos. Desde el momento en que le conocí, había sido una roca para mí. Anhelaba la seguridad que me transmitía

su serena actitud. Sabía cómo relajarme, ayudándome a lidiar con mis turbulentas emociones. Pero ¿seguiría queriendo estar conmigo si supiese que le estaba eligiendo por encima de mi propio hijo?

Él también era padre, y uno endiabladamente bueno, además. Sus chicas le adoraban. ¿Seguiría queriéndome en sus vidas sabiendo lo mucho que había fracasado como padre? Y ¿cómo podría conservarle a él cuando mis propios hijos se estaban alejando de mí?

No pude hacer la llamada.

Esa noche, me tendí en la cama y contemplé las sombras que danzaban en el techo. Mi cuerpo estaba exhausto, pero el sueño me evadía. Los acontecimientos del día seguían repitiéndose en mi mente como un disco rayado; cada escena más dolorosa que la anterior. Sentía que nunca sería capaz de arreglar las cosas con Byron. Había estado tan enfadado, tan herido,... Me había mirado como si le hubiera traicionado y sus afiladas palabras habían abierto un abismo entre nosotros, uno que, tal vez, jamás podría atravesar.

Mi corazón dolía por Milton, también. ¿Sobreviviría su naturaleza dulce y su sensibilidad a los violentos ataques de su hermano? Byron podía llegar a ser muy cruel. Sabía que quería a su hermano, pero estaba arremetiendo contra todo el que se cruzara en su camino de autodestrucción. ¿Y si hacía pedazos el frágil corazón de Milton? Podría perder a mi pequeño también.

Cuando llegaron las lágrimas, no pude contenerlas. Me giré de costado y enterré el rostro en la almohada para amortiguar el ruido. Mi pecho se agitaba contra las sábanas y el dolor era abrumador. Seguí en esa postura durante mucho tiempo, humedeciendo la tela.

Lentamente, mi llanto fue amainando y el cansancio venció. Mis párpados pesaban y dejé que el sueño me reclamara.

Pero incluso en ese mundo onírico fui incapaz de encontrar paz, intentando salvar a mis hijos de una inundación, para acabar ahogándome.

Mi corazón latía frenéticamente y sentía el sudor humedeciendo las palmas de mis manos. Estaba en el salón, esperando a que Violet y a Dani volvieran de la cocina, donde estaban preparando unos aperitivos para su noche de cine. ¿Estaba nervioso o excitado? Para ser honesto conmigo mismo, podrían haber sido ambas cosas, pero no importaba. Estaba a punto de hablar a mis hijas de Keaton, y no estaba preocupado por su reacción. Esperaba cierta resistencia por parte de Violet, pero no porque Keaton fuera un hombre, sino porque era su profesor. Bueno, estaba a punto de averiguarlo.

Mis hijas aparecieron en el salón. Dani entró excitada, y su ondulada melena rubia rebotaba a cada paso que daba. Señor, se parecía muchísimo a su madre. Era inquietante. Violet era la viva imagen de Marnin, con su oscuro pelo y sus ojos marrones. Por raro que fuera, nadie lo había comentado nunca. Nuestras familias sabían la verdad, por supuesto, pero jamás se lo habíamos contado a nadie.

Inspiré profundamente.

—Violet, Dani, ¿podéis sentaros conmigo un segundo?

—¿Va todo bien, papá? —preguntó Violet, acomodándose en el sofá.

—Todo va bien. Solo quería hablar con vosotras de algo importante. Conocéis al señor Perry, ¿verdad? ¿Vuestro profesor de lengua? —Dani asintió con entusiasmo, y una sonrisa fue abriéndose paso en su rostro, como si supiera lo que iba a decir—. Bueno, el señor Perry y yo tenemos una relación. Estamos saliendo.

Dani saltó del sofá y me abrazó, gritando de alegría.

—¡Eso es genial, papá! Realmente, me gusta.

La abracé de vuelta. Mi pequeña era la eterna optimista, siempre alegre y feliz, iluminaba cada estancia en la que entraba y también mi vida.

—Gracias, cariño. Me alegra oírlo.

Violet, por otra parte, era mi chica racional, que rara vez hacía algo sin pensarlo primero. Incliné la cabeza, estudiándome.

—¿Ahora eres gay? —preguntó.

—Soy bisexual, pero no lo sabía hasta que conocí a Keaton.

—¿Cómo es eso posible? —Violet frunció el ceño—. ¿Cómo no te habías dado cuenta antes? Me rasqué la barba, buscando las palabras para explicárselo.

—Nunca me sentí atraído hacia otro hombre, así que jamás se me ocurrió. Pero cuando conocí a Keaton, las cosas cambiaron.

—No sabía que funcionaba así. —Violet no estaba siendo grosera. El profundo ceño de su frente me dijo que realmente estaba intentando entender la situación. Tenía una curiosidad

insaciable, siempre queriendo saber hasta el último detalle.

—Yo tampoco. Pero resulta que nuestra sexualidad es más fluida de lo que pensaba.

—¿Y no te importa? ¿No estás como... molesto o lo que sea por no ser hetero?

—*Nah*, no me molesta. Ya sabes cuántos amigos *queer* tengo. Ha sido más una sorpresa, si eso tiene sentido.

Ella resopló.

—El tío Marnin se va a partir el culo.

Mis hijas le llamaban tío. Llamarle por el nombre de pila había parecido inapropiado cuando eran pequeñas, sobre todo cuando Marnin pasaba tantísimo tiempo en nuestra casa. Además, estaba el hecho de que él era su padre biológico, cosa que ambas sabían desde que cumplieron diez años. Nunca les había importado y tampoco habían tratado a Marnin de forma distinta una vez se enteraron.

Reí suavemente.

—Oh, ya me ha echado mierda encima.

Dani abrió los ojos de par en par.

—Así que ¿vais a casaros? ¿Cómo deberíamos llamarle ahora? Ya no parece apropiado llamarle señor Perry.

—Buaaa, para el carro, pequeña. —Su entusiasmo me hizo reír—. Aún no hemos llegado ahí. De momento, estamos disfrutando de nuestro tiempo juntos. Y en lo que respecta a cómo llamarle a partir de ahora, creo que Keaton estará bien, fuera del colegio.

—No me gusta que sea nuestro profe. —Violet suspiró—. Es majo y todo eso, pero que sea nuestro profesor es un poco... No sé. Extraño.

—Lo sé, hija, y lo lamento. Pero si se meten con vosotras por eso, me lo diréis, ¿verdad?

Violet se encogió de hombros.

—A nadie le va a importar que seas bi, más allá de que es extraño que sea con el señor Perry.

Eso me confirmó lo tolerante que era todo el mundo en su colegio. Lo que hacía aún más desconcertante la reacción de Byron, algo que todavía no había sido capaz de resolver. Estaba pendiente de organizar su tercer servicio comunitario, y cuando llegara el momento, tenía la intención de preguntarle directamente qué pasaba... y le pediría permiso para que me dejara contárselo a su padre. Necesitaba ponerme a ello cuanto antes, porque ahora, esa conversación era más importante que nunca.

—Me pregunto cómo se lo tomará Byron —reflexionó Violet como si me hubiera leído la mente.

«Tú y yo, cariño», pensé, aunque no lo dije en voz alta.

—Pasároslo bien viendo la peli. Voy a cruzar la acera para hablar con vuestra madre.

—Se va a alegrar mucho por ti —dijo Dani.

Le revolví el cabello.

—Yo también lo creo.

Había enviado un mensaje a Tricia para preguntarle si esta noche estaría en su casa, y lo estaba, así que le dije que me pasaría a verla. Cuando entré, me recibió con una cálida sonrisa y, como siempre, nos abrazamos.

—Me alegro de verte —dijo mientras nos sentábamos en el sofá—. No nos hemos visto mucho últimamente.

El familiar aroma de las velas de vainilla inundaba el aire. Siempre había tenido debilidad por ellas, y esa era una de las cosas que no había echado de menos tras nuestro divorcio.

—¿Jason no está en casa?

—Está con sus padres. Su padre se cayó ayer y se rompió la muñeca, así que ha ido a visitarles y se quedará unos días con ellos.

Hice una mueca.

—Esa es la parte que más odio de envejecer: ver cómo nuestros padres también envejecen.

—Lo que me recuerda... Felicita a tu padre de mi parte. Setenta y tres, ¿no?

Asentí.

—Cuando salga de aquí iré a su casa.

—¿No te llevas a las niñas?

—*Nah*, querían hacer una noche de cine. Acaban de estrenar una nueva película en Netflix. La semana pasada estuvieron un día entero con ellos, así que no pasa nada.

—Bien.

Me miró expectante, e inspiré profundamente.

—Estoy viendo a alguien. Keaton Perry, el profesor de lengua de las niñas.

Su rostro se iluminó.

—Oh, Auden. Eso es maravilloso. Me alegro mucho por ti.

—Gracias. Aún es demasiado nuevo, pero queríamos ser abiertos con nuestra relación.

—Le conocí el día de puertas abiertas a principio de curso. Es muy agradable. El tipo encantador de las pajaritas, ¿no?

Probablemente, tenía una sonrisa estúpida, pero no me importó.

—Sí, ese es él.

—¿Cómo os conocisteis? —Su entusiasmo fue creciendo conforme le contaba cómo se habían cruzado nuestros caminos—. Asumo que no sabías que eras bi hasta que le conociste.

—No tenía ni idea. Nunca he mirado dos veces a un hombre... hasta él. De alguna forma, me llegó.

Tricia se puso en pie, abriendo los brazos. Me levanté del sofá y acepté el abrazo.

—Me alegro mucho por ti, Auden —dijo, apretándome contra su cuerpo—. Te lo mereces. Me tenías preocupada.

La liberé.

—¿Preocupada?

—No eras feliz. —Cubrió mi mejilla con una mano—. No olvides que te conozco mejor que nadie. Ponías buena cara, pero por dentro estabas triste y dolido. Me partía el corazón verte así. Además, estabas trabajando demasiado, como si estuvieses intentando evitar la vida.

Vaya, Tricia había advertido más cosas que yo, lo que fue una lección de humildad. Volví a sentarme en el sofá y ella se acomodó a mi lado.

—Sí, me había convertido en un adicto al trabajo —admití—. Pero recientemente he reducido mi jornada. Quería pasar más tiempo con Keaton y las niñas. —Suspiré—. Y sí, estaba dolido. Incluso más, cuando te prometiste. Me gusta Jason, y me alegré de que hubieses vuelto a enamorarte, pero... dolió. Estabas siguiendo hacia delante con tu vida y yo estaba atascado y me veía incapaz de avanzar.

—Lo sé.

—¿Lo sabías?

Asintió.

—No sabía cómo ayudarte. Hacía mucho que habías dejado de compartir tus pensamientos conmigo, incluso antes del divorcio. Te habías cerrado a todos.

—¿A qué te refieres?

Me miró unos segundos en silencio.

—Cuando no pudimos concebir y descubrimos que eras estéril... Te rompió Auden.
Joder, directa al corazón.

—Lo hizo —admití con voz ronca—. Lo único que siempre quise fue casarme contigo, formar una gran familia y ser el sheriff. Y cuando no pude... cuando no pude darte lo que tanto querías... —Callé, incapaz de continuar.

—Te sentiste como un fracasado —dijo suavemente Tricia.

—¿Cómo no hacerlo? —Resoplé—. Lo único que necesitabas de mí, y no podía dártelo.

—No, Auden. No me enamoré de ti por tu esperma o porque serías capaz de darme hijos, me enamoré de ti por ti. Te quería como persona: tu generosidad, tu lealtad, tu sentido del humor,... Lo único que necesitaba de ti era que me dieras tu apoyo y tu amor, que me cuidaras y me protegieras como yo hacía contigo. Y me diste todo eso. Fuiste el mejor marido con el que una mujer podría soñar.

—¿Entonces qué es lo que falló? Si hice todo bien, ¿por qué te perdí?

—Oh, Auden. —Tricia me cogió la mano—. Crecimos, y la vida nos llevó por caminos distintos. No tuvo nada que ver con que cometieras un terrible error o no fueses lo suficientemente bueno como marido. Cuando empezamos a salir éramos muy jóvenes y nos casamos muy pronto. Luego, te uniste al ejército y me convertí en la mujer de un militar, lo que no fue fácil. Y nuestros problemas de infertilidad no ayudaron. Deberíamos habernos apoyado el uno en el otro, pero en su lugar, nos fuimos distanciando.

—Me culpé a mí mismo. Pensé que había sido yo el que nos había roto.

—Sé que lo hiciste, y te estoy diciendo que estás equivocado. Tu incapacidad para perdonarte por algo por lo que no necesitabas ser perdonado me rompía el corazón. No estoy enfadada contigo, Auden, y nunca lo he estado. Necesitas dejar de sentirte culpable. No fue culpa tuya.

Sus palabras me golpearon como una tonelada de ladrillos y mi pecho se contrajo. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de cuánto me había aferrado a esa culpa. Cuando la miré a los ojos, vi la sinceridad de sus palabras. Esta conversación estaba siendo más intensa de lo que había anticipado, pero estaba agradecido por ella. Me había quitado un enorme peso de encima, y hacía años que no me sentía tan ligero.

—Gracias —murmuré, abrazándola—. Creo que necesitaba oír eso.

Ella sonrió.

—Te lo habría dicho antes, pero no estabas preparado para oírlo.

Apoyé la cabeza sobre su hombro, tal vez la primera vez que lo hacía en los más de treinta años que la conocía.

—No, no lo estaba.

—Lo único que quiero es que seas feliz —murmuré—. Puede que ya no seamos buena pareja, pero aún eres mi amigo y el padre de mis hijas. Eso no va a cambiar nunca.

Un poco más tarde, cuando entré en casa de mis padres, aún estaba aturdido por la conversación que había tenido con Tricia. Mi familia era propietaria de una antigua granja situada a las afueras de la ciudad, que era el lugar donde me había criado. La vivienda estaba rodeada por una hectárea de tierra que, una vez, en el pasado, había alojado los campos de cultivo, pero mi padre había sustituido el sembrado por arbustos y árboles frutales. Cora adoraba la jardinería y había ido reivindicando una considerable porción de terreno, convirtiéndola en un auténtico vergel, huerto incluido. La granja era su pequeño paraíso y siempre que venía a verles era como volver al hogar.

Tendría que reflexionar sobre las palabras de Tricia más tarde, porque ahora quería concentrarme en mi hermano y mis padres. Me preparé para la siguiente ronda de la misma

conversación y crucé los dedos para que esta fuese un poco menos intensa que la anterior.

Cuando entré en la cocina, el cálido aroma a ajo y marinara invadió mis fosas nasales. Ennio estaba de pie tras el fogón, removiendo una salsa con una cuchara de madera. Si él estaba al cargo, nos esperaba una cena deliciosa, dado que era el chef del albergue.

—¡Ey, hermano! —Ennio sonrió de oreja a oreja—. ¿Qué tal tu día?

—Muy revelador. —Me quité la chaqueta y la lancé sobre uno de los taburetes que había tras la encimera—. He tenido unas cuantas conversaciones importantes.

—¿Sí? ¿Algo que tenga que saber?

Le estudié; este hombre, que una vez había sido un bebé entre mis brazos, fue un regalo tras quince años de ser hijo único. Sus ojos azules brillaban de alegría bajo el cuidadosamente aplicado delineador del mismo color. Éramos opuestos de casi todas las formas posibles. Nos parecíamos en los ojos y los rasgos faciales, pero Ennio era tan flamante y extrovertido como yo era serio y sereno. Siempre había adorado lo cómodo que se sentía en su cuerpo y con su identidad, y probablemente, él era una de las razones por las que no había tenido problemas en aceptar mi nueva orientación sexual. Después de todo, me había demostrado cómo ser tú mismo durante toda su vida.

Le abracé por detrás, apoyando mi cabeza contra la suya.

—Estoy orgulloso de ti. Solo quería que lo supieses. Eres una inspiración.

Se heló por un instante y luego, se inclinó contra mí.

—Gracias. ¿Estás bien? Pareces un poco apagado.

Suspiré, le besé en la coronilla y le liberé.

—Mejor de lo que he estado en mucho tiempo, pero te enterarás en unos minutos.

Mis padres estaban poniendo la mesa, moviéndose en perfecta sincronía tras años de práctica. El amor que se profesaban aún era patente, y me enternecía verles tan felices juntos. Técnicamente, Cora era mi madrastra. No llegó a mi vida hasta mi adolescencia, pero era una mujer impresionante y se había sumergido con naturalidad en el papel de mi madre. Cuando nació Ennio, empecé a llamarla mamá también, y había sentido que era lo correcto. Había sido bendecido con dos madres, y estaba seguro de que si se hubiesen conocido, habrían sido buenas amigas.

—Hola, papá. —Abracé a mi padre; a lo mejor, un poco más fuerte de lo normal—. Feliz cumpleaños.

—Gracias, hijo. ¿Estás bien?

Ese hombre veía demasiado. Sus instintos aún estaban bien afinados tras una vida entera trabajando como sheriff.

—Sí, papá. Mejor que nunca.

Besé a mi madre en la mejilla.

—Hoy estás muy guapa, mamá. ¿Nuevo vestido?

—Sí, y gracias. —Sonrió—. Me lo ha regalado Ennio.

—¡La cena está lista! —gritó Ennio desde la cocina.

Le ayudé a llevar la comida a la mesa, inhalando el delicioso aroma de su pan de ajo casero. Mi aliento apestaría durante horas, pero merecería la pena.

—¿Cuál es la gran noticia? —preguntó Ennio tan pronto como estuvimos servidos. Mi encantador hermanito jamás había tenido un gramo de paciencia.

Y aquí estábamos de nuevo. Tercera ronda.

—Quería contaros algo. He empezado a ver a Keaton Perry, el nuevo profesor de lengua del instituto. Es un padre soltero con dos hijos adolescentes y hemos conectado a lo largo de las

últimas semanas. Todo es bastante nuevo, pero vamos en serio.

Mis padres intercambiaron una mirada de asombro, pero se recuperaron en seguida y me dedicaron una cálida sonrisa.

—Enhorabuena, hijo —dijo mi padre. Alargó el brazo y me dio un firme apretón en el hombro—. Nos alegramos mucho por ti.

Ennio dio una sonora palmada en el aire.

—Eso es fantástico, Auden —dijo con ojos relucientes—. Mereces ser feliz. ¿Cuándo vamos a conocer al misterioso señor Perry?

—Con suerte, pronto. —La excitación creció en mi pecho al pensar en presentar a Keaton a mi familia. Iban a adorarlo, no me cabía duda.

Y durante la cena, mientras me acribillaban a preguntas sobre cómo nos habíamos conocido y qué habíamos hecho hasta ahora, nunca, nunca me preguntaron cómo había terminado con un hombre tras una vida entera siendo heterosexual.

Cuando estaba preparándome para meterme en la cama esa noche, con mis hijas durmiendo en el sofá tras su maratón de cine, la gratitud me inundó. Había recibido el apoyo de todos, aunque no había esperado ponerme tan emocional. Hasta hoy, no me había dado cuenta de cuánta gente había advertido mi infelicidad. El descubrir que había sido capaz de autoengañarme durante años era tan aterrador como aleccionador. Pero ahora que me había enfrentado a mis demonios, me sentía más libre que nunca. Envié un mensaje a Keaton con una entusiasta actualización de los hechos, y me respondió que se alegraba mucho por mí.

Mientras yacía en la cama, no pude sacarme de la cabeza al hombre que, inconscientemente, había puesto todo mi mundo patas arriba. Estaba deseando ver adónde nos llevaría nuestro viaje.

Justo antes de quedarme dormido, un pensamiento me asaltó. Keaton no me había contado cómo había ido su conversación.

Y yo no le había preguntado.

No me había ofendido que Auden no me hubiese preguntado cómo había ido la conversación con mis chicos. De hecho, me había aliviado. Me había concedido un indulto; posponiendo la compasión que inevitablemente vería en sus ojos.

Toda su familia había reaccionado bien, y aunque ya lo había esperado, escocía. No por él — Cielos, no; estaba más que contento porque él no tuviera que lidiar con la virulenta respuesta que había recibido yo... y viniendo de mi propio hijo, nada menos—, sino porque ponía más en evidencia mi lamentable situación. Auden era un hombre muy afortunado, y esperaba que fuera consciente de ello.

A la mañana siguiente, me había preguntado, y le había dado un resumen descafeinado de mi pelea con Byron. Por supuesto, no le había engañado ni un segundo. Auden veía mucho más de lo que parecía, y aunque ese era uno de los rasgos que me atraía de él, bajo estas circunstancias, habría preferido que no fuera tan perceptivo. Una auténtica dicotomía.

Pero no me ofreció compasión, sino apoyo y comprensión, cosa que agradecí.

Ya habíamos mantenido demasiadas conversaciones emocionalmente intensas y nos merecíamos un poco de diversión, así que eso estaba en la agenda de hoy.

Milton pasaría la noche en casa de su nuevo mejor amigo, Jay; y las niñas de Auden estaban con Tricia, así que seríamos él y yo, solos, en su hogar. Byron se quedaría en mi casa, algo que probablemente debería haberme preocupado, pero no tenía energías para pensar en todos los problemas en los que podría meterse. Necesitaba un tiempo a solas con Auden, y si había interpretado correctamente las señales, estábamos en la misma página.

Sexo.

Yo tampoco me inclinaba a posponer el sexo, porque la compatibilidad en la cama tenía mucha importancia para mí y nunca me había interesado el concepto de «esperar hasta conocerse mejor para follar». El sexo estaba para disfrutarlo, bien con tu pareja o bien con alguien a quien no volverías a ver nunca.

Así que cuando aparqué frente a su casa, suspiré de alivio. Esta noche, sería Keaton. Ni un padre, ni un profesor, ni un frustrado ex-marido. Solo Keaton. Por fin podría dejar salir mi faceta de amante.

Cielos, esperaba que Auden estuviese de ánimo para esto.

Abrió la puerta antes de que llamara y me arrastró al interior, reclamando mis labios. Bueno, eso me inspiró confianza; parecía que esta noche el sexo estaba sobre la mesa. Insertó la lengua en mi boca y permití la invasión, apreciando su faceta sexy y mandona. El hombre sabía lo que quería e iba a por ello.

Me aparté lo suficiente como para quitarme las gafas y las embuté en uno de los bolsillos de

mi abrigo, rindiéndome a su asalto. Sus manos recorrían mi cuerpo mientras me besaba y sus dedos eran ágiles, para ser los de alguien que había declarado que le faltaba práctica. Se desprendió de mi abrigo y alzó mi camiseta de manga larga, pasándola impacientemente por mi cabeza para lanzarla al suelo. Se lo había puesto fácil, evitando una de mis habituales camisas; él, sin embargo, sí llevaba una camisa, y perjuré mientras comenzaba a desabotonar la prenda.

—¿Vamos a...? —murmuró.

Le corté con un beso mientras seguía peleándome con los botones. Cuando por fin terminé de abrir su camisa, la arrastré casi furiosamente por sus hombros, dejando que cayera al suelo, y me aparté para contemplar lo que había desenvuelto. Siempre había tenido debilidad por los hombres en vaqueros, sobre todo con el pecho descubierto, y Auden era el mejor espécimen que había visto nunca. Su torso era ancho, lleno de músculos y estaba cubierto por una gloriosa mata de vello que se expandía hasta su cintura. Y lo mejor de todo: no se le marcaban las abdominales. No; su tripa tenía una ligera curvatura, cierta blandura que solo lo hacía más sexy.

Y esos muslos... Los vaqueros se tensaban en torno a ellos. Había visto troncos de árbol más pequeños y estaba deseando sentirlos sobre mi cuerpo. Aún no habíamos llegado ahí, aunque si dependía de mí, lo haríamos pronto.

Pasé las manos por el vello de su pecho. Ningún hombre tenía derecho a ser tan sexy, tan perfecto.

—Prácticamente estás ronroneando. —Auden sonrió de par en par

—Mmmm. ¿Puedes culparme? Eres un hombre muy sexy.

—Tú me haces sentir sexy.

La desnuda vulnerabilidad de su tono me paró en seco.

—Eres el hombre más sexy que he visto nunca —dije, clavando la mirada en él.

—¿En serio?

—En serio.

Cogí su mano y la guie hasta mi polla, que ahora parecía acero.

—Esto es solo por mirarte, besarte y admirar tu cuerpo. Apenas hemos empezado.

Gruñó guturalmente, y luego, guio nuestras manos hasta el bulto que presionaba contra sus vaqueros.

—Tú me has enseñado la tuya. —Su voz se agravó—. Esta es la mía.

Señor, estaba tan duro como yo. Una ráfaga de excitación estremeció mi cuerpo. No había dudado que me deseaba —o no, realmente—, pero ver y sentir la incontestable evidencia era la confirmación que no había sabido que necesitaba.

—¿Qué quieres hacer? —pregunté—. ¿Con qué te sientes cómodo?

—¿Cómodo? —rio suavemente—. Estoy tan incómodo como puedo estarlo, en terreno tan desconocido que ni siquiera sabría por donde empezar. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, así que tendrás que ayudarme aquí, ¿de acuerdo? Pero quiero todo. Todo lo que quieras darme. Siempre que lo hagamos juntos.

Este hombre. ¿Cómo se las apañaba para decir siempre las palabras correctas? ¿Cómo podía ser tan sincero y vulnerable y, al mismo tiempo, emanar esa irresistible confianza en sí mismo? Era una contradicción andante.

—Me encantaría que me follaras —admití—, pero podemos llegar poco a poco hasta ahí.

Me acarició la mejilla.

—¿Prefieres que te folle?

—Sí. También me gusta ser activo, pero no es lo que quiero ahora.

—No estoy seguro de si voy a disfrutar que me folles, pero estoy dispuesto a intentarlo. En

un futuro, al menos.

Me incliné para darle un beso.

—Me parece bien. Y si cambias de idea y no quieres probarlo, o si lo probamos y no te gusta, tampoco pasa nada. No es algo imprescindible para mí.

Asintió.

—¿Puedo pedir algo?

—¿Qué?

—¿Podemos subir al dormitorio? —Sonrió e hizo un gesto hacia la puerta de entrada—. Ese cristal esmerilado aún permite ver lo que está pasando aquí dentro, y odiaría que alguien se acercara y se llevase una inesperada sorpresa.

Resoplé.

—Nada de porno gratis, ¿eh? —sonreí.

—No es parte de mi trabajo, me temo.

—Al dormitorio, pues.

Le seguí escaleras arriba. Su dormitorio era pequeño, con una cama tamaño reina, dos mesillas a juego y un armario de cinco puertas que cubría una de las paredes. La había pintado de un blanco crudo, salvo por la zona de la cabecera de la cama, que era azul marengo. Era una combinación muy masculina, si bien, tal vez, poco original.

Me acerqué a la cama e inhalé el suavizante que emanaba de ella.

—Has cambiado las sábanas.

Agitó los pies en el sitio.

—Yo... Esperaba... Esperaba que... Solo por si acaso, ¿sabes?

Incliné la cabeza a un lado.

—¿Para qué más te has preparado?

Hizo un gesto hacia una de las mesillas.

—Lubricante y condones.

Arqueeé una ceja, abriendo el cajón del mueble. Saqué los suministros y los lancé a la cama.

—¿Y cuánto tiempo llevan ahí?

—¿El lubricante? Necesito una botella cada... algunas semanas —sonrió casi avergonzado—. Mi mano derecha ha sacado buen provecho de él. Pero los condones son nuevos. Los que tenía habían caducado.

El hombre era adorable y estaba deshaciéndome por dentro.

—Aprecio a un hombre precavido —sonreí.

Caminé lentamente hacia él y, sin decir palabra, cogí su cinturón. Por un segundo, se heló, pero luego, asintió. Se lo quité con facilidad y, cuando comencé a bajar sus vaqueros, dejó escapar el aire que había estado conteniendo. Sus bóxer blancos ya estaban húmedos, acerqué mi rostro e inhalé profundamente. Dios, adoraba ese olor.

—¿Puedo hacerte una mamada?

—Sí, por favor.

Arrastré los calzoncillos hasta el suelo y su polla golpeó contra su estómago con un húmedo plop. Mi pene se agitó en respuesta. Sí, sería mejor que me deshiciera de mi ropa; la tela de mis pantalones permitía cierta elasticidad, pero estaba llegando a su límite y así, podría masturbarme mientras le comía la polla. Me desnudé rápidamente y lancé toda la ropa al suelo.

—Siéntate al borde de la cama —dije.

Auden siguió mis instrucciones.

Me acerqué a él y abrí más sus piernas.

Oh, espera. Necesitaba algo mullido. Mis rodillas no se tomarían demasiado bien ese duro suelo. Cogí una almohada y la lancé entre sus piernas antes de arrodillarme. Su pene estaba a la altura perfecta, y me lamí los labios. Tenía una polla magnífica y estaba deseando probarla.

Pero quería tomarme mi tiempo.

A pesar de lo ansioso que estaba por que me follara, no podía precipitarme en su primera vez. A diferencia de mis polvos esporádicos, íbamos directos a por el gran objetivo, y eso significaba que los preliminares no solo eran apreciados, sino necesarios. Sí, ansiaba que me follara, pero también quería explorar y ser explorado, y teníamos todo el tiempo del mundo.

Me acerqué y froté el rostro contra sus pelotas. Adoraba ese aroma. Almizclado, sudoroso, intenso. Masculino. Di un tentativo lametazo y Auden dio un respingo, como mi saliva estuviera electrificada.

—Abróchate bien el cinturón —dije con una maliciosa sonrisa—. Te espera un viaje movidito.

La mayoría de los hombres iban directos a por el premio gordo, ¿pero yo? No; a mí me gustaba dar mis rodeos, así que me concentré primero en sus testículos. Su aroma invadió mis fosas nasales y succioné suavemente la delicada piel. Era velludo ahí, también, pero no me importó. Claro, un buen afeitado tenía sus beneficios, pero, de alguna forma, esa imagen no encajaba con Auden. Sus pelotas eran del tamaño perfecto para metérmelas en la boca y hacerlas rodar con mi lengua, aplicando una ligera presión. Entrelazó los dedos en mi pelo, agarrándose con firmeza y, de alguna forma, con inseguridad; como indeciso entre si debía aplastarme contra su polla o apartarme de ella.

Cualquier opción me habría parecido bien, pero dado que lo dejó a mi elección, liberé su testículo.

Inhalé su aroma de nuevo antes de trazar un recorrido con mi lengua desde la base de su pene hasta la punta, terminando con una ligera succión del glande para saborear esa primera gota de semen. Exquisito.

Se me daba muy bien hacer mamadas, pero no tan bien como para meterme entera esa enorme polla sin que me dieran arcadas. A algunos hombres les parecía sexy y disfrutaban haciendo el garganta profunda, pero a mí nunca me había proporcionado excesivo placer, así que exprimí un poco de lubricante sobre mi mano derecha y envolví la base de su polla. Luego, me metí ese ancho capullo en la boca y succioné, acariciándolo con la lengua. Comencé a mover la mano, girando la muñeca y aumentando la presión.

—Cielos San... Joder.

Sonreí. Lanzó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, perjurando en susurros cuando intensifiqué la succión. Cuando envolví sus pelotas con la mano izquierda, sentí la tensión que había ido acumulándose en ellas.

Se aferró a mi cabeza casi dolorosamente.

—¡Para! —Me apartó, casi sin aliento—. Demasiado cerca... Demasiado bueno...

Fue una pena, pero al mismo tiempo, eso significaba que podíamos avanzar hacia pastos más verdes.

La forma en la que me miraba... Sus ojos eran mucho más oscuros ahora, más intensos, como si fuera la comida y él un hambriento depredador. Un hormigueo recorrió mi espalda y se asentó en mis pelotas. Nadie, nunca, me había mirado así.

—¿Te gustaría que lo intente contigo? —preguntó.

—¿Una mamada?

—Sí.

—¿No te importa?

Frunció ligeramente el ceño.

—¿Por qué me importaría? Sé lo jodidamente bien que se siente.

Abrí la boca y luego, la cerré. Mi asombro era problema mío, no suyo. En el fondo, aún estaba esperando a que Auden se acobardara, y eso no era justo para él.

—La próxima vez —dije—. Me encantaría que lo intentases la próxima vez.

—¿Quieres que te folle? —dijo con la voz ronca. Asentí—. Necesitarás ayudarme. Decirme qué tengo que hacer.

—De acuerdo. —Tragué—. No sé cómo decir esto...

Auden arqueó una ceja.

—Suéltalo.

—No te contengas. Me gusta... violento.

Auden envolvió su polla con la mano y comenzó a agitarla, sin apartar la mirada de mí.

—Creo que puedo adaptarme.

—Tumbate en la cama —dije.

Keaton se estiró sobre la cama y por primera vez, pude tomarme mi tiempo para apreciarlo. Su cuerpo era fuerte y elegante, con una pizca de vello plateado en el pecho que hacía un recorrido hacia el sur. Su polla era de la misma longitud que la mía, más o menos, pero no tan ancha, y las gotas de semen humedecían su estómago. Era un hombre atractivo, pero eso no era lo que me atraía de él.

Keaton me hacía sentir joven de nuevo.

Curioso.

Ansioso.

Cachondo.

Era mi primera experiencia con un hombre, y había esperado incomodidad y torpeza. Pero no hubo nada de eso. Tocar, besar, contemplar cómo me daba placer... Me había parecido tan natural como el respirar. Como si lo hubiéramos hecho un millón de veces antes, y al mismo tiempo, fuese completamente nuevo. Me sentía como un virgen, pero uno que sabía lo que quería. Nunca había deseado sexualmente a un hombre, pero ahora que lo hacía, quería todo de él. Primera base, segunda base... y *Home run*.

Y él quería lo mismo. Apreciaba que hubiese creado expectativas. No había estado seguro de cómo de rápido debía ir, ni cuánto podía soportar. Me había dejado claro que adoraba el sexo anal, pero ¿saber que le gustaba violento? Eso era un enorme alivio. Tenía un montón de lujuria acumulada aguardándolo.

Cogí el lubricante.

Keaton se incorporó en la cama.

—Puedo hacer eso... Prepararme, me refiero.

—Ese es mi trabajo. Además, quiero hacerlo, quiero sentir cómo es.

—De acuerdo. —Se acomodó en la cama de nuevo y abrió las piernas para mí.

Podían llamarme estúpido, pero había hecho mi investigación. Ya sabía el mecanismo del sexo gay, pero había querido asegurarme de que fuera una buena experiencia para Keaton, así que había leído varios artículos sobre cómo cuidar de tu pareja antes y después. Puede que fuese mi primera experiencia anal —Tricia nunca lo había sugerido y a mí no se me había ocurrido—, pero iba a bordarlo a la primera.

Exprimí algo de lubricante sobre mis dedos y miré a Keaton, que yacía sobre su espalda, observándome. ¿Cuál sería la postura más cómoda para él? A la larga, podría prepararlo sin mirar, pero ahora, necesitaba ver lo que estaba haciendo. Me senté entre sus muslos y alcé sus piernas hasta apoyarlas sobre las mías. Ahí estaba, ahora tenía acceso y una imagen perfecta.

Contemplé su ranura y su rosáceo agujero, esperando que surgiera la incomodidad, pero no apareció. Lo único que quería era darle placer. Nada más. Tan pronto como le toqué con un resbaladizo dedo, él empujó hacia mí, y me deslicé en su interior con más facilidad de la que había esperado.

—¿Te gusta el beso negro? —pregunté.

—¿Dar o recibir?

—Cualquiera.

—Ambos, pero no lo hago muy a menudo. No es tan sencillo con polvos casuales.

Podía entenderlo.

—Pero ¿conmigo? ¿te gustaría?

Keaton apoyó una mano sobre mi mejilla.

—Contigo quiero hacerlo todo. Probarlo todo.

Mi corazón se paró un segundo. Las cosas se estaban moviendo muy rápido entre nosotros, pero ver cómo imitaba mi paso solo me confirmaba que se sentía igual que yo. Ambos íbamos directos a por lo que queríamos. A nuestra edad, ya no teníamos ni el tiempo ni la paciencia para lidiar con mierdas.

—Quiero probarlo —admití—. No esta noche, pero... la próxima vez. Tenemos un montón de próximas veces.

—Las tenemos —dijo con una dulce sonrisa.

Comencé a mover mi dedo dentro y fuera de él, sintiendo cómo se relajaban sus músculos. Hora de añadir el segundo. Keaton había pasado por esto numerosas veces y me ayudó a dilatarle.

—Será mejor que metas tres —dijo—. Eres ancho, cariño. —«Cariño». Ambos nos helamos—. ¿Te importa? Que te llame así, quiero decir.

—No —dije con voz ronca—. Me gusta.

Treinta segundos más tarde, Keaton dijo:

—Estoy listo.

Alargué el brazo para coger el condón, abrí expertamente el envoltorio y lo desenrollé rápidamente sobre mi polla. Si Keaton sospechó que había practicado —cosa que había hecho, dado que había pasado un tiempo—, no lo comentó. En su lugar, abrió aún más las piernas en una clara invitación.

—¿Te gusta esta postura? —pregunté.

—Para empezar, sí. Me gusta poder verte.

Al ver sus cálidos ojos marrones, lo único en lo que pude pensar fue en cuánto deseaba compartir esto con él, experimentar el sexo con él. Todo lo demás se desvaneció de mi mente.

Aún de rodillas, me acomodé sobre él, soportando mi peso con el brazo izquierdo mientras le cubría con mi cuerpo. Agarré la base de mi polla con la mano derecha y posicioné la punta sobre su orificio. Sostuve su mirada y empujé. Sentí una ligera resistencia y luego, comencé a hundirme en él. Keaton entreabrió la boca en un silencioso gemido y seguí empujando, lenta pero firmemente, sin esperar hasta que enterrado en su cuerpo.

Me quedé inmóvil. Sus pupilas se habían dilatado y sus mejillas estaban sonrojadas. Joder, era precioso. Una extraña necesidad de marcarlo se apoderó de mí, y me lancé hacia la sensitiva piel de su hombro. Succioné durante unos segundos y le liberé con un gruñido de satisfacción. Contemplé mi obra; el chupetón era de un rojo intenso y no se desaparecería pronto.

—¿Me has marcado? —Keaton miró su hombro y luego a mí.

—Eso he hecho. —¿Debería disculparme? A lo mejor, tendría que haberle pedido permiso.

—Me gusta —murmuró. Me moví cuidadosamente para probar las aguas y Keaton asintió—. Estamos preparados.

Cambié de posición, intentando encontrar la postura que me permitiera usar más fuerza. Keaton quería que le follara violentamente, y yo no deseaba más que complacerlo, pero para ello, necesitaba encontrar el ángulo correcto; de otra forma, le haría daño, y eso no iba a pasar.

Volví a recolocarme, distribuyendo de manera distinta el peso. Keaton enroscó las piernas en mi cintura y ah, perfecto. Enterré el rostro en su cuello y empujé cuidadosamente, asegurándome de no perder el objetivo. Señor, esto estaba muy bien.

Era distinto al sexo con mujeres. Más brusco, más duro. No había suavidad. Nada de delicadas curvas y tiernos pechos, solo sólidas superficies de músculos, su velludo pecho contra el mío y mi barba contra su piel.

Keaton gruñó.

—Esta es la postura perfecta. —Gimió—. Te siento en lo más profundo de mí.

Salí y le embestí de nuevo.

—Puedo sentir todo tu cuerpo —susurré.

Encontré un ritmo; un poco indeciso al principio, pero cuando Keaton respondió con gemidos de apreciación, aceleré.

¿Podía ser más violento? Ahora que había cogido confianza podría imprimir más fuerza. Señor, los sonidos me estaban volviendo loco; mi húmeda polla, penetrándolo, nuestras pieles colisionando. Era sucio y jodidamente erótico. Y no importaba lo fuerte que embistiera, Keaton aceptaba cada invasión con un gruñido, un gemido o una súplica para que siguiera.

Dejé de contenerme, y le embestí brutalmente con mis caderas, casi implacablemente. Mis gruñidos ahogaron sus gemidos de placer. Un deseo que no reconocí comenzó a enraizarse en mi corazón: reclamar, poseer.

Las sucesivas oleadas de placer fueron acumulándose en mis pelotas y se extendieron por mi cuerpo como una corriente eléctrica. Mi pulso se aceleró, palpitando en mis oídos hasta convertirse en el único ruido de la habitación. Mi visión comenzó a nublarse, mis músculos se quejaron y mis pelotas dolían mientras se tensaban contra mi cuerpo.

—No pares —suplicó Keaton entredientes—. Por el amor de Dios, por favor, no pares. —Alargué el brazo y envolví su polla con una mano, pero él me dio un manotazo para apartarla—. No lo necesito. Concéntrate en follarme.

Si hubiese tenido neuronas, me habría reído, pero todo mi cerebro estaba en mi polla, que tenía un objetivo, y solo uno. De forma imposible, aceleré aun más, embistiéndolo con tanta fuerza que sus dientes entrechocaron y sus ojos se pusieron en blanco. Luego, su cuerpo se tensó bajo el mío y todos sus músculos se agarrotaron. Se corrió, gimiendo mientras su semen salía despedido de su polla, aterrizando sobre nuestros pechos. Fue la imagen más erótica que había visto en mi vida.

Y luego, volé. Mi cuerpo se liberó con un estallido de energía y oleada tras oleada de placer me asaltó. Me estremecí, gemí y gruñí cual estrella porno mientras mi polla se agitaba, llenando el condón; y en ese instante, deseé que no hubiese nada entre nosotros. Cuando dejé de temblar, mis brazos colapsaron bajo mi peso y me hundí sobre Keaton con una larga exhalación.

Nos quedamos en esa postura durante un minuto, al menos; en silencio, salvo por nuestras entrecortadas respiraciones, que lentamente fueron recuperando su ritmo.

—¿Puedes...? —murmuró Keaton.

—Sí. —Salí cuidadosamente de él, sujetando el condón. Luego, lo até y lo lancé a la pequeña papelera de la esquina.

—Buena puntería.

—Jugaba al baloncesto en el instituto.

—Apuesto a que lo hacías, sexy semental

Parecía borracho, y me reí mientras me tumbaba de espaldas y lo arrastraba hasta tenderlo sobre mí.

—Ahí. Esto parece más justo en términos de distribución de peso.

—Me gusta tenerte sobre mí —susurró.

—¿No peso demasiado?

—*Nah*. Soy más fuerte de lo que parezco.

La ternura me invadió mientras le abrazaba y le besé en la coronilla.

—Eres la persona más fuerte que conozco.

Se quedó en silencio durante un largo tiempo.

—Estoy tan cansado —dijo finalmente—. Tengo la sensación de que el último año ha sido una enorme batalla constante. No tú, pero todo lo demás.

—Lo sé. Desearía poder ayudarte.

—Mmm. Esto ayuda. Tú, abrazándome, ayuda. —Rio suavemente—. Tú, follándome brutalmente contra el colchón, ayuda. No te haces una idea de lo relajante que es.

Reí.

—Me hago una idea. Pareces borracho.

—Borracho de ti. Una adecuada analogía.

—Me he sentido colocado. Nunca me había sentido así durante el sexo.

Alzó la cabeza y me miró a los ojos, como comprobando si estaba diciendo la verdad.

—¿Qué has estado haciendo todos estos años, entonces?

Sonreí.

—Tricia y yo éramos muy jóvenes cuando empezamos a follar. Diecisiete. Y deja que te lo diga, una vez empiezas a follar con el objetivo de embarazarte, todo el romance se evapora.

Los recuerdos volvieron a mi mente y mi sonrisa se desvaneció. Habíamos intentado todo, y con cada ciclo, venía una nueva decepción. Nuestra relación se fue deteriorando, complicándose más y más, y...

Así no era como tenía pensado decírselo, pero no podía dejar pasar una apertura como esta.

—Mis hijas no son biológicamente mías.

Keaton se apartó lentamente y se acomodó de lado. Me giré sobre mi costado hasta que estuvimos frente a frente. Keaton me sonrió, sin mostrar sorpresa alguna.

—Lo había supuesto.

—¿Lo habías supuesto?

—Tienen los ojos marrones, Auden. Las dos. Los tuyos son azul grisáceo y los de Tricia son azules. El marrón es dominante, así que, o bien ella no era la madre, o bien tú no eras el padre. Y Dani es clavada a Tricia.

—Lo sabe muy poca gente, pero las niñas y mi familia están entre ellos.

—No debes esa información a nadie. Es un asunto privado.

—Marnin es su padre biológico —confesé.

—Vaya. No esperaba eso.

—Tricia y yo lo intentamos durante mucho tiempo. Las primeras pruebas mostraron que todo estaba bien por su parte, pero mi recuento de espermatozoides era bajo. Pero no perdimos la esperanza, ¿sabes? Por supuesto, entre que me desplegaron, la universidad y luego mi trabajo como ayudante del sheriff, tardamos un tiempo en darnos cuenta de que el embarazo no iba a

pasar. Cuando volvieron a hacernos pruebas, los resultados mostraron que mi esperma estaba básicamente muerto. Hablamos sobre fecundación in vitro, pero la clínica de fertilidad a la que fuimos nos advirtió que si usábamos mi esperma, las probabilidades de éxito serían casi nulas.

—Eso debió de ser difícil de digerir.

Incluso ahora, tras tantos años, seguía cerrándoseme la garganta.

—Estaba tan cabreado conmigo... Lo único que quería Tricia era una familia, y yo quería ser padre más que nada, pero... la estaba fallando.

—No es culpa tuya —dijo suavemente Keaton—. No lo escogiste, ni lo provocaste.

—Tardé mucho tiempo en aceptarlo. Cuando se lo conté a Marnin, se ofreció a ayudar. Me dijo que me sintiera libre de ignorarlo e incluso de olvidar que había hecho la oferta, pero no pude. Quería hijos, y si yo no podía ser su padre ¿quién mejor que mi mejor amigo? Hablé con Tricia y aceptó. Así que usamos su esperma en ambas ocasiones.

—¿Y ellas saben quién es Marnin?

Asentí.

—Le llaman tío Marnin. Ha pasado muchísimo tiempo con ellas a lo largo de los años, pero es como el tío divertido que va y viene cuando quiere. Funciona para todos.

—Has elegido muy bien —sonrió Keaton—. Tanto a tu ex-mujer como a tu mejor amigo.

—Y a ti.

La sonrisa que me dedicó aceleró mi corazón.

—Gracias.

Comprobé la hora.

—Aún tenemos algo de tiempo. ¿Quieres darte una ducha conmigo?

Keaton se inclinó hacia mí y me besó, lenta y tiernamente.

—Suenas perfecto.

Cuando llegué a la casa de Mandy, el nudo que tenía en el estómago se tensó. La conversación que estábamos a punto de tener me aterrorizaba y la deseaba tanto como habría deseado una endodoncia. De hecho, habría preferido una endodoncia al drama que me aguardaba tras esa puerta. Estaba decidido a mantener un ambiente cívico, pero necesitaba sacarme algunas cosas del pecho. No solo por mí, sino también por nuestros hijos.

Inspiré profundamente y llamé al timbre. Mandy abrió la puerta con una enorme sonrisa.

—¡Keaton! Me alegro de verte. —Me invitó a entrar, guiándome hasta la cocina.

Su falsa amabilidad incrementó mis nervios. Por mi experiencia, tras esa actitud nunca venía nada bueno.

El aroma a café recién hecho flotaba en el aire, y una suave melodía de jazz llegaba desde el salón.

—Gracias por quedar conmigo —dije, sentándome a la mesa de la cocina—. Quería hablar contigo de algo importante.

—Por supuesto. —Tomó asiento frente a mí.

Supliqué al universo que me concediera paciencia para lo que estaba a punto de acontecer.

—He conocido a alguien y estamos saliendo. Se llama Auden, y es el sheriff de Forestville.

Mandy se inclinó contra el respaldo de la silla.

—¡Lo sabía! Siempre sospeché que eras gay, y no bisexual como decías. Siempre preferiste a los hombres.

Sus palabras escocieron.

—¿Realmente crees que te mentía cuando te decía que te quería? ¿Crees que estaba fingiendo cuando me casé contigo?

—Creo que creíste que me querías, pero solo estabas confuso. Sé que prefieres estar con hombres, y no intentes convencerme de lo contrario. Cada vez que dejas aquí a los chicos te quedas en la ciudad para follarte a alguien y siempre son hombres.

Mierda, ¿cómo sabía eso? Nunca se lo había dicho, y nadie lo sabía salvo Auden... O Byron. Caramba, mi hijo tenía que haberme descubierto de alguna forma, aunque no tenía ni idea de cómo. Pero si se lo había confiado a su madre, no iba a lanzarle a los leones.

—Esa es mi vida personal, y no es de tu maldita incumbencia. Yo no comento con quién duermes o dejas de dormir, ni me interesa.

—No he dicho que me interese. Y la única razón por la que lo he comentado es para demostrarte que prefieres a los hombres. Siempre lo has hecho, y siempre he sospechado que me engañaste con uno.

—Eso no demuestra una mierda porque no entiendes nada. Caramba, Mandy, incluso si

hubiese preferido a los hombres en un ratio de noventa-diez, aún seguiría siendo bisexual. No tiene que ser un cincuenta-cincuenta. Y ser bisexual no significa ser infiel. Nunca te puse los cuernos, ni cuando estábamos saliendo, ni de casados. Ni una vez.

Ella me miró en silencio y luego, suspiró.

—Puede que estés diciendo la verdad, pero si hubiésemos seguido casados habrías terminado engañándome.

¿Cómo podía nadie responder a eso? No iba a dejarme arrastrar al terreno de la especulación. Era imposible razonar con ella, y ni siquiera me iba a molestar en hacerlo, sin importar lo doloroso que fuera el oírla hablar así. Tenía un pez más grande que pescar.

—Mira, Mandy, no he venido aquí solo para hablarte de Auden. —Me armé de valor para la siguiente ronda de inmundicia. No importaba su reacción, estaba decidido a defender mi terreno y llegar al fondo del asunto. Quería la verdad—. ¿Dijiste a Byron que pediste la custodia completa cuando nos divorciamos?

Mandy negó rápidamente con la cabeza, desconcertada.

—No, no le dije eso.

—¿Estás segura? Porque Byron parece pensar otra cosa —insistí. No se escaparía con tanta facilidad.

Vaciló unos segundos.

—Bueno, es cierto que consideré la opción, pero en seguida me dejaste claro que querías la custodia principal y no te conformarías con nada más, y no quería que los chicos y tú pasarais por todo el drama de los juicios.

Alargué el brazo hacia mi maletín y saqué nuestro Acuerdo de Separación, dejándolo sobre la mesa con un seco *plaf*.

—Entonces, ¿cómo explicas esto? —Señalé el apartado en el que Mandy accedía a no luchar por reclamar la custodia completa—. Porque este documento contradice lo que estás diciendo.

—Yo no lo recuerdo así.

—A lo mejor, necesitas revisar tu memoria, entonces. Parece que tienes problemas recordando las cosas con exactitud. —No esperé a que respondiera—. ¿Y le dijiste a Byron que si yo no te pagara tan poca pensión alimenticia podría vivir contigo? Porque también parece creer eso.

Se ruborizó.

—Debe de haberme malinterpretado.

Sí, claro.

—En primer lugar, no deberías haber discutido con él de la pensión alimenticia. Cuando nos divorciamos, accedimos a comportarnos como adultos y a mantener fuera de todo esto a nuestros hijos. Y ahora, ¿les estás contando todo esto a mis espaldas? Son mentiras despreciables, Mandy. ¿Cómo puedes hacerme esto? Más aún, ¿cómo puedes hacerle esto a nuestros hijos?

—Keaton, yo —.

—¡Aún no he terminado! —Inspiré profundamente, relajando las manos que había empuñado—. Byron cree que quieres mudarte a Atlanta con él, Mandy. Realmente, confía en ti para que le lleves allí. ¿Es esa otra de tus mentiras?

Ella se agitó en su asiento.

—Puede que quiera volver. Odio Seattle.

—De acuerdo, pero lo harás sin Byron. —Mi voz tembló de ira—. No quieres esa responsabilidad y nunca la has querido. Nunca quisiste la custodia, así que ¿por qué le estás diciendo lo contrario? ¿No te das cuenta de lo mucho que le va a doler cuando descubra que le

has mentido?

Mandy bajó la mirada. Aparentemente, se había quedado sin palabras. Todo mi cuerpo se estremeció de angustia. Esta mujer, a la que una vez había amado, se había convertido en una extraña para mí, una extraña que había ido demasiado lejos para conseguir sus objetivos, hiriéndonos a mí y a mis hijos por el camino. ¿Cuándo había cambiado tanto? ¿Cuándo se había convertido en esa persona?

Mandy alzó la cara y me fulminó con la mirada.

—Nunca quise hijos, para empezar. Tú me presionaste para que aceptara.

También podría haberme reventado las rodillas con una maza, cortándome las pantorrillas de raíz. Mi cuerpo se quedó sin fuerzas y sentí que me mareaba. Mis hijos eran mi mundo, y pensar que Mandy se arrepentía de su existencia fue demasiado para mí.

—No quieres decir eso —susurré con voz ronca—. No estás hablando en serio.

—Estábamos bien antes de tener hijos, Keaton —dijo suavemente—. Adoraba nuestra vida, la libertad que teníamos, todos los viajes que hacíamos. Todo eso cambió cuando tuvimos a los niños, y nuestra relación nunca volvió a ser la misma.

—¡Se supone que tiene que cambiar, Mandy! —Perdí los estribos e inspiré para controlarme—. Por supuesto que tu vida no va a ser como antes. Pero se supone que los niños tienen que enriquecerla, mejorarla en otros aspectos.

—Bueno, a mí no me enriqueció, y cuanto más mayor me hago, más me doy cuenta. Tú querías hijos, Keaton. Yo no.

Cerré los ojos. Sí, al principio ella no había querido hijos. Tenía razón en eso. Pero con el paso del tiempo, cambió de idea. Habíamos hablado del tema. Interminablemente, casi. Yo no había ocultado lo mucho que significaba para mí crear una familia, pero ¿equivalía eso a haberla presionado? Inspiré y abrí los ojos de nuevo.

—Si te sentiste presionada a tener hijos, entonces, lo lamento. Nunca fue mi intención persuadirte para que hicieras algo que no querías, y hasta ahora, siempre había pensado que estábamos de acuerdo en formar una familia. Claramente, no es el caso, y no puedo expresar cuánto me arrepiento por no haberme dado cuenta antes. Pero nunca me arrepentiré de haber tenido a nuestros hijos, Mandy. Son la alegría de mi vida y les quiero más que a nada.

Ella tragó, evitando mi mirada.

—Byron me ha dicho que le odias.

Más mentiras, pero estaba cansado de luchar contra ella.

—No le odio. Es mi hijo. Es parte de mí. Sí, puede ser un auténtico grano en el culo, a veces; y puede que no me caiga bien todo el tiempo o que esté en desacuerdo con lo que hace, pero eso no significa que no le quiera. Les quiero de forma incondicional a ambos. Eso es irrevocable.

—Bueno, si quieres que te devuelvan ese cariño estás haciéndolo mal. Te odian por hacerles vivir en Forestville.

¿Es que no había límite para ella? ¿Cómo de bajo iba a caer para herirme?

—¿Qué te he hecho para que seas tan cruel conmigo? ¿Tanto me detestas?

Por primera vez, se acobardó, y la vergüenza inundó su expresión.

—No te detesto.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué estás haciendo esto?

—Nunca deberías haberte mudado aquí.

—«Habernos», Mandy. No tomé la decisión yo solo, sin importar lo mucho que intentes convencerme de lo contrario. Tomamos esta decisión juntos, y puede que ahora te arrepientas de haberlo hecho, pero eso no cambia los hechos.

—Los chicos quieren volver a Atlanta. Yo quiero volver a Atlanta. Tú eres el único que nos lo está impidiendo y ahora que has encontrado el amoor —canturreó en un venenoso tono—, nunca querrás salir de esa maldita ciudad, ni siquiera si eso te cuesta la relación con tus hijos.

—Mira, Mandy, tú puedes volver a Atlanta cuando te apetezca, pero no te vas a llevar a los niños contigo. ¿Tanto quieres volver? Ve. No te retendré.

—¡No puedo! ¿Qué pensará la gente si abandono a mis hijos? Todo el mundo dirá que soy una madre terrible.

¿Eso era lo que la estaba frenando? ¿En serio? ¿Lo único que le preocupaba era su reputación, no que apenas vería a sus hijos, que les echaría de menos? Vaya, solo se preocupaba por ella misma. ¿Por qué nunca me había dado cuenta?

—¿Qué importa lo que piensen de ti? Ya estás siendo una madre terrible, mintiéndolos y poniéndolos en mi contra.

—Keaton—.

—¡Deja de intentar poner a nuestros hijos en mi contra, Mandy! —dije, dando una palmada sobre la mesa—. O haré que no puedas volver a verlos nunca. Te llevaré a los tribunales e invertiré hasta el último céntimo que tenga para asegurarme de que están a salvo de ti. ¿Me oyes? He terminado contigo, con tus mentiras y tus maquinaciones.

Con esas palabras, me puse en pie, arrastrando tan fuerte la silla que casi cayó al suelo. Me giré y enfilé hacia la puerta para salir de esa casa. Una vez en el exterior, el gélido aire de Seattle me golpeó, pero no hizo nada por apaciguar la ira que ardía en mi interior.

Cuando entré en el coche, el peso de la conversación cayó sobre mí y las lágrimas comenzaron a derramarse por mis mejillas. Sentí su ardor mientras me aferraba al volante y me ponía en marcha. No podía permitir que Mandy viera cómo me rompía, no le daría esa victoria, así que avancé por la carretera, apenas viendo lo que había delante.

Esta era la segunda vez que lloraba en lo que iba de semana, y se suponía que tenía que estar feliz. Había encontrado a un hombre con el que quería pasar el resto de mi vida, pero en lugar de estar disfrutando de esa primera etapa de luna de miel de toda nueva relación, estaba librando una batalla tras otra. Mi vida parecía una guerra continua, y estaba muy, muy cansado.

Quería un futuro con Auden, quería envejecer con ese hombre, pero estaba encontrando resistencia a cada paso. La felicidad que anhelaba tan desesperadamente parecía un sueño imposible, uno que se alejaba más de mí a cada día que pasaba. Y peor aún: no veía una solución. Sabía lo que me diría Auden: «Dale tiempo». Pero ¿cómo ayudaría el tiempo cuando mi hijo se negaba a confiar en mí y mi ex-mujer estaba decidida a destrozar la poca relación que nos quedaba?

Las lágrimas no cesaron hasta que estuve a medio camino de mi casa.

Miré a mi alrededor. Violet y Dani habían transformado el salón en una auténtica oda a mi tetragésimo noveno cumpleaños. Mis chicas habían convertido en una tradición el darlo todo en mi día y tenía que admitir que este año se habían superado a sí mismas. La estancia estaba inundada de globos verdes, azules y dorados, y brillantes guirnaldas de colores adornaban todas las superficies, reflejando la tenue luz de las diminutas bombillas que colgaban en hileras de un lado a otro de las paredes.

—Tiene un aspecto increíble —dije, pasando el brazo por sus hombros—. Muchas gracias. —Besé la coronilla de Violet y luego, la de Dani.

—La tarta es lo mejor —dijo Dani.

Tuve que darle la razón. Había reservado una sencilla tarta de cumpleaños en la panadería de Brianna, pero ella nos había entregado una espectacular creación de tres pisos, adornada con delicadas flores de azúcar y con mi nombre en la cima, escrito con una elegante letra sobre una lámina de chocolate. Era más merecedora de una boda, pero cuando se lo comenté, se rio y me contestó que, como sheriff, solo me merecía lo mejor. No estaba tan seguro de eso, pero apreciaba el sentimiento.

Al lado de la tarta, habían emplatado varios aperitivos de la tienda de la familia Collins, y al ver la selección de embutidos, quesos y aceitunas, se me hizo la boca agua. Junto a ellos descansaba una cesta con varios tipos de panecillos y una generosa fuente de fruta que suplicaba ser devorada. La nevera estaba a rebosar de bebidas, así que ya estábamos preparados para empezar la fiesta.

Había invitado a toda mi familia para que pudiera conocer a Keaton. Tenía que admitir que estaba un poco nervioso; Keaton era muy importante para mí y quería que se llevaran bien. Nuestros hijos, especialmente. Si esperábamos unir a nuestras familias algún día, al menos, tendrían que caerse bien. Teniendo en cuenta la actitud de Byron, esto último no estaba asegurado. Mis chicas me habían prometido tener un comportamiento estelar, así que había hecho todo lo que estaba en mi mano.

Cuando llegaron los invitados, intercambiamos besos, abrazos y acepté los regalos de cumpleaños. Un buen whisky de mi parte de mi padre, un póster de LEGO para mi santuario de parte de Tricia y Jason, y un libro de parte de Ennio, con una susurrada advertencia de que no lo abriera delante de nadie. No estaba seguro de si quería saber por qué, pero a juzgar por su sonrisa, era un buen consejo.

Keaton fue el último en llegar, con Milton pisándole los talones. ¿Dónde estaba Byron? Una mirada a Keaton me dijo suficiente. Le abracé y luego decidí que todo el mundo tendría que empezar a acostumbrarse y le besé en los labios. Se inclinó hacia mí, como si necesitara sacar

energía de mi cuerpo.

—Byron no ha querido venir —dijo al apartarse—. He intentado convencerlo, pero se ha negado. Lo siento mucho, Auden.

—Oye, no te preocupes. —Apoyé una mano sobre su hombro—. Si iba a venir de mala gana, es mejor que no haya venido. Todo el mundo lo entenderá, te lo prometo. Todos los presentes sabemos cómo pueden ser los adolescentes. —Keaton asintió, aunque pude ver que aún se sentía desgraciado por ello—. Venga, vamos a presentarte a todos.

Recorrimos el salón y, uno a uno, fue conociendo a mi familia.

—Te reconozco del día de puertas abiertas en el colegio —dijo Keaton a Tricia—. Es un placer verte de nuevo.

Ella sonrió.

—Imagínate que ese día hubiese ido Auden. ¿Quién sabe? Podríais haber terminado juntos mucho antes.

—O podría haberme visto sudoroso y aterrado y haberse dado media vuelta —bromeó Keaton—. Estaba muy nervioso ese día. Es duro ser un nuevo estudiante, pero es igual de desafiante ser un profesor nuevo y tener que conocer a todo el mundo.

Tricia le dio una palmadita en el brazo.

—Lo hiciste genial. Ni siquiera me di cuenta de que estabas nervioso.

Cora, siempre sonriente, le cogió cariño en seguida.

—Keaton, tengo que decir que adoro tus pajaritas —comentó efusivamente—. Son encantadoras.

—Gracias. He sido un aficionado a ellas desde siempre. Puede que parezcan anticuadas, pero —.

—No hay nada de malo en lo anticuado —le cortó Cora—. Y encajan contigo a la perfección.

—Tengo que darle la razón a mi madre —intervino Ennio—. No muchos hombres pueden llevarlas sin parecer unos estirados. Pero tú les das un aire fresco. Me están empezando a gustar.

Todo el mundo se estaba esforzando por hacer que se sintiera cómodo y aceptado, y les adoré por ello. Keaton fue relajándose progresivamente, y pude sentir sus nervios disipándose hasta que la tensión de sus hombros desapareció por completo. Pasados unos minutos, estaba divirtiéndose y Señor, qué alivio fue verlo.

Violet y Dani aún estaban indecisas sobre cómo interactuar con su profesor fuera del colegio. Keaton tomó la iniciativa y entabló una conversación con ellas sobre cine y series. Eso les mantuvo hablando un buen tiempo. Mis hijas adoraban su televisión.

Mientras Keaton charlaba animadamente con Ennio, Dani se aproximó a mí.

—Papá, ¿qué te ha regalado el señor Per... digo... Keaton por tu cumpleaños?

¿Cómo iba a responder a eso? Keaton no había mencionado nada de un regalo, pero no quería que todo el mundo lo supiese. Tampoco necesitaba uno.

—Bueno, Dani. —Keaton suspiró—. En el mejor de los días, no soy la persona más organizada del mundo, y hasta ayer no me acordé de que tenía que comprar un regalo porque no iba a aparecer por arte de magia en mi puerta. Lo sé, ¿eh? Un concepto completamente insólito.

Dani rio suavemente.

—Vaya, ¿no puedes hacer magia?

—No de ese tipo —rio Keaton—. Ojalá. De igual forma, sí que le he comprado algo a tu padre, y estoy bastante convencido de que le va a gustar, pero no llegará aquí hasta pasado mañana. ¿Quieres verlo?

Ella asintió y cuando Keaton comenzó a sacar su móvil, Violet se acercó a ellos.

—Milton me ayudó a elegirlo.

Mostró algo a las chicas y ambas abrieron la boca de par en par.

—¡Papá, esto te va a encantar! —gritó Dani.

Reí.

—¿Sí? ¿Me va a regalar algo bueno?

—¿Es una sorpresa, seño... Keaton? —preguntó Dani—. ¿O podemos decírselo?

Keaton simuló pensar en ello y luego, asintió.

—Creo que podéis decírselo.

—Papá, te ha comprado el mejor set de LEGO del mundo. ¡El Halcón Milenario!

¿Qué? ¿Me había comprado el set que llevaba en mi punto de mira desde... siempre? No había sido capaz de gastarme todo ese dinero en él, y este hombre me lo estaba regalando por mi cumpleaños. Joder, tenía un corazón muy generoso.

—Déjame verlo —dije, sin poder contener mi entusiasmo.

Dani trotó hacia mí, sosteniendo el móvil de Keaton en lo alto para mostrarme la foto.

—Es uno de los mejores regalos que me han hecho nunca —murmuré mirando la pantalla. Cuando nuestros ojos se encontraron, algo pasó entre nosotros. No necesité decir nada. Nos entendimos sin palabras. Estábamos construyendo una relación. Una familia—. Gracias —dije, y su sonrisa iluminó todo mi cuerpo.

Dani devolvió el móvil a Keaton.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —preguntó—. Porque será mejor que mi padre te regale algo igual de impresionante.

Las risas se extendieron por la habitación.

—Puedo darte algunas ideas —intervino Milton—, pero todas tienen que ver con libros.

—Sí, apreciaría mucho algunas ideas —le dije, deseoso de conectar con él como Keaton había conectado con mis hijas.

Mientras disfrutábamos de la fiesta, me inundó la gratitud por este grupo tan diverso que se había reunido en mi hogar para celebrar mi cumpleaños. Mis padres, mi hermano, mis hijas, incluso mi ex-mujer y su prometido. Todos se habían esforzado por hacer que Keaton se sintiera bienvenido. Era un hombre muy afortunado.

Cuando me estaba despidiendo del último invitado, Keaton y Milton se acercaron. Les propuse que se quedaran a cenar, y aceptaron. Apesta que Byron se estuviese perdiendo todo esto, pero había sido decisión suya.

Milton se agitó en el sitio, pasando el peso de su cuerpo de un pie a otro, incómodo ahora que todo el mundo se había ido. Antes de que pudiera decir nada, Dani salió a su rescate.

—Oye, Milton, ¿quieres jugar a la Xbox con nosotras? —Hizo un gesto hacia la consola del salón. Dani tenía una sensitiva antena social, y me enorgullecía ver lo rápido que detectaba los cambios en la atmósfera.

—Claro —dijo Milton.

Se acomodaron en el sofá, con los mandos en la mano, y en segundos, estaban inmersos en su videojuego.

Con la prole ocupada, Keaton y yo nos retiramos a la cocina. Cuando alargamos el brazo para coger la misma botella de cerveza, nuestros dedos chocaron y reímos. Nos sentamos en la mesa, con el familiar zumbido de la nevera de fondo.

—¿Pasa algo? —pregunté. No me gustaba su ceño fruncido. Últimamente, no habíamos podido pasar demasiado tiempo juntos debido a un caso de robo en la ciudad de al lado que me había mantenido muy ocupado.

Suspiró y dio un largo trago a su cerveza.

—Supongo que sigo preocupado por la discusión que tuve con Mandy.

Me había resumido el desagradable enfrentamiento, pero no habíamos tenido la oportunidad de discutirlo en detalle.

—¿Quieres contarme lo que pasó?

—*Nah*. Es tu cumpleaños, ha sido un gran día y no quiero estropearlo hablando de mi ex-mujer.

Entrelacé nuestros dedos.

—Quiero saberlo.

Me estudió por un segundo en silencio y luego, asintió, como convencido de que hablaba en serio.

—Ha estado mintiendo a Byron. —Me narró la conversación, las mentiras que habían salido a la luz y las falsas promesas que había hecho a su hijo.

Empuñé involuntariamente las manos. ¿Qué tipo de persona hacía eso? ¿Cómo podía llamarse madre? Me obligué a inspirar profundamente, concentrándome en las gotas que se deslizaban por mi botella de cerveza.

—Has hecho bien al enfrentarte a ella, pero ni siquiera puedo imaginar cómo de cabreado tienes que estar. ¿Tienes pensado contarle la verdad a Byron?

—No lo sé. —Comenzó a acariciar las vetas de la desgastada madera, siguiendo sus patrones con el dedo—. ¿Crees que me creerá? Lleva meses enfadado conmigo. Si se lo digo, solo volverá a acusarme de intentar interponerme entre su madre y él. Por mucho que me duela, tal vez, es mejor que lo descubra por su cuenta.

Hice una mueca.

—Cuando descubra que su madre le ha traicionado, se le romperá el corazón.

—Lo sé, pero no sé cómo prevenir eso. ¿Qué harías tú?

Negué lentamente con la cabeza.

—Es difícil imaginar a Tricia haciendo algo así. Quiere a las niñas tanto como yo, y siempre nos hemos respetado como padres. Tienes que ponerte de acuerdo, ¿sabes?, especialmente con adolescentes, o los críos te manipularán como quieran.

—Pensé que eso era lo que habíamos acordado Mandy y yo, pero ahora creo que nunca tuvo la intención de cumplir esa promesa.

—Tú conoces mejor a tu hijo. Confía en tu instinto.

Keaton asintió, y pareció encontrar consuelo en mis palabras. Nos quedamos unos minutos en un cómodo silencio. Las risas y las explosiones del videojuego nos llegaban desde el salón.

—Parece que se lo están pasando bien —dijo suavemente Keaton.

Nos miramos y sonreímos.

—Mi Dani hace milagros. Es capaz de conseguir que cualquiera se sienta cómodo.

—Ha salido a ti.

Fruncí el ceño.

—Pero es —.

—Ambas son tuyas, Auden. Eres su padre. Marnin es el donante de esperma. Hay una gran diferencia. Dani se parece a ti porque ¿esas habilidades sociales de las que estás tan orgulloso? Las ha aprendido de ti. Muchas veces la educación es más poderosa que la naturaleza.

Sus palabras me conmovieron.

—Gracias. Esas dos son mi vida.

Cuando Milton y él se fueron en dirección a su casa, aún me sentía inquieto por la situación

con Byron. Keaton estaba esforzándose muchísimo por ser un buen padre, pero la vida parecía decidida a ponerle obstáculos. No había mucho que pudiera hacer para ayudarlo, salvo una cosa: organizar urgentemente esa tercera sesión de servicio comunitario. Llevaba demasiado tiempo en mi lista de cosas pendientes.

Con decisión, cogí el móvil y lo añadí a mi agenda para la semana siguiente. No sería sencillo; tras mi reciente relación con su padre, Byron sería un hueso incluso más duro de roer, pero estaba dispuesto a intentarlo.

El ruido de la puerta al cerrarse fue una pequeña bendición, señalando el fin de un agotador día. Señor, estaba deseando llegar a casa de Auden. Esta noche había quedado con él, pero primero, los deberes de padre me llamaban.

—¡Byron, Milton, estoy en casa! —grité, dejando las llaves en el mueble del recibidor.

Unos segundos más tarde, Milton apareció por las escaleras, con las gafas deslizándose por el puente de su nariz.

—Hola, papá.

—Hola, colega. —Le abracé brevemente—. ¿Qué tal tu día?

—Me lo he pasado bien. Jay y yo salimos por ahí después de clase y luego fuimos a su casa a jugar a la Xbox.

Estaba aliviado por que al menos, Milton estuviese integrándose y haciendo amigos. Jay parecía un gran chico, serio y callado; una combinación perfecta para mi hijo.

—Me alegro de que te hayas divertido. —Miré a mi alrededor en busca de Byron—. ¿Dónde está tu hermano?

Milton se encogió de hombros.

—No lo sé. A lo mejor, en su cuarto.

—Gracias, pequeño. —Le revolví el pelo suavemente, granjeándome una tímida sonrisa, y luego subí las escaleras en dirección al dormitorio de Byron.

Llamé a la puerta, pero no hubo respuesta. Debía de estar perdido en su música. Cada vez que se ponía los cascos, el mundo desaparecía a su alrededor. Volví a llamar, pero nada. Fruncí el ceño, giré el pomo y abrí la puerta. La habitación estaba vacía. Sentí un cosquilleo de inquietud en el estómago. Byron no había mencionado nada acerca de salir hoy. Volví hasta donde se encontraba Milton.

—¿Te ha comentado algo Byron sobre salir? —pregunté, intentando ocultar mi preocupación.

Milton negó con la cabeza.

—No ha vuelto conmigo a casa después de clase. Me ha enviado un mensaje diciendo que iba a quedar con un amigo.

—¿Puedo ver el mensaje?

Milton me tendió su móvil y ahí estaba, un escueto mensaje de Byron, que ni siquiera mencionaba el nombre del amigo. Y eso era lo que me preocupaba. Por lo que sabía, Byron no tenía ningún amigo en Forestville.

—Gracias, Milton. —Le devolví el móvil.

Estaba exagerando, ¿verdad? A lo mejor, Byron sí que había hecho un amigo y aún no me lo

había mencionado. A lo mejor, justo hoy había conocido a alguien y estaba tan excitado que había perdido la noción del tiempo. O había salido a dar un paseo. Pero ninguna de esas explicaciones sonaba convincente a mi cerebro.

Saqué mi móvil y le envié un mensaje, preguntándole dónde estaba. Pasó un minuto, luego dos. Sin respuesta.

—Byron, esto no es gracioso —murmuré para mí, pulsando el botón de llamada y llevándome el móvil a la oreja. Dio tono. Una vez, dos, tres... pero no lo cogió. Mi pulso se aceleró y mi mente comenzó a elucubrar todo tipo de escenarios. Oh, espera. Podía ver su localización. Rara vez la usaba, pero había instalado una aplicación en los móviles de mis hijos para saber dónde estaban. Cuando la abrí, no pude encontrar a Byron. La había deshabilitado.

—¿Pasa algo, papá? —preguntó Milton.

—Estoy un poco desconcertado porque no sé dónde está tu hermano, pero no te preocupes, estoy seguro de que está bien. —¿Estaba intentando convencerme a mí mismo? No pude deshacerme de la sensación de que algo andaba mal. Muy mal. Y ahora, lo único que quería era oír su voz y saber que estaba bien.

Cuando llamé a Auden estaba desesperado.

—Hola —saludó jovial—. ¿A qué hora vas a venir?

—Auden... —mi voz se rompió.

—¿Qué pasa?

—Byron ha desaparecido. No ha vuelto a casa del colegio. Le ha dicho a Milton que iba a salir con un amigo, pero no tiene amigos aquí, y no contesta al móvil. También ha deshabilitado el sistema de localización. Estoy muy preocupado. Esto no es propio de él.

—Inspira profundamente. —Su tono fue firme y sereno, y como siempre, su imperturbable calma ayudó—. ¿Cuándo te diste cuenta de que había desaparecido?

—Hace unos minutos. Tenía una reunión en el colegio, así que llegué más tarde a casa.

—¿A qué hora se suponía que tenía que haber llegado allí?

—A las cuatro.

—Así que ¿descubriste que no estaba sobre las seis?

—Sí.

—De acuerdo. Espera un segundo. —Murmuré algo a alguien, pero no pude discernir las palabras—. Voy de camino a tu casa. Espérame ahí, cariño.

Era la primera vez que me llamaba así, pero ni siquiera oír ese tierno apodo fue capaz de reducir el pánico que se había apoderado de mí.

Cuando Auden llegó, abrí la puerta y me lancé a sus brazos. Me apretó contra su pecho y besó cálidamente mis labios.

—Lo encontraremos, cariño. No nos precipitemos a sacar conclusiones.

—Gracias. —Me aparté y le dejé entrar.

Milton nos observaba desde el salón.

—Hola, chico —saludó Auden—. Tu padre solo está siendo prudente, ¿vale? No hay razón para preocuparse. Descubriremos lo que está pasando.

Milton asintió, pero su mirada reflejaba el mismo terror que atenazaba mi cuerpo. Me habría encantado prometerle que todo iría bien, pero no podía. No, sobre esto. Si algo le pasaba a Byron, me arrepentiría para siempre.

—¿Puedo ver el dormitorio de Byron? —Auden entró en modo sheriff. Le guie escaleras arriba hasta la habitación de mi hijo. Estaba limpia y alarmanamente recogida—. ¿Falta algo?

Estudié el cuarto. La bolsa de equipaje, la que siempre se llevaba cuando iba a casa de su

madre, no estaba por ninguna parte. En mi estado, no me había dado cuenta de que faltaba.

—Falta su bolsa de equipaje. Siempre está ahí. —Señalé una esquina—. Y parece que también falta algo de ropa. —Abrí el armario—. Hice la colada ayer, así que debería estar aquí, pero no está.

—¿Tiene acceso a dinero? —preguntó Auden, frunciendo el ceño.

—Tiene una cuenta bancaria. —Ya estaba sacando el móvil. Pulsé rápidamente las teclas y abrí la aplicación de mi banco. Mi corazón se hundió aún más—. Está vacía. Ha sacado todo. Unos cuantos cientos. —No necesitaba que Auden me dijera la inevitable conclusión—. Se ha escapado, ¿verdad?

—Eso parece.

—¿Puedes... Puedes poner una alerta ámbar?

Auden suspiró.

—Lo lamento, pero no. Las alertas ámbar no son para adolescentes fugados, especialmente de la edad de Byron.

—Por favor. Es mi hijo. Estoy aterrorizado.

—Lo entiendo. —Auden cogió mi mano y la besó, un anticuado gesto que alivió en algo la presión de mi pecho—. Yo también estaría aterrorizado si desapareciera una de mis hijas. Pero las evidencias apuntan a que se ha ido por decisión propia, y eso significa que nada de alerta ámbar. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para traerlo de vuelta a casa, te lo prometo.

Dejé escapar el aire que había contenido.

—De acuerdo.

—Vamos a investigar su ordenador —sugirió Auden.

—Buena idea. —Le guie hasta el escritorio de Byron. Su portátil estaba sobre él, cerrado. Lo abrí—. Maldita sea —murmuré. No me sabía la contraseña. ¿Por qué no me la sabía? Porque nunca había pensado que la necesitaría, por eso.

—A lo mejor, puedo ayudar —dijo Milton a nuestra espalda—. Le he visto teclearla varias veces.

—¿En serio? —El alivio me inundó, y también el asombro ante la capacidad de observación de mi hijo pequeño.

—Sí. —Se adelantó a nosotros y presionó algunas teclas. La pantalla se desbloqueó, revelando el escritorio.

—Buen trabajo, Milton —dijo Auden. Escudriñó el historial de Byron—. Aquí no hay nada. Ha limpiado todo y ha borrado las *cookies*. Debe de haber planeado esto.

—¿Adónde quería ir? —me pregunté en voz alta.

—Atlanta —dijimos Auden y yo al unísono.

Tenía que ser eso, ¿no? Se había escapado para intentar llegar a Atlanta. Ese estúpido, estúpido chico. ¿Acaso no se daba cuenta de que iría a la otra punta del mundo para traerlo de vuelta, para asegurarme de que estaba a salvo?

—Eso nos ayudará a localizarlo —dijo Auden—. Sé que no lo parece, pero tener una idea concreta de hacia dónde se dirige es un gran paso y facilitará mucho las cosas.

—¿Debería llamar a Mandy? Podría estar involucrada. —A estas alturas, ni siquiera me sorprendería, y ¿cómo de triste era eso?

—Eso es decisión tuya, Keaton —dijo Auden con una comprensiva mirada—. Pero sí, te recomendaría que la llamas. Si está involucrada de alguna forma, puede que nos dé alguna pista. Y si no lo está... Bueno, sigue siendo la madre de Byron y merece saber que su hijo ha desaparecido.

Asentí, suspirando pesadamente. Deslicé el dedo por la pantalla del móvil hasta encontrar el número de Mandy.

—¿Keaton? —saludó desconcertada—. ¿Va todo bien?

—Byron ha desaparecido. —Fui incapaz de enmascarar mi pánico.

Mandy dio un respingo.

—¿Desaparecido? ¿Qué ha pasado?

—Salió del colegio y no ha vuelto a casa. Creemos que se ha fugado, a lo mejor, en dirección a Atlanta.

—¿Fugado? Por Dios Santo, Keaton, es un niño. ¿Cómo diablos cree que va a llegar a la otra punta del país por su cuenta? —Parecía preocupada.

—¿Lo sabías? —Necesitaba saberlo. Necesitaba saber si había participado de alguna forma en su desaparición—. ¿Ha hablado contigo? ¿Te ha dicho algo?

—Keaton, te lo juro, no tenía ni idea. —Luego, vaciló.

Mi estómago dio un vuelco.

—¿Qué sabes, Mandy? Por favor, dímelo.

—Me llamó a principios de esta semana y hablamos un rato por teléfono. Tenía... preguntas. Sobre ti y tu relación con Auden. Le dije que no estaba siendo justo contigo y que me alegraba por ti, que esperaba que fuerais felices en Forestville.

Oh, Señor. Eso debía de haber sido como una puñalada para Byron.

—¿Cómo reaccionó?

—No dijo demasiado, pero me preguntó si tenía planeado mudarme a Atlanta.

—¿Qué le dijiste? —Contuve el aliento.

Ella suspiró largamente.

—Le dije que era una posibilidad, pero que si lo hacía sería sin Milton y sin él. Le dije que su hogar está contigo. Quería hacer las cosas bien, Keaton. Quería contarle la verdad.

Por buena que hubiese sido su intención, lo más probable es que esa llamada fuese el motivo de la fuga. Había confiado en su madre, defendiéndola ferozmente ante mí, para descubrir que todo había sido una mentira. Debía de estar devastado.

—Gracias por contármelo, Mandy. Estoy muerto de preocupación.

—Y yo. ¿Has llamado a la policía?

—Sí, Auden está aquí ahora mismo. Haremos lo que sea necesario para encontrarle. Mantente cerca del móvil, ¿vale? Te pondré al corriente tan pronto como tengamos más detalles. Y si se pone en contacto contigo, llámame.

—Lo haré.

Cuando colgué, miré a Auden, que estaba ocupado al teléfono. La gravedad de su tono me confirmó que estaba haciendo todo lo posible para encontrar a Byron. En estos momentos, estaba muy agradecido por tenerlo a mi lado. Sin él, a estas alturas ya habría estado completamente deshecho.

—¿Qué te ha dicho Mandy? —preguntó Auden cuando terminó su llamada. Le relaté lo que me había contado mi ex-mujer y Auden hizo una mueca—. Puede que tuviera buena intención, pero joder, debería habernos avisado de que pensaba hacer eso.

—Sí, y que lo digas.

—De igual forma, necesito una lista de sus amigos, familiares o cualquier conocido con el que pueda haberse puesto en contacto para pedirle ayuda. Necesitamos cubrir todas las bases.

—Cierto. —En mi mente, repasé el limitado círculo social que mi hijo había construido antes de mudarnos a Forestville—. No son muchos, pero te haré una lista. Y también necesitarás una

foto reciente ¿verdad? Tengo una impresa y otra digitalizada.

—Envíame al móvil la digitalizada, ¿puedes?

Cada año, en Atlanta, la compañía que contrataba el colegio para hacer las fotos de los alumnos nos enviaba una copia digitalizada, con el nombre completo y la fecha de nacimiento. Lo hacían con este propósito en concreto, y cada año había guardado las fotos en el álbum de mi móvil... sin esperar que algún día tendría que usarlas.

Pulsé unas cuantas teclas y encontré la más reciente, que le mostraba con una vacilante sonrisa. Mi pecho se contrajo de preocupación al verla. Tendí el móvil a Auden, que estudió el retrato.

—He puesto un BOLO, que es una alerta por desaparición —dijo en un tono firme y tranquilo—. Eso significa que las fuerzas de seguridad del área sabrán que le estamos buscando. Pondremos una descripción y añadiré esta foto. Mis ayudantes se están poniendo en contacto con el departamento de policía de Seattle y la policía del Aeropuerto SeaTac. También vamos a solicitar que algún agente se movilice a las estaciones de trenes y autobús para monitorizarlas.

—Gracias por estar aquí —susurré.

—Por supuesto —dijo Auden sin vacilación—. Le encontraremos, Keaton. Te lo prometo.

Me aferré a sus palabras como si se tratara de un salvavidas, rezando por que mi hijo volviera a casa sano y salvo.

La expresión de Keaton me golpeó como una avalancha. No soportaba verlo sufrir. Mi corazón dolía al verlo pasear de un lado a otro de la habitación, con el cuerpo tenso y la mirada aterrorizada. Quería envolverlo entre mis brazos y decirle que todo iría bien, que no se preocupara, pero era el sheriff y tenía un trabajo que hacer.

—Cariño. —Le cogí suavemente del brazo—. Necesito manejar esta investigación, pero también quiero estar aquí para ti. No sé cómo ser tu novio y hacer mi trabajo al mismo tiempo.

Sus ojos se encontraron con los míos

—Haz lo que tengas que hacer, Auden. —La gratitud y la desesperación se entremezclaban en su mirada—. Solo... encuentra a Byron.

La solución me golpeó como un rayo. Mi padre. Como sheriff retirado con décadas de experiencia bajo el cinturón, podría dirigir la investigación mientras yo me quedaba a su lado. Saqué mi móvil sin vacilación y me deslicé por la pantalla para buscar su número.

—Hola, papá. Byron, el hijo de Keaton, ha desaparecido. Te necesito. —Le expliqué brevemente la situación.

—Estaré ahí en cinco minutos —respondió.

—Gracias, papá. Me estás salvando la vida. —Cuando colgué, me inundó el alivio. Gracias a Dios, mi padre siempre me cubría la espalda.

—¿Tu padre va a ayudar? —preguntó Keaton.

—Va a hacerse cargo de la investigación para que yo pueda quedarme contigo. Me está matando hacer las dos cosas, y ahora él puede concentrarse en encontrar a Byron y yo puedo concentrarme en estar aquí para ti.

—Gracias, Auden —su voz se rompió—. No sé qué haría sin ti.

Cuando entrelacé nuestros dedos, supe que había tomado la decisión correcta. Mi padre encontraría al chico y yo estaría ahí para el hombre al que amaba. Las dos facetas de mi vida habían dejado de estar en conflicto.

Fiel a su palabra, mi padre llegó unos minutos más tarde. Le puse al corriente de los detalles y le tendí la foto de Byron junto con toda la información que habíamos acumulado hasta el momento.

—Ennio ha ido donde Tricia —dijo mi padre—. Le dirá que no podrás ir esta noche. Si necesitas algo más, tu hermano y tu madre están a una llamada de distancia.

—Gracias, papá. —Ya me sentía mucho mejor sabiendo que él estaba al cargo. El hombre era una roca, y esta noche, me apoyaría en él una vez más.

Keaton seguía paseando de un lado a otro del salón, tamborileando con los dedos sobre su móvil. Sus músculos estaban agarrotados cuando pulsó la pantalla y se llevó el teléfono a la

oreja.

—Hola, mamá... —dijo con la voz rota—. Siento llamaros para soltaros esto, pero Byron ha desaparecido. No ha vuelto del colegio y nadie sabe dónde está. —Hizo una pausa, escuchando la respuesta del otro lado—. ¿Se ha puesto en contacto con vosotros? —Sus hombros se hundieron—. ¿No? Vale. Informadme si oís algo. Gracias. Yo también os quiero. —Con un profundo suspiro, colgó y se giró hacia mí—. Tampoco tienen noticias de él.

—Todo va a ir bien, Keaton. —Le atraje hacia mí y le envolví en un abrazo—. Le encontraremos. —¿Qué más podía hacer sino ofrecerle consuelo? Todas las fibras de mi ser me decían que le encontraríamos. Byron no era estúpido. Puede que fuese un idiota por haberse escapado, pero tenía una buena cabeza sobre los hombros y confiaba en que sabría mantenerse a salvo. Lo único que necesitábamos hacer era encontrarle, y mi padre estaba en ello.

Mi padre no perdió el tiempo y llamó a todo aquel que le vino a la mente. Se puso en contacto con los demás sheriff del área, con los miembros de la comunidad que pudieran haber visto u oído algo, e incluso con el director del colegio. La atmósfera era tensa mientras le escuchábamos, y el cuerpo de Keaton casi vibraba por la ansiedad.

—Byron Perry, dieciséis años —repitió mi padre, en tono firme y autoritario—. Visto por última vez vestido con una sudadera con capucha roja y vaqueros azules. Si le ha visto o tiene alguna información, por favor, póngase en contacto conmigo. —Colgó. Durante los siguientes minutos, hiló conversación tras conversación—. Gracias por su ayuda, director Hebert. Lo apreciamos mucho —se despidió al terminar su última llamada.

La habitación cayó en un tenso silencio. Contemplé a Keaton, que seguía aferrado a mi mano, temblando en el sitio. Teníamos que hacer algo. Esto de quedarse ahí de pie, esperando, le estaba matando. El agudo tono de un móvil nos sorprendió.

—Hola, habla con el ayudante del sheriff Frant —contestó mi padre. Una voz masculina habló por la otra línea, pero no pude identificar quién era, ni qué decía—. Espere un momento, por favor, voy a ponerle en altavoz. Tengo al padre del chico a mi lado. ¿Podría repetir lo que me acaba de decir?

—Hola, amigos —dijo una voz rasgada—. Me llamo Carlos y soy camionero. Estaba escuchando la radio de la policía justo ahora, y he oído lo del chico desaparecido. Creo que puede que lo haya visto antes. Me ha parecido ver a un chaval sobre las cuatro y media de la tarde que encajaba con la descripción que habéis dado. Estaba haciendo autostop a lo largo de la Ruta 2 en dirección a Seattle. Llevaba una bolsa de equipaje con él.

—¿De qué color era su abrigo? —preguntó Auden.

—Negro —dijo el hombre—. Y llevaba un gorro rojo... o una gorra. Me he fijado en él porque parecía un poco joven para estar solo, ¿sabes lo que digo?

Tenía que ser Byron.

—Gracias —dijo mi padre—. Ha sido de gran ayuda y apreciamos que se haya puesto en contacto con nosotros. Seguiremos esa pista y le llamaremos en caso de que necesitemos más información.

Cuando colgó miré a Keaton. El alivio era evidente en su rostro. Teníamos nuestra primera pista, y era prometedora.

—Vamos a conducir hasta Seattle —le dije—. Parece que teníamos razón. Va en esa dirección y lo más probable es que siga en la ciudad porque aún no ha tenido tiempo de coger un vuelo ni un tren. Así, cuando le encuentren, estaremos cerca.

El rostro de Keaton se iluminó. Probablemente, también estaba agradecido por poder hacer algo, aparte de esperar noticias.

—De acuerdo, sí, pero ¿qué hay de Milton?

—¿Te sentirías cómodo dejándolo con Tricia? —Si estaba cuidando a las niñas, un niño más no marcaría una gran diferencia. Ni siquiera tenía que preguntárselo, sabía que haría cualquier cosa que estuviese en su mano para ayudar.

—Sí, eso estaría bien —dijo Keaton—. Vamos.

Nos apresuramos a recoger nuestras cosas y hablamos con Milton. Al principio, estaba receloso, algo entendible, dado que solo conocía a Tricia de mi fiesta de cumpleaños.

—Es muy maja, te lo prometo —le dije—. Y Violet y Dani también estarán allí, y ya las conoces.

Una vez convencido, nos acercamos a casa de Tricia. Cuando llegamos, ella ya estaba esperándonos en la puerta. La suave luz del porche iluminaba su rostro, que estaba teñido de preocupación. Dio un fuerte abrazo a Keaton.

—Espero que vuelva sano y salvo —murmuró.

—Gracias.

Milton, silencioso y tímido, se aproximó titubeante a Violet y a Dani, pero mi pequeña en seguida se hizo cargo de la situación.

—Sé que estás preocupado por tu hermano, pero todo irá bien. —Apoyó una mano sobre su hombro—. Mi padre y mi abuelo son realmente buenos en su trabajo, y le encontrarán.

Una oleada de orgullo me inundó al ver la confianza que depositaba en mí. Fue una sensación agri dulce, ver a Milton ser consolado por mi hija.

Las lágrimas nublaron los ojos de Keaton, y pude ver que anhelaba esa misma conexión con sus chicos. Atrajo a Milton hacia su cuerpo y le envolvió en un abrazo.

—Te quiero mucho, colega. Te llamaré en cuanto tengamos noticias de Byron, ¿vale?

—Yo también te quiero, papá —murmuró él.

Apesadumbrados, volvimos a mi camioneta y comenzamos nuestro viaje hacia Seattle. El trayecto fue silencioso, con ambos perdidos en nuestros pensamientos. Keaton se mantuvo en una tensa postura a mi lado, con las manos entrelazadas con fuerza sobre su regazo, obviamente preocupado por Byron, pero yo tenía otra cosa en mente.

Nunca le había contado la conversación que había tenido con su hijo; Keaton no sabía las dificultades que tenía Byron para aceptar el hecho de que su padre fuese bi y todo lo que venía con ello. Inicialmente, había planeado volver a sacar el tema con el chico durante su tercer servicio comunitario, pero eso jamás había pasado. Mi relación con Keaton me había distraído y Byron había quedado relegado a un segundo plano.

A pesar de lo mucho que había intentado convencerme de que carecía de importancia, algo me decía que mi desafortunada decisión me perjudicaría en el futuro. Todo estaba conectado. Los problemas de Byron para aceptar a su padre, mi relación con Keaton y la interferencia de Mandy; primero, con sus mentiras y luego, con su intento por arreglar las cosas, que había tenido justo el efecto contrario. Si le hubiese llevado a ese tercer servicio comunitario, cumpliendo lo que me había prometido, probablemente, habría sido capaz de evitar esa situación, y ahora, sentía el peso de la culpa.

Mientras pasaban los kilómetros, pensé en cuánto me preocupaba por ese hombre y por sus hijos, y cuánto deseaba que nuestras familias se convirtieran en una. Pero para tener éxito, necesitaría sincerarme sobre lo que le había ocultado y sus consecuencias.

Mi móvil sonó.

—¿Papá? —contesté.

—Auden, le hemos encontrado. La policía del Aeropuerto SeaTac ha localizado a Byron y le

tienen. Está sano y salvo, esperando a que vayáis a recogerlo.

Una oleada de alivio me inundó.

—Gracias, papá. Dios, me alegro muchísimo de que le hayan encontrado.

—¿Dónde estáis? —preguntó.

—A unos treinta minutos del aeropuerto.

—Me alegra oírlo, hijo. Informadme cuando le tengáis con vosotros.

—Lo haré. —Colgué.

Keaton me cogió de la mano.

—Gracias a Dios. —Las lágrimas comenzaron a derramarse por sus mejillas—. Tu padre es alucinante. Y tú también. Gracias por estar aquí. No sé qué habría hecho sin ti.

Esas palabras solo avivaron mi culpa, pero aún no podía decir nada; no, cuando Keaton estaba tan emocional. Tendría que esperar a que se recuperase de este mal trago y luego, hablaría seriamente con él y le confesaría cuánto la había cagado.

No estaba impaciente por tener esa conversación.

Cuando me desperté al día siguiente aún estaba exhausto por la montaña rusa de emociones del día anterior. Habíamos recogido a Byron en el SeaTac y me había costado reconocer a mi desafiante adolescente en el tímido y dolido chico que había subido al coche con nosotros con los ojos llenos de lágrimas. Casi no habíamos hablado durante el trayecto de vuelta a casa. Auden apoyó una mano sobre mi muslo y su contacto fue lo único que me mantuvo en tierra mientras intentaba procesar todo lo que había pasado.

Pero ahora había dormido —aunque no demasiado— y tenía una conversación pendiente que no podía retrasar. Necesitaba respuestas, porque no podíamos continuar así. Había enviado a Milton a jugar a su habitación —disculpándome por adelantado, aunque pareció entender la situación—, y había ordenado a Byron que se sentara en la cocina conmigo. Para mi sorpresa, mi adolescente aceptó sin protestar. Se sentó en su silla y se quedó en silencio mientras yo preparaba el té, inhalando el reconfortante aroma a camomila que pronto inundó la pequeña estancia.

La actitud de Byron había cambiado. La ira había sido reemplazada por algo que se parecía demasiado a pavor. No entendía por qué, pero estaba decidido a descubrirlo. Serví el humeante té en dos tazas y le tendí una.

Inspiré profundamente.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto y de que estés a salvo.

Byron no alzó los ojos de la taza, concentrándose en dar vueltas al líquido. Luego, me miró con inseguridad.

—¿Estás seguro de eso, papá? —su voz apenas era un murmullo—. A lo mejor, serías más feliz sin mí.

Mi corazón se contrajo al oír esas palabras. Alargué el brazo sobre la mesa y le cogí de la mano.

—Byron, te quiero. Nunca podría ser más feliz sin ti y nada de lo que hagas cambiará eso. —Apreté su mano, intentando comunicar cuánto significaba para mí.

—Quiero creerte, papá, pero... —Parpadeó rápidamente, luchando contra las lágrimas—. Cuando sepas la verdad, a lo mejor cambias de opinión.

—Nada podría hacer que dejara de quererte —dije con firmeza, intentando que el miedo no permeara en mi tono. ¿Qué demonios me estaba ocultando que incluso le hacía dudar de mi amor por él?—. Te he querido desde antes de que nacieras. ¿Sabías que solía leerte poesía cuando aún estabas en el vientre de tu madre?

—¿Sí? —Sus ojos brillaban con lágrimas contenidas.

—Tu madre pensaba que era estúpido, pero no me importó. Ya te quería. Y cuando te cogí

por primera vez, segundos después de que nacieras, sentí que eras un milagro, un regalo especial para mí. —Hice una pausa y tragué—. Aún siento eso, Byron. No importa lo que haya pasado o lo que creas que has hecho. Eres mi hijo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo —le aseguré, sosteniendo su mirada—. No importa nada. Eres mi hijo y te quiero. Así que por favor, dime qué está pasando. ¿Qué pasó en Atlanta? ¿Qué es lo que lo cambió todo?

Una lágrima se liberó, rodando por su mejilla, y supe que estábamos al borde de un cambio. Con el corazón en un puño, esperé pacientemente a que me revelara la verdad.

Byron se mantuvo en silencio durante unos eternos segundos, con las manos temblorosas en torno a la taza de té y la mirada clavada en el hirviente líquido.

—¿Te acuerdas de un chico llamado Troy? —murmuró—. Era uno de los chicos con los que empecé a salir en Atlanta, los que no te gustaban y decías que eran malas noticias.

Me estrujé el cerebro, en busca de cualquier recuerdo de ese chico.

—Vagamente, ¿por qué?

Byron vaciló y luego, me miró directamente a los ojos.

—Me enamoré de él, papá. Esa es la razón por la que quería salir tanto con ellos. Quería estar cerca de Troy. Y a él... parecía que yo también le gustaba.

Mi mente enloqueció ante esa admisión y un cúmulo de emociones sacudió mi cuerpo. Conmoción, confusión,... pero ahora, también entendimiento, cuando las cosas empezaron a encajar en su sitio. Miré a mi hijo, que estaba sentado frente a mí, vulnerable y asustado.

—¿Eres gay? —pregunté suavemente.

—No. —Negó con la cabeza y apartó la mirada—. Creo que soy bi. Como tú.

—Ah.

—Nos liamos, e hicimos algunas otras cosas en las que no voy a entrar. Pero luego, empezó a pedirme que hiciera historias para él y sus amigos, como robar algunas botellas de alcohol de mamá o... robar en la tienda.

—Oh, Byron. —Tenía un mal presentimiento de hacia dónde se dirigía esta conversación, y me rompió el corazón ver el dolor que emanaba de él.

—Sabía que estaba mal, pero quería estar con Troy y pensé que... Pensé que él también quería estar conmigo —murmuró. Vaya. Ahora tenía sentido el porqué se había enfadado tanto cuando decidimos irnos de Atlanta. Había perdido al chico del que se había enamorado. Suspiró temblorosamente y siguió—: Hablé a mamá de Troy. Me dijo que lo entendía y que ella también estaba molesta contigo porque nos hubieses obligado a mudarnos. Me dijo que si te demostraba lo mucho que odiaba vivir aquí, tal vez nos llevarías otra vez a Atlanta. Y si no, estaba dispuesta a pedir la custodia completa y volver allí conmigo.

—Así que pensaste que si te convertías en alguien insoportable nos mudaríamos de nuevo. Suspiró.

—Mayormente, sí. Ahora suena estúpido, pero en ese momento, realmente pensé que —.

—Sí. Me habría gustado que hubieses hablado conmigo. Nos habríamos ahorrado mucho dolor.

—Hay más, papá. Cuando nos mudamos, pensé... Pensé que Troy y yo estábamos juntos. Dijo que me echaba de menos, nos enviábamos mensajes y... cosas. Pero luego le vi en su Snap liándose con una chica. Y cuando le pedí explicaciones, se rio y me dijo que si había pensado que él y yo teníamos algo especial, estaba flipando.

Mi corazón se rompió por mi hijo.

—Lo siento mucho, Byron —dije, apoyando una mano sobre la suya—. Nadie merece que le traten así.

Asintió, conteniendo las lágrimas.

—Hablé otra vez con mamá y le dije lo que había pasado. Pensé que me entendería y que me ayudaría o me daría algún consejo. Pero me dijo que se alegraba de que hubiese aprendido pronto la lección y que debería limitarme a las chicas. Me dijo que ser bi es una mierda, que todos los bisexuales son infieles porque no pueden comprometerse a un solo género y que a ella no le había causado más que dolor. —La ira comenzó a hervir en mi interior, pero mantuve mi expresión a raya. ¿Cómo podía haberle dicho algo tan doloroso a un niño, a nuestro hijo?—. Mamá me dijo que tu bisexualidad fue la razón por la que os divorciasteis. Insinuó que le habías engañado con otros hombres y estaba furioso contigo por haberle hecho eso. —Otra lágrima rodó por su mejilla—. Así que le dije que ibas a Seattle a acostarte con hombres y me dijo que eso solo confirmaba lo que me había estado contando sobre los cuernos.

Apreté la mandíbula, obligándome a mantener la compostura. ¿Cómo se había enterado Byron de mis fines de semana en Seattle? Esa sería una pregunta para otro día. En estos momentos, no importaba. Ahora solo importaba él y el dolor con el que llevaba cargando tanto tiempo.

Miré a mi hijo, intentando comprender la profundidad de la herida que Mandy le había infligido. ¿Cómo había podido hacerle eso? ¿Y cómo había sido capaz de ocultármelo todo? Todas esas conversaciones sobre el comportamiento de Byron... y nunca había dicho nada, aunque siempre había sabido la raíz del problema. De hecho, ella había ayudado a crear el problema.

—Jamás fui infiel a tu madre, Byron. Eso, te lo prometo. Lo que te contó fue una mentira muy desafortunada.

Me miró con los ojos anegados en lágrimas.

—Te creo, papá. Cuando nos dijiste que estabas saliendo con Auden y tuvimos esa discusión... Quería creer a mamá, pero tú estabas tan convencido de tu versión que... Y luego pensé que jamás me habías mentido antes y siempre has mantenido tu palabra, mientras que mamá es más... contradictoria. Como... dice que va a hacer algo, pero se le olvida o cambia de opinión o lo que sea.

Oír esas palabras de sus labios significó un mundo para mí. No la parte sobre Mandy, sino él, reconociendo que era un padre en el que podía confiar. Atesoraría esa pequeña victoria.

—Tu madre no es la persona más de fiar.

—No, no lo es. Así que la semana pasada la llamé y le pregunté todo directamente; por qué os separasteis y si realmente era cierto que le pusiste los cuernos, si había pedido la custodia y quién pagaba la manutención, y descubrí que había estado mintiéndome —su voz se rompió y se limpió las lágrimas violentamente—. Confié en ella. La creí. Y luego, todo era mentira.

—Lamento mucho que te hiciera eso, Byron. —No sabía qué más decirle. Debía de ser horrible el sentirte así de traicionado por tu propia madre—. Nadie merece que le mientan así.

Se sorbió los mocos.

—No entiendo por qué lo hizo, papá. ¿Por qué me mintió así?

Nunca había hablado mal de Mandy delante de los niños, pero tendría que marcar el límite aquí. No importaba el motivo que le había llevado a mentir a Byron; se había equivocado, y mi hijo necesitaba oírlo de mí.

—Estuvo muy mal por su parte el mentirte así, y siento mucho que te haya metido en medio de nuestra relación. No sé por qué lo hizo. Sinceramente, no lo sé. Yo tampoco le encuentro el

sentido. —Nos sentamos en silencio durante unos minutos, con mi mano aún sobre la suya. Mi mente intentaba conectar frenéticamente todos los puntos y el rompecabezas se iba volviendo más y más complejo—. ¿Esa es la razón por la que te fugaste? ¿Porque descubriste que tu madre te había mentado?

Vaciló y luego, asintió.

—Sí, estaba muy avergonzado. La creí y he sido un auténtico capullo contigo. He hecho y te he dicho cosas horribles, y... Pensé que no querías volver a verme, especialmente ahora que estás con Auden. Hice todo lo posible para destruirlos y no sabía si me perdonaríais.

Sus palabras me partieron el alma. A lo mejor, mi error no había sido mi incapacidad para conectar con él. A lo mejor, mi error había sido que mi hijo no estaba seguro de si le quería, no sabía que mi amor era incondicional. Me prometí a mí mismo repetírselo tanto como lo necesitara hasta que me creyera.

—Te quiero, Byron. Nada podrá cambiar eso. Sí, tu comportamiento me dolió, pero ahora lo entiendo. —Inspiré profundamente, preparándome para sacar otro tema difícil a colación—. Así que, ¿por qué empezaste esa pelea con Gabe Everett? Porque tengo la sensación de que está conectado con todo esto.

Byron se agitó en la silla.

—Bueno... lo que le conté a Auden fue solo parte de la verdad. Cuando hablé con él y le dije que me molestaba que fueses bisexual, me llamó homófobo.

¿Auden? ¿Había hablado con Auden sobre esto? Esa era una primicia para mí.

—Auden no me ha contado nada de esa conversación —dije.

—¿No?

—Ni una palabra.

Byron parpadeó.

—Me prometió que no te diría nada, pero supuse que a estas alturas ya lo habría hecho.

No estaba seguro de cómo sentirme al saber que Auden me había ocultado esa información, pero no era algo con lo que quisiera lidiar en estos momentos. Ahora, tenía que concentrarme en Byron y en ayudarle a sanar tras todo lo que había experimentado.

—Háblame de la pelea.

—Unos chicos del colegio estaban hablando de ti, especulando sobre si eras gay o no. Gabe me vio escuchándolos, así que se acercó a mí y me dijo que no me preocupara, que sabía que no pasaría nada porque su padre también era gay. —Hizo una pausa y bajó la mirada a sus manos—. Luego, me dijo que tampoco pasaba nada si yo también era gay, porque él lo era. Y me asusté, porque no quería que todo el mundo pensara que era gay, que vieran lo que había visto Gabe, así que le golpeé. —Enterró el rostro entre las manos—. No quería ser como tú. Te odiaba.

—Después de lo que te dijo tu madre, debiste detestar ser bi.

Alzó la mirada.

—Lo hice. Aún lo hago. Desearía ser hetero. Así no tendría que preocuparme por todo esto.

—Lo sé. Confía en mí, lo entiendo. —Aún no podía creerme cómo habíamos acabado en este desastre de situación. Mandy había mentado a Byron, pero el dolor que había causado se había ido extendiendo como una hilera de fichas de dominó. Había afectado a Milton, a Auden, a mí e incluso a Gabe y a su familia. La onda expansiva de su odio había sido masiva, y no sabía cómo empezar a procesarlo—. Byron —dije, con la voz tomada por la emoción—, no tengo palabras para expresar lo agradecido que estoy por que me hayas contado la verdad. Ahora que lo sé, puedo ayudarte a superar esto. Porque eres perfecto tal y como eres, ¿me oyes? Bisexual o no. O gay, hetero, pan, o cualquier etiqueta con la que termines identificándote. Y te quiero sin

importar lo que hagas. Y estoy aquí para ayudarte.

—¿Sí? —Las lágrimas volvieron a acumularse en sus ojos y me miró tan asustado como esperanzado—. ¿Incluso después de todo lo que te he hecho?

—Por supuesto. Y te diré algo más, te perdono por todo. Deberías haberlo pensado mejor, pero entiendo que hayas confiado en tu madre.

—¿Puedes... Puedes darme un abrazo?

Nunca había abrazado a mi hijo tan fuerte en mi vida, y él se aferró a mí con todo lo que tenía. El iracundo adolescente había desaparecido por completo y en su lugar, por un minuto, volvió a ser mi pequeño, el que me necesitaba. Ya habíamos dicho suficiente, así que le abracé en silencio hasta que se liberó.

—Voy a... —Agitó vagamente la mano.

—Ve a pasar un rato contigo. Apuesto a que te vendrá bien.

Asintió y se apresuró escaleras arriba hasta su habitación, cerrando la puerta tras él.

Suspirando, me incliné contra el respaldo de la silla. Ahora que sabía lo que estaba pasando con Byron, me había quitado un enorme peso de encima. Aún teníamos un largo camino por delante, pero con todas las cartas sobre la mesa, podríamos empezar a reconstruir nuestra relación y sanar las heridas.

Hacía meses que no me sentía tan ligero, pero las emociones seguían arremolinándose en mi cuerpo: miedo, dolor, confusión. Apreté los dedos en torno a la ahora fría taza de té, acariciando la suave cerámica. ¿Cómo había dejado que Mandy abriera una brecha tan grande entre mi hijo y yo?

Y luego estaba Auden. En estos momentos, solo quería verlo, oír su profunda y tranquilizadora voz, sentir esos enormes brazos en torno a mi cuerpo,... Pero no sabía qué pensar de que me hubiese ocultado información.

Me negaba a cometer el mismo error que había cometido Byron. No le juzgaría precipitadamente, ni permitiría que esto envenenara lo que estábamos construyendo. No, tendría que enfrentarme a ello y pedirle que me contara su versión de la historia.

Y de nuevo, otra confrontación.

¿Acabarían algún día?

Al segundo de recibir el mensaje, se me encogió el estómago.

KEATON

Necesitamos hablar

Esas dos palabras nunca presagiaban nada bueno, y en esta ocasión no sería distinto. Keaton lo había descubierto. Sabía que Byron me había contado algo y que se lo había ocultado.

AUDEN

¿Estás en tu casa?

KEATON

Sí.

AUDEN

De camino.

Durante el trayecto, me aferré al volante, intentando controlar el temblor de mis manos. El pánico me acechaba como las densas nubes grises del cielo, que amenazaban con desatar la tormenta. ¿Era este el final para Keaton y para mí? ¿Le perdería antes de tenerlo realmente? ¿Había destruido toda oportunidad de volver a encontrar la felicidad con una desafortunada decisión? Solo de pensarlo, sentía una mano de acero cerrándose sobre mi garganta.

Al aparcar frente a su casa, vacilé, y me quedé unos minutos en el interior de la camioneta, contemplando las densas gotas de lluvia golpeando el pavimento. Cuando acumulé todo el coraje que poseía, salí a la llovizna y avancé hasta su puerta. Mis piernas parecían de cemento mientras subía las escaleras. Llamé.

La puerta se abrió de par en par. Oh, sí. Lo sabía.

—Hola —dijo suavemente.

—Hola. ¿Puedo... Puedo darte un abrazo?

Vaciló.

—Claro.

Envolví su esbelta figura entre mis brazos, apretándolo contra mi pecho, e inhalé el fresco aroma de su champú. Él se aferró a mi cuerpo con idéntico entusiasmo y enterró el rostro en mi cuello. Su cálido aliento acarició mi piel y un atisbo de esperanza empezó a brotar en mi interior. Aún estaba ahí. En mis brazos. A lo mejor, si me dejaba hacer esto, si me necesitaba tanto como yo le necesitaba a él, no todo estaba perdido.

Tras unos segundos de silencio, abrazados bajo el umbral, nos separamos, y Keaton me guio

hasta la mesa de la cocina.

—¿Café? —ofreció.

—Sí, por favor. —Comenzó a servir dos tazas del aromático brebaje—. ¿Cómo está Byron?

—Bien. Mejor. —Su rostro perdió algo de tensión—. Hemos tenido una larga conversación esta mañana; una que ha aclarado muchas cosas entre nosotros.

—Me alegro de que haya hablado contigo. —Y lo decía en serio. Sin importar el desenlace de nuestra conversación, me alegraba de que Keaton por fin hubiese hablado con su hijo.

Dejó una taza de café frente a mí y se sentó.

—Los chicos están en casa, así que tenemos que hablar bajo.

—De acuerdo.

—Así que... sabías más de Byron de lo que me contaste. Me ha comentado algunas cosas que me han sorprendido. Sabía que había confiado en ti, pero creo que no había esperado que te hubiese dado tantos detalles.

—Lo hizo. Hablamos mientras hacía su servicio comunitario.

—¿Puedes hablarme de ello?

Asentí. Gracias a Dios, estaba calmado y dispuesto a escuchar.

—Durante su primer servicio comunitario me comentó que le molestaba que fueras bi. Dijo que los chicos del colegio estaban especulando sobre tu orientación sexual y le preocupaba cómo le afectaría eso. Sabía que estabas quedando con hombres cuando ibas a Seattle, y estaba aterrado por si se enteraba alguien más. También mencionó que la pelea de Gabe tuvo algo que ver con ello. —Bajé los ojos, y concentré la mirada en las vetas de la madera, recorriéndolas con el índice—. No quise decírtelo entonces porque mi prioridad era ganarme la confianza de Byron. También temía decírtelo, porque sabía que descubrir lo que tu hijo pensaba de ti, te dolería, pero esa no era mi mayor preocupación. Esperaba estrechar mi relación con el chico porque intuía que ahí había más de lo que me estaba contando.

—Así que intuiste que había más —murmuré.

Me encontré con su mirada.

—Eso no podía ser todo. A la imagen le faltaban piezas. Hablé con Violet; sin darle detalles, por supuesto; y me dijo que nadie del colegio había hecho comentarios negativos sobre Gabe, sus padres o cualquier otra persona por ser gay. Así que estaba seguro de que Byron no me estaba contando todo.

Keaton se tomó unos segundos para procesar esa información.

—Puedo entender por qué tomaste esa decisión. En aquel momento, era más importante construir una relación con Byron, sobre todo si tu instinto te decía que faltaba algo.

El alivio me inundó. A lo mejor, nuestra relación no se desmoronaría, después de todo.

—Para su segunda ronda de servicio comunitario, llevé a Byron al centro juvenil LGTBQ+, esperando que eso le ayudaría a ser más tolerante. Estuvo hablando con un chaval, Raoul, y creo que conectaron. Luego, durante el trayecto de vuelta, tuvimos una conversación sobre Mandy, y ahí empecé a sospechar.

Keaton frunció el ceño.

—¿Qué te dijo? —preguntó.

Suspiré pesadamente.

—Mandy le había dicho que odiaba vivir en Seattle y que también quería volver a Atlanta, y supuse que cabía la posibilidad de que su madre hubiese estado incentivando su mal comportamiento para que tú apoyaras la decisión de volver a mudarnos.

El aire se espesó y por un segundo, dejé de respirar, esperando la respuesta de Keaton. El

silencio que nos rodeaba era opresivo, roto tan solo por las gotas de lluvia que acribillaban los cristales de las ventanas.

—¿No te contó nada más? —preguntó Keaton.

—No. —Tragué con dificultad—. Debería habértelo dicho, Keaton. No debería haberte ocultado esto.

—Entiendo por qué tomaste esa decisión. En ese momento, tu objetivo era descubrir lo que estaba pasando, y para eso, tenías que construir una relación con mi hijo —dijo serenamente, sosteniendo mi mirada sin flaquear. Le estudié en silencio. ¿Realmente lo decía en serio?—. Teniendo todo en cuenta, y a pesar de lo difícil que pueda ser reconocerlo como padre, creo que tomaste la decisión correcta.

—¿De verdad? —mi voz se rompió, y ese diminuto brote de esperanza comenzó a crecer.

Asintió lentamente.

—En alguna ocasión, mis alumnos me han confiado información que no querían compartir con sus padres. He tenido que sopesar cuidadosamente cada una de esas situaciones, buscando un equilibrio entre respetar la confianza que los estudiantes habían depositado en mí y la necesidad de informar a los padres. Las fronteras no siempre están claras. A menos que fuese una situación grave que requiriera mi intervención o que me viera obligado por ley, a menudo daba prioridad a construir una relación de confianza con los chicos, en lugar de largárselo todo a sus padres.

—Yo no estoy tan seguro de haber actuado correctamente —admití—. Creo que debería habértelo contado. No me correspondía a mí tomar la decisión de ocultarte algo. —A lo mejor, confesar esto empeoraría las cosas, pero necesitaba sincerarme.

—La vida rara vez nos ofrece situaciones perfectas entre las que elegir. —Alargó el brazo y apretó mi mano—. Solo podemos hacer lo mejor con las cartas que nos han dado.

Exhalé, sintiendo la tensión abandonando mis hombros. En el exterior, la lluvia apedreaba la tierra, creando una melancólica banda sonora para nuestra conversación. Pero en mi interior, me sentía mil veces más ligero y más optimista.

—Así que ¿cuál es la imagen completa? —pregunté—. ¿Has descubierto algo más?

Mientras me contaba cómo su ex-mujer había jugado con el chico mi corazón se fue rompiendo en mil pedazos. Las personas en las que más confiaba le habían jodido a lo grande; primero, el que pensaba que era su novio, y luego, su madre. Era un golpe devastador para un chaval de dieciséis años. Ni siquiera podía imaginar cómo debía de sentirse ahora. Traicionado y manipulado, probablemente.

—Lo lamento mucho por él —dije. ¿Qué más podía ofrecer? Cualquier palabra parecía vacía frente a ese dolor.

—Por eso creo que hiciste lo correcto. —Keaton se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Si me hubieses contado todo, habrías sido la tercera persona en traicionar su confianza. Ahora, Byron sabe que puede confiar en ti porque mantuviste a salvo su secreto.

No lo había mirado desde esa perspectiva, pero lo hice ahora, y una oleada de alivio me inundó.

—Cierto.

Seguimos sentados en silencio, procesando todo lo que había pasado. Demasiado dolor, pero al menos, ahora sabíamos la verdad, y ese era el primer paso hacia sanar.

Keaton apoyó una mano sobre la mía y entrelacé nuestros dedos.

—Solo me alegro de que por fin estemos llegando a alguna parte con esta situación. Y espero poder reconstruir mi relación con mi hijo.

—Sé lo difícil que ha sido para ti.

Frunció el ceño.

—También ha afectado nuestra relación, Auden. Estaba tan inseguro de todo... Sentía que estaba fracasando como padre, y si ni siquiera podía hacer que me quisieran mis hijos, ¿cómo esperaba conseguir que me quisieras tú?

—Nunca te he visto como un fracasado. Estabas haciendo todo lo que podías por tus hijos, y te admiraba por ello. Aún te admiro.

Una pequeña, pero agradecida sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro.

—Gracias. Eso significa mucho para mí.

Volvimos a caer en silencio, perdidos en nuestros pensamientos. La lluvia estaba amainando, y el sol se abría paso entre las nubes, filtrando su luz por la ventana.

—No hemos tenido demasiado tiempo para nosotros, ¿eh? —murmuró Keaton—. Ahora que parece que las aguas se han calmado, espero que podamos concentrarnos más en nuestra relación.

—Eso me encantaría.

—Por supuesto, aún tengo que lidiar con Mandy.

Hice una mueca.

—¿Cuál va a ser tu estrategia?

—Ahora mismo, me gustaría prohibirle volver a ver a los chicos, pero sé que eso no es una solución viable. Aún es su madre, y no me parece correcto desterrarla de sus vidas. Tampoco estaría en mi derecho, legalmente hablando.

—No, no puedes, pero entiendo el sentimiento. Aunque necesitas dejarle claro que esto no puede continuar así. —Hice una pausa—. Lo que más me inquieta es que, incluso con Byron desaparecido, siguió ocultándote cosas. No sé si habría marcado una gran diferencia el que nos hubiese contado lo de Troy, pero no me siento cómodo sabiendo que decidió no revelar esa información. —Me di cuenta de lo irónico de ese comentario viniendo de mí. Alcé las manos—. Lo sé, el cazo a la sartén, y todo eso. Ya me callo.

Keaton rio suavemente.

—No es exactamente lo mismo, pero entiendo lo que dices. —Su mirada volvió a ensombrecerse—. Supongo que tendré que hablar con ella. —Suspiró pesadamente—. De nuevo. Esta vez me aseguraré de que entienda que si esto se repite, habrá consecuencias.

Jugueteé con sus dedos.

—No creo que Byron vaya a volver a confiar en ella tan fácilmente. Le ha montado un buen numerito y ha dejado sus cicatrices.

—En parte, es un alivio, pero también me entristece. Nunca volverá a tener la misma relación con sus hijos, y se lo ha hecho ella solita. Caramba, ni siquiera sé si Byron quiere volver a verla. Si no quiere, no le obligaré. No, después de lo que le ha hecho.

Asentí lentamente.

—El padre de Marnin era un pieza. A lo largo de mi vida solo le vi borracho, y rara vez mostraba interés por lo que hacía su hijo. Marnin pasó gran parte de su infancia en mi casa y consideraba que mis padres y yo éramos su familia. Cuando su padre murió, se negó a ir al funeral. Ni siquiera quiso pagarlo. Algunos le abroncaron por ello, diciendo que a pesar de todo, seguía siendo su padre y, al menos, le debía eso. Pero mi padre dijo a Marnin que no le debía una mierda y que le entendía. Los hijos no deben nada a sus padres, especialmente, cuando les tratan como basura. El respeto tiene que ganarse y el amor se da libremente.

Keaton asintió, sonriendo.

—Esa es una forma maravillosa de explicarlo. —Inspiró profundamente—. Y no podría estar

más de acuerdo contigo. Me niego a obligar a mi hijo a que tenga una relación con alguien que le ha manipulado así. Si quiere verla, bien, pero si no quiere, respetaré su decisión.

—¿Lo sabe Milton?

—No por mí, pero no sé cuánto le habrá contado Byron o cuántas cosas ha descubierto por sí mismo. Es un chico listo. Así que lo mismo va para él. Dejaré que decida si quiere volver a verla.

La tormenta había desaparecido completamente y el sol iluminó la cocina.

—Me encanta cómo huele después de la lluvia —murmuré.

Keaton sonrió.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo para disfrutarlo?

—Eso me gustaría. Me gustaría mucho.

No importaba cuántas vueltas le diese, la culpa seguía carcomiéndome por dentro. Keaton seguía repitiéndome que contarle mi conversación con Byron no habría marcado una gran diferencia, dado que aún nos habría faltado mucha información para encontrar una solución. Puede que estuviese en lo cierto, pero no me gustaba haberme adentrado en un área tan gris en nuestra relación y me prometí a mí mismo no volver a ponerme jamás en una disyuntiva similar.

Una semana más tarde, pedí a Tricia que recogiera pronto a las niñas para poder pasar algo de tiempo a solas con Keaton. Ella accedió de inmediato. Como Keaton había señalado, había escogido muy bien a la madre de mis hijas. El resentimiento que siempre solía acompañarme por el fracaso de nuestro matrimonio se había esfumado, y había sido sustituido por un nuevo entendimiento de lo que nos había pasado. Puede que el amor romántico hubiese desaparecido, pero nuestra amistad seguía intacta, y habíamos traído a dos increíbles hijas al mundo. Sin Tricia, probablemente jamás habría sido padre, y siempre estaría agradecido por eso. Había llegado a la conclusión de que si hubiese sabido entonces como terminaría todo, lo habría hecho de igual forma. Mi vida era más rica y mejor con Tricia en ella, y no quería borrar los momentos que habíamos compartido juntos.

Pero aún sentía que tenía que compensar a Keaton por mi comportamiento, así que había preparado el escenario para nosotros. Desgraciadamente, no teníamos tiempo para una cena romántica, pero quería ayudarlo a olvidarse del mundo por unas horas, follándomelo brutalmente contra el colchón, como a él le gustaba decir. El sexo le relajaba, y estaba más que encantado de ayudarlo a eliminar tensiones. Además, nos habíamos hecho las pruebas, cortesía de Fir, así que podíamos olvidarnos de los condones.

Cuando llegó, ya tenía todo preparado para él. Como siempre, tan pronto como puso un pie en mi casa, fui incapaz de resistirme a besarlo. Curvé una mano en torno a su cuello, incliné su cabeza en el ángulo perfecto y uní nuestros labios. Señor, adoraba besarlo. El mero roce de su lengua electrificaba mi piel. Sus labios eran firmes y suaves, y siempre estaba ansioso por besarme de vuelta.

Oí un grave y ronco gemido de deseo y me sorprendí al descubrir que había salido de mí. A lo mejor, todas esas preparaciones que había hecho me habían dejado en el estado de ánimo adecuado. Estaba hambriento de él y profundicé el beso, invadiéndolo con la lengua mientras deslizaba una mano por su espalda hasta cinturilla de sus pantalones.

Sabía lo que le gustaba, así que cuando llegué a su culo, lo estrujé, aplastando su cuerpo contra el mío. Esta noche, descubriría qué más deseaba que hiciera con ese culo. Había investigado, y que Dios me ayudara, iba a probar algo nuevo.

—Mmmm, así es como me gusta que me saluden —murmuró Keaton contra mis labios.

—Podría besarte durante toda la noche.

—Y yo, pero teniendo en cuenta que nos quedan como... —Miró su reloj— dos horas, antes de que tenga que volver a mi casa, puede que queramos priorizar otra cosa. Tenemos toda una vida por delante para seguir besándonos.

La teníamos, y adoraba que estuviese tan convencido como yo. No habíamos sido tímidos manifestando lo que queríamos para nuestro futuro. Aún no habíamos dicho las dos palabras mágicas, pero ambos las sentíamos. De eso, estaba seguro.

Tendí una mano hacia él.

—¿Quieres acompañarme arriba?

—Será un placer.

Subimos las escaleras con los dedos entrelazados. Al llegar al dormitorio, dejé que pasara primero y, cuando entró, dio un respingo. Había colgado varias tiras de diminutas luces sobre la cabecera de la cama, y ahora iluminaban la estancia con una tenue luz, creando una atmósfera íntima. De fondo, sonaba Chopin. La gente consideraba románticos los pétalos de rosa sobre las sábanas, pero a mí no me llamaban la atención y no estaba interesado en encontrármelos durante semanas escondidos entre mi ropa de cama, así que, en su lugar, había esparcido chocolatinas en forma de corazón.

—Auden —susurró Keaton—. Es impresionante.

Le abracé por la espalda.

—Quería que te relajas un poco y que te olvidaras de todo.

—Has empezado con muy buen pie.

—¿Puedo desnudarte?

—Por favor.

Me lo tomé con calma. Me deshice poco a poco de su camisa, besando cada centímetro que iba revelando de su piel. Acaricié sus hombros, haciéndole un nuevo chupetón en la clavícula, y lamí sus pezones, antes de succionarlos con fuerza. Eran una zona muy sensitiva para él; no tanto para mí. Una de las muchas reacciones diferentes de nuestros cuerpos.

Fui deslizándome hacia el sur, explorando, besando, lamiendo y arañándolo con mi barba y con mis dientes. Cuando le tuve completamente desnudo, estaba temblando y su polla parecía una barra de acero.

—Auden...

—Tiéndete en la cama. —Había reflexionado mucho sobre cuál sería la mejor postura para el siguiente paso, y había decidido que esta sería la más sencilla para ambos. Él, tumbado de espaldas al borde de la cama y yo, arrodillado entre sus piernas. Ya tenía una mullida almohada esperándome en el suelo, así que me apresuré a desprenderme de mi ropa y me hundí de rodillas.

—¿Qué estás...?

—Deja que cuide de ti. Por favor.

Keaton asintió en silencio.

—Alza las piernas para mí —ordené.

Por su expresión, había comprendido lo que estaba haciendo, pero no dijo nada, lo que agradecí. Quería hacer esto; por él, pero también por mí.

Keaton olía a algo fresco, algo como... bosque. Sí, su gel de ducha. No me habría importado que oliese a él; me encantaba su aroma, aunque para el siguiente paso, ayudaba el que se hubiese limpiado. Había puesto unas toallitas al alcance de la mano, solo por si acaso no había tenido tiempo de pasar por la ducha, pero no las necesitaría.

Inspiré profundamente y me puse a ello. Como había hecho él esa primera vez, comencé por

sus pelotas. Tenía que empezar por los entrantes antes del plato principal, ¿no? Tras un tentativo lametazo, cogí confianza y empecé a lamer seriamente. Adoraba que usara mis dientes sobre su sensitiva piel, así que mordisqueé sus testículos, frotándolos contra mi barba.

Su culo era delicioso. Otra cosa que jamás habría pensado decir sobre el culo de un hombre, pero ahí estaba. Sus músculos se contraían y ondulaban de una forma que me excitaba. Salpiqué de besos ambos cachetes, y luego, los mordí suavemente, sonsacando un profundo gemido de Keaton. Otra nota mental añadida a mi lista de cosas que Keaton adoraba.

A pesar de lo mucho que quería hacerle una mamada, eso tendría que esperar. Teníamos un límite de tiempo para estar juntos, y había planeado otra cosa. Acaricié su ranura con el dedo índice y él se estremeció en respuesta. Cuando repetí el movimiento, gruñó.

—Provocador —murmuró.

—A lo mejor, esto te gusta más —sonreí.

Sustituí mi dedo por mi boca y recorrí su ranura con mis labios hasta rozar la punta de sus pelotas. Luego, repetí el movimiento en dirección contraria con mi lengua. Cuando pasé sobre su agujero, murmuró algo que no pude descifrar. ¿Había dicho una palabrota? Nunca le había oído decir palabrotas, así que esa sería una primera vez.

Volví a recorrer su ranura una tercera vez, parando en su orificio. Keaton se sobresaltó y apoyé ambas manos sobre sus caderas para mantenerle en el sitio.

—Quédate quieto.

—Imposible.

Sonreí.

—Ábrete para mí. —Lo dije en un impulso, pero cuando las palabras abandonaron mis labios, me di cuenta de lo sucias que parecían. En realidad, quería haberlo hecho yo mismo, pero necesitaba mis manos para inmovilizarlo.

—Me estás matando —susurró, pero colocó ambas manos sobre sus cachetes y los abrió para mí.

Me tomé un tiempo para admirar el perfecto agujero rosa. No tenía ni idea de por qué me resultaba tan sexy, pero mi polla se agitó.

Soplé sobre él, observando cómo se contraía. Vaya, respondía incluso a ese pequeño estímulo. Comencé a lamerlo, y sentí el cuerpo de Keaton tensándose bajo mis dedos, pero se mantuvo quieto, aunque sus músculos comenzaron a temblar.

Toda mi aprensión se desvaneció. Adoraba esto. Era sucio, erótico y muy sexy, y las reacciones de Keaton eran la única recompensa que necesitaba. Dibujé un círculo con mi lengua en torno a su orificio, aumentando más y más la presión hasta que la arrugada piel fue suavizándose. Coloqué la punta de la lengua en posición y le penetré. Se deslizó en su interior sin resistencia, y Dios Santo, ¡me lo estaba follando con la lengua! Otra cosa que jamás pensé que haría, pero que adoraba.

Y también Keaton, a juzgar por sus piernas, que ahora empujaban contra mis manos. Usé mi lengua como había usado mi dedo la vez anterior. Le invadí una y otra vez con profundos movimientos, enterrándome en él, con la cara contra su culo y mi barba arañando su piel.

Keaton gimió; sus manos abandonaron sus cachetes y sentí la carne cerrándose en torno a mi cara. Se aferró a mi pelo y apretó mi cabeza contra su culo, instándome a profundizar la invasión. Me lo comí como si fuese la última cosa que haría en este mundo; lamiendo, succionando y empalándole con mi lengua. Para mejorar la experiencia, añadí un dedo.

Y ahora, a por la última parte. Esperaba ser capaz de encontrarla, dado que mi investigación había insinuado que no era tan sencillo. Pero doblé el dedo y busqué en su interior,

concentrándome en la textura. Ahí. Tenía que ser eso.

Apreté la carne y Keaton alzó el culo de la cama.

—Joder —gruñó.

Sonreí, con la cara aún presionada contra su agujero, mientras frotaba esa sensitiva zona de su interior. Tras unas cuantas pasadas, comenzó a gemir, agitándose nerviosamente sobre la cama.

—Auden... Auden, por favor. Es demasiado... No puedo...

Sin previo aviso, estalló; todo su cuerpo se estremeció por la avalancha de sensaciones y su polla disparó su carga sobre mi pelo. Alcé la cabeza, pero la imagen eran tan sobrecogedora que fui incapaz de apartarme y la siguiente andanada de semen me golpeó justo entre los ojos. La polla de Keaton se agitó valientemente una tercera vez, lanzando las últimas gotas, y luego, se debilitó por completo.

—Dios Santo y Bendito, me acabas de dejar sin neuronas.

Cuando no reaccioné, se alzó sobre los codos y me miró. Abrió la boca de par en par y rio, suavemente al principio y luego más y más alto hasta que estuvo retorciéndose de la risa.

No estaba enfadado. En su situación, probablemente también me habría partido el culo. Pero esto exigía venganza, así que me limpié el semen de la cara con una mano y se lo restregué por la boca.

—Aquí tienes. Tú también puedes saborearlo.

—Dios, Auden, deberías verte. Nunca has tenido un aspecto más sexy, cariño.

Sonreí.

—Gracias.

Su enorme y jovial sonrisa se transformó en algo más tierno cuando se inclinó hacia mí. Cubrió mis mejillas y me dio un suave beso en los labios.

—No, cariño. Gracias a ti. Eso ha estado muy, muy bien. Muy especial.

—De nada. Quería hacerlo porque me dijiste que había pasado un tiempo para ti.

—Lo ha hecho, pero nadie ha conseguido nunca hacerme sentir así.

No iba a mentir. Me gustó oírle decir eso. Mucho. Un hombre se sentía bien cuando apreciaban su destreza en la cama.

Me puse en pie y mis rodillas crujieron. Hice una mueca. Arrodillarse no era tan sencillo como solía serlo. Cogí un pañuelo para limpiarme la cara y me encaminé al baño.

—¿Dónde crees que vas? —dijo Keaton arqueando una ceja.

—A limpiarnos.

Señaló mi erección.

—¿Y qué hay de ti?

—Esto no iba sobre mí. Esto era todo para ti.

—Aún no he terminado.

Fruncí el ceño.

—¿Puedes con otra ronda?

Keaton se incorporó en la cama y me miró fijamente a los ojos.

—Adoro que me follen, incluso si no puedo correrme. Aunque puede que lo haga. No lo sé, pero no importa.

—¿Estás seguro? —dije acercándome a él.

Me besó con ternura.

—Sería una pena desaprovechar lo bien que me has preparado.

Bueno, si lo ponía así...

Keaton volvió a tumbarse, posicionándose con el estómago contra el colchón.

—Prueba así. Es un ángulo completamente distinto.

Cogí el lubricante y exprimí algo de líquido sobre mi polla y mi mano. Me acomodé sobre su espalda e introduje dos dedos en su orificio para asegurarme de que estaba bien dilatado. Podría haberse beneficiado de algo más de preparación, pero era suficiente.

Me incliné sobre él hasta sentir su piel contra mi pecho y con un pequeño movimiento, me deslicé en su interior. A pelo. Mi polla invadió su cálido y húmedo culo y fue... perfecto.

—Joder —gimió Keaton, que no había terminado con su retahíla de palabrotas. Secretamente, lo adoraba—. No pares.

Sus deseos eran órdenes para mí. Se suponía que esta tarde iba a ser para él, así que me hundí hasta el fondo.

—Adoro esto —murmuró—. Es un dolor muy placentero.

Tendría que confiar en su palabra. Me balanceé lentamente unas cuantas veces hasta que su cuerpo se relajó por completo.

—¿Auden?

—¿Mmm?

—¿Puedes hacerlo violento? Como... ¿tan violento como puedas? Quiero sentirte mañana.

«¿Estás seguro?», tenía la pregunta en la punta de la lengua, pero me tragué las palabras. Tenía que confiar en que sabía lo que quería.

Me re Coloqué hasta alcanzar una posición estable y el ángulo correcto, y luego, pasé los brazos bajo sus axilas, me aferré a sus hombros y me hundí en él. Mis movimientos se volvieron más rápidos, más precisos, hasta que estuve embistiéndolo brutalmente contra el colchón, escuchando el entrecocar de nuestras pieles haciendo eco en la habitación. Keaton gimió, gruñó y murmuró palabras que no pude entender, pero también alzó su culo, apretándolo contra mí, invitándome a que siguiera, demostrándome que realmente quería esto.

Su agujero estaba resbaladizo. Prieto. Caliente. No me cansaba de su cuerpo y quería absorber cada suspiro que salía de su boca mientras me lo follaba. Mi respiración se volvió entrecortada; cortas ráfagas de aire que se abrían paso entre mis apretados dientes mientras mis músculos protestaban de extenuación.

Keaton agitaba inquietamente los dedos, intentando aferrarse al colchón. Alargué un brazo e inmovilicé sus muñecas con la mano derecha, sosteniéndolas sobre su cabeza. Cogí un ritmo, como si mis caderas supiesen exactamente qué tenían que hacer.

No había bromeado al decirme que le gustaba violento. Cuanto más fuerte me lo follaba, cuanto más violentamente embestía su culo, más disfrutaba. Señor, los sonidos que podía hacer ese hombre, las expresiones que transformaban su cara cuando se dejaba llevar por las sensaciones... Nunca me cansaría de verlo experimentando el placer de mi polla. La imagen más bella del mundo.

Estaba cerca.

—¿Puedes correrte? —murmuré.

—No, pero no pasa nada. Quiero sentir cómo te corres dentro de mí.

Así que lo hice. Un par de embestidas más y estallé. Hundí mis dientes en su hombro y enterré mi polla en él. Mi cuerpo se estremeció mientras descargaba y durante un segundo, perdí la noción de la realidad. No era de extrañar. Ya llevaba mucho tiempo al límite.

—Joder, ha sido perfecto —susurró Keaton con un suspiro de felicidad—. Puedo sentir tu semen dentro de mí. Nunca había sentido eso.

—Sigues diciendo tacos —murmuré.

Keaton rio suavemente.

—Es algo del sexo. Se me pasará.

—Me gusta hacerte perjurar.

Salí de él, dejando un rastro de semen a mi paso. Joder, esa era la cosa más erótica que había visto nunca.

—Te quiero —dijo Keaton adormilado.

Mi mente estaba tan concentrada en la imagen de mi semen resbalándose por su culo, que tardé un momento en registrar las palabras, pero cuando lo hice, me embargó una sobrecogedora alegría.

—Yo también te quiero. Mucho. Eres perfecto.

Se giró hasta ponerse de espaldas.

—Repítelo —dijo, mirándome con ojos soñolientos.

Me incliné sobre él y le besé en los labios.

—Te quiero, Keaton Perry. Eres todo para mí.

Le envolví entre mis brazos y dejamos que nos reclamara el sueño.

Durante las últimas cuatro semanas, Auden y yo habíamos pasado tanto tiempo juntos como habíamos podido. Irnos conociendo mutuamente había sido una experiencia asombrosa, y había descubierto muchas cosas sobre él.

Que era generoso, por ejemplo; no solo con su tiempo, sino también con su dinero y con su afecto. Me daba la mano, me abrazaba y me besaba en público sin reservas, sin preocuparle quién pudiera vernos, ni siquiera cuando llevaba el uniforme. Descubrí que aún estaba esperando ver algún tipo de vacilación —el hombre acababa de salir del armario, después de todo—, pero no; Auden había abrazado su nueva orientación con total naturalidad.

Y Cielos, la forma en la que me follaba... Cada ronda de sexo me dejaba en coma. Era el amante más generoso que había tenido nunca y nuestros cuerpos encajaban como si estuvieran hechos a medida el uno para el otro.

Habíamos descubierto varias aficiones comunes. Ambos adorábamos pasear, y nos habíamos recorrido la ciudad incontables veces. Habíamos montado más sets de LEGO, y, para mi deleite, estaba mejorando en ello. Auden me había sorprendido invitándome a un taller de rap en Seattle, que había sido asombroso. Me lo había pasado como un crío y él había parecido tan incómodo como, probablemente, se había sentido, pero se lo había tomado con filosofía. Después, habíamos ido al cine a ver una película de acción y no me había soltado la mano durante toda la proyección.

Había llamado a mis padres a través de FaceTime para presentarles a Auden, y habíamos hablado con ellos durante una buena hora. Le adoraron, lo que fue un alivio, dado que nunca se habían llevado demasiado bien con Mandy. Estábamos planeando visitarles durante las vacaciones de primavera. También habíamos cenado con sus padres. Cora era una mujer cálida y encantadora, y me había recibido en la familia con los brazos abiertos. Ennio era un torbellino, descarado y extrovertido, y adoraba lo estrecha que era su relación con Auden, a pesar de la enorme diferencia de edad.

Lo que nos dejaba con nuestro mayor desafío: nuestros hijos. Todo lo que habíamos hecho hasta ahora había sido sin nuestra prole. No lo habíamos planeado así, pero, tras el drama con Byron, sentimos que necesitábamos un tiempo para nosotros solos. Pero si queríamos tener un futuro juntos, uniendo a nuestras familias, tendríamos que dar el siguiente paso. Así que acordamos organizar una quedada con todos los críos.

Mi casa era más grande que la de Auden —aunque no por mucho—, pero mi salón parecía abarrotado con los seis ahí. Las chicas se sentaron en uno de los sofás, Auden y yo en el otro, y los chicos cogieron un par de sillas de la cocina. Auden me miró. Cielos, ¿esperaba que yo iniciara la conversación? Bueno, era mi casa, así que tenía sentido. De acuerdo, entonces.

Limpié mis sudorosas manos en mis pantalones e inspiré profundamente.

—Queríamos hablar con vosotros porque... Bueno, Auden y yo... Vuestro padre y yo...

Auden me cogió de la mano y continuó:

—Queríamos tener una conversación abierta con vosotros sobre nuestra relación y hacia donde vamos. Porque estamos enamorados y queremos construir un futuro juntos; un futuro del que vosotros seréis parte. —Puede que yo fuese el profesor de lengua, pero en momentos como este, a Auden se le daban mucho mejor las palabras. Los nervios me estaban matando. ¿Qué pasaría si los chicos reaccionaban negativamente? Ni siquiera sabría qué hacer o cómo responder. Había demasiado en juego y estaba perdiendo la calma mientras que Auden parecía tan sereno y sosegado como siempre. Tras una pequeña pausa, Auden continuó—: Así que queríamos daros la oportunidad de preguntarnos lo que queráis. Os prometemos ser sinceros y explicaros tanto como podamos.

—¿Qué tipo de preguntas? —Milton se reajustó las gafas.

—Cualquier pregunta que consideréis relevante, sobre temas que os preocupen o que os estéis preguntando.

—¿Os vais a casar? —preguntó Dani sin vacilación.

Habría apostado millones a que ella sería la primera en preguntar algo. Tenía una curiosidad insaciable y la adoraba por ello.

Auden apretó mi mano.

—Ya te lo he dicho, cariño, espero casarme con Keaton algún día, pero no ahora.

Violet alzó una mano.

—¿Queréis más hijos?

Vaya; no había visto venir esa. Auden y yo nos miramos.

—Para ser sincero, no hemos discutido ese tema, así que no lo sé —dije—. Nada de bebés, eso puedo asegurártelo. He pasado esa edad. Pero adopción o acogimiento... ¿a lo mejor? No lo sé. Pero será algo que también discutiremos con vosotros.

—¿Os vais a mudar juntos? —murmuró Milton. Su tono fue casi inaudible, pero me enorgullecí que se hubiera atrevido a hablar.

—Nos encantaría, pero tendremos que estudiar la logística —respondió Auden.

—¿Vamos a mudarnos a tu casa? —me preguntó Dani.

Negué con la cabeza.

—Aquí no cabemos, y la casa de tu padre también es muy pequeña. Necesitaremos tiempo para encontrar una solución, pero eso significará vender nuestras casas y mudarnos a una nueva en la que quepamos todos.

—¿Tendremos nuestra propia habitación? —preguntó Violet—. Porque ahora la tenemos y, no quiero ofenderte, Dani, pero no quiero compartirla contigo. —Miró compungidamente a su hermana—. Necesito mi privacidad.

Dani se encogió de hombros.

—Yo tampoco quiero compartirla contigo, así que no pasa nada.

Asentí.

—Tiene sentido, y ese será uno de nuestros objetivos, pero eso significa que necesitaremos, al menos, cinco dormitorios, y ese tipo de casas son difíciles de encontrar.

—¿Cómo te llamamos? —preguntó Milton a Auden.

Antes de que pudiera responder, Dani contestó:

—Nosotras llamamos al prometido de mi madre «Jason». Se casarán el año que viene. Es muy majo, y mi madre dice que deberíamos pensar en él como un padre extra. Así que nosotras

llamaremos a tu padre «Keaton» y vosotros podéis llamar al mío «Auden». ¿Verdad, papá?

A veces adoraba lo sencillo que era todo para los niños.

—Eso es justo lo que iba a sugerir, cariño —sonrió Auden—. ¿Qué hay de ti, Byron? ¿Tienes alguna pregunta o algo que te preocupe?

Byron negó lentamente con la cabeza.

—Yo tengo una pregunta para Byron —dijo Violet—. O más una declaración, de hecho.

Vaya. La atmósfera se tensó mientras Violet se cuadraba de hombros con determinación, mirando fijamente a Byron.

Auden se agitó en su asiento.

—Sé buena, Violet.

—Papá, si quieres que nos llevemos bien, necesitamos hablar de cosas. Eso es lo que siempre nos dices, que expresemos nuestra opinión. Bueno, pues tengo algunas opiniones que quiero expresar.

—Adelante —dijo Auden—. Pero sé civilizada.

Violet volvió a concentrar su mirada en Byron.

—Lo que hiciste a Gabe fue mezquino. Es mi amigo y le has hecho daño. Aún no lo ha superado porque no entiende qué hizo mal. —Byron inhaló como si quisiera decir algo, pero Violet cortó la inminente respuesta con un desdeñoso gesto de mano—. Aún no he terminado. No sé por qué fuiste un capullo con él —.

—Violet, ese lenguaje —dijo severamente Auden.

—Papá, fue un capullo. No sé qué otra palabra usar. ¿Cómo quieres que le llame? ¿Gilipollas?

Me llevé la mano a la boca para ocultar mi sonrisa. Oh, esa niña era una pequeña fiera.

Auden suspiró.

—Solo... Vale... Sigue.

Sin desanimarse, Violet continuó:

—A lo mejor, tenías un motivo, no lo sé. Y estoy dispuesta a darte una segunda oportunidad porque durante estas últimas semanas has sido distinto; no has sido tan... —Miró a su padre y reconsideró las palabras— pretencioso. Sé que debe apestar ser el nuevo aquí, así que te daré un poco de manga ancha por eso. Pero si vuelves a hacer daño a Gabe, tú y yo tendremos un problema. No tolero a los *bullies*, ni siquiera si su padre está saliendo con el mío. —Cruzó los brazos y, en ese instante, era la hija de Auden de cabo a rabo. Su confianza, su innato sentido de lo que estaba bien y mal, su férrea defensa del que era más débil que ella. Reconocí en Violet los mismos rasgos que hacían de Auden un hombre tan excepcional.

Byron se aclaró la garganta, con el aspecto de alguien al que acababan de abofetear.

—Me parece justo. No tengo ningún problema con él.

—Bien. Que siga así —dijo Violet.

—Gracias —murmuró Byron.

Violet pareció confusa.

—¿Por qué?

—Por darme una segunda oportunidad. Sé que he sido un capullo, ¿vale? Estaba pasando por algunas mier... cosas.

La mirada de Violet se suavizó, desplegando una comprensión más allá de su edad.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Si no, no habrías huido.

Nadie lo había mencionado desde que había pasado, pero tenía que ser Violet la que lo sacara a relucir. Tenía que admirar sus agallas, aunque esa parte de su carácter me recordaba a su padre biológico, que tampoco tenía muchos filtros.

—Oh. —Byron tragó—. Te refieres a eso.

Ella suspiró.

—Y también sé lo del robo. Mira, mi padre es el sheriff, ¿vale? Oigo muchas cosas. Además, no soy estúpida. Pero no hablo. No hablamos. —Miró a su hermana—. Dani y yo sabemos cómo mantener la boca cerrada cuando importa.

Dani asintió solemnemente.

—Nunca se lo diría a nadie. Eso es un asunto personal y no le incumbe a nadie más.

Adoré cómo lo dijo, como si fuera la cosa más normal del mundo. Para ellas, lo era, y ¿cómo de increíble era eso? Estaba orgulloso viendo el vínculo entre esas hermanas, su inquebrantable lealtad que reflejaba la de su padre. Auden miraba a sus hijas como si sostuvieran la luna.

—¿No lo sabe nadie del colegio? —preguntó Byron.

Violet negó con la cabeza.

—A mi padre se le da muy bien ocultar las cosas. Bueno, salvo de nosotras, pero confía en nosotras.

Miré a Auden, y sentí cómo se me humedecían los ojos al ver cómo miraba a sus chicas. Esos tres tenían una relación extraordinaria, una que esperaba emular con mis propios hijos algún día.

Byron se irguió ligeramente en su asiento y miró a Violet con renovado respeto.

—Me disculparé con Gabe.

Violet abrió los ojos una fracción.

—Eso sería genial.

—No tenía intención de hacerle daño. Bueno, físicamente le hice daño, pero no emocionalmente o lo que sea.

—Ayudaría si le dijeras eso —dijo Violet, en un tono más afectuoso. Gabe era un chico muy afortunado por tenerla como amiga.

—Lo haré. Lo prometo.

—Bien. —Violet volvió a hundirse en el sofá—. Eso es todo lo que tenía que decir.

—Bueno... —Auden parecía aturdido por el poderoso intercambio de palabras—. Eso ha... despejado las cosas. ¿Alguien más?

Cuando nadie dijo nada, Dani se puso en pie de un salto.

—¿Quieres jugar a la Xbox? —preguntó a Milton.

Él asintió.

—Está en mi habitación.

En segundos, esos dos habían desaparecido. Era curioso cómo Milton había conectado con Dani, cuando era Violet la que tenía su edad. Mi hijo era emocionalmente más joven y la exuberancia de Dani era justo lo que necesitaba para salir del cascarón. A lo mejor, esos dos se harían grandes amigos.

—Papá me ha dicho que compones ritmos —dijo Violet a Byron con el clásico despliegue de aburrimiento adolescente. Dios les librara de que alguien advirtiera que están interesados en algo.

—Sí —respondió Byron cautelosamente.

—¿Quieres enseñármelos?

Oh, Señor, la expresión de su rostro... Pura conmoción seguida de alegría que ocultó de inmediato.

—Claro. Están en mi portátil.

Y de esa forma, Auden y yo nos quedamos solos. Me hundí en el sofá y Auden pasó un brazo por mis hombros y me atrajo hacia su cuerpo. Su pecho se había convertido en mi nueva almohada favorita y me acomodé sobre él mientras estiraba las piernas.

—Cielos, Violet me ha aterrorizado por un momento —dijo riendo suavemente.

—Es una fuerza a tener en cuenta... Y solo tiene catorce.

—Lo sé.

—Ya la adoro. Tiene mucho de ti. Y Dani es un encanto.

—Es igual que Tricia. Cuanto más mayor se hace, más se parece a su madre.

De arriba nos llegó un murmullo de risas. Dani y Milton se estaban divirtiendo con el videojuego al que estaban jugando.

—Creo que se llevan bien —comenté.

—Por ahora —dijo Auden—. Son adolescentes, así que están destinados a chocar... Pero hemos superado el primer obstáculo.

Me hundí entre sus brazos.

—Así que quieres casarte conmigo, ¿eh?

Auden mordisqueó el lóbulo de mi oreja y su cálido aliento me hizo cosquillas en la piel.

—Si es una primicia para ti, es que no has estado prestando atención.

—Aún no he oído tu proposición.

Apoyó dos dedos sobre mi barbilla y la alzó. Nuestros ojos se encontraron, y el amor que radiaba de su mirada casi me paró el corazón.

—Cuando llegue el momento, seré el que esté de rodillas, cariño. No te preocupes.

No estaba preocupado en absoluto. No, con este hombre a mi lado.

Para ser feliz, aún tenía una tarea que tachar de mi lista.

Llevaba semanas posponiéndolo, prefiriendo reconstruir la relación con mis hijos y pasar tiempo con Auden para llevar algo de paz y diversión a mi vida. Pero las heridas que nos había infligido Mandy aún supuraban en mi pecho, y no podría cerrarlas hasta enfrentarme a ella. Y dado que este era su fin de semana con los chicos, no podía seguir procrastinando.

—Byron, Milton, ¿podéis venir un momento?

Ambos entraron en el salón con aire comedido y en alerta. Inspiré profundamente, armándome de valor.

—Sé que es una situación complicada, así que ¿queréis quedaros con vuestra madre este fin de semana? Técnicamente, le toca a ella, pero la decisión es vuestra.

Byron entornó la mirada hacia mí, apretando la mandíbula.

—No —dijo en un tono que no admitía duda—. No estoy seguro de si podré volver a confiar en ella después de todo lo que me ha hecho.

—Respeto tu decisión, Byron. No tienes que ir si no quieres.

La mirada de Milton osciló entre su hermano y yo.

—Yo tampoco quiero ir —dijo—. Quiero apoyar a Byron.

Byron miró a su hermano con gratitud.

—No tienes por qué hacer eso, Milt. No te sientas obligado.

Milton negó efusivamente con la cabeza.

—No me siento obligado, pero si mamá pudo engañarte a ti tan fácilmente, puede que también intente hacerlo conmigo. No quiero ir solo. Quiero que vengas conmigo cuando vaya.

El tono tan decidido con el que habló me sorprendió, y me enorgullecí de mi pequeño. Byron apoyó una mano sobre el hombro de su hermano e intercambiaron una mirada que lo decía todo. Era un extraño momento de unidad entre mis chicos, y mi corazón rebotó de alegría. Esa conexión sería muy importante en el futuro.

—De acuerdo —dije suavemente—. No tenéis que ir este fin de semana. Ya nos las apañaremos.

Si los chicos no iban a ir, tendría que decírselo a Mandy, así que bien podría aprovechar para tener esa conversación y quitármela de encima. Pero no quería hacerlo solo. Necesitaba a Auden.

Cuando le llamé, lo cogió al primer tono.

—Los chicos no quieren ir donde Mandy este fin de semana.

—Iré contigo a hablar con ella. No le digas que los niños no van a ir; así nos aseguraremos de que esté en casa cuando lleguemos. Puedes hablar con ella y estaré allí para cubrirtte las espaldas.

—Gracias. —El alivio me inundó. Ni siquiera había tenido que pedírselo—. Pero no me

siento muy cómodo dejando a los chicos solos. Puede que tengamos que hacer noche en Seattle.

Auden calló durante unos segundos.

—¿Por qué no les dejamos en la granja con mis padres? Así tendrán la oportunidad de conocerse.

—¿A tus padres no les importará? —pregunté.

—Estarán encantados de poder conocer a tus hijos. Pero deja que les llame para asegurarme de que no tienen nada planeado para este fin de semana.

Auden no se había equivocado; sus padres estaban extasiados con que Byron y Milton se quedaran a pasar la noche con ellos. Cuando pregunté a los chicos qué les parecía la idea, aceptaron.

—La madre de Auden es muy maja —dijo Milton. Luego, frunció el ceño—. Si es la madre de Auden, ¿es mi abuelastra?

—Supongo.

—¿Crees que a los abuelos Perry les molestará si también llamo a los padres de Auden «abuelos»?

Mi corazón desbordaba alegría.

—No, colega, creo que les encantaría. Se alegran por que tengáis otro par de abuelos que viven cerca.

Los padres de Mandy nunca se habían preocupado demasiado por sus hijos, y menos por sus nietos, así que llevaban años sin verlos.

Cuando esa tarde de viernes aparcamos la camioneta de Auden en la granja, Wilbert y Cora ya estaban en la puerta esperándonos. Los chicos estuvieron un poco cohibidos al principio, pero a sus nuevos abuelos no pareció importarles. Además, el padre de Auden tenía una sorpresa para Byron; con nuestro permiso, por supuesto.

—Tienes dieciséis, ¿verdad? —preguntó a Byron.

—Sí, señor.

—Entonces, ya va siendo hora de que aprendas a conducir, hijo. ¿Crees que estás preparado? Byron me miró con los ojos como platos.

—¿Puedo, papá?

—Yo también creo que estás preparado —sonreí—. Confío en que serás responsable.

—Sí, papá. —Su sonrisa iba de oreja a oreja y luego, me abrazó con fuerza—. Gracias, papá. Por todo.

Dulce victoria.

—Te quiero, colega. Diviértete con el abuelo Frant.

Me liberó y se acercó tímidamente al padre de Auden.

—¿Os importa si os llamo abuelos? Fue idea de Milton.

El padre de Auden se aclaró la garganta.

—Será un honor, hijo.

Me acerqué a Milton, que no se había separado de Cora desde que habíamos llegado, y me despedí de él con un abrazo. Luego, volvimos a la camioneta y pusimos rumbo a Seattle.

Casi no intercambiamos palabras durante el trayecto, con las mentes demasiado ocupadas reflexionando sobre lo que estaba por venir. Un último obstáculo y luego, todo habría terminado.

Al menos, eso esperaba.

Cuando llegamos a casa de Mandy, ella estaba observándonos por la ventana. Su expresión se oscureció en segundos.

—¿Dónde están los niños? —demandó en cuanto abrió la puerta.

—No van a venir —respondí, con un ligero temblor en la voz—. Pero necesito hablar contigo. Este es Auden. Mi Auden.

Auden le ofreció la mano y Mandy la aceptó, apenas dedicándole una mirada.

—¿Podemos entrar? —pregunté.

Nos guio al salón y nos acomodamos en el sofá.

Mandy se cruzó de brazos.

—¿Por qué no están aquí los niños?

Me esforcé por encontrar las palabras adecuadas. Los nervios y el temor a este enfrentamiento me estaban asfixiando, pero la presencia serena de Auden me infundió calma. Él no dejaría que las cosas se desmadraran.

—Mira, Mandy, necesitamos hablar sobre tus mentiras y cómo han afectado a nuestros hijos. —Ella entornó la mirada hacia mí, pero no dijo nada—. Byron me ha contado todo. Sobre Troy y lo que le dijiste. —Ella palideció y cuando abrió la boca para hablar, la corté—. No, no hables. Solo escucha. He descubierto todo lo que le has estado contando... Sobre la custodia, el porqué de nuestro divorcio, el traslado,... —Mientras hablaba, mi ira fue aumentando. Mandy me fulminaba con la mirada, pero permaneció en silencio—. Pero lo que más me duele es que has intentado envenenar su mente contra mí y mi orientación sexual. Sabías que tu hijo era gay o bi, y aun así, llenaste su cabeza de odio y vergüenza. —Hice una pausa, esforzándome por mantener mis emociones a raya—. Porque por tu culpa, atacó a otro chico, me despreciaba e incluso se odiaba a sí mismo. Podríamos haberle perdido, Mandy. Tus palabras podrían haberle hecho cometer algo terrible.

—¿Esto es todo, entonces? —preguntó ella—. ¿Nunca volveré a ver a los niños?

—Ahora mismo, ninguno de ellos quiere verte. Byron, por el dolor que le has causado, y Milton, porque tiene miedo de que le hagas lo mismo.

Mandy resopló.

—Probablemente, les has obligado a quedarse en casa.

—No les he obligado, y después de todo lo que les has hecho, no sé si o cuando querrán volver a pasar tiempo contigo.

Su expresión cambió y la desafiante ira fue sustituida por una profunda tristeza.

—Nunca fue mi intención que pasara esto, Keaton —murmuró—. Se me fue de las manos. —A pesar de todo lo que había hecho, me apiadé de ella. Aún recordaba a la mujer que había amado, la misma que ahora se estaba rompiendo frente a mí. Las lágrimas comenzaron a acumularse en sus ojos y parpadeó para controlarlas—. Lo único que quería era que volviésemos a Atlanta. Odio Seattle. No me gusta la tripulación con la que vuelo, el clima es horrible y no he conseguido hacer ningún amigo.

—Mandy, lamento que esté siendo tan difícil para ti, pero mi futuro está en Forestville con Auden. Si quieres volver a Atlanta, tendrás que hacerlo sola.

Se quedó en silencio, con la mirada fija en el suelo y las lágrimas, por fin, derramándose por sus mejillas. Podía ver su cerebro en funcionamiento, sopesando las opciones y las consecuencias. Luego, apretó la mandíbula con determinación y supe lo que había decidido.

—Voy a volver a Atlanta.

Mi pecho se contrajo.

—Eso es decisión tuya, pero tendrá consecuencias para tu relación con Byron y Milton.

Me dedicó una triste sonrisa, con las mejillas humedecidas por las lágrimas.

—Siempre fueron más tuyos que míos, de igual forma. Están mejor contigo. Solo envíame los papeles que tengo que firmar para darte la custodia completa legalmente.

Sus palabras me destrozaron, pero en el fondo, también me aliviaron. Mis chicos necesitaban amor y estabilidad, no a alguien que ponía sus deseos e intereses por delante. Por mucho que me doliera, esta era la mejor decisión para ellos.

—De acuerdo —dijo suavemente—. Te enviaré los papeles.

—Bueno pues... supongo que no hay nada más que decir —dijo ahogadamente—. Por favor...
idos.

Me puse en pie y Auden me imitó.

—Adiós, Mandy. Espero que encuentres lo que estás buscando en Atlanta y que seas muy feliz.

Cuando no respondió, nos fuimos.

El frío aire de la tarde acarició mi rostro mientras volvíamos a la camioneta. El sol se estaba ocultando por el horizonte, pintando el cielo de tonalidades rosas, anaranjadas y púrpuras. Contemplé mi reflejo en la ventanilla del pasajero y la mirada que me devolvió el cristal estaba llena de conmoción e incredulidad. ¿Realmente estaba pasando esto?

—Keaton —dijo suavemente Auden, apoyando una mano sobre mi hombro—. ¿Estás bien?

—No lo sé. ¿He cometido un error? ¿Debería haberme esforzado más por intentar mantener a Mandy en sus vidas?

Auden negó lentamente con la cabeza y su pelo reflejó los débiles rayos de sol.

—No. Esto era decisión de Mandy. Le has mostrado las opciones y ella ha elegido irse. Estoy de acuerdo en lo que ha dicho, creo que esto es lo mejor para los chicos. Les traerá estabilidad. Y también es lo mejor para ti. Ahora puedes concentrarte en tu futuro y en tu familia. Nuestra familia.

Inspiré profundamente. Un cúmulo de emociones se arremolinaban en mi interior. Mi corazón dolía por mis hijos, sabiendo que tendrían que vivir sin la presencia de su madre; pero también sentía alivio. Mis hijos se merecían una vida llena de amor y aceptación y sabía que la tendrían con Auden y conmigo.

—Vamos —dijo Auden abriendo la puerta del pasajero—. Hora de volver al hogar.

Hogar.

Me deslicé en el asiento y Auden se acomodó tras el volante y puso en marcha el motor. Mientras abandonábamos el camino de entrada, giré la cabeza para contemplar una última vez la casa de Mandy. ¿Sería esta la última vez que vería a mi ex-mujer? ¿Realmente iba a desaparecer de nuestras vidas para siempre? A pesar del dolor que me había causado, una parte de mí aún la quería y habría deseado que las cosas hubiesen terminado de forma distinta.

Pero cuanto más nos alejábamos, más se desviaban mis pensamientos hacia el futuro. Auden tenía razón. No tener que lidiar con la presencia disruptiva de Mandy significaba estabilidad, continuidad. Significaba que ahora podía concentrarme en reconstruir mi familia, fusionándola con la de Auden. Una nueva familia, más fuerte.

Apoyé una mano sobre su pierna.

—Sí, vamos a casa.

En cuanto entramos en casa de Tiago, me envolvió el aroma a pan recién hecho y ajo asado. Era sábado por la tarde; solo había pasado un día desde nuestra conversación con Mandy y teníamos la noche para nosotros solos. Mis hijas estaban con su madre y los hijos de Keaton habían decidido quedarse un día más con mis padres. Se estaban divirtiendo, me había informado un asombrado Keaton.

Íbamos a cenar con mis amigos, pero llegábamos un poco tarde debido a un aviso con el que había tenido que lidiar a última hora. Marnin, Tomás y York ya se habían sentado alrededor de la mesa, y estaban inmersos en una animada conversación, mientras que Tiago y Cas se afanaban en la cocina.

—Joder, ya era hora —dijo Marnin cuando nos unimos a ellos—. Por fin podemos cenar. Mi estómago lleva rugiendo desde que entré aquí.

Sobre la mesa, descansaba una cesta rebosante de pan de chapata aún caliente, rodeada de pequeños cuencos con pesto, tapenade y aceite de oliva. En el centro, habían dispuesto varios boles saturados con diferentes variedades de aceitunas y un plato con una selección de embutidos italianos.

—Vaya, esto tiene muy buena pinta —comenté.

—Y son solo los entremeses —dijo Tomás—. Espera a ver el plato principal.

Tiago y Cas se acercaron con dos enormes fuentes de horno.

—Lasaña con besamel casera y salmón con pasta —anunció Tiago con orgullo—. Cas me ha estado enseñando a cocinar.

Cas hizo un gesto de desesperación mientras dejaba la fuente sobre la mesa.

—Ahora, Tiago quiere ver todas las competencias de cocina del mundo. Antes de que nos demos cuenta, le veremos en Masterchef.

Keaton rio suavemente.

—Preferiría *The Great British Bake Off*. Jamás había oído hablar sobre «laminado» hasta que empecé a ver ese programa. Ahora, sé cómo atemperar chocolate y he aprendido a hacer caramelo. En teoría, al menos.

Reímos mientras tomaban asiento. Una vez estuvimos todos acomodados, atacamos la deliciosa comida que se desplegaba ante nosotros y la conversación fluyó sin esfuerzo.

—Oí que Byron se había fugado —dijo Cas a Keaton—. ¿Qué tal le está yendo ahora?

—Mucho mejor, afortunadamente —contestó Keaton—. Ya hemos visto un enorme cambio en su actitud. Mi ex-mujer ha decidido volver a Atlanta, y para ser sincero, aún no sé qué pensar de eso. No por mí, sino por los chicos. Ahora no tendrán madre.

—Es mejor para ellos, supongo —dijo York suavemente—. Es preferible no tener madre a

tener una que solo empeora tu vida.

Ese comentario me sacudió. Los padres de York aún estaban llorando la muerte de Essex, a pesar de que habían pasado más de veinte años. El dolor no tiene fecha de caducidad, entendía eso, pero por lo que parecía, estaban ignorando completamente al único hijo que les quedaba, concentrándose en santificar al que habían perdido.

—Estaba esperando encontrar el momento oportuno para disculparme contigo —dije a York. El salón cayó en silencio—. Tiago nos comentó cómo te trató Essex cuando eras un crío, y lamento mucho no haber hecho nada para impedirlo.

York bajó la mirada a su plato con una expresión inescrutable.

—Auden, eso fue hace mucho tiempo —.

—Pero eso no significa que esté bien. Le vi burlarse de ti, casi hasta hacerte llorar, pero siempre lo achaqué a una broma entre hermanos, cuando sabía muy bien que era más que eso. Debería haber intervenido, York. Te merecías algo mejor.

Un tenso silencio siguió a mis palabras y luego, York alzó la mirada hacia mí. Sus ojos resplandecían con lágrimas no derramadas, pero me ofreció una pequeña sonrisa.

—Gracias, Auden. Realmente, aprecio mucho que digas eso —dijo. Gracias a Dios que me había lo había quitado del pecho, aunque debería de haberlo hecho mucho antes. La sonrisa de York se amplió y añadió—: Y me alegro mucho por Keaton y por ti. Pareces mucho más relajado.

—Estoy de acuerdo —intervino Tiago—. Me gusta ver cómo te coges más días de vacaciones para pasarlos con la familia.

Asentí.

—No me había dado cuenta de cuánto estaba trabajando hasta que Keaton apareció en mi vida. Me ayudó a ver lo que realmente importa.

—Siempre has sido un hombre de familia, Auden —sonrió Marnin—. Es una de las cosas que más admiro de ti. Nunca has titubeado, ni siquiera en el instituto. —Los demás asintieron entre murmullos. Marnin hizo un gesto de horror y añadió—: Solo espero que esto de enamorarse no sea contagioso, porque si lo es, será mejor que me esconda.

Las risas reverberaron en el salón.

Cuando se extinguieron, dije:

—¿Sabes? Los cambios pueden ser buenos, Marnin. Keaton ha cambiado mi vida de la mejor de las formas. —Señor, ¿iba a ser así de cursi durante toda la cena?

—Hablando de cambios —dijo Marnin con un malicioso brillo en la mirada—. He oído que fuiste a un recital de poesía.

—Oye, fue más interesante de lo que había esperado —dije, intentando no darle importancia, pero secretamente extasiado por todas las nuevas experiencias que estaba descubriendo con Keaton.

Tomás, que había estado callado durante la mayor parte de la cena, comentó:

—Nunca entendí la poesía, ¿sabéis? Nunca me llegó.

Keaton asintió.

—Desgraciadamente, suele pasar. El problema es que los programas de las asignaturas tienden a concentrarse en poemas antiguos con los que los alumnos no pueden identificarse.

—¿Puedes darme un ejemplo de un poeta que pudiera llegar a alguien como yo? —preguntó Tomás.

Keaton vaciló.

—Bueno, no lo sé, pero puedo intentarlo. Me viene a la mente un poema de Walt Whitman.

Escribió muy explícitamente sobre el amor gay, y estoy convencido de que eso te resultará atractivo. —Rio—. De hecho, es uno de los pocos poemas que Auden recuerda del instituto. —Me sonrió y no pude evitar sonreírle de vuelta—. Escucha este pasaje: «Y en la noche aquella, cuando todo estaba silencioso, escuché el lento y continuo fluir del agua por la ribera, / Yo escuché el susurro del líquido en las arenas, cual si murmurara congratulándome, / Porque aquel que yo más amo dormía tendido a mi vera, bajo las mismas cobijas, en la fría noche, / En el silencio, al claror de la luna otoñal, su rostro vuelto estaba hacia mí, / Y su brazo rodeaba mi pecho y esa noche yo fui feliz».

Su voz transportó el poema como una ligera brisa, y escuchamos absortos, cautivados.

Cuando las últimas palabras de Whitman quedaron suspendidas en el aire, casi pude palpar el asombro de mis amigos, la calidez de sus miradas, las sonrisas en sus rostros, como si Keaton hubiese capturado algo mágico y lo hubiese compartido con todos nosotros.

—Vaya. —Tiago rompió el silencio—. Eso ha sido... No sabía que la poesía podía ser así.

—Ni yo —admitió Tomás—. A lo mejor, me he estado perdiendo algo importante todos estos años, ¿eh?

—O a lo mejor, solo necesitábamos a la persona que supiera mostrarnos el camino —dijo Marnin mirando apreciativamente a Keaton.

—Gracias, chicos —dijo Keaton con las mejillas más rojas de lo habitual—. Me alegro de que os haya gustado.

—Mírate, llevando la poesía a las masas —dije, apretando suavemente su mano—. ¿Hay algo que no puedas hacer?

—Aparentemente, no he podido evitar enamorarme de cierto sheriff —soltó de vuelta, mirándome con calidez.

La conversación siguió fluyendo a nuestro alrededor, pero fui incapaz de seguirla, perdido como estaba en mis pensamientos. Ese hombre había cambiado mi vida de formas que nunca habría sido capaz de prever. Y pensar que hasta hacía poco, había estado convencido de que me deparaba una vida de soledad y mera satisfacción. Ahora, no podía imaginarme un futuro sin Keaton a mi lado, y ese futuro era brillante.

Esa misma noche, después de hacer el amor, me quedé despierto contemplando su rostro. La luna derramaba su luz por la ventana, sumergiendo nuestro dormitorio en una bruma plateada que iluminaba sus facciones, realzando el contorno de sus mejillas y la suave curvatura de sus labios.

Escuché el plácido y regular ritmo de su respiración, observando su pecho subiendo y bajando al compás. Nuestros cuerpos estaban entrelazados bajo las sábanas; nuestras piernas enredadas como las raíces de un viejo árbol. Su calor impregnaba mi piel, apaciguando mi alma.

—Te quiero muchísimo —murmuré.

Keaton se removió, pero no se despertó, aunque se aferró aún más a mí, como si, incluso en sus sueños, entendiera el significado de mis palabras. Besé suavemente su sien y volví a hundirme en la almohada para seguir contemplándolo. Me maravillaba la forma en la que sus pestañas descansaban sobre sus mejillas y cómo sus labios se curvaban en la más ligera de las sonrisas. Y ahí, en la quietud de la noche, me enamoré de nuevo del hombre que había capturado completamente mi corazón.

—Ey —murmuró Keaton abriendo lentamente los ojos—. ¿Qué haces?

Aparté un mechón de pelo de su frente.

—Solo estaba mirando al hombre más increíble que he conocido nunca.

—Los halagos no te llevarán a nada —rio suavemente y se inclinó para besarme.

Nuestros labios se encontraron en una lenta danza.

—¿Recuerdas el día que fuimos a la montaña? —Comencé a trazar círculos en su pecho con el índice.

—Sí —dijo Keaton, mirándome con tanto amor, como curiosidad.

—Estábamos en ese mirador rocoso que sobrevuela el cañón y estaba atardeciendo. Te giraste hacia mí con esta increíble y resplandeciente sonrisa, y el mundo... se paró. Creo que ahí fue cuando me enamoré de ti.

Keaton dejó escapar un suspiro.

—¿Sabes cuándo me enamoré de ti? —dijo, entrecerrando los ojos de nuevo.

—¿Mmm?

—La primera vez que entré en tu oficina y te vi ahí, de pie, a punto de hacer estallar las costuras de tu camisa. Estabas tan, tan sexy... y luego... fuiste tan amable. Estaba hecho un desastre y te convertiste en mi ancla —murmuró. Sus parpadeos se fueron ralentizando y volvió a deslizarse al sueño.

—Te quiero —susurré contra sus labios—. Duerme bien, cariño.

Me quedé despierto durante un largo tiempo, satisfecho con poder observarlo, con el corazón rebosante de felicidad.

—¿Dónde vamos? —pregunté, deslizándome en el asiento del pasajero de la camioneta de Auden. Unos minutos antes, me había enviado un mensaje, preguntándome si tenía una hora libre para hacer algo con él. Dado que era domingo por la tarde, no tenía más que tiempo—. Pensé que estabas trabajando.

Agitó una mano frente a él.

—La cosa está tranquila. Mis ayudantes saben dónde localizarme.

Le miré de soslayo mientras salíamos a la carretera. Estaba tan confiado y sexy, conduciendo en su ajustado uniforme, que se me hizo la boca agua.

—Sigo diciendo que eres una *thirst trap* andante.

Sonrió de par en par.

—¿Debería comprarme una talla más?

—*Nah*, me gusta babear sobre ti. Siempre que no lo haga nadie más, estamos bien.

Avanzábamos en dirección a las afueras de la ciudad, y antes de que pudiera preguntar, Auden dijo:

—Mi padre vino esta mañana a hablar conmigo. Me dijo que tenía una propuesta para mí.

—Ah.

—Van a operar a mi madre de la rodilla, y sus caderas también le están dando problemas. Creen que ha llegado la hora de ir reduciendo su estilo de vida. —Mi corazón se paró un segundo. ¿Iba esto en la dirección en la que creía que iba?—. Quieren vendernos la granja, a condición de que le vendamos una de nuestras casas a ellos y la otra a Ennio. Mi hermano lleva un tiempo buscando una vivienda para independizarse, pero las opciones disponibles son escasas.

Apoyé una mano sobre su muslo.

—¿Hablas en serio? ¿Tu padre te ha sugerido eso?

—Tiene sentido para ellos. Nuestras casas están ubicadas en el centro de Forestville, así que serían capaces de moverse a cualquier lado sin esfuerzo. A Ennio no le importa tanto la ubicación, pero sí quiere quedarse en la ciudad, así que esta solución también sería perfecta para él.

Adoraba la casa de sus padres. Con seis dormitorios y tres baños —uno para nosotros, otro para los chicos y otro para las chicas—, funcionaría a la perfección. El salón ofrecía más que suficiente espacio para todos y deberíamos ser capaces de instalar una mesa grande en la cocina. Incluso tenía un estudio y un amplio recibidor habilitado para hacer la transición desde el exterior al interior de la casa.

—No sé qué decir. Eso sería absolutamente perfecto. Pero ¿podemos permitirnoslo?

—Tendremos que hacer las cuentas, pero creo que sí. Mi casa está completamente pagada y

libre de deudas, y eso ya es un buen pellizco.

—¿Y qué hay de Ennio? ¿No estaríamos robándole parte de la herencia?

—Mi padre sugirió tasar la granja para pagarle un precio justo, y haremos lo mismo con nuestras casas. De esa forma, nos aseguraremos de no beneficiarnos por comprar el sitio.

Habíamos salido de la ciudad y Auden tomó la carretera de Clear Brook que llevaba a casa de sus padres.

—¿Vamos allí ahora? —pregunté incrédulo.

Auden se encogió de hombros.

—No están en casa. Supuse que te gustaría echar un vistazo a solas antes decidir si esto es lo que quieres.

—¿No te importa volver a vivir en la casa de tu infancia?

—Me encantó crecer allí, así que no. Es cierto que mi madre murió en esa casa, pero eso fue hace mucho tiempo, y desde entonces, he acumulado muchísimos recuerdos alegres entre esas paredes. Y en términos de espacio, sería perfecta para nosotros y los niños. —Cada vez que decía «nosotros y los niños» se encendía algo en mi interior. Nunca había esperado volver a formar parte de un «nosotros», y sin embargo, ahí estábamos—. Es del tamaño ideal, y cada uno podría tener su propio dormitorio, algo que había creído imposible.

Llevábamos un tiempo investigando el mercado inmobiliario y no había aparecido nada lo suficientemente grande para nosotros. Habíamos empezado a pensar que tendríamos que llegar a un compromiso: o compartir dormitorios, o comprar una vivienda pequeña que permitiera obras de ampliación. Pero ¿esto? Esto era un sueño hecho realidad.

La casa se alzaba sobre una pequeña elevación del terreno, y estaba rodeada por suaves colinas verdes y una valla de madera. Tenía dos pisos, y tanto la fachada blanca como las contraventanas rojas que enmarcaban cada una de las ventanas, estaban en buenas condiciones. Del porche colgaban alargadas macetas de cerámica de las que emergían flores de todos los colores. Auden había mencionado que Cora era una apasionada de la jardinería, y se notaba.

Cuando aparcamos, miré a mi alrededor.

—¿También tiene un granero?

Auden asintió.

—Cuando era pequeño solíamos tener caballos, pero murieron y mi padre no quiso reemplazarlos. Demasiado trabajo, dijo.

¿Caballos? Oh, señor, eso sería increíble.

—Me gustaría tener gallinas. Huevos frescos y todo eso.

Auden entrechocó nuestros hombros con una enorme sonrisa.

—¿Qué? ¿Te estás adaptando a la vida en el campo?

Sonreí petulante.

—Crecí en el campo, cariño. Mis padres tenían una granja para aficionados. Pollos, cabras, ponis... teníamos de todo.

—¿Cómo cojones pudiste vivir en Atlanta?

Tras mudarme a Forestville, me había hecho esa misma pregunta varias veces. Incluso con todos los problemas con Byron, siempre había querido quedarme aquí.

—No me lo preguntes. Locura transitoria.

Según entramos al enorme recibidor, ya adoraba la casa. Cielos, ser capaz de dejar ahí todos los zapatos embarrados y las chaquetas mojadas, y no tener que arrastrarlos hasta la habitación era un enorme bonus.

La cocina tenía un encanto rústico, con sus suelos de madera, las vigas expuestas y los

enormes ventanales que dejaban pasar la luz natural. Las paredes estaban pintadas de color arena y las molduras eran tan blancas como los muebles. Brillantes sartenes y cazuelas de cobre colgaban de una barra de metal sobre el fogón y una enorme despensa abierta exhibía tarros de especias, harina, azúcar y arroz, escurpulosamente etiquetados. En la parte de abajo, yacían varias variedades de aceites y vinagres.

—Es muy acogedor —comenté.

—¿No crees que necesita una renovación?

—El fogón, no. A lo mejor, necesitaríamos cambiar la nevera.

—Sí. Esa lleva ahí desde siempre. El fogón es relativamente nuevo; tendrá unos cinco años más o menos. Y tiene que ser bueno, porque lo eligió Ennio.

Recorrimos la vivienda, comentando las cosas que necesitaríamos arreglar, redecorar o reemplazar. Una lavadora y una secadora más grandes; una mano de pintura en el salón y la cocina; reformar las habitaciones de los críos para hacerlas encajar más con sus gustos,... Pero los baños tenían buen aspecto —un poco anticuados, tal vez—, y con una buena limpieza y algunos apliques nuevos, podríamos esperar a renovar esos.

El que sería nuestro dormitorio y el baño adjunto necesitarían una reforma completa. Las paredes de la habitación estaban cubiertas de un papel floral demasiado barroco para nuestros gustos y el baño se había quedado atrapado en los ochenta.

—Podemos hablar con Cas —sugirió Auden.

Asentí.

—Hizo un gran trabajo con mi garaje y otras pequeñas obras.

—Deberías haber visto el aspecto que tenía la casa de Tiago antes de que la renovara. Es la transformación más espectacular que he visto en mi vida. Cuando Tiago la compró, pensé que se había vuelto loco, pero ahora es una casa increíble.

Asentí.

—Estoy convencido de que Cas puede darnos algunas ideas para este sitio.

Era una casa muy silenciosa; aparte de los graznidos de los pájaros y el viento azotando las ramas de los árboles, no podía oír nada. Algunas de las tablas del suelo crujieron cuando las pisamos, y los goznes de un par de puertas necesitaban un poco de WD-40, pero eso tenía fácil solución.

La siguiente habitación a la que entramos era el taller de costura de Cora.

—Este solía ser mi dormitorio —dijo Auden—. Mi cama estaba ahí. —Señaló una pared—. Y tenía un sofá allí antes de que mis padres compraran una cama para Marnin, porque casi siempre se quedaba a dormir.

—¿No quería tener su propio espacio? Quiero decir, apuesto a que teníais una habitación de invitados, ¿no prefería quedarse ahí?

Auden negó lentamente con la cabeza.

—Durmió conmigo durante mucho tiempo porque tenía miedo a la oscuridad. Incluso cuando mis padres le compraron su cama, gateaba bajo mis sábanas en mitad de la noche. Siguió así hasta que cumplimos doce.

—Ha sido muy afortunado de tenerte.

—Es recíproco. Siempre ha sido mi mejor amigo. Puede que a veces sea un capullo gruñón, pero es leal y siempre ha estado ahí para mí.

—Es una casa muy grande —comenté mientras bajábamos las escaleras—. Sobre todo teniendo en cuenta que fuiste hijo único durante mucho tiempo.

—Mis padres querían tener muchos hijos, y la compraron con esa idea en mente. Pero mi

madre enfermó cuando estaba embarazada de mi hermano y perdió al bebé. Murió cuando cumplí los diez, pero ya llevaba enferma mucho tiempo.

—Eso también debió de ser devastador para tu padre.

Habíamos vuelto a la cocina y me incliné contra la encimera.

—Cuando conoció a Cora me alegré por él —dijo Auden—. La gente suele contar historias aterradoras sobre madrastras tratando horriblemente a los hijos o viceversa, hijos que tratan fatal a las madrastras, pero Cora y yo nos llevamos bien desde el primer día. Ya la has conocido. ¿Quién podría odiar a esa mujer?

—¿Se parece a tu madre?

Auden sonrió.

—En apariencia, no; pero en carácter, sí. Mi madre era una mujer muy alegre y su sonrisa era capaz de iluminar una habitación entera, o eso es lo que siempre dice mi padre. Antes de morir... —Su voz se rompió—. Antes de morir me dijo cuánto lamentaba no poder quedarse aquí para verme crecer, casarme y tener hijos. —Le cogí de la mano y entrelacé nuestros dedos—. Habría sido una abuela excelente, ¿sabes? Adoraba a los niños. Señor, habría mimado a Violet y a Dani hasta la saciedad. Ahora tienen a Cora, y las adora igual, pero desearía... Desearía que hubiesen podido conocer a mi madre. Y cuando Tricia y yo nos casamos, tenía la esperanza de que, a lo mejor, mis hijos se parecerían a ella, que ese poquito de mi madre seguiría con vida, pero...

Me helé.

—¿Por eso te afectó tanto el descubrir que eras estéril? ¿Porque no podrías pasar tus genes?

Parpadeó unas cuantas veces.

—Creo que en aquellos momentos no pensé en eso, pero sí, supongo que jugó un papel. Son mis hijas en todos los aspectos, pero no llevan mis genes; y eso no es importante la mayor parte del tiempo, salvo cuando pienso en mi madre —Tragó—. Cuando pienso en ella, sí importa.

Le envolví entre mis brazos. Cada vez que pensaba que tenía calado a este fuerte y orgulloso hombre, descubría una nueva faceta de él. Tenía un corazón enorme, pero estaba demasiado acostumbrado a esconderlo.

—Lo lamento mucho, cariño. Pero aún sigue viva en ti, y tú estás pasando todo lo que te enseñó a tus hijas... Y ahora, también a mis hijos.

Se liberó y esos preciosos ojos grises se clavaron en mí. Luego, se hundió de rodillas sobre una pierna.

—Cásate conmigo —murmuró—. Sé mío oficialmente. No más adelante o cuando podamos, sino ya, tan pronto como sea posible. Te quiero y estoy deseando empezar nuestra vida juntos.

Este hombre. Este increíble y maravilloso hombre. Me había robado el corazón desde el momento en que le vi.

—Sí. —Me arrodillé frente a él, sosteniendo su mirada—. Sí, me casaré contigo tan pronto como sea posible. Eres todo para mí, Auden Frant, y estaré muy orgulloso de convertirme en tu marido.

Nos besamos. Justo ahí, de rodillas sobre el duro suelo de la cocina, nos besamos. Y no nos avergonzaron las lágrimas que se acumularon en nuestros ojos. Nadie estaba ahí para vernos, y aunque hubiese alguien, ¿qué importaba? Había encontrado al mejor hombre del mundo.

—Venga —dije—. Vamos a recoger a los críos y a enseñarles nuestro nuevo hogar. Les va a encantar.

Y lo hizo. Estaban extasiados. Violet y Dani decidieron de inmediato que querían caballos, a Milton le entusiasmó la idea de tener una sala de videojuegos, y Byron ya estaba eufórico solo con poder tener su propio dormitorio, que era más grande que el anterior.

Y cuando unas semanas más tarde nos casamos en una pequeña ceremonia en nuestro jardín, nuestros hijos se sentaron frente a nosotros mientras leíamos nuestros votos. Caramba, incluso Byron tenía una enorme sonrisa.

Los milagros aún existían. El hombre que estaba a mi lado era una prueba viviente de ello.

EPÍLOGO

AUDEN

Dos años más tarde.

El gimnasio bullía de excitación y el ambiente estaba cargado con el aroma a flores, sudor y nervios adolescentes. Mi corazón rebosaba de orgullo mientras contemplaba a Byron avanzando hacia el escenario que habían instalado para la ceremonia de graduación. Keaton, mi roca, mi todo, estaba justo a mi lado, entrelazando su mano con la mía. El resto de nuestra prole estaba sentada en las gradas que se alzaban a nuestra derecha y la excitación radiaba de sus caras. Nuestros padres se nos habían unido para la ocasión y charlaban cordialmente al fondo, probablemente, de sus nietos.

Desgraciadamente, Mandy no había podido asistir, sus palabras. Había vuelto a Atlanta y su relación con Byron y Milton nunca se había recuperado. En los últimos dos años, apenas se habían visto. Byron se había negado a ir a visitarla y Keaton y yo no le habíamos obligado. No era una decisión nuestra. Milton se había puesto de parte de su hermano y ¿quién podía culparlo?

El chico que estaba a punto de subir al escenario estaba muy lejos de aquel huraño adolescente que había conocido dos años atrás. Byron había transitado un pedregoso camino, pero había dado un giro de ciento ochenta grados, forjando un vínculo inquebrantable con Gabe y, para nuestra sorpresa, con Violet. Ahora, como *valedictorian*, se alzaba orgulloso ante nosotros, preparado para enfrentarse al mundo. Le habían aceptado en la universidad Claremont McKenna, una renombrada institución de artes liberales, que solo nos habíamos podido permitir gracias al generoso regalo de los padres de Keaton combinado con las becas de excelencia que le habían concedido.

—¿Puedes creerte que haya llegado este día? —susurró Keaton, dando un apretón a mi mano.

—El tiempo vuela —murmuré. En ese instante, me vi transportado al pasado; a ese día, hacía treinta y dos años, cuando había sido yo el graduado y Marnin me había dicho casi exactamente las mismas palabras.

Sí, el tiempo había volado.

Ese día, había sido un adolescente lleno de sueños... y los había cumplido todos, a pesar de los obstáculos que me había puesto la vida. Había servido en el ejército, había ido a la universidad, me había construido una vida en Forestville, y tras muchas lágrimas, había formado una familia con Tricia. Y me había convertido en sheriff, siguiendo los pasos de mi padre. Las cosas se habían torcido por el camino, y no habían salido exactamente como había esperado, pero estaba lleno de gratitud por lo que tenía.

Ni en mis sueños más salvajes había imaginado que me encontraría a un hombre como Keaton. A una pareja que no solo era mi marido, sino mi mejor amigo, mi confidente y mi faro en cada tormenta.

—¿Te acuerdas de la primera vez que nos conocimos? —pregunté.

—Por supuesto. —Keaton me devolvió la sonrisa y sus ojos se arrugaron en las comisuras—. Eras ese alto e imponente sheriff que apareció en mi vida para salvar el día.

—Y tú eras el elegante e intelectual profesor de lengua que me tuvo a su merced desde que le conocí —respondí.

—Cierto. —Keaton se inclinó para darme un rápido beso y las mariposas revolotearon en mi estómago. ¿Se acabaría eso algún día?

Los graduados se agruparon frente al escenario y Byron, vistiendo su estola de *valedictorian*, ocupó su lugar entre ellos.

—Míralo —murmuró Keaton—. Estoy muy orgulloso.

Alcé su mano y la besé.

—Yo también. —Y lo estaba. El cambio que se había producido en Byron en estos últimos dos años era remarcable, y me sentía muy afortunado de haber jugado un papel en él.

—Aquí viene el gran momento —susurró Keaton, apretándome la mano, cuando el director Hebert hizo su discurso de apertura.

Byron subió al pequeño podio que habían colocado en el centro del escenario e inspiró profundamente.

—Compañeros de graduación, estimados miembros facultativos, amigos y familia. Hoy, quiero hablar del cambio. —Calló, haciendo contacto visual con varios miembros de la audiencia, incluidos nosotros—. Como humanos, tendemos a aferrarnos a lo que nos es familiar, pero el progreso nunca viene sin cambios. Citando a la gran Maya Angelou: «Nos deleitamos en la belleza de las mariposas, pero rara vez admitimos los cambios que han experimentado para lograr esa belleza». —Asentí para mí. ¿Cuánto había cambiado mi vida desde que conocí a Keaton? Ahora, no solo tenía una afectuosa pareja, sino una maravillosa y enorme familia—. El cambio puede ser intimidante, incluso aterrador —continuó Byron, más confiado a cada palabra—, pero solo a través de él podemos crecer para convertirnos en una mejor versión de nosotros mismos. —Mientras le escuchaba, me sentí profundamente agradecido por todos los cambios que habían acontecido en mi vida—. ¡Enhorabuena, clase de dos mil veinticinco! —concluyó Byron con una sonrisa—. ¡Abracemos los cambios que nos esperan con el corazón y la mente abiertos!

La multitud estalló en un aplauso y me uní a ellos, casi reventando de orgullo.

Tras la ceremonia, Keaton y yo nos mezclamos con los demás padres, disfrutando del ambiente festivo y la camaradería. Localizamos a Fir, y nos acercamos para felicitarle. Estaba junto a su nuevo marido y ambos parecían radiantes. Y chico, esos dos nos habían sorprendido a todos.

—Hola, Fir —saludé, dándole un fuerte abrazo. Luego, abracé a su marido—. Os veo felices.

—Gracias, Auden —dijo Fir con una enorme sonrisa—. Nunca pensé que volvería a encontrar el amor; especialmente, así; pero la vida siempre tiene sus formas de sorprendernos.

Reí suavemente.

—Sí. —Esa frase era muy cierta, sobre todo para esos dos—. Me alegro mucho por ambos.

—Gracias. Y enhorabuena por el discurso de Byron. Ha hecho un trabajo increíble.

—Estamos muy orgullosos de él. Tú también debes de estar muy orgulloso de Gabe, ¿no? Por lo que me han dicho, va a seguir tus pasos.

El rostro de Fir se iluminó.

—Lo estoy; incluso le han admitido en mi *alma mater*. Cuando termine quiere volver a Forestville para trabajar en mi clínica, ¿puedes creértelo?

Sonreímos, sabiendo que nosotros tampoco abandonaríamos Forestville por nada del mundo.

Mientras nos alejábamos, mi mente siguió volviendo al tema del cambio. La vida me había lanzado unas cuantas bolas curvas, pero había emergido más fuerte y más feliz que nunca. Cualesquiera que fuesen los cambios que me deparaba el futuro, con Keaton a mi lado, estaba más que preparado para enfrentarlos.

El siguiente libro de la serie de *Los zorros plateados de Forestville* es [Curar al Gemelo](#), donde veremos a Tomás encontrar su final feliz.

LIBROS DE NORA PHOENIX EN ESPAÑOL

Los Hermanos Foster

- [Plantado: Jaren](#)
- [Contratado: Hadley](#)
- [Despreciado: Lagan](#)
- [Pillado: Nordin](#)

Los Zorros Plateados de Forestville

- [Renovar al Modelo](#)
- [Despertar al Sheriff](#)
- [Curar al Gemelo](#)

Stand Alone

- [Con Mano Firme](#)

LIBROS DE NORA PHOENIX EN INGLÉS

Forestville Silver Foxes

A brand-new contemporary MM romance series set in the small town of Forestville, Washington, featuring characters in their late forties. These silver foxes think they missed their chance at happiness...until they meet the love of their life, right there in Forestville. A feel good small-town romance series!

- [Renovating the Model](#)
- [Awakening the Sheriff](#)
- [Healing the Twin](#)
- [Protecting the Nerd](#)

The Foster Brothers

Growing up in foster care, four boys made a choice to become brothers. Now adults, nothing can come between them...not even when they find love. The Foster Brothers is a contemporary MM romance series with found family, sweet romance, high heat, and a dash of kink.

- [Marked: Myron](#)
- [Jilted: Jaren](#)
- [Hired: Hadley](#)
- [Loathed: Lagan](#)
- [Nicked: Nordin](#)

Irresistible Dragons Series

A spin off series from the Irresistible Omegas that can be read on its own. With dragons, mpreg, stubborn alphas, and a whole new suspense plot, this is one series you don't want to miss.

- [Dragon's Mate](#)
- [Dragon's Honor](#)
- [Dragon's Fight](#)
- [Dragon's Magic](#)
- [Dragon's Stand](#)
- [Dragon's Surprise](#)

Forty-seven Series

An emotional daddy kink duology with a younger Daddy and an older boy. Also includes first time gay, loads of hurt/comfort, and best friend's father.

- [Clean Start at Forty-Seven](#)
- [New Daddy at Forty-Seven](#)
- [Perfect Daddy at Fifty-One](#) (novella)
- [Forty-Seven Duology: The Collection](#)

White House Men Series

An exciting romantic suspense series set in the White House. The perfect combination of sweet and sexy romance, a dash of kink, and a suspense plot that will have you on the edge of your seat. Make sure to read in order.

- [Press](#) (a press secretary and a reporter have an impossible attraction)
- [Friends](#) (a beautiful friends-to-lovers romance between an FBI agent and a Secret Service agent)
- [Click](#) (a sexy first-time romance with an age gap and an awkward virgin)
- [Serve](#) (a high heat MMM romance with age gap and D/s play)
- [Care](#) (the president's son falls for his tutor; age gap and daddy kink)
- [Puzzle](#) (a CIA analyst meets his match in a nerdy forensic accountant)
- [Heal](#) (can the president find love again with a sunshine man half his age?)

No Regrets Series

Sexy, kinky, emotional, with a touch of suspense, the No Regrets series is a spin off from the No Shame series that can be read on its own.

- [No Surrender](#) (bisexual awakening, first time gay, D/s play)
- [No Rules](#) (grumpy/sunshine, D/s play, service kink)
- [No Secrets](#)

Perfect Hands Series

Raw, emotional, both sweet and sexy, with a solid dash of kink, that's the Perfect Hands series. All books can be read as stand-alones.

- [Firm Hand](#) (daddy care with a younger daddy and an older boy)
- [Gentle Hand](#) (sweet daddy care with age play)
- [Naughty Hand](#) (a holiday novella to read after Firm Hand and Gentle Hand)
- [Slow Hand](#) (a Dom takes in two abused boys and discovers they need a Daddy)
- [Healing Hand](#) (a broken boy meets the Daddy he needs)

No Shame Series

If you love steamy MM romance with a little twist, you'll love the No Shame series. Sexy, emotional, with a bit of suspense and all the feels. Make sure to read in order, as this is a series with a continuing storyline.

- [No Filter](#)
- [No Limits](#)
- [No Fear](#)
- [No Shame](#)
- [No Angel](#)

And for all the fun, grab the [No Shame box set](#) which includes all five books plus exclusive bonus chapters and deleted scenes.

Irresistible Omegas Series

An mpreg series with all the heat, epic world building, poly romances (the first two books are MMMM and the rest of the series is MMM), a bit of suspense, and characters that will stay with you for a long time. This is a continuing series, so read in order.

- [Alpha's Sacrifice](#)
- [Alpha's Submission](#)
- [Beta's Surrender](#)
- [Alpha's Pride](#)
- [Beta's Strength](#)
- [Omega's Protector](#)
- [Alpha's Obedience](#)
- [Omega's Power](#)
- [Beta's Love](#)
- [Omega's Truth](#)

Don't miss out on the extras in the box sets of the Irresistible Omegas. The [first box set](#) contains books 1-3, the [second box set](#) includes books 4-6, and the [third box set](#) includes books 7-10. All box sets have bonus scenes you don't want to miss.

Ignite Series

An epic dystopian sci-fi trilogy where three men have to not only escape a government that wants to jail them for being gay but aliens as well. Slow burn MMM romance.

- [Ignite](#)
- [Smolder](#)
- [Burn](#)

Or grab the [Ignite box set](#), which includes all three box, bonus chapters, and an exclusive bonus novella about a sweet alien named Pax.

Stand Alones

I also have a few stand alones, so check these out!

- [Professor Daddy](#) (sexy daddy kink between a college prof and his student. Age gap, no ABDL)

- [Out to Win](#) (two men meet at a TV singing contest)
- [Captain Silver Fox](#) (falling for the boss on a cruise ship)
- [Coming Out on Top](#) (snowed in, age gap, size difference, and a bossy twink)
- [Ranger](#) (veteran suffering from PTSD falls for a sunshine animal trainer, cowritten with K.M. Neuhold)
- [Every Shade](#) (collection of shorts and novellas)
- [The Little CEO](#) (a daddy kink short with age play)

Ballsy Boys Series: *Cowritten with K.M. Neuhold*

Sexy porn stars looking for real love! Expect plenty of steam, but all the feels as well. They can be read as stand-alones, but are more fun when read in order.

- [Ballsy](#) (free prequel)
- [Rebel](#)
- [Tank](#)
- [Heart](#)
- [Campy](#)
- [Pixie](#)

Or grab the [Ballsy Boys Box Set](#), which contains all books and an exclusive, never before published bonus novella.

Kinky Boys Series: *Cowritten with K.M. Neuhold*

More sexy porn stars! This is a spin off series from the Ballsy Boys, set in Las Vegas...and with some kink!

- [Daddy](#)
- [Ziggy](#)

MÁS SOBRE NORA PHOENIX

¿Qué te ha parecido?

¿Algo más detallado, dices? Entendido.

Empecé a escribir mis primeras historias cuando era adolescente... en una jodida máquina de escribir. Aún tengo de esas, y son adorablemente románticas. ¡Y malas!, jajaja. El miedo a fracasar me mantuvo alejada de mi sueño de convertirme en una autora de romántica, así que puedes imaginar lo orgullosa y eufórica que estoy de haber conseguido superar mis miedos y mis inseguridades y, simplemente, hacerlo. Adoro el género, porque adoro leer y escribir sobre hombres fuertes e imperfectos que están un pelín dañados... pero encuentran su final feliz de igual forma.

Mis lecturas favoritas también son romances gays en su mayor parte, siempre y cuando tengan un final feliz. Un poquito de perversión es un pequeño aliciente... Aparte de eso, también leo muchísimos libros de no ficción que no, no solo tienen que ver con el arte de escribir. La psicología es una de mis materias favoritas, como también lo es la sociología.

¿Aficiones? ¿Acaso alguien tiene tiempo para ellas? Estoy bromeando. Adoro viajar, pasar tiempo al lado del océano y hacer senderismo. Pero me gustan más los libros.

Puedes acercarte por mi grupo de Facebook Nora's Nook donde comparto pequeños adelantos de mis próximas publicaciones, avances de los libros, historias gratuitas, cosas divertidas y más: <https://www.facebook.com/groups/norasnook/>

Mi boletín de noticias semanal te mantendrá al día con contenido exclusivo y las últimas noticias de los libros en los que estoy trabajando. Puedes apuntarte aquí: <http://www.noraphoenix.com/newsletter/>

También puedes acecharme en Twitter: <https://twitter.com/NoraPhoenixMM>

O en Instagram: <https://www.instagram.com/nora.phoenix/>

O en Bookbub: <https://www.bookbub.com/profile/nora-phoenix>